

EL CANTAR DE ORREAGA

Jose txo Orueta



Lectulandia

Agosto del año 778. Vasconia, sitiada por los francos al norte, los árabes al sur y los descendientes del imperio visigótico al oeste, es un territorio codiciado por ser paso natural entre la península y el continente.

El poderoso ejército franco de Carlomagno se ve obligado a retirarse, tras fracasar en su intento de conquistar Zaragoza, importante ciudad musulmana, y frustrarse la campaña contra Abd al-Rahman.

Antes de volver a cruzar los Pirineos, su ejército devasta la ciudad de Pamplona, donde siembra la muerte y la destrucción.

Miles de vascones, llegados desde el mar, la montaña y la llanura, deciden vengar la afrenta en los puertos de Ibañeta y Lepoeder.

La retaguardia del ejército de Carlomagno, al mando del conde Roldán, héroe de los cristianos, conocerá en Orreaga una derrota histórica, y los vascones, una victoria épica.

En una narración ágil y con rigor histórico, Josetxo Orueta nos sumerge en un periodo apasionante de la historia de nuestro país, tantas veces oculta y tergiversada.

Lectulandia

Jose txo Orueta

El Cantar de Orreaga

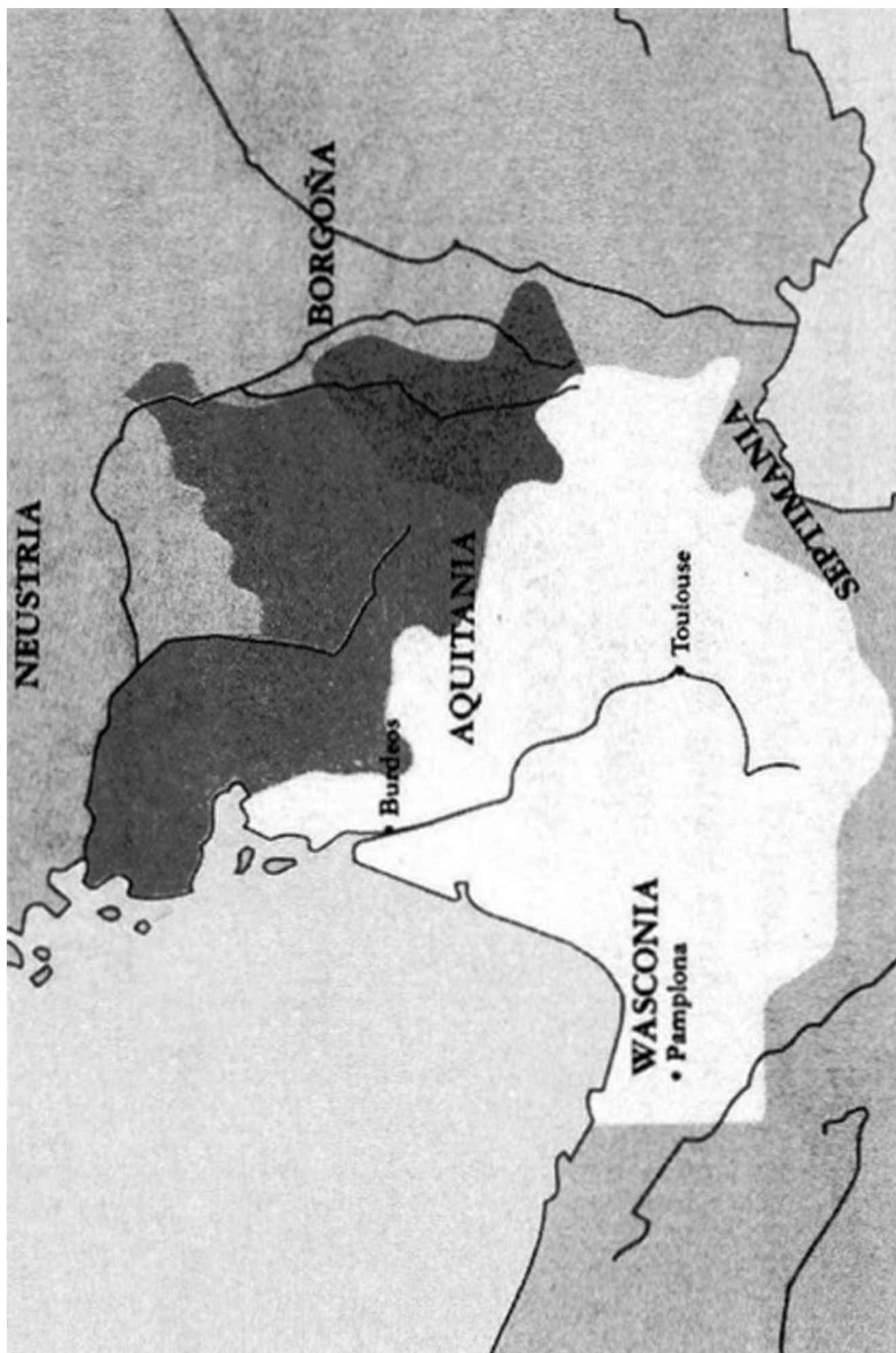
ePub r1.0

Titivillus 08.04.15

Título original: *Ortziren Hortza*
Josetxo Orueta, 2004
Diseño de cubierta: Carlos Patiño
Ilustraciones: Pedro Osés
Ilustración del mapa de la batalla: el autor

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PERSONAJES

FRANCOS (Históricos).

Roldán: conde de la Marca de Bretaña; héroe de los cristianos.
Carlomagno: Carlos I, rey de los Francos (**Carlos, Qarl**).
Ekkehart: senescal del reino.
Anselmo: conde de palacio.
Turpin: obispo de Reims.
Guillermo: conde de Toulouse, hijo de Thierry.
Adalardo: consejero y primo del rey.
Bernardo: conde y tío del rey.
Thierry: conde, padre de Guillermo.
Hildegarda: segunda mujer de Carlomagno.
Pipino el Breve: padre de Carlomagno, primer rey de su dinastía.
Carlos Martel: abuelo de Carlomagno, vencedor de los musulmanes.
Clovis: antiguo rey y cristianizador de los francos.
Pipínidas: dinastía de Carlomagno.
Merovingios: dinastía anterior a la de los Pipínidas.

FRANCOS

(Ficticios; todos pertenecientes al «Cantar de Roldán»).

Olivier: vasallo de Roldán y hermano de su prometida.
Geiffrei: duque de Anjou, porta estandarte del rey.
Gautier de l'Hum, Otón, Engelier, Anseïs, Gerardo de Rosellón, Droun:
caballeros francos y pares del reino.
Aude: hermana de Olivier, prometida de Roldán.
Veillantif: caballo de Roldán.

VASCONES (Históricos).

Oneka: madre de Eneko y Fortún Arista, mujer de Iñigo.
Eneko Arista: hijo de Oneka e Iñigo, primer rey de Pamplona.
Ximeno: jefe de la familia Arista y señor de los roncaleses, padre de Iñigo y

abuelo de Eneko Arista.
Iñigo: hijo de Ximeno, esposo de Oneka, y padre de Eneko Arista.
Fortún: hermano de Eneko Arista, hijo de Iñigo y Oneka.
Mutarrif: jefe de los Banu Qasi.
Muza: sobrino de Mutarrif.
Velasco: hijo de Sancho, caballero cristiano.
Lupus: el rey Lobo, duque de los aquitanos.
Argote: tribu marginal (Agote).
Velasco: familia cristiana profranca.
Arista: poderosa familia roncalesa (Aritza, Garcés).
Banu Qasi: familia vascona, musulmana, asentada en la ribera del Ebro.

VASCONES

(Ficticios).

Mikelot: hijo de Gartxot.
Gartxot: poeta, cantante, narrador, protegido de la familia Arista.
Idoia: joven campesina de la zona de Oyartzun.
Leire: joven protegida de la familia Arista, prima adoptiva de Mikelot.
Aralar: caballo de Mikelot, de la raza Pottok.
Itziar: mujer de Gartxot y madre de Mikelot.
Amaia: mujer del clan de los Argote.
Zaharra: jefe vascón de la frontera oeste.
Sara: jefe vascón del norte.
Lodi: jefe vascón de la zona costera.
Sancho: jefe de los cristianos de las tierras bajas.
Cauderac: joven gascón de la región de Burdeos.
Mikel: mensajero de Pamplona.
Potes: mercader judío de Pamplona.

MUSULMANES

(Históricos).

Al Hussayn: yemení, gobernador de Zaragoza cómplice de Sulayman.
Sulayman: yemení, gobernador de Barcelona, jefe de la rebelión contra Abd al-Rahman.
Matruh y Aysun: los dos hijos de Sulayman.
Abu'l Aswad: hijo de Yusuf al Fihri, miembro de la conjura de Sulayman.
Alarviz: cuñado y protector de Abu'l Aswad, miembro de la conjura.

Jâbir: alquimista árabe.

Abd al-Rahman: superviviente de la dinastía Omeya, fundador del emirato de Córdoba.

Yusuf al Fihri: antiguo gobernador de Al-Ándalus, destronado por Abd al-Rahman.

Saad ibn Ubada: allegado de Mahoma.

Al Mushir: poeta yemení.

Abu Tawr: jefe musulmán de la zona de Huesca.

Al Siglabi: enviado de los Abasitas de Bagdad (Abd al-Rahman ibn Habib).

Mahoma: profeta fundador del Islam.

Abasitas: califas de Bagdad, vencedores de los Omeyas.

Omeyas: dinastía de Abd al-Rahman, califas de Damasco, derrocados por los Abasitas.

OTROS

Silo: rey de Asturias.

Pelayo: antiguo rey de Asturias (718 - 737).

Adriano I: papa de 772 a 795.

Gregorio III: papa de 731 a 741.

Cesar Augusto: emperador romano, fundador de Zaragoza.

Pompeyo: general y cónsul romano, fundador de Pamplona, sobre la Iruña vascona.

Maia: divinidad principal de los antiguos vascos (Mari).

Sugaar: amante de Mari, Dios fecundador.

Erroldan: ser legendario malvado (Jentil).

El Cantar de Orreaga



Mentiras y verdades

—Eres un sapo sarnoso y un mentiroso.

El joven trovador quedó petrificado al oír los insultos. Llegaba cansado de su última actuación, saboreando los aplausos del público, y apenas tuvo tiempo para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad de la carreta que le servía de vivienda.

—No mereces la comida que tragas ni tampoco el aire que respiras —insistió el extraño.

Era un viejo desdentado que expelía un hedor insufrible, rodeado de restos de comida de la pequeña despensa que acababa de saquear a conciencia.

—¿Quién eres? —contestó con aplomo el trovador.

—Se te pudrirá la boca de cantar tantas mentiras.

Una bocanada de rabia sacudió las entrañas del poeta. Invadir su morada y robar su comida eran actos despreciables, aunque no tan graves, porque cada noche su bolsa se llenaba de monedas gracias al *Cantar de Roldán*. Pero tratarlo de mentiroso era un ataque a su orgullo que requería una respuesta enérgica.

—¡Márchate de mi casa! —dijo con firmeza mientras daba un paso al frente.

—¿Tu casa? ¡Puaj! —Escupió el viejo, levantando con desgana un cuchillo roñoso y desgastado.

De pronto, la firmeza y el orgullo cayeron al suelo del carromato empujados por la mirada amenazante del viejo. Una mirada oscura y fría, desprovista de emociones; la de quien no da gran valor a la vida, ni a la propia ni a la ajena. Aquel hombre había matado, y mucho, quizá con aquel mismo cuchillo negro y romo que paralizaba al desafortunado trovador. Qué desgracia morir en lo mejor de la vida, cuando, por fin, le sonreía el éxito y se imaginaba cantando en cortes prestigiosas y auditorios cargados de joyas y de títulos nobiliarios.

—¡Si me vas a matar, hazlo ya! —dijo, asustado, el joven artista. Ni se le ocurrió que podía salir corriendo, inmovilizado por la amenaza.

—¡Calla de una vez y siéntate!

El trovador obedeció sin quererlo y se quedó sentado en el suelo, boquiabierto.

—¡Moros! ¡Puaj! Quieras o no, vas a escuchar lo que tengo que contarte.

—Pero...

—¡Que te calles! No sabes más que hablar y cantar, y mueves tu culo como un ganso fuera del agua mientras vomitas tus falsedades sobre esa pobre gente ingenua. ¡No! No te voy a matar. No todavía, al menos...

—Por lo menos dime quién eres...

—¿Qué te importa a ti quién soy? Mi nombre no te diría nada. Has de saber solamente que yo estaba allí y que no había ni un maldito sarraceno.

—¿Dónde allí?

—En los puertos y en los valles, y te aseguro que no vi a ningún moro mal

nacido. ¡Setenta mil sarracenos! ¡Puaj! ¿Y qué más?

—Mi maestro dice que podían ser más aún...

—¡Tu maestro es un sapo del infierno, como tú! ¡Caj, caj caj! —Tuvo unas horribles convulsiones que el trovador interpretó como un ataque de risa, mientras lanzaba un esputo sobre unos huesos de codorniz bien pulidos.

—¿Tú estuviste en el puerto de Roncesvalles?

—¡De Ronces-lo-que-quieras! Nunca había oído ese nombre hasta esta tarde, cuando he tenido la desgracia de juntarme con el rebaño de necios que se estaba tragando tu cuento de niños.

—¿El *Cantar de Roldán*, un cuento de niños? —El trovador se sintió indignado.

—De niños tontos y crédulos. Te digo que no había moros y que no era un puerto sino varios. Y no tenían nombre.

—Todo el mundo sabe que Roldán murió heroicamente en el puerto de Roncesvalles a manos de un ejército moro infinitamente superior en número. Yo sólo cuento la realidad de forma poética y a la gente le gusta.

—La realidad como te la habrá contado algún amigo de Satán —el joven trovador se santiguó tres veces y besó su dedo pulgar—. ¡Yo estaba allí, gorrino miserable! ¡Bah! No sé ni para qué me esfuerzo. El niño no quiere saber la verdad.

—¿Luchaste a las órdenes de Roldán?

—¡No, pedazo de inútil! ¿No sabes que murieron todos sus hombres en los puertos? ¡Yo serví a las órdenes del conde Anselmo!

—¿Anselmo? ¡No hay ningún Anselmo en el *Cantar de Roldán*!

—Anselmo era conde de palacio y segundo del rey. ¿Te dice algo eso, muchacho? Ve a la corte de tu rey Luís y verás que todos recuerdan su nombre así como los de todos los pares del rey Carlos que cayeron en los puertos. Y algunos de sus descendientes viven aún.

El joven trovador consideró la posibilidad de cantar ante la corte del rey Ludovico Pío, hijo de Carlomagno. ¡Qué terrible situación! A la fuerza tendría que contar el relato que le estaba dando tanto éxito. Pero esta vez, su público sabría más que él sobre la historia y los personajes de los que hablaba. Incluso podría quedar algún superviviente de la batalla ocurrida en tiempos para él remotos, algún superviviente como aquel viejo fósil queapestaba la habitación mientras jugaba con su cuchillo. Si el viejo decía la verdad, cualquier información que pudiera sonsacarle sería valiosa, aunque el hombre parecía haber perdido en parte la razón. El joven poeta sentía verdadera pasión por los relatos épicos y, sobre todo, por la historia del caballero Roldán y su trágica muerte. Encontrarse ahora con un testigo de los hechos debía ser un regalo de Dios, aunque podía haberle proporcionado algún testigo menos repugnante. La curiosidad fue más fuerte que el asco y el trovador soltó la primera pregunta que le vino a la imaginación.

—¿Oíste el cuerno de Roldán cuándo por fin llamó para pedir ayuda a Carlomagno?

—¿El cuerno de Roldán? —repitió el viejo parodiando al trovador—. ¡Había cientos de cuernos que sonaban sin cesar! ¿Cómo quieres que reconociera un cuerno entre otros cientos? ¡Malditos cuernos! Sólo recuerdo un toque distinto a los demás que sonó a mi espalda y te aseguro que ése no era el de Roldán.

—¿Pero le viste a él? ¿Viste a Roldán?

—¿Si vi a Roldán? ¡Pues claro que lo vi! Lo vi en los campamentos, lo vi en Pamplona, lo vi en Zaragoza, pero no lo vi en los puertos. Te repito que yo estaba con Anselmo.

—¿Y cómo era él?

—¿Anselmo? ¡Un gran general!

—¿Anselmo no, Roldán!

—¿Y cómo quieres que sepa yo cómo era Roldán? ¿Tienes serrín en la sesera? ¿Crees que me invitaba a comer a su mesa?

—Pero si lo viste, me puedes decir qué aspecto tenía.

—¿Su aspecto? ¡Oh! Era hermoso, sí, hermoso y elegante. Llevaba la cota de mallas más brillante que yo haya visto jamás y sus ropas eran las más finas de toda la corte. Pero resultaron burdas comparadas con las que llevaban los moros.

—Pero acabas de decir que no había moros.

—No había moros en los puertos, culebra inútil. Pero vi a los moros, claro que los vi; en el camino del Ebro, cuando nos entregaron sus tesoros. ¡Y qué tesoros! Como me llamo Hunaldo que jamás he visto semejante riqueza en tierra cristiana. Y luego los vi en Zaragoza, la ciudad más hermosa que Dios ha hecho.

—¿Zaragoza? Es la ciudad del emir ¿no?

—¡No, estúpido ignorante! Allí no estaba el emir. Por aquel entonces se escondía y sólo actuó más tarde, mucho más tarde.

—¿Y viste a Ferragut?

—No recuerdo a ningún Ferragut. Pero recuerdo a Sulayman y a sus hijos, que se adornaban la frente y las orejas con piedras preciosas enormes y llevaban cimitarras encorvadas más grandes que tu pierna, y que te habrían separado la cabeza del cuerpo sin ningún esfuerzo.

El anciano hizo una extraña mueca, tal vez una sonrisa.

—¿Y cómo era el emperador Carlomagno? —Volvía a la carga el trovador.

—No era emperador y nadie lo llamaba Carlomagno —sentenció el antiguo soldado.

—¡Eso es imposible! —protestó el poeta—. Te lo estás inventando todo.

—Cuando fuimos a Zaragoza, todavía no era emperador, eso fue más tarde. Sólo era Carlos, rey de los francos.

—¿Y su barba?

—¿Qué pasa con su barba?

—Dicen que era tan rubia y rizada como un haz de flores.

—¡Dicen tonterías! Su barba no tenía nada especial, era más bien corta. Pero si no

dejas de hacerme preguntas estúpidas, no podré contarte lo que de verdad ocurrió aquel verano. Escúchame bien, porque estoy viejo y enfermo, trovador, muy enfermo. Tú eres mi última oportunidad para transmitir la verdad sobre lo que ocurrió en Al-Ándalus y en los puertos. Lamento que Dios haya elegido a un pazguato como tú, pero tendrás que escucharme y luego contarás lo que te dé la gana.

Por un momento se hizo el silencio. El anciano se quedó inmóvil con los ojos cerrados. El joven trovador ya no se atrevía a hablar. Pensó que el viejo se había quedado dormido, o quizá estuviera muerto. Pero el hombre abrió un ojo y luego el otro.

—Veo que también sabes callar, renacuajo. Me alegro. Cuanto más se habla, menos se piensa. ¿Pero qué te estaba diciendo?

—Hablabas de los puertos y de Al-Ándalus. ¿Qué es Al-Ándalus?

—Al-Ándalus es el país de los musulmanes, ignorante. Allí fuimos a luchar contra el emir. Es una tierra extraordinaria donde las ciudades están rodeadas por murallas altísimas con almenas puntiagudas que protegen palacios lujosos de colores claros. Sus templos tienen tejados blancos y redondeados como panzas de yegua boca arriba. Y tienen extraños métodos para regar sus campos cuando no llueve.

—¡Parece que admiras a los infieles!

—¡No me provoques, imbécil! He matado a más hombres de los que puedas contar y la mayoría eran cristianos. Luché contra los musulmanes, aquel año y los siguientes. Tienen la sangre tan roja como la nuestra y hay la misma cantidad de valientes y de cobardes que entre los cristianos.

—Pero no había musulmanes en Roncesvalles —ironizó el trovador.

—No entiendes nada, testículo de asno. He dicho que no había moros en los puertos, que no es lo mismo. Pero no pretendo que entiendas, sólo que escuches —emitió un largo suspiro—. Me estás agotando y mi tiempo se acaba. ¿Escucharás al fin la historia que quiero contarte?

—Si se trata de la historia del caballero Roldán, te escucho.

—Sí, en esta historia está Roldán, que fue un gran héroe en la victoria y en la derrota. Pero también es la historia de muchos hombres e incluso de mujeres, algunos recordados por sus nombres y títulos, y otros olvidados y anónimos. No sé si todo esto merece una canción, pero ya que tú cantas con tanto brío esas mentiras absurdas sobre los que fueron mis compañeros y mis enemigos, yo te diré quién era quién y qué es lo que realmente ocurrió.

—Murieron tus compañeros, pero tú sobreviviste.

—Cayeron muchos, pero no todos. Yo recibí graves heridas, pero un muchacho vascón me salvó; era casi un niño. Yo lo conocía ¿sabes? Me cuidó allí mismo, taponó mis heridas y me arrastró hasta sacarme del campo de batalla y ponerme en manos de una curandera. Aquel muchacho fue mi amigo, pero también el peor de nuestros enemigos. Él nos trajo la derrota.

—Pero si no había moros, ¿quién mató a Roldán?

—¡Te lo acabo de decir, borrego del demonio! ¡Mataron a Roldán y a los demás! Miles de mis compañeros murieron cruzando el Pirineo —hizo una mueca de dolor y siguió hablando con dificultad—. Eran vascones los que nos mataron.

—Querrás decir gascones.

—Vascones o gascones ¿qué más da? Es lo mismo. Salieron de debajo de las piedras; eran miles. Unos eran soldados bien armados, otros eran pastores o pescadores que usaban piedras y palos. Nunca habríamos pensado que pudieran reunirse tan rápido. Y vinieron a cumplir su venganza cuando aún estábamos en sus tierras. Jamás a lo largo de mis campañas he visto tanta sangre franca derramada...

Se produjo un nuevo silencio en el que la respiración del viejo se hizo lenta y ruidosa.

—... Pero el verdadero enemigo es la montaña... —consiguió decir.

Volvió a callarse. El trovador se quedó quieto y mudo, expectante, y dejó descansar al moribundo. Pronto le desvelaría el verdadero relato que se escondía tras los versos del Cantar de Roldán. Por fin sabría cómo era Al-Ándalus, quién era Sulayman, cómo reinaba Carlomagno y cómo murió Roldán. Pero esta vez, el reposo del viejo se le hizo interminable.

La noche seguía su curso y una vela diminuta mantenía una triste penumbra dentro de la carreta. El trovador siguió esperando con infinita paciencia.

Pero el último testigo y actor de la batalla de Roncesvalles no volvió a despertar.

I

EL poeta y su hijo

Los ojos de Mikelot parecían volverse más claros cuando miraba al mar. Aquel día, un sol de primavera dejaba reflejos dorados en su joven melena castaña. Había visto antes el mar, pero seguía sintiendo el mismo asombro que la primera vez. Él era hijo de las montañas y aquel horizonte inaccesible le incitaba a explorar lugares lejanos, a vivir aventuras y a conocer a gentes extrañas.

Además, el mar acababa de ofrecerle un espectáculo único. Ante su mirada adolescente se había desarrollado el episodio heroico y trágico de la pesca de una ballena. Aquel monstruo marino, admirable y espantoso, parecía haber salido de una de las canciones de su padre. Y aquellos hombres, flacos y gastados por el mar, se habían jugado la vida para dar caza a una bestia veinte veces mayor que ellos. Pero el valor y la tozudez de los pescadores habían podido con la resistencia de la ballena, que ahora era remolcada hacia la costa, acompañada por un coro de gaviotas hambrientas.

Mikelot y Gartxot, su padre, abandonaron la cumbre de la colina, dejando a su pesar el espectáculo detrás de ellos.

—Padre —preguntó Mikelot—. ¿Tú has visto muchas ballenas?

—¡Es la primera vez que veo una de tan cerca! ¿Sabes? Hemos tenido suerte de ver la caza justo debajo de nosotros. Podría haber tenido lugar un poco más lejos y no habríamos visto nada.

—Yo creía que la chalupa iba a volcar —dijo Mikelot—. ¡No me hubiese gustado estar en lugar de esos marineros! Pero ¿no tenían miedo?

—Por supuesto que sí, tenían miedo. Pero si renunciáramos a hacer todo lo que nos asusta, la vida sería muy monótona...

—De todas formas, ese animal, ese monstruo, podría haberlos aplastado con un solo golpe de su cola...

—Pero no lo ha hecho; y ahora, las necesidades de las gentes de la región están cubiertas para mucho tiempo.

Mikelot pensó un rato en la afirmación de su padre.

—Me da pena la ballena. ¡Parecía tan poderosa, tan orgullosa! Podría haber vivido feliz si no se hubiese acercado a la costa.

—Haces bien en lamentar su pérdida. Tenía tanto derecho a la vida como nosotros. Además, los sabios dicen que las ballenas quizás sean tan inteligentes como los hombres, o acaso más.

Siguieron hablando de los animales y de los hombres, y de la vida de los marineros, mientras se dirigían hacia el sur. Después de bordear una zona de marismas, el camino los llevó a una bifurcación que les llevaba hacia los pueblos

costeros de Getaria y de Orio, donde se iban a desarrollar nuevos episodios de la caza de ballenas, empezando por una fiesta improvisada, pero Gartxot continuó con paso decidido hacia el sudeste.

—Creía que iríamos a ver la ballena de cerca —se sorprendió Mikelot—. ¿No podemos dar un rodeo?

—¡Nos esperan esta misma noche, Mikelot! Y es en otra dirección, desgraciadamente.

El camino, fácil al principio, empezó a empinarse cada vez más. Ante ellos se elevaba orgulloso un pequeño macizo montañoso, negro y compacto, coronado por tres picos unidos por una cresta bien afilada. Parecía que un viento del norte los había encorvado. Los vascos lo llamaban Aiako Harria.

Mikelot, que estaba en edad de descubrir el mundo, era fuente inagotable de preguntas. Era la primera vez que emprendía un viaje tan largo con su padre, y tenía por delante toda la primavera y el verano para poner a prueba los conocimientos y la paciencia de Gartxot. Todo le interesaba, las actividades humanas y los misterios de la naturaleza. Siendo natural de un alto valle del Pirineo, adoraba, como todo el pueblo al que pertenecía, los montes, los bosques, la tierra y los ríos. Pero el mar había producido en él un efecto nuevo. Le maravillaba que los pequeños riachuelos de sus montañas pudieran transformarse en corrientes en ríos infranqueables, antes de alimentar el océano infinito.

—¿Cuál es el río que hemos cruzado? ¿Tiene un nombre?

—Por supuesto que tiene un nombre —aseguró Gartxot—. Los nombres de los ríos y de los montes seguramente serán las palabras más antiguas que conocemos. Mira, esta mañana hemos cruzado el Urumea, el niño del agua. Y el próximo río que encontremos, más al este, es el Oiartzun, que significa el eco. Por aquí no parece nada, pero pronto se ensancha para abrirse en un hermoso estuario. El pueblo al que vamos también se llama así.

El azar quiso que divisaran en aquel momento el curso delgado del Oiartzun. Gartxot tuvo una risa espontánea. Así era como solía expresar su alegría. Se reía. Si un pinzón azulado cruzaba su camino, se reía; si el pueblo que buscaban se mostraba a la vuelta de un camino, reía otra vez. Era una risa corta pero abierta, sin reserva. Su boca parecía siempre entreabierta y sus ojos despiertos, como si esperaran impacientemente la próxima sorpresa agradable para sonreír agradecidos. Innumerables arrugas se habían grabado a cada lado de su boca y de sus ojos, contradiciendo la juventud de su mirada. Esta expresión de felicidad y la palidez de su piel le daban el aspecto de un ser sin historia, buen campesino bien alimentado y sin inquietudes. Pero no era en la cara donde estaban sus cicatrices. Una de sus heridas, seguramente la más dolorosa, y la más reciente, la compartía íntegramente con su hijo: era la desaparición de Itziar, su compañera y madre de Mikelot. Aniquilada por las fiebres, su espíritu y su cuerpo habían sido reclamados por Maia en el seno de la tierra, origen de la vida y destino de los muertos. La habían

despedido según el viejo rito. Su cuerpo fue incinerado en el centro de un círculo de piedras, como los que habían dejado los antiguos. Su ausencia trastornaba la vida de Gartxot y Mikelot, que se encontraban juntos, solos, en el momento en que Mikelot era capaz de pasar varios meses lejos de la protección de un hogar.

Pero la razón por la que Mikelot había aceptado acompañar a su padre no les permitía sumirse en pensamientos melancólicos. La vocación de Gartxot era la de ofrecer a sus semejantes toda la alegría y ensueño que podía. Y su hijo, lejos de renegar la elección de su padre, se mostraba como un alumno aventajado.

La aparición de los tejados de las primeras casas, saludada por una nueva carcajada de Gartxot, confirmó a Mikelot que habían llegado a su destino.

—Es aquí —exclamó Gartxot—. ¡Desenvolvamos pronto nuestras cosas! Nos tienen que oír antes de vernos.

Los primeros lugareños que oyeron la música fueron los niños. Al instante, una tropa chillona de pequeños personajes corrió hacia los músicos, saltando, riendo e imitando los gestos de aquellos forasteros. Mikelot marcaba un ritmo saltarín con un tambor ligero, mientras su padre tocaba melodías agudas con una flauta de tres orificios. Los dos llevaban cascabeles en los tobillos. Flanqueados por una escolta de chiquillos alborotados, entraron en una aldea con algunas casas de madera y sus establos. Los bailes empezaron de inmediato. Los jóvenes formaron un gran círculo y dejaron en el centro sus ropas más molestas. Mientras, los bailarines giraban sobre sí mismos al redoble del tambor, Mikelot no pudo evitar fijarse en una jovencita muy morena. No llevaba tocado y su melena flotaba en el aire cada vez que su cuerpo cambiaba de dirección. Era la más joven de todos los bailarines y la única que no tenía la piel muy clara y el pelo rojizo. Ella no dejaba de reír a pesar del esfuerzo. Sus ojos negros centelleaban de felicidad y de orgullo al bailar por primera vez con los mayores. Ni siquiera cruzó una mirada con Mikelot. Cuando la música paró, todos los jóvenes dieron las gracias y felicitaron a los músicos. Bueno, casi todos.

Al poco tiempo fueron llegando los habitantes del valle en grupos pequeños. Vinieron de Astigarraga, donde dicen que la sidra es aún mejor que la de sus vecinos, salvo para estos últimos; de Oiasso, cuyos barcos esperarían un día más a sus marineros que entonaban ya sus propias canciones. Algunos subieron desde la vieja villa romana de Tolosa, que vivía de la agricultura y cuyas costumbres diferían bastante de las de los montañeses.

Cuando declinó la luz, alinearon varias mesas que se cubrieron de viandas y de tortas de mijo. Varios cabritos habían sido sacrificados y todos los invitados aportaban lo que podían para participar en el festín.

Mikelot se las arregló para encontrarse casualmente cerca de la chica en la que se había fijado. Puesto que ella no le había felicitado, sería él quién lo hiciera. ¡Algo había que probar!

—Te felicito, bailas muy bien...

—¡Gracias! —Se sonrojó—. ¡Los músicos también eran buenos!

—Soy Mikelot, hijo de Gartxot.

—Yo me llamo Idoia. Tu padre es muy conocido; viene por aquí casi todos los años. ¿Por qué no te he visto nunca antes?

—Vivía en el pueblo de Izaba, con mi madre que era curandera. Pero murió este invierno. Ahora voy a viajar todo el verano con mi padre.

—Lo siento por tu madre. ¿Sabes? ¡Yo también soy un poco curandera! Es una mujer argote quien me inicia. Nos juntamos de vez en cuando en el bosque y me enseña a reconocer las plantas y a utilizar sus propiedades.

—¿Una argote? ¡No sabía que los hubiese por aquí! Seguro que vas a aprender muchas cosas con ella. ¡Y no sólo a curar!

—Ya veo que no te gustan los argote, como a mi madre —dijo Idoia un poco decepcionada—. Si ella supiera que suelo andar con una bruja, como dice ella, creo que me encerraría o que me ataría a un árbol. La gente tiene miedo a lo que no conoce...

—Te equivocas. No es mi caso. Tenemos muchos amigos argote. Los hay cerca de Izaba, en el Roncal. Pero es verdad que la gente desconfía de ellos, a veces.

—Conoces a mucha gente. Y vas a conocer a mucha más viajando con tu padre...

—Gentes y lugares. ¡He pasado demasiados días y meses encerrado entre las paredes de una ciudad!

—¿Una ciudad? —se extrañó Idoia—. ¿Te refieres a Izaba?

—¡No! Izaba es un pueblo importante, pero no es nada comparado con Pamplona.

—¿Conoces Pamplona? —La muchacha abrió dos grandes ojos con un gesto de admiración. Esta reacción sorprendió un poco a Mikelot, que prefería las extensiones salvajes de sus montañas a las callejuelas asfixiantes de la ciudad.

—Suelo pasar mucho tiempo en casa de mi tío Ximeno. Vive también en Izaba, pero sus asuntos lo retienen a menudo en Pamplona. Tiene allí una de las mayores casas. Ahí es donde me he aburrido durante horas y semanas.

Mikelot omitía por ahora las fiestas, los músicos, los saltimbanquis, el ambiente del mercado, las gentes venidas de horizontes lejanos, los amigos y... los juegos con su prima Leire.

—Nunca he visto una ciudad —suspiró Idoia—. Si quisieras hablarme un poco de ello...

Mikelot reprimió un grito de triunfo. Sólo le quedaba lanzarse a contar sus numerosas experiencias ciudadanas.

* * *

Gartxot era un *koblari*, un bardo. Vivía en los caminos, observaba la naturaleza, conocía a gentes, escuchaba anécdotas. Absorbía todo aquello y lo reproducía en canciones. Podía contar historias en prosa o en verso que sumían al auditorio en sueños fantásticos. Cantaba a la tierra, al mar, al amor y a la tristeza. Como siempre

estaba viajando, también transportaba noticias de un valle a otro. Los koblaris estaban muy bien considerados y se les solía cubrir de regalos que no siempre se podían llevar. Eran, de hecho, los depositarios de la cultura de un pueblo que no escribía y tenían la responsabilidad de transmitirla.

Gartxot tenía una altísima notoriedad, lo que le hizo ser más de una vez utilizado como mediador para resolver problemas. Sin embargo, este pueblo tenía leyes. Los consejos, en los que podía participar todo aquel que tuviese casa, se reunían periódicamente para hacer aplicar las leyes o modificarlas. Los consejos de ancianos daban su opinión sobre las cuestiones más graves y la veneración que se les profesaba hacía el resto. Pero no tenían policía, ni ejército, ni autoridad, ni rey. Ningún impuesto que pagar, ninguna orden que recibir. En esta región montañosa, la tierra era de todos, utilizada sobre todo como pastos del ganado. Las concentraciones urbanas eran, pues, escasas y de tamaño modesto. La población, a pesar de ser numerosa, estaba diseminada sobre el relieve atormentado de las montañas del Pirineo.

Los músicos y los poetas eran siempre bienvenidos, pero también encontraban una dura competencia. Una vez llenos los estómagos y los toneles vacíos, algunos comensales empezaron a competir improvisando versos. En eso Gartxot era un experto, pero descubrió allí algunas mentes avispadas que manejaban con brío la réplica aguda y que se morían por reavivar viejas rencillas. Cierta lucha de carneros en la que al propietario del vencedor se le acusó de ayudar a su animal de forma irregular... con sus propios cuernos.

Todo se hizo con buen humor y acabaron por entregarse al segundo placer tras la comida, cantar. Sesenta gargantas no fueron más que una sola voz y los corazones parecieron volverse demasiado grandes para que los contuviera un simple pecho. Luego Gartxot contó algunos cuentos que todos conocían, pero que nadie sabía decir como él. Finalmente, le insistieron para que cantara sólo para concluir aquella fiesta, y cantó su melodía preferida, un canto largo y triste. Allí volcó toda su alma.

Los cuerpos se acercaron y rodaron algunas lágrimas.

Mientras tanto, Idoia y Mikelot, que se habían apartado de la mesa, se encontraban tumbados de espaldas en un prado ligeramente inclinado. Hablaban poco y despacio.

—No sé si me gustaría conocer esa ciudad de la que me hablas. Creo que me asustaría la gente. ¿Es verdad que hay más que los que están reunidos aquí esta noche?

Idoia estaba impresionada.

—Muchos más. Quizá dos o tres veces más.

Mikelot temió haber exagerado un poco.

—Las personas hacen mucho ruido cuando están juntas —dijo ella—. Yo prefiero el silencio, se puede oír a los pájaros que se llaman de una colina a otra... o el susurro de las ramas que se acarician.

—Mi padre me habla a menudo como lo estás haciendo ahora. Me enseña a

escuchar el curso de los ríos y el lenguaje de los árboles. ¿Por qué no intentas ser cantante, ya que hablas como él? Si quieres, se lo digo y te cogerá de alumna y viajarás con nosotros y...

—Es imposible Mikelot, tengo demasiado trabajo. Tengo que ocuparme del ganado, vigilar a las ovejas... —Mikelot estaba subyugado con la voz de Idoia.

—Además, mi madre acaba de tener otro niño y le cuesta reponerse. Tendré que ocuparme de ella sin ayuda porque mis hermanos son demasiado pequeños. Pero tú, Mikelot, pronto serás un gran koblari, como tu padre. Serás tan famoso como él. ¿Vendrás a vernos a menudo... aunque pase el tiempo?

—No —respondió Mikelot con sequedad—. He decidido que seré guerrero como el viejo Zaharra que lucha contra los cristianos visigodos. Rechazaré a los enemigos del oeste más allá de las montañas, hasta Galicia. Después, subiré al norte de la gran montaña e iré a ayudar al rey Lupo, en Burdeos, para expulsar a los agresores francos. Y después, volveré para organizar la defensa de las costas contra las incursiones de los piratas normandos...

Esta vez fue Idoia la impresionada, no por la valentía de Mikelot, sino por la profusión de nombres de pueblos y de países que le parecían aún más lejanos que las nubes en el cielo. Mikelot sintió la inquietud de su nueva amiga y trató de tranquilizarla.

—Pero te prometo que volveré a verte muy a menudo.

Sin saber si su último comentario había sido bien recibido, decidió callarse y ella hizo lo propio. Los dos adolescentes se dejaron llevar por sus pensamientos, muy diferentes. El mundo, a su alrededor, casi había desaparecido, mientras un lazo se iba tejiendo más allá de las palabras. Mikelot ya lamentaba su discurso guerrero, que contrastaba con la dulzura de aquel momento. Idoia seguía silenciosa y tranquila. No necesitaban hablarse para estar bien, porque un puente invisible se había instalado secretamente entre ellos, haciéndoles sentirse más cerca. La felicidad debía de ser como aquel tranquilo bienestar.

Pero la mente de Mikelot rara vez se mantenía en reposo más de unos pocos minutos y, después de probar una golosina, enseguida iba a buscar otra. Además, con Idoia, nada estaba hecho aún. De forma imperceptible, su mano derecha fue acercándose poco a poco a la mano izquierda de Idoia. Al cabo de un largo viaje de escasos centímetros, el dedo meñique del muchacho rozó aquella mano tan deseada. El contacto duró sin que pasara nada. Tras una pausa, la mano de Mikelot recogió la de Idoia. De repente, ella se levantó con un brinco.

—Los invitados ya empiezan a marcharse, tengo que volver a casa o mi madre se va a preocupar.

Y se marchó corriendo sin esperar respuesta. Mikelot sonrió. No estaba muy decepcionado. Escuchó un instante al mundo tal y como se lo había enseñado su padre. La noche era clara aunque sin luna, iluminada por racimos de estrellas distribuidas por una voluntad misteriosa. El cielo, negro, casi azul, apenas permitía

distinguir el contorno de los árboles. Mikelot escuchó primero el rumor de las hojas y luego le encontró un lugar en el sonido que le ofrecía la noche. Después lo siguió, adivinando casi el ritmo matizado pero regular de la respiración del mundo. Así era como Maia hablaba a sus hijos predilectos, a través de la música de todos los seres que pueblan su superficie, desde la llamada de los pájaros hasta el crujido imperceptible de las piedras. A Gartxot le gustaba decir que el ruido de los ríos y el silbido del viento eran una canción hecha para calmar las mentes y enseñarles lo que ninguna lengua humana sabría explicar.

Alrededor de las mesas, las conversaciones se hacían más íntimas, disminuyendo a medida que los comensales se retiraban a sus casas. Las voces siguieron difuminándose mientras Mikelot comenzaba a dormir.

II

Carlomagno cruza el Pirineo

Nunca semejante ejército ha pisado esta tierra.

Decenas de carros, centenares de animales, millares de hombres avanzan en un desfile interminable. Los cascos de los caballos golpean la roca silenciosa envueltos en una nube de polvo. Gritos, rebuznos y ruidos metálicos acompañan al ejército que se estira como una cicatriz en la montaña. Los lanceros resoplan cada vez que se empujan las rampas de los puertos del Pirineo.

Una polvareda densa y amarillenta envuelve a los soldados, que caminan pesados, portando sus armas, pues los carruajes transportan otros cargamentos. Su paso es lento y decidido.

Son guerreros francos.

Carlomagno va en cabeza. Ha decidido franquear los Pirineos delante del grueso de sus tropas. Con el corazón hinchado de esperanza y la mente rebosante de proyectos, emprende su campaña más ambiciosa. Le sigue el mayor ejército que jamás haya reunido. Aunque, más que un ejército, ha convocado a dos. Mientras él cruza los Pirineos occidentales con sus soldados francos, otra columna se dirige hacia Barcelona, por su extremo oriental. Una doble oleada cae sobre la península ibérica y va a ensanchar los dominios del mundo cristiano con la ayuda de su Dios.

Nadie podría resistir a semejante poder. Los que desobedezcan al rey de los cristianos, los que no acepten su ley, serán aniquilados sin compasión.

Mientras el ejército seguía su pesada marcha, el rey hizo llamar a sus barones y cabalgó con ellos hasta la cumbre cercana más alta. Allí, se arrodillaron todos y rezaron por la victoria, mirando siempre hacia el oeste.

El conde Roldán, al que el rey quería como a un hijo, habló de la misión que tendrían que cumplir, y todos lo escucharon, pues era el caballero más admirado de la cristiandad. Luego, retomaron su lugar en la columna y bajaron hasta el llano.

En el linde del bosque, un hombre viejo sentado en una roca contemplaba impasible el primer acto del espectáculo de la guerra.

* * *

Mil hogueras lejanas adornaban la pradera lisa y negra. El firmamento se reflejaba casi exacto a la tierra firme y oscura, al pie del silencioso Pirineo, donde los fuegos de los hombres, ordenados en caprichosas constelaciones, unían a las compañías de los guerreros francos.

Estaban contentos por aliviar su fatiga al calor de la lumbre y envueltos en olores

que alimentan. Era noche de banquete, porque así lo había decretado el rey. La gran cocina real se había instalado al aire libre, custodiada como una fortaleza, y de ella partían deliciosas promesas de carne asada. Sólo nobles y capitanes accederían a tan succulento bocado, pero cada hombre estaba seguro de encontrar más tropiezos en su rancho.

El viaje había sido duro. Tras cruzar el río Garona en grandes barcazas, evitando que se mojaran los víveres, habían seguido la antigua vía romana, zigzagueando entre las ponzoñosas marismas donde se hunden los carros, se agotan los caballos y enferman los hombres.

Pero no sólo los cuerpos habían sufrido al superar las cuestas rocosas; las mentes también arrastraban su carga de miedo y superstición. Franqueando cornisas y bordeando precipicios en territorio desconocido, las miradas habían buscado inquietas a agresores ocultos en las alturas, a pesar del rastreo tranquilizador de la vanguardia.

Para eso también tenía el rey dos soluciones adecuadas: la fe y las canciones de un juglar.

Se hizo un silencio sepulcral cuando el obispo Turpin bendijo los alimentos. Obedeciendo a sus palabras, la gracia divina llovió sobre los patés de Aquitania, los jamones de Lombardía, los gansos asados guarnecidos con verduras olorosas. Los rezos del rey Carlos, flanqueado por el Senescal Ekkehart y el Conde Palatino Anselmo, dieron nueva luz a los vinos de Provenza, escanciados en la mesa real. Nada más interrumpirse la oración de Turpin, las manos se abalanzaron ansiosas sobre los manjares. Los alimentos reales y el rancho de los soldados fueron devorados con bullicio y gozo antes de que los estómagos quedaran saciados y los paladares saturados. El vino dio calor a los corazones y empapó las mentes con un agradable sopor.

Entonces intervino el juglar preferido del rey y, rodilla en tierra, reclamó la atención de los nobles. Le siguió un silencio sepulcral, pues, desde el último soldado hasta el más experto general, deseaban oír los relatos heroicos del trovador.

Éste, cantó una batalla ilustre, en la que el ejército de Carlomagno, comandado por los mismos barones que se hallaban ahora sentados frente a él, tuvo que vencer a la montaña, al miedo y a la fatiga, para derrotar a un enemigo poderoso y traicionero.

Con su voz y sus versos, el trovador evocó el terror de los hombres en las cornisas y los desfiladeros, pero luego su canto se volvió más brioso para mostrar el valor y la astucia de los generales francos, que bordearon los precipicios para coger al enemigo por la espalda. Por fin hizo que las mentes de todos sus oyentes cabalgaran victoriosas tras los heroicos barones. Los enemigos huyeron, las ciudades cayeron, las inquietudes de la tropa se esfumaron, sustituidas por la admiración y la euforia.

—Así fue, señores míos —concluyó el trovador—, cómo el rey de los francos llegó a ser también rey de los lombardos y protector de Roma. Pero no termina aquí su gloriosa historia, pues ahora dirige a sus huestes hacia el país de los moros. Pronto,

otros cantarán el heroísmo de los caballeros y lanceros que habrán hecho caer Zaragoza y vencido al emir de Córdoba, para mayor gloria del rey de los francos y lombardos, Carlos, elegido de Dios.

Al instante hubo una tormenta de aplausos, seguida de comentarios ruidosos. Los veteranos rememoraban su participación, mientras los más jóvenes, admirados, los asaltaban a preguntas. La fatiga acumulada tras jornadas de marcha y la travesía de los puertos, y la angustia del comienzo de campaña fueron barridas por la sed de victoria y la esperanza de alcanzar la gloria. A partir de ese momento los futuros combatientes tendrían una confianza ciega en sus jefes. Obedecerían sin pestañear y matarían a guerreros valerosos, a campesinos desarmados, a mujeres asustadas o a niños indefensos. Y, sobre todo, creerían firmemente en el destino único e imparable de su rey.

Poco después de que el juglar marchara a las cocinas a recibir su recompensa, un soldado de servicio se acercó al conde Anselmo y le habló al oído. Éste, a su vez, se dirigió al rey:

—Mi Señor, dos emisarios han llegado por separado al campamento. Uno viene de la ciudad de Pamplona, el otro es un musulmán que dice venir de Zaragoza.

—¡Traedme primero al vascón y luego al moro! —ordenó el rey—. Los escucharé inmediatamente. Y después, ¡que venga el viejo al que hemos prendido en el camino! Espero que nos divierta un poco antes de acostarnos.

La asamblea era aún muy ruidosa cuando llegó el enviado de Pamplona. Tuvo que forzar la voz para hacerse oír por el rey.

—Mi señor —dijo torpemente—, gran rey de los francos, soy Velasco, hijo de Sancho. He sido delegado por la junta de Pamplona para deseáros la bienvenida a nuestra ciudad.

El joven se había repetido más de mil veces aquella simple frase mientras cabalgaba por la antigua vía romana. Ni siquiera estaba seguro de haberla dicho entera. ¿Pero acaso lo había escuchado alguien? El rey no parecía hacerle ningún caso. Los barones formaban pequeños grupos cuyas conversaciones no parecían haber bajado de tono. Turpin, que como sus clérigos había disfrutado del buen comer y se dedicaba a saborear los divinos licores, fue quien se interesó por el joven vascón desamparado.

—¿No hay un rey, un gobernador o algún duque en tu ciudad, hijo mío? ¿O acaso has olvidado citarlo?

—No tenemos tan gran autoridad... pero tenemos una junta...

—Y estoy seguro —rió Ekkehart prestándole repentinamente su atención—, de que tú eres un personaje influyente en esa... junta. ¡Ja, ja, ja!

Aquellas risas que no lograba entender acabaron por desconcertar al joven Velasco. Lo habían elegido porque era uno de los que mejor manejaba la lengua romance. Y, sobre todo, porque era cristiano. Hizo un gran esfuerzo para recordar lo que le restaba por declarar.

—El día de vuestra llegada, nuestra máxima autoridad religiosa celebrará una misa en honor del rey de los Francos, salvador del Santo Padre, en nuestra modesta iglesia.

—Muy bien, hijo —contestó Turpin— sin duda, acudiremos. Miró al rey de reajo.

—Acudiremos, acudiremos —confirmó Carlos—. ¿Pero, os habéis desecho ya de aquellos musulmanes que os gobernaban?

—Siempre nos hemos negado a pagarles su impuesto —se enorgulleció Velasco— y luego expulsamos a sus tropas.

—Eso me complace —exclamó Carlos—. De ahora en adelante, ya no tendréis que preocuparos porque yo os protegeré. Formaréis parte de la casa de Dios y tendré mucho gusto en explicar todo esto a vuestra... junta.

Hubo más risas incomprensibles.

—Mientras tanto, ponte a la mesa, joven Velasco. Mañana partirás al alba con mis mensajeros para preparar nuestra llegada.

Fue una liberación para el enviado de Pamplona, que se abalanzó sobre uno de los pocos patés que habían sobrevivido al banquete, descubriendo de repente que jamás había tenido tanta hambre.

—Matruh, hijo y enviado de Sulayman ibn Yakzan ibn al-Arabi saluda al gran Qarl, rey de Alfanraja.

Esta vez, el silencio se hizo alrededor de aquel personaje venido de otro mundo. Vestía una larga túnica blanca ornamentada con motivos cosidos con hilos de oro. En su turbante perfectamente enroscado, lucía un zafiro. Una enorme cimitarra con empuñadura tallada subrayaba el valor de su rango. Dobló la rodilla e hizo una profunda reverencia, pero sin desviar un instante su mirada de la de Carlomagno. Parecía que sus ojos azul oscuro querían hacer juego con las joyas que ostentaba. Su aspecto y su actitud le valieron el respeto inconsciente de los asistentes. A pesar de su elegancia y su finura, los guerreros francos reunidos alrededor de aquellas mesas reconocieron intuitivamente en Matruh a un temible combatiente.

—Mi padre, Sulayman, irá a tu encuentro con su séquito a orillas del Ebro. La entrega de la ciudad y de las otras villas del norte de Hispania será negociada en la llanura ante Zaragoza —declaró Matruh.

—¿Negociada? —Se sorprendió Carlomagno—. Si has visto al ejército que estoy conduciendo, habrás comprendido que las negociaciones serán de corta duración.

—Hemos visto tu ejército y el que has encaminado hacia Barcelona, pero no tenemos por qué temer a nuestros amigos y asociados. El impostor Abd al-Rahman, emir de Córdoba, es quien debe temblar hoy. De nuestro entendimiento dependerá su derrota.

—Elegiré a mis amigos al finalizar esta campaña —dijo Carlomagno—. Sulayman fue su instigador y no lo olvidaré. Lo recordaré cuando llegue la hora de

las recompensas, así como la de los castigos.

—No tendrás por qué dudar de nuestra buena fe —contestó Matruh—. Y como prueba tengo que entregarte el siguiente mensaje de mi padre: los musulmanes que viven en las riberas del Ebro, en país navarro, no están bajo nuestro control. No sería de extrañar que mostraran hostilidad hacia tu ejército. Su ciudad principal es Tudela, hacia la que tendrás que dirigirte a la fuerza si quieres vadear el Ebro.

—Sabré qué hacer —concluyó Carlomagno en un tono que indicaba claramente el final de la entrevista—. ¡Ahora, toma un lugar en la mesa y elige el bocado que quieras!

—Te lo agradezco humildemente, pero ya he comido unas frutas en el camino. ¡Que la bendición de Alá recaiga sobre ti!

Y se retiró, saliendo incluso del recinto del campamento, sin que nadie supiera donde pasaría la noche.

Afortunadamente, el anciano vascón cuya presencia había reclamado Carlomagno distendió la atmósfera. Hablaba la lengua romance con un acento extraño y divertido. Contó historias de campesinos bastante ingenuas y los comensales se burlaron abundantemente. Con toda evidencia, era tonto. Era una buena razón para reírse de él y todo el mundo lo necesitaba. Contó leyendas de su país, la tierra de los vascos, y a cada una de sus anécdotas le respondía algún comentario más o menos ocurrente que provocaba siempre sonoras carcajadas. Era bien diferente de los relatos guerreros llenos de exageraciones que solían concluir los banquetes y preceder a las batallas. A nadie le sorprendió que aquel viejo ingenuo conociese la lengua de los invasores. Continuó impertérrito con sus cuentos, incluso cuando ya nadie lo escuchaba. Llevaba una túnica larga, casi tan vieja como él. Al cuello le colgaba una cruz de extremos encorvados y redondeados; era su único ornamento. Una cicatriz en forma de «y» le deformaba media cara.

III

Malas noticias

—¡Venga, despierta, perezoso! ¡Nos tenemos que marchar!

Mikelot se había dormido sobre un colchón de helechos.

—Nos vamos enseguida —insistió Gartxot. Los párpados de Mikelot se despegaron con dificultad. La claridad intensa del nuevo día le hacía daño.

—¿Cómo que nos vamos? ¡Yo creía que nos quedábamos aquí todo el día!

—Ha pasado algo; un hombre ha llegado esta noche mientras dormías. Ha traído noticias preocupantes. Hay que llegar a Pamplona cuanto antes.

—¿A Pamplona? —se extrañó Mikelot—. ¿Le ha pasado algo al tío Iñigo?

—No, pero acontecimientos importantes se aproximan y no me quiero perder nada. Te lo explicaré en el camino.

La aldea hervía de actividad. Unos preguntaban, se preocupaban, otros ya se preparaban para salir. Idoia, que se había despertado por el bullicio, vino a preguntar donde se encontraban Mikelot y Gartxot.

—Vienen los francos —dijo Gartxot frunciendo el ceño.

Idoia se sobresaltó y se echó instintivamente para atrás. Mikelot, ya más despierto, aprovechó para agarrarla por los hombros. Pero Gartxot cambió inmediatamente de cara y ofreció a los dos jóvenes una sonrisa. Parecía un niño grande, con sus ojos atónitos y su sonrisa constante. Por eso, sin duda, conseguía llegar tan fácil al corazón de la gente.

Mikelot conocía a su padre. La decisión estaba tomada y no había nada que hacer. Les esperaban tres o cuatro largas jornadas de marcha.

Mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas para despedirse de Idoia, ésta volvió a marcharse corriendo. Se quedó boquiabierto. ¡Definitivamente, hablar con aquella chica era como perseguir a una golondrina! Pero un poco más arriba, ella se dio la vuelta y le gritó:

—¡Espérame! Vuelvo enseguida. ¡No te muevas de ahí!

Mientras aguardaba, Mikelot vio que no partirían solos. Se estaba formando un grupo de hombres. Gartxot hablaba con un jinete que no estaba la víspera, y que parecía dispuesto a marchar a pesar de su evidente cansancio. Gentes del pueblo venían de los prados cercanos con algunos caballos que ponían a disposición de los que marchaban. Idoia volvió por fin, seguida por un caballo negro.

—Te he preparado un regalo —dijo ella—. Son plantas medicinales.

Entregó a Mikelot una pequeña bolsa de cuero. En su interior había diferentes secciones, cada una llena de hojas secas. Idoia las señaló de una en una con el dedo.

—Esto es *echium*; podrás utilizarlo contra las mordeduras de serpientes o las picaduras de insectos. He puesto también *llantén*; ayuda a cicatrizar las heridas.

¡Espero que no debas utilizarlo nunca! Y esto es *hyperium*. ¡Si te sientes triste o solo, tómallo y respira su perfume! Espero que te acuerdes también un poco de mí...

Los dos jóvenes sonrieron felices de haberse encontrado.

—¡Y éste es mi amigo *Aralar*!

Acarició al animal acercándole su mejilla y riéndose.

—Ya verás —añadió—. Es muy agradable y muy fuerte. Te lo dejo para este viaje. ¡Trátalo bien!

—¡Pero Idoia! No sé cuando te lo podré devolver...

—¡No te preocupes! Dos chicos de aquí van a acompañaros y volverán con los caballos.

Y añadió con algo de tristeza:

—Creo que los demás se van a quedar en las montañas...

Su expresión preocupada se debía a que los hombres que partían se habían equipado con lanzas y escudos. ¡No era buena señal! Aquellos y aquellas que se quedaban ocultaban mal su angustia multiplicando regalos y recomendaciones.

Mikelot sintió aflorar la inquietud, pronto calmada por la inmensa felicidad que le producía la actitud de Idoia. Lentamente descolgó de su cuello una fina correa de la que colgaba un pequeño *lauburu* de madera, y la colocó en el cuello de Idoia.

—Me lo regaló mi tío Iñigo, que es uno de los jefes de la familia Arista. No sé lo que significa, pero lo llevan los sabios, los guerreros y las curanderas. ¡Úsalo cuando estés sola y el mundo se haya vuelto en tu contra! Sé que nos volveremos a ver. ¡Seguro! Te encontraré, aquí o en otra parte. Gracias por todo. Y no te preocupes por *Aralar*. Estoy seguro de que seremos buenos amigos y que cuidaremos el uno del otro.

Cogió la cuerda que *Aralar* tenía al cuello y siguió al grupo. Poco después, montaron sobre sus cabalgaduras. Mikelot volvía la mirada de continuo, mientras se empequeñecía la silueta de Idoia y de las otras mujeres en el alto desde el que observaban la marcha de los viajeros. Cuando ya nada era visible, seguía mirando por si algún recodo del camino podía ofrecerle la vista del pueblo donde dejaba tantas emociones.

Mientras penetraban en el valle, otros grupos se fueron sumando, hasta formar una pequeña tropa. La situación era nueva, pero por una vez, Mikelot no hizo preguntas. Esperó pacientemente las explicaciones que su padre no dejaría de darle.

Gartxot explicó a su hijo y alumno cómo se defendían los montañeses contra las agresiones de sus enemigos. Los habitantes de los pueblos se escondían en los bosques y dispersaban el ganado, mientras los guerreros se reunían en lugares establecidos de antemano para contraatacar. Pero ante incursiones numerosas y bien organizadas se hallaban bastante indefensos. Podían retrasar o castigar a los agresores, pero era imposible proteger a todas las mujeres, niños y ancianos, el ganado y las cosechas.

A Mikelot le costaba entender todas aquellas consideraciones estratégicas, porque

su mente volvía inevitablemente hacia la imagen dulce y sonriente de Idoia.

—Ella sí que es una mujer —pensaba—. No como mi prima Leire que pronto veré en Pamplona y que no es más que una niña.

Los últimos viajeros que se agregaron al grupo eran Argotes, algo diferentes de los demás. Una tribu de gentes rubias y de ojos claros y melancólicos. Mucha gente los temía o los despreciaba, aunque también algunos los admiraban. Se les atribuían dotes adivinatorias y prácticas misteriosas. Aquel grupo estaba comandado por una mujer joven y esbelta de pelo lacio; se llamaba Amaia.

IV

Francos en Pamplona

Al atardecer de la segunda jornada al sur de los Pirineos, Carlomagno reunió a su consejo: el obispo Turpin, el senescal Ekkehart, el conde Anselmo, el consejero Adalardo y el conde Roldán.

—No entiendo por qué tenemos que quedarnos en Pamplona —protestaba Anselmo—. Calahorra se encuentra a una jornada, así como Olite. Las dos son ciudades vasconas, son mayores y están mejor equipadas.

Anselmo tenía la responsabilidad de asegurar la protección del rey y la proximidad de las montañas alrededor de Pamplona no lo tranquilizaba. Además, Aquitania quedaba aún demasiado cerca para su gusto. Se podía temer algún golpe audaz; es más fácil asesinar a un rey que vencer a su ejército. Y a Carlomagno no le faltaban enemigos que hubiesen pagado generosamente ese favor.

—Olite está en el camino del sur —insistió—. Es una ciudad segura, fortificada por los visigodos. Y está más lejos de los montes de los gascones.

—Pamplona también fue fortificada por los visigodos —replicó Turpin—. Pero de estas tres ciudades, en Pamplona es donde encontraremos menos musulmanes.

—¡Bah! ¡Porque hubo antaño unos pocos obispos visigodos no se puede decir que Pamplona sea una ciudad cristiana!

Carlos impuso orden en su consejo.

—No he venido aquí sin saber lo que iba a hacer. Os he reunido para preparar nuestra entrada y nuestra estancia en Pamplona y no para escuchar vuestras disputas.

Carlomagno era más joven que sus consejeros, salvo Roldán y Adalardo, pero transmitía una autoridad indiscutible, heredada de sus ilustres antepasados.

—¡La guerra no se gana sólo en el campo de batalla!

Miró a Ekkehart que estaba visiblemente contrariado y continuó:

—Aunque seamos un ejército invencible —esta vez, Ekkehart dejó oír un gruñido de aprobación—, mis designios no se limitan a esta campaña. Pamplona podría ser una clave para esta parte del mundo, a pesar de su tamaño reducido. Ahí es donde se va a jugar el porvenir de esta región. ¡Mi decisión está tomada!

Carlomagno había entendido antes que sus consejeros la importancia de aquella ciudad. Era un cruce entre el mundo franco, el mundo visigodo y el mundo musulmán. Pamplona hacía de bisagra entre las montañas pobladas por salvajes y las llanuras del Ebro, ricas, fértiles, un auténtico granero que no estaba controlado por ninguna potencia. Por ella habían trazado los romanos una calzada, los árabes la codiciaban...

Pero algo disgustaba al Senescal.

—El ejército del rey de los Francos se dirige al lugar que le han señalado los

vascones. ¡Parece que obedecemos a ese mequetrefe de Velasco!

—Antes de emprender la marcha ya tenía decidido pararme en Pamplona —dijo firmemente el rey—. Ni los vascones ni su junta van a dictar cuáles son las etapas de mi camino. Pamplona es un objetivo político y militar al que concedo cierta importancia.

—¡Entonces vamos a sitiar la ciudad y aniquilar a esos vascones!

—Perderíamos demasiado tiempo —dijo Turpin.

—No si aceptamos primero la invitación de nuestro nuevo amigo Velasco y de su junta —propuso Adalardo con una sonrisa—. ¡Pero escuchemos a nuestro rey!

Carlomagno se levantó. Se quitó las pieles de marta que le adornaban el cuello y tomó un aire solemne, el que no toleraba más interrupciones, el que hacía que todos los hombres fueran pequeños, aquél con el que se impuso al mismísimo Papa:

—Mañana, el ejército entero acampará en la llanura, ante las murallas de Pamplona. Los soldados estarán en armas y formados, no para emprender un combate, sino para tener el mejor aspecto posible. Se instalarán los campamentos sin rodear completamente la ciudad para que sus habitantes no se sientan amenazados. El campamento estará impecable, las tiendas alineadas, como si viniese el mismísimo Pompeyo. Luego, los barones, los capitanes y los representantes del clero entrarán en la ciudad en traje de gala. Nos quedaremos varios días en Pamplona, durante los cuales no se causará ninguna molestia a sus habitantes. Los oficiales serán responsables del comportamiento de sus soldados. Asistiremos a misa y practicaremos la caridad. Aquellos de vosotros que lo deseen podrán ir a divertirse a sus tabernas.

Los miembros del consejo estaban estupefactos. ¿Movilizar a semejante ejército para un desfile? Esa actitud supondría grandes esfuerzos para el ejército y una pérdida de tiempo. ¿Carlos quería retrasar la batalla? ¿Iba a perdonar a los vascones a los que tanto odiaba?

—¿Por qué darle tanta importancia a ese burgo? —preguntó respetuosamente Ekkehart—. Si no hay rey ni obispo ni noble linaje, ¿a quién vamos a impresionar? ¿A artesanos? ¿Campesinos? ¿Prostitutas?

—Espías —dijo Carlomagno—. Esta ciudad está en medio de todo y nadie la domina. Estoy seguro de que atrae a los espías de todos nuestros enemigos. Silo, el rey visigodo; Abd al-Rahman, emir de Córdoba; Sulayman, nuestro cómplice, cuyas verdaderas intenciones sólo Dios conoce. A todos, les quiero mostrar que se las tendrán que ver con el ejército más poderoso del mundo. ¡Que entiendan que tal es mi poder, que ni siquiera tengo prisa por vencerles! Quiero que Silo sepa que no marchó contra él, pero que tengo lo necesario para darme la vuelta y destruirlo si le diese por inquietar mis espaldas.

—Entonces no habrá efecto sorpresa —razonó Ekkehart.

—No busquemos la sorpresa —dijo el rey—. Al contrario. Es necesario que corra el rumor por toda la península de que un ejército inmenso ha cruzado los puertos.

¡Una invasión!

—Pero daremos tiempo al emir para...

—Daremos tiempo a los adversarios del emir para armarse contra su tirano. Los musulmanes están podridos de disputas y conspiraciones. Los beréberes, los yemenís, los Abasíes... ¡Sólo están esperando una ocasión para derrocar a Abd al-Rahman! Nosotros recogeremos sus cenizas.

—Y las noticias van a correr muy rápido —añadió Roldán—. Ese Matruh, el hijo de Sulayman, ha visto el ejército del interior. Ha podido comprobar su tamaño. Pronto entregará un informe a su padre y a sus aliados.

—¡Mejor! —dijo el rey—. También quiero hacerle entender a Sulayman que, cualesquiera que sean sus intenciones ocultas, tengo razones para obligarle a mantener sus promesas.

—¿Y los vascones? —preguntó Adalardo.

—Los vascones... —El rey miró al lateral de la gran tienda como si los autóctonos se encontrasen detrás—. Tendrán que elegir su bando, ya que son demasiado pequeños para ser independientes. ¡Permitamos que sean nuestros aliados! ¡Que beban en nuestra mesa! ¡Animémosles a que imiten a los de su raza que han recibido el bautismo!

—Los vascones de Aquitania te han hecho muchas promesas —dijo Ekkehart—. No han mantenido ninguna. Los de aquí son como ellos. Es un nido de víboras que vamos a dejar detrás de nosotros. ¡Además, protegidos por murallas!

Carlomagno se esperaba una repuesta de ese tipo.

—Tengo intención de volver a Neustria por el mismo camino que tomé a la ida. Necesitaremos su trigo y sus cerdos, que nos ofrecerán por amistad... o por otras razones que sabremos encontrar.

—Siempre será mejor tenerlos como amigos que como adversarios —dijo Adalardo.

—Nuestros antiguos enemigos, una vez vencidos, nos han aportado soldados de gran valor —dijo Roldán—. Como los frisonos o los lombardos que siguen a Bernardo al otro extremo del Pirineo.

—Valientes pero indisciplinados —gruñó Ekkehart—. Bernardo va a tener mucho trabajo...

—O esos aquitanos que han poblado nuestra vanguardia —seguía Roldán.

—Roldán tiene razón —dijo el rey—. En nuestras próximas campañas, habrá compañías de vascones que habrán encontrado el camino recto. Lucharán bajo vuestras órdenes junto a sus hermanos aquitanos. Y su ferocidad servirá por fin para la noble causa, para defender la cristiandad.

—Dios va a hacerse oír en Pamplona —dijo el obispo Turpin—. Nosotros le daremos una modesta ayuda.

—Los vascones tendrán su oportunidad —concluyó Carlomagno—. Decidiremos su suerte al volver de esta campaña.

Y Carlomagno siguió desvelándoles sus proyectos para aquel año y lo que podrían ser los siguientes.

Cuando el rey tomaba la palabra, y siempre era de forma profusa, una marea de ideas y de decisiones inundaba a sus interlocutores. Como un ejército que toma un lugar estratégico antes que el enemigo, él se adelantaba a sus adversarios como a sus consejeros. Una actividad incesante animaba la cabeza del reino franco. Los designios de Carlomagno eran largamente meditados, y luego realizados paso a paso, piedra tras piedra, sin pausa, sin desfallecimientos. Si un obstáculo se elevaba orgulloso y desafiante, la marea franca lo envolvía o lo sumergía. Y no importaba si el oponente era un ejército organizado o unos campesinos que defendían su tierra. Eran destruidos por igual. Los miembros del consejo, los barones, el ejército entero parecían arrastrados por la energía de un solo hombre que veía más allá que sus contemporáneos. Bastaba con obedecer. Las decisiones estaban tomadas, las órdenes impartidas. Los consejeros, a pesar de las dudas expresadas durante la reunión, cumplirían con su tarea sin pestañear.

Carlomagno era el brazo ejecutor del destino. Dios decidía, el rey dictaba, el mundo obedecía, o moría.

* * *

A Roldán le gustó entrar en Pamplona.

Los notables acudieron a las puertas de la ciudad para recibir al rey. Con sus mejores atuendos, saludaron a Carlomagno y a sus barones. A todas luces, les faltaba experiencia y los esfuerzos que hacían para gustar a los francos sólo aumentaron la impresión de torpeza. Estas situaciones se resolvían cuando la más alta autoridad se encontraba frente a la presencia imponente de Carlomagno, que ponía a cada cual en su lugar con un gesto o una palabra. Pero la gente de Pamplona no parecía estar segura de quién era su máxima autoridad. Sin embargo, un tal Sancho, el padre del joven Velasco, más emprendedor o quizás más hábil que los demás, consiguió tomar el papel de interlocutor oficial y así tuvo el privilegio de cruzar las puertas de su propia ciudad a la par del más poderoso entre los vivos.

El rey Carlos mostró paciencia con aquella gente sin historia. Esa actitud solía sorprender a la gran nobleza franca, más bien predispuesta a entrar en casa ajena con las armas en la mano, pero sabían que su jefe conocía como nadie los engranajes de la diplomacia. Sin duda, estaba jugando varias partidas a la vez. Por otra parte, Carlos nunca había traicionado la verdadera razón de ser de todos los francos: la guerra.

Roldán sintió la curiosidad del pueblo sobre sus espaldas y no le desagradó. Toda Pamplona se había reunido para recibir a tan prestigioso séquito, algunos ante las puertas, otros en las murallas, allí donde tendrían que haber estado los guardias armados. Hubo actitudes diversas y un desorden total. Pero la mayoría de las miradas, tras haber localizado al gran Carlos, quedaban fijadas en la silueta de Roldán. Era el

más joven de los barones. Una túnica corta negra y dorada caía sobre sus calzones largos, negros también, rematados por unas botas ligeras de piel de gamuza. Llevaba un casco de hierro que sólo se ponía para las ceremonias. Pero era *Durendal* lo que más llamaba la atención. La larga espada parecía hecha a la medida de la estatura de su dueño. Un rostro joven y despierto, una mirada sincera, una prestancia elegante, un rango inigualable, el prestigio de uno de los más poderosos guerreros de su época. El campo estaba sembrado para la leyenda, donde sólo se recuerdan los actos de bravura y quedan en el olvido los abusos, las injusticias, los crímenes y las matanzas.

A su lado cabalgaba su inseparable amigo Olivier, que sentía una gran curiosidad por las culturas diferentes a la suya y por todos los campos del conocimiento. Una expedición al país musulmán sólo podía alimentar el interés de los dos jóvenes, pues allá residían las eminencias del saber. Allá también encontrarían la oportunidad para realizar hazañas en defensa de la verdadera fe y para ensanchar la casa de Dios. ¡Por fin hallarían un adversario a su altura!

Pero por ahora, se tendrían que conformar con Pamplona. Allí vivían gentes de varias naciones y de, al menos, cuatro religiones. Los diferentes invasores, en el pasado, habían dejado su huella: vías romanas, murallas visigóticas, una mezquita... Tres grandes familias se repartían el poder: los Velasco, cristianos; los Banu Qasi, musulmanes; y los Arista, que respetaban las creencias tradicionales y no aceptaban ningún tipo de bautismo.

La tolerancia árabe había permitido la supervivencia y el desarrollo de tan diferentes culturas, a las que se añadía un pequeño número de artesanos beréberes y de mercaderes judíos.

En este mosaico desordenado entraba Roldán, rodeado por la élite de la nobleza franca, mientras el ejército ocupaba rápidamente la llanura.

La ceremonia religiosa fue grandiosa y confusa. La pequeña iglesia destartalada, despreciada por los pamploneses, nunca había conocido semejante afluencia. Era un modesto edificio visigótico, mantenido por los Velasco, que lo utilizaban prácticamente como una capilla privada. Las puertas se quedaron abiertas para permitir que el pueblo asistiera al oficio. Racimos de curiosos colgaban de lugares inverosímiles, esperando divisar alguna cabeza coronada o una ilustre armadura. Un tumulto intermitente volvía inaudible la voz del obeso cura que intentaba dirigir la liturgia. A él no le impresionaba demasiado la presencia en su iglesia de tantos hombres poderosos. Su abundante sudor era a causa del tremendo esfuerzo que debía realizar para hacerse escuchar. A nadie olvidó en su sermón; ni a Carlomagno, al que agradeció haber vencido a los lombardos y salvado la autoridad papal, ni a ninguno de los nobles presentes. La pequeña reunión preliminar con el obispo Turpin daba sus frutos y este último podía enorgullecerse de su nuevo discípulo. El cura pamplonés, el único que había en aquel momento, aprovechó tan amplia audiencia para deplorar que

su iglesia fuese tan poco visitada. Asimismo, dio las gracias a la familia Arista, que había acudido en gran número, y los animó a convertirse. Evitó citar a los Banu Qasi, aquellos vascos musulmanes cuya existencia interpretaba como su fracaso y el de sus predecesores. Pero el momento apoteósico fue el de la salida del templo. Un coro de hombres hizo una interpretación muy local de la música que desde hacía poco llevaba su nombre en honor del papa Gregorio. El suntuoso cortejo de los poderosos enfilaba la salida caminando hacia el oeste, engrandecido por treinta voces que parecían cien, multiplicadas hasta el infinito por la reverberación de la estructura abovedada. Incluso a los más grandes se les puso la piel de gallina, y más de una mirada se elevó hacia las vidrieras, por temor a que se quebraran y cayeran sobre los presentes.

Cerca de la iglesia se levantaban las casas de las grandes familias; fue ahí y en la casa de juntas donde se alojaron los visitantes. El obispo Turpin y los clérigos que le acompañaban tomaron residencia en la iglesia y en la diminuta sacristía. Carlomagno y su séquito se instalaron en la casa de los Velasco, que era la mayor, donde habían acondicionado unas lujosas estancias para el rey. A Sancho y a su hijo Velasco se les permitió que durmiesen sobre el suelo de la sala común, con los demás. Roldán y los suyos durmieron en la casa de los Arista.

En todas partes hubo banquetes y festejos. Ahí fue donde los navarros se mostraron más expertos. Cuando se trata de divertirse, el pueblo de Pamplona no tiene adversario. En cada casa que recibía a algún franco, se comió, se bebió y se bailó hasta el amanecer. La fiesta se contagió a las calles, desde las de los artesanos, con sus casas de ladrillo, hasta los cuchitriles de madera que crecían donde podían. La diversión se contagió a todos los rincones y las reservas de vino y de cerveza quedaron seriamente reducidas.

V

Los Arista

Al norte de Pamplona se levantan dos rocas inmensas que marcan los límites de un paso estrecho. Los pamploneses las llaman *Bi Ahizpak* («las dos peñas», o «Dos Hermanas»). Parecen haber sido colocadas deliberadamente por algún gigante deseoso de delimitar el territorio montañoso, separándolo de las llanuras con un imponente portal. Para el viajero venido del norte, el paso de esta frontera es un momento de emociones intensas. Se siente aplastado por sus dimensiones, y luego descubre una amplia cuenca bordeada de macizos montañosos. Sólo unas horas después, su mirada tropieza con las murallas de una ciudad bulliciosa, centro de una red de calzadas.

Gartxot había realizado mil veces aquel viaje y el paso de Dos Hermanas le hinchaba siempre el corazón. Pero esta vez, su pulso se aceleró más que de costumbre, sintió un vuelco en el estómago y a punto estuvo de perder el equilibrio. Aquel paisaje que conocía tanto como su propio pueblo, había cambiado por completo. La ciudad estaba ahí, con sus murallas, pero gran parte de la llanura había desaparecido bajo otra ciudad, dos o tres veces mayor que Pamplona.

El campamento del ejército franco era una ciudad ambulante con calles rectilíneas que cuadriculaban agrupamientos de tiendas. Los cuerpos de las diferentes naciones ocupaban su sector, donde no faltaban ni la intendencia, ni las instalaciones de los herreros, carreteros, leñadores... Fuera del campamento, manadas de caballos pastaban despreocupadas, protegidas como si se tratara de un tesoro inestimable. No se había levantado una empalizada continua, pero numerosos puestos de vigilancia garantizaban la seguridad del perímetro. Carlomagno deseaba que su ejército se pareciera a las legiones de los antiguos romanos. La uniformidad y la extensión de aquella ciudad de lona y hierro provocaban una impresión que Mikelot no pudo evitar.

—¡Cierra la boca, hombrecillo! Las moscas podrían entrar y ya has desayunado bastante por hoy.

Era la voz dulce y burlona de Amaia que acababa de alcanzar a los dos viajeros.

—¡Ja, ja, ja! Creo que es la primera vez que mi hijo pierde el habla —rió Gartxot.

—¡Prepárate, koblari! —contestó Amaia—. ¡Me temo que va a volver la lluvia de preguntas, como durante todo el viaje!

—Me alegro de que hayas decidido entrar en Pamplona con nosotros —dijo Gartxot—. Mi padre adoptivo, Ximeno, te protegerá... si no le ha pasado nada.

—No te preocupes todavía, Gartxot. Aún no ha llegado la hora de llorar la pérdida de tus seres queridos. Pero siento en mi interior que se acercan dolor y espanto.

—No tengo tus dotes adivinatorias, Amaia, pero basta con mirar ahí delante para entender que nos costará mucho evitar la tormenta. La locura de los hombres se ha puesto en marcha y mi única esperanza es que el rayo caiga lejos de aquí. ¿Pero, qué has hecho con tus hombres?

—Se han quedado en Dos Hermanas —contestó Amaia—. Es más prudente que no entren en la ciudad. Nos esperarán el tiempo que haga falta y nos acompañarán en el camino de vuelta.

Sólo unos pocos Argotes habían viajado hasta las cercanías de Pamplona. El resto del grupo, del valle de Easo, de donde venían los viajeros, se habían quedado en las alturas que dominan el valle de Leizarán, entre Dos Hermanas y su región de origen.

De repente, Gartxot arrastró a Mikelot y a Amaia fuera del camino y los tres se ocultaron tras la vegetación con sus monturas. Venía gente a caballo. Un grupo numeroso de soldados se dirigía velozmente hacia Dos Hermanas. Eran hombres jóvenes, altos y rubios, sus armaduras brillaban al sol y sus caballos eran poderosos y veloces.

Mikelot los admiró. Le hubiera gustado cabalgar con aquellos hombres; ser como ellos. Pero Gartxot y Amaia sintieron una gran inquietud. Esos soldados llevaban con ellos dolor y muerte. Ningún habitante del norte estaría a salvo los próximos días.

Gartxot y Amaia decidieron que sería más prudente continuar a pie. Abandonaron a sus animales, que no tendrían ninguna dificultad para encontrar al grupo, o bien quedarían libres.

Mikelot se recuperó muy pronto del choque que le había producido el espectáculo del ejército. Su curiosidad, siendo considerable, sólo podía crecer en semejantes circunstancias. Esperó unos instantes antes de formular la primera pregunta, como un simple comentario.

—Este rey Carlos debe ser un hombre excepcional para mandar a todos esos soldados. ¿Pero cuántos son?

—No sabría decirte cuántos, Mikelot. Pero estoy seguro de que ni siquiera los más viejos de nuestros venerables ancianos han visto jamás un despliegue de fuerza como éste. Las intenciones del rey Carlos no son modestas y temo que no renuncie a dominar ningún territorio al sur del Pirineo...

—¿Crees que podremos ver al rey?

—Puede ser, Mikelot, puede ser. Los trovadores como nosotros a veces tienen el privilegio de codearse con los poderosos. Si tocamos para Carlos y sus duques, verás que son hombres como los demás.

—¡Ya me extrañaría! —exclamó Mikelot—. Son héroes capaces de vencer a cualquier enemigo. Van a echar a los árabes y a los visigodos...

Ahora que los tenía delante, ya no veía a los francos como a enemigos, sino como un modelo a seguir.

—Tendremos suerte si se limitan a hacer la guerra a los árabes y si vuelven a su casa por la ruta oriental, muy lejos de aquí.

—Lo que me preocupa ahora —intervino Amaia—, son nuestros hermanos de la ribera del Ebro, los Banu Qasi. Temo que los cristianos no les perdonen haber elegido el Islam.

—Pero nosotros no somos cristianos —dijo Mikelot—. ¿Nos van a hacer algo?

—Si lo hubiesen querido —contestó Gartxot—, estaríamos pisando cenizas y la sangre mojaría nuestros pies en este camino.

—Claro —dijo Mikelot—, quieren luchar contra grandes ejércitos, no contra gente pacífica como nosotros.

—Nunca renunciarán a imponer su religión —dijo tristemente Amaia—, tanto a los musulmán como en los pequeños pueblos de nuestras montañas.

—No entiendo por qué la gente necesita una religión —dijo Mikelot—, y aún menos por qué la quieren imponer a los demás.

De repente, comprendió el alcance de las palabras de Amaia.

—¿Vendrán hasta aquí? —preguntó asustado—. ¿Idoia está en peligro?

—No creo que lleguen hasta aquí —dijo Gartxot—, es un territorio incómodo y no hay nada que les pueda interesar.

—A menos que busquen esclavas —puntualizó Amaia—. ¿Pero quién es esa Idoia? ¿No será una morenita de Oiartzun que tiene tu edad?

—Es ella —contestó Gartxot—: la última conquista de mi hijo.

—La conozco bien. Ha aprendido los secretos de las plantas con una facilidad increíble.

Mikelot se quedó estupefacto y encantado. La chica que ocupaba su mente era excepcional en todo.

—Ya sabía yo que era especial —presumió Mikelot—. ¡Cuando sea mayor iré a buscarla y será mi mujer!

—¡Eh, despacio! —exclamó Gartxot—. ¡Te veo muy seguro de ti mismo! Antes habría que preguntarle cuál es su opinión... Y además, ¿qué me dices de tu prima Leire? Creía que estabais unidos como los dedos de la mano. ¿Ya la has olvidado? La vas a ver hoy mismo...

—¡Leire no es más que una niña! Es pequeña y todavía juega con sus muñecas. ¡Idoia, en cambio, es alta y está bien formada! —dijo a punto de sonrojarse—. Cuando sea un gran guerrero, iré a buscarla y no podrá rechazarme.

—Ya encontrarás otra forma de seducirla —dijo Amaia—. Esperemos que no debamos guerrear hasta dentro de muchos años.

Aquel comentario sumió a Mikelot en una gran perplejidad. Luego, su mirada se iluminó y preguntó:

—Siempre me has dicho que los francos enrolan a jóvenes en todas partes... ¿Y si yo les propusiera formar parte de su ejército? ¿Crees que me aceptarían?

Gartxot y Amaia sabían bien que si un joven se quería alistar en el ejército franco, le bastaba con acercarse a un campamento militar para que su familia no lo volviera a ver jamás. Los dos adultos intercambiaron una mirada inquieta y triste.

El viejo Ximeno los esperaba ante la puerta del edificio. Su larga cabellera blanca caía sobre unos hombros anchos que todavía soportaban una pesada cota metálica. La fatiga de la edad había surcado unos rasgos venerables, a los que se añadía el cansancio de las noches anteriores.

—¡Gartxot! —dijo.

Un fuerte abrazo unió a los dos hombres. Aquel gesto decía mucho entre personas poco acostumbradas a impulsos efusivos. Gartxot no contestó nada.

—¡Mikelot!

Le apretó las manos y luego el antebrazo, como se hace entre hombres. Mikelot se sintió orgulloso y agradecido por lo que consideró como una marca de respeto. ¡Por fin alguien que ya no lo trataba como a un niño!

El viejo mantuvo un momento la mirada sobre la mujer joven que acompañaba a sus protegidos. Su mente ya no tenía la vivacidad de antaño. Con paciencia, consiguió establecer una relación entre aquella mujer y la niña a la que conoció hace años.

—¡Amaia! —dijo con felicidad y orgullo.

No dijo nada más, pues no era momento para recuerdos nostálgicos. Hizo entrar a los viajeros en la gran casa que los pamploneses que no habían viajado mucho tomaban por un verdadero castillo. Paredes de mampostería, altas y gruesas; puertas anchas, pesadas, rodeadas de troneras, hechas para desanimar a los agresores. Pero para Mikelot, aquello era su segundo hogar. Conocía cada esquina, cada viga, cada grieta. Las imperfecciones de algunas paredes le ofrecían otros tantos pasadizos secretos por los que se deslizaba como una lagartija. También le encantaba trepar por el maderaje, cosa que hacía exasperar a los adultos, que le predecían una caída fatal. No les hacía ningún caso y se sabía inmune a accidentes tan estúpidos. Tenía sus rincones predilectos, como la viga donde se solía encaramarse como una lechuza para observar a los que se atareaban sin saber que eran vigilados.

Ahora, la sala estaba llena de gente atareada en lavar, frotar, cepillar, recoger, guardar. Unos eran empleados de la casa y otros extranjeros, francos, del servicio de Roldán y Olivier. Todos trabajaban codo con codo para devolver al lugar un aire acogedor antes de celebrar la segunda velada de los señores francos en la casa.

—Vamos a las cocinas —dijo Ximeno—. Tenéis que recuperar fuerzas después de este viaje precipitado. Luego iremos a la casa de los padres de Oneka. Mi hijo y los demás ya se encuentran allí.

Mientras acababan su ligera comida, una joven llegó corriendo, jadeante, y se echó en los brazos de Gartxot.

—¡Tío Gartxot! —gritó.

Era alta y delgada, pero no le faltaba ninguno de los atributos de la feminidad. Su túnica ligera, ceñida por un jubón de cuero moldeaba unos pechos orgullosos, una cintura frágil y unas caderas prometedoras. Una cabellera clara y rebelde enmarcaba

su mirada oscura y decidida.

Era una mujer, y era hermosa.

—¡Leire! —dijo Gartxot—. ¿Eres tú? ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! ¡Eras una niña hace apenas un año!

Contestó con una risa alegre antes de saludar a Amaia, como le obligaba su educación. Luego, abrazó calurosamente a Mikelot, como todos los años, cuando él venía a pasar unos meses. Mikelot se sentía como un bebé ante aquella persona más alta que él. No salía de su asombro. ¡Decididamente, los últimos tiempos le traían sorpresa tras sorpresa! Tanta familiaridad con una chica tan deseable le hacía sentirse incómodo. Y, sin embargo, era su prima Leire, con la que había compartido incontables tardes. Ella cogió la mano de Mikelot y se lo llevó como se arrastra una cometa.

—¡Ven! Voy a enseñarte algo.

Los dos adolescentes se perdieron tras dos grandes puertas, mientras sus pasos apresurados se apagaban en la oscuridad.

* * *

Nadie conocía el verdadero nombre del viejo Potes, pero todo el mundo sabía que era judío. Además, no existía razón para ocultarlo. Su apodo le venía del último país en el que había vivido.

—¿De dónde vienes? —Le preguntaron.

—De Potes —contestó.

No era necesario haber viajado mucho para entender que sus verdaderos orígenes se encontraban mucho más lejos que aquellos montes cántabros antaño habitados por vascos, hoy por el pueblo astur y sus dominadores visigodos. Se acomodaba perfectamente con su nuevo nombre, recuerdo de un país que lo acogió cuando decidió alejarse de la influencia árabe. Había sido rico, muy rico, pero la historia es cruel y las fortunas vienen y luego se van. Había decidido acabar sus días en Pamplona y dedicarse al comercio por puro placer. ¡Oh, ya no era como entonces un famoso mercader de esclavos que navegaba entre el mundo cristiano y el musulmán! No le gustaba comprar y vender a seres humanos, pero era la única mercancía que interesaba a los árabes; todo lo demás, ya lo tenían, y de mejor calidad. Y además, la vida tenía tan poco valor... Satisfecho de su jornada en el campamento franco, volvía hacia su casa de la calle de los alfareros, al paso de su viejo asno. Disfrutaba, feliz, de haber demostrado una vez más que era el mejor comerciante de la ciudad. Antes que nadie, había entendido dónde estaba su clientela y lo que ésta necesitaba. Los mercaderes de la ciudad se habían obstinado en ofrecer sus productos a la alta nobleza franca que se alojaba dentro de la ciudad, mercancías que éstos ya transportaban en sus equipajes, como para abarrotar varios palacios. Sólo los vendedores de vino y de cerveza habían agotado sus existencias. Pero Potes había

preferido adquirir aquella misma mañana numerosos pares de botas sólidas y todo tipo de ungüentos y de hierbas más o menos curativos para aliviar los sufrimientos de los soldados en los caminos. Los demás, ni siquiera se habían atrevido a acercarse al campamento. Tenía derecho a sentirse orgulloso, pero la alegría y la fatiga le hicieron olvidar el verdadero peligro. Sus enemigos podían acecharle en alguna parte y surgirían en el momento y en el lugar más inesperados. Llegando a su casa, se percató de que unos pájaros habían construido su nido en el bordillo de la frágil techumbre. ¿Cómo pudieron edificarlo tan rápido? En cualquier caso, ni hablar de autorizar la instalación de unos nuevos inquilinos que no dejarían de ser ruidosos en cuanto llegasen. Decidió no bajarse de su asno y, desde su montura, trató de alcanzar el domicilio de tan inoportunos visitantes. ¡Ay de él, pues el enemigo acechaba!

Dos individuos malintencionados observaban la escena, escondidos detrás de una barrica vacía. Haciendo crujir sus huesos, Potes estiró su espalda como una vieja tira de cuero y, con la punta de los dedos, consiguió desequilibrar el nido de los intrusos. La satisfacción quedó frustrada por las risas y los gritos victoriosos de los dos niños que abandonaban su escondrijo. Demasiado tarde y, con horror, comprendió la trampa en la que había caído; del nido traidor se desprendió el pringue maloliente de un cagajón de caballo, todavía humeante. Los dos cómplices huyeron velozmente entre las calles; atravesaron almacenes, volcaron cestos, y provocaron los gritos y las protestas habituales, sabedores de que no podrían atraparlos.

El castigo vendría el día siguiente, pues todo el mundo conocía a los dos hijos de Iñigo Arista y de su mujer Oneka. El viejo Potes era uno de los principales abastecedores de la casa de Ximeno. No se olvidaría de sacar algún beneficio por los rigores de los que era víctima habitual, ni de reclamar venganza.

Pero los dos traviesos sabían bien lo que hacían, porque la nueva situación en la ciudad tenía consecuencias importantes que no habían escapado a su sentido de la observación. Si bien la vigilancia se había acrecentado y no se toleraban los retrasos en el horario, los castigos, en cambio, casi habían desaparecido y las regañinas eran rápidas y ligeras. Los adultos tenían otras cosas en la cabeza, relacionadas, seguramente, con esos otros adultos extranjeros que acampaban en la llanura o que ocupaban su casa. Era el momento para que el pequeño Eneko Arista, que vivía su séptima primavera, y Fortún Arista, dos años menor que él, cometieran sus mejores fechorías. El viejo Potes era una de las primeras víctimas de la invasión del ejército de Carlomagno...

Eneko y Fortún llegaron a la casa de su abuela materna en un estado lamentable, como todos los días. Todo el clan Arista se había instalado en la casa de los padres de Oneka, pues en su propia casa eran tratados como extranjeros y el mismísimo idioma de los navarros estaba siendo desterrado de las grandes casas de Pamplona. Los dos niños comprobaron con alegría la presencia de Gartxot. Aquello quería decir que Mikelot no estaba lejos. Adoraban a su primo; era para ellos un ídolo. El sí que sabía contar historias tremendas con héroes invencibles, no como los cuentos para bebés de

la abuela. El les había enseñado a realizar mil golpes maliciosos ¡y todos prohibidos! El era quién les había enseñado a elaborar «la trampa del gorrión mierdoso», aquella misma trampa que mantenía al viejo Potes atareado tratando de desembarazar su barba de inoportunos desechos orgánicos.

Gartxot los abrazó sin poder reprimir un pequeño gesto de asco, de lo sucios que estaban. Oneka dejó a sus retoños en manos de la abuela que les riñó antes de llevárselos hasta la fuente para una sesión de aseo tan aburrida como inútil.

Ximeno reanudó los propósitos interrumpidos por la invasión ruidosa de sus hijos.

—¡Es un desastre! Hacía ya dos días que sabíamos que iban a venir aquí y no se ha tomado ninguna decisión.

—¡No seas injusto! —Criticó Oneka—. ¡El consejo de ancianos, la junta de representantes y las tres familias sólo han podido reunirse ayer!

—Hay demasiada gente aquí para gobernar —aventuró Iñigo—. Si hubiese un solo hombre, como en las otras naciones...

Aquella idea volvía siempre en las conversaciones de las tres familias, pero ese importante cambio no había llegado a tiempo para enfrentarse a las dificultades del momento. Quizá después...

—Por lo menos hemos quedado de acuerdo con los Velasco para lo más importante; hemos decidido quedarnos aquí y hacer todo lo posible para tranquilizar a los pamploneses.

—Menos mal —dijo Ximeno—. Una evacuación improvisada hubiese sido un desastre. Conozco a esos francos; hubieran atacado como un perro que reconoce el miedo en un posible adversario.

—¿Pero qué podemos hacer aquí? —preguntó Iñigo—. ¡No habrá otra salida más que aceptar todo lo que nos impongan!

—Sí —asintió su padre—. Además, me da la sensación de que van a dejar aquí una guarnición importante para vigilarnos como corderitos...

—Puede que no sea muy grande —intervino Gartxot—. Pero, de todas formas, esos hombres serán intocables. Las consecuencias de una rebelión serían nefastas.

—No tenemos nada que hacer aquí —farfulló Iñigo—. Tendríamos que volver a nuestras montañas y prepararnos para la guerra. Al final habrá que despertar al Colmillo de Ortzi.

Oneka miró a su compañero con dureza.

—¡Te recuerdo que hemos decidido quedarnos aquí para compartir la suerte de nuestra gente!

Se giró hacia Gartxot.

—¿Qué crees tú que nos van a exigir?

—Temo que un impuesto y la sumisión no les basten. Pretenderán que todo el mundo adopte su religión.

—¡Bah! —dijo Iñigo—. Las gentes de la ciudad no son muy supersticiosas.

Aceptarán el bautismo si eso les hace ilusión a los francos, y sobre todo si así pueden salvar su vida. Eso no les impedirá seguir respetando nuestras creencias de siempre y orinar sobre la verborrea de esos perros cristianos.

¡En eso estaba imitando el estilo de su padre!

—Eso no se aplica a todo el mundo —corrigió Oneka—. ¡No olvides a los Banu Qasi, que están ausentes ahora! Nunca aceptarán renunciar al Islam. Musa por lo menos no lo hará, desde luego.

Un tenso silencio se instaló entre los cuatro miembros de la asamblea familiar. Escuchando a su mujer, una sombra vino a oscurecer la mirada de Iñigo. Se daba cuenta de que ella ya no lo quería como antes y su amigo de la infancia, Musa ibn Fortún, sobrino del gran Mutarrif, tenía algo que ver en ello. Su cabeza le impedía ver las cosas claras y aceptar semejante situación, pero su intuición le atenazaba el estómago como una advertencia. Las personas emotivas sienten llegar este tipo de desastres incluso antes que sus propios autores. Y las desgracias son aún más crueles si ocurren en medio de la felicidad. ¿Pero cómo elegir el odio hacia su fiel compañero? ¿Cómo refugiarse en la ira contra la mujer que era su razón de vivir? Todo aquello era una niebla molesta que le impedía concentrar su mente en los graves propósitos que estaban tratando. Todo lo contrario le ocurría a Oneka. Muy lejos de las preocupaciones sentimentales de su compañero, ella estaba en su salsa cuando se trataba de análisis políticos o de decisiones estratégicas.

—¡Musa y los Banu Qasi han hecho bien en alejarse algún tiempo! —Gartxot estaba pensando en voz alta.

—En cualquier caso —dijo Ximeno—, musulmanes o no, el castigo será el mismo para los que rechacen el bautismo... Y tendremos que ser convincentes con los pamploneses si queremos evitar que haya disturbios.

—Si los francos dejan una guarnición —dijo Oneka—, la gente querrá echarla, como se hizo con los árabes.

—Y eso provocará un desastre cuando vuelva el ejército —terminó Gartxot.

Iñigo salió de su torpor.

—¿Si lo hemos hecho con los árabes, qué nos impide hacer lo mismo con los francos?

—Son pueblos muy diferentes —explicó Gartxot—. Los árabes están organizados por clanes. Su sistema está basado en la fidelidad al clan y en las alianzas entre clanes diferentes. Esas alianzas son frágiles e inestables, por eso las fronteras y los territorios que controlan siempre están cambiando.

—Cuando echamos a los árabes fuera de nuestras tierras y de la ciudad —añadió Ximeno—, nos aprovechamos de los problemas que tenía Abd al-Rahman con los beréberes y los yemenís; los mismos problemas que está teniendo hoy. No podía mirar a todos los lados a la vez.

—Mientras que los francos —dijo Gartxot—, están construyendo un verdadero imperio, poco a poco, pero sin grietas. Cada territorio conquistado queda

absolutamente bajo control. El rey coloca soberanos a su antojo, que son sus vasallos y todos reconocen una sola autoridad: Carlos, rey de los francos y de los lombardos.

—No entiendo la diferencia —reconoció Iñigo.

Una vez más, Ximeno agradeció a Maia, madre de todos los vascos, haber encontrado para su hijo a una mujer como Oneka. En los tiempos que corrían, Iñigo hubiese sido incapaz de tomar las decisiones adecuadas en caso de crisis. El no tenía la talla necesaria para ser el jefe de una gran familia que poseía varios castillos en los valles del norte, que dominaba un amplio territorio montañoso y que ejercía su influencia en las ciudades. Era un hombre bueno. Era alto y fuerte, como su padre. Cabalgaba, cazaba, combatía como nadie. Y amaba. Pero ésas no son las cualidades necesarias para organizar, mandar, gobernar. Oneka poseía todos los dones necesarios para cumplir con aquellas tareas. Y había dado vida a dos niños llenos de salud y que bullían de inteligencia. Ximeno podía morir tranquilo y no terminaba de dar las gracias a Maia por haberle dado una nuera tan competente.

Ella tomó la palabra.

—¿Cuál es para ti el mejor de los casos, Gartxot?

—Mi única esperanza es que Carlos decida volver a Neustria por la ruta oriental, por Barcelona, en cuanto haya acabado con Abd al-Rahman. Pamplona puede servirle de simple ciudad de paso y tendremos suerte si considera a este país como una región demasiado insignificante para dejar uno solo de sus hombres. Por otra parte, las campañas del rey franco rara vez se desarrollan en un solo lugar de su imperio. Seguramente tendrá prevista otra campaña para el final del verano, ya sea en Bretaña o en Sajonia o en la tierra de los alamanes. Pero eso no le impedirá volver tarde o temprano para terminar con su tarea de hormiga conquistadora.

—Entonces no sería más que un aplazamiento —dijo Ximeno.

—Cualquiera que sea nuestra decisión, debemos prepararnos para lo peor —dijo Oneka—. En cuanto los francos se marchen, enviaremos emisarios para convocar una asamblea de guerra.

—Es lo que propondré a la junta —dijo Ximeno—. Mientras tanto, habrá que prepararse por si es necesario evacuar la ciudad, tratando de convencer a la gente de que no actúe por su cuenta.

—Las gentes de la montaña ya se están preparando para defender sus valles —informó Gartxot—. Pronto estarán listos para echarnos una mano, si hace falta. Amaia ha dejado a algunos hombres en Dos Hermanas. Podrán transmitir las noticias muy rápido.

La idea de las montañas que se elevaban tan cerca de ellos, pobladas por gente determinada y solidaria, los tranquilizaba un poco. Una vez más, su seguridad debería encontrarse sobre las rocas, más allá de los ríos, bajo las frondosidades. Aquella tierra era su casa, su madre y su aliada.

VI

Las condiciones del rey

Mikelot tuvo que resignarse a vivir una nueva sorpresa. El establo que conocía tan bien se encontraba abarrotado de caballos magníficos. Leire recordaba la afición del muchacho por aquellos animales y se los enseñaba con orgullo, como si suyo fuera el mérito de haberlos conseguido. En el fondo del establo, dos extranjeros estaban acostados sobre la paja.

—¡Ven al fondo —dijo ella—, te voy a enseñar los mejores!

—Pero esos hombres... —se inquietó Mikelot.

—No te preocupes, son los palafreneros del caballero Roldán y del caballero Olivier.

Se acercó a su primo para susurrarle al oído; inútil precaución, pues los escuderos francos no entendían una palabra de euskara.

—Han recibido la orden de ser muy amables y respetuosos conmigo. ¡Y ha sido el mismísimo conde Roldán quien se la ha dado! ¡Otro golpe en el amor propio de Mikelot! Aún no sabía si sentir hacia los nobles francos admiración o envidia. O quizá las dos cosas... A todas luces la víspera había sido rica en acontecimientos sorprendentes. Ella lo arrastró unos pasos y le enseñó con orgullo de madre el más hermoso animal que uno se pueda imaginar. Era un caballo negro, de cuero reluciente, alto, esbelto, desafiante. Ningún escultor romano hubiera podido moldear unas curvas tan perfectas; ningún pintor árabe hubiese sabido inventar un color tan intenso.

—Te presento a *Veillantif*, el corcel del conde Roldán —dijo Leire.

Uno de los palafreneros escuchaba con curiosidad aquel lenguaje que no se parecía a nada, ni siquiera al árabe, y sin quitarse la brizna de paja de su boca, corrigió la única palabra que había entendido.

—Éste no es *Veillantif*, guapa. Es aquel otro, a tu izquierda.

Y señaló a otro caballo mucho más pesado, mucho menos hermoso.

—Ya lo sabía —dijo Mikelot. ¡Había que aprovecharse del error de Leire!—. Me has mostrado un palafrén, un caballo de parada. El animal preferido de un caballero es su corcel, el que le lleva al combate. Y un corcel tiene que ser fuerte y valiente para soportar a un hombre armado y vestido con su armadura.

—¡Mucho sabes de arte militar! —dijo irónica.

—Si me escucharas más a menudo, habrías aprendido algo —replicó él.

—¿Pero qué cosas interesantes me podrías contar, mi querido y pequeño falso primo? Has de saber que ayer Roldán conversó conmigo durante una buena parte de la velada y no sabes todo lo que me contó...

Y se lanzó a relatarle las maravillas que el valeroso caballero le había confiado,

así como las que ella había imaginado oír. El conde franco le había explicado cómo había despachado a terribles enemigos superiores en número. Y se encontraban en su país castillos en los que cada habitación tenía más de una ventana. Y las mujeres llevaban vestidos multicolores y se ataviaban con joyas relucientes, aún más hermosas que las de los gobernadores árabes. Mientras soñaban con aquel mundo medio real, los dos jóvenes subieron casi inconscientemente hacia su habitación preferida. Era un diminuto reducto bajo el armazón del tejado del edificio. Allí, sus juegos les habían llevado hasta unos horizontes tan amplios como su propia imaginación. Conforme iba cayendo la tarde, su charla se desarrolló sin las obligaciones de la verosimilitud. Cuando dos adolescentes se encuentran solos en la intimidad de una noche, ocurren cosas que los adultos no pueden entender, ya que han olvidado soñar.

* * *

A unos pasos de allí, ante una casa vecina, la noche empezaba mucho más agitada. Era la casa común, en cuyo interior estaba la sala de juntas. Todos los representantes titulares habían respondido a la convocatoria. Por una vez, no faltaba nadie. Los ancianos y los representantes del pueblo creyeron que se trataría de una asamblea en su sala, donde recibirían oficialmente y en nombre de sus conciudadanos a su ilustre invitado, el rey de los francos. Pero no fue así. Un cordón apretado de enormes soldados en armadura bloqueaba el acceso al interior del edificio. Crecían los gritos de indignación, se agitaban los brazos, aumentaba el desconcierto. Los más ruidosos eran los ancianos, acostumbrados desde hacía mucho tiempo a no recibir más que marcas de respeto.

Delante de la puerta, un hombre pequeño intentaba poner orden en aquel barullo. Era Geifrei, duque de Anjou, porta estandarte del rey, elegido por el mismísimo Carlomagno. Aquel honor que sólo recae en los mejores lo hacía inmensamente feliz, pero la misión que estaba llevando a cabo ahora no era digna de un hombre de su rango. No sabía lo que más le incomodaba, si los gritos de aquellos bárbaros agitados o las dos mujeres silenciosas que lo miraban de arriba abajo con desprecio.

Una de ellas, la rubia, era descaradamente hermosa, e incluso podría haberla encontrado atractiva si hubiese dejado un momento de atravesarlo con su mirada de hielo. La otra, un poco mayor, seguramente debía ocultar intenciones criminales en unos ojos tan negros bajo unas cejas tan gruesas. Al menos, ellas no participaban en el escándalo que Geifrei intentaba controlar gritando más fuerte que los demás.

—Cuatro —decía—, cuatro y sin mujeres.

—¿Pero qué dice? —Gritaban los que no entendían la lengua romance.

—Si no tenéis un jefe —insistía el noble portero—, nombrad a cuatro diputados que serán recibidos por el rey. ¡Y sin mujeres!

¿Le habían dado aquella orden? ¿O sólo quería evitar verse obligado a acompañar

a una de aquellas probables brujas hasta el interior? Algunos reclamaban, otros traducían, otros pedían a los que eran bilingües que expusieran sus quejas. El desorden era patético. La voz de Ximeno se impuso con su autoridad natural. Era a la vez uno de los ancianos, representante elegido por los ganaderos del norte, y un guerrero prestigioso y aún temido. Además, sobrepasaba a todo el mundo por una cabeza por lo menos.

—¡Silencio! —exigió.

El resultado espectacular sorprendió a Geifrei.

—¡Escuchad lo que mi hija Oneka tiene que deciros!

Ximeno empleaba a menudo el término de hija para Oneka y Leire, que no eran de su sangre, y de hijo para Gartxot, al que había adoptado. Lo hacía voluntariamente en público para señalar bien a aquellas y aquéllos a los que había elegido para compartir las responsabilidades de su casa, el día en que él tuviera que desaparecer.

—Escuchad amigos míos —dijo Oneka con una voz fuerte y tranquila—. El rey Carlos no va a recibir más que a cuatro representantes de la ciudad. Por mucho que protestemos, sólo conseguiremos una reacción enérgica de estos jóvenes encantadores.

Señaló a los horribles sargentos de armas con un gesto elegante que despertó sonrisas de complicidad. Geifrei agradeció en silencio a su enemiga el que hiciera el trabajo por él. Aquella mujer debía tener mucho poder. Gracias a Dios, la otra había desviado su mirada hacia su cómplice. Amaia escuchaba y pensaba.

—Propongo que nombremos primero a mi padre, Ximeno el Fuerte, en el que confiamos todos y que nunca nos ha fallado.

Un murmullo de aprobación confirmó el acierto de la primera elección. Ximeno sabía que el hecho de ser elegido como diputado haría de él un posible rehén si Carlomagno decidía tomar algunos, como era su costumbre. Pero esa responsabilidad le incumbía y lo aceptó plenamente. Oneka prosiguió.

—El segundo diputado debería ser Sancho. Está a la cabeza de la gran familia de los Velasco, es de la religión de los invasores, es el huésped del rey Carlos y es un sabio entre los sabios.

Segundo murmullo de aprobación. A decir verdad, todos hubieran pensado en aquellos dos hombres, así lo dictaba el sentido común. El problema era elegir a los otros dos.

—En representación de todos los comerciantes de la ciudad, propongo al mejor de ellos: Potes. Ha visto mucho mundo, sabe hablar a los extranjeros, conoce bien su idioma y sus costumbres.

Esta vez, nadie se lo esperaba, pero todo el mundo estuvo de acuerdo. En realidad, Ximeno y Sancho les bastaban para representarlos. Ahora se trataba de no ser elegido. Formar parte de una asamblea numerosa y recibir al rey sí era un honor atractivo. Pero encontrarse frente a él, cara a cara, acompañado sólo por tres compañeros, era un privilegio bastante espantoso. Potes no tenía miedo. Le estaba

agradecido a Oneka por esa notoriedad. Quizás revisase algunos precios al alza, salvo para los Arista. Quizás incluso llegase a perdonar las últimas trastadas de los dos mocosos de Oneka.

Fue elegido en cuarto lugar el decano de la junta. La cabeza ya no le funcionaba del todo bien, pero no la necesitaría. De todas formas, no entendía gran cosa de la lengua de los francos y no la hablaba en absoluto.

Los cuatro diputados fueron introducidos en su propia sala de reuniones bajo buena escolta. Un trono había surgido de la nada en el espacio que separaba las dos filas de bancos. El rey estaba sentado, imponente bajo su corona de hierro, el cuello envuelto en lujosas pieles de marta. No llevaba cetro alguno, pero sobre sus rodillas reposaba su espada *Joyeuse*, de la que acariciaba la empuñadura finamente esculpida. A su izquierda, Adalardo esperaba pacientemente, sentado en una simple silla. A la derecha y un poco adelantado, el obispo Turpin se mantenía de pie. Alrededor de este pequeño grupo, numerosos guardas garantizaban la seguridad del rey. Los diputados se acercaron hasta el límite marcado por los soldados. Con mucho acierto, Sancho había decidido tomar la palabra antes de que los francos acaparasen la entrevista.

—La junta de Pamplona, con la totalidad de sus miembros, desea la bienvenida al rey de los francos. Todos nosotros hubiésemos querido estar presentes en esta sala de reuniones para demostraros nuestra hospitalidad...

—Ya probamos vuestra hospitalidad anoche —contestó Turpin—. No es razón para montar este escándalo ahí fuera.

Se dirigió a Geifrei que había tomado lugar tras el trono de su rey.

—¿Hace falta dispersarlos?

—Son inofensivos —contestó Geifrei— y ya se han calmado esperando a sus jefes.

—Precisamente... —dijo Turpin un poco exasperado. Andaba de un lado para otro ante los cuatro hombres. El rey observaba la escena y aún no había emitido ni un sonido... precisamente, ¿cómo es posible que no tengáis un jefe o un gobernador? ¿Por qué os cuesta tanto elegir a unos simples representantes?

Sorprendiendo a sus compañeros, el decano contestó en latín con una voz que parecía venir del más allá.

—Desde la noche de los tiempos, desde que sólo estábamos nosotros en la tierra conocida, desde los tiempos en que vosotros no existíais, nosotros nos hemos gobernado por el entendimiento y la razón. Sólo los pueblos que buscan la guerra necesitan a un rey...

—¡Bobadas! —Turpin interrumpió las elucubraciones de aquella antigüedad viviente. ¡La noche de los tiempos se acabó! El amanecer del mundo ya ha llegado y la palabra de Cristo se extiende sobre la faz de la tierra. Los pueblos necesitan un rey que los guíe y que rinda obediencia a su soberano, el rey de todos los cristianos.

Sancho hizo un esfuerzo para callarse. ¿No era aquél su propio proyecto? En aquella perspectiva había educado a su hijo Velasco. Pero todavía era demasiado

pronto. A la fe cristiana le costaba mucho incrustarse en un pueblo que vivía intensamente su espiritualidad. Estudiando la historia de sus antepasados romanos, había comprendido que no se domina a un pueblo sin un dogma que lo una y le dé razones para obedecer. Además, sólo podía callarse; los herederos de su actual compañero Ximeno serían algún día los rivales forzosos de su hijo Velasco. Tarde o temprano, encontraría el momento de proponer una alianza al rey franco.

El silencio de los vascones hizo entender a Turpin que no conseguiría nada en ese terreno. Cambió de objetivo.

—¿Qué sabéis de los musulmanes que viven en las riberas del Ebro entre Tudela y Calahorra?

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de los cuatro hombres inmóviles. Sus amigos Banu Qasi estaban en peligro, seguro. El judío, el cristiano y los dos paganos respetaban todas las opciones religiosas y las gentes de Mutarrif eran sus vecinos y hermanos.

—Es un pueblo de agricultores —dijo Potes—. No dan problemas a los que cruzan sus tierras.

—No tienen fuerzas armadas —mintió Ximeno—. Son inofensivos.

—¿Pero cuáles son sus lealtades? ¿A quién pagan impuesto? —insistió Turpin.

—Abd al-Rahman está muy lejos —dijo Sancho—. Y el walí de Zaragoza no tiene poder sobre ellos. Creo que están más o menos en la misma situación que nosotros. Sus jóvenes no van a la guerra.

Sancho también mentía. Los combatientes Banu Qasi eran famosos por su valor y su eficacia, sobre todo el gran Mutarrif y su sobrino Musa. El jefe cristiano protegía a un grupo musulmán, de la mano de su amigo y futuro rival pagano, contra el gran rey de los cristianos, con el que deseaba una alianza.

Carlos y Adalardo seguían callados. Turpin empezaba a creer que no sacaría ninguna información digna de interés de aquellos campesinos, ni siquiera del que era cristiano y que parecía más civilizado que los demás. Los cuatro diputados ya no sabían si eran un comité de bienvenida o si se les juzgaba por no se sabe qué crimen. Nadie encontraba qué decir y Carlomagno rompió el silencio con un tono definitivo pero cansino.

—Esto es lo que he decidido para Pamplona: no tomaré rehenes entre los habitantes y no dejaré guarnición en la ciudad.

Se oyeron cuatro suspiros de alivio mal contenido. El rey no había acabado.

—Tengo intención de volver por aquí mismo con todo mi ejército y espero ser recibido como en la ida. Sólo tendré dos exigencias.

Se prepararon para recibir las malas noticias con serenidad.

—Antes de mi regreso, el pueblo de Pamplona o su junta o quien quiera que sea, habrá nombrado a un hombre y uno solo para gobernar la ciudad. Recibiré su juramento de fidelidad y será mi vasallo. Esto os dará derecho a mi protección. Deseo igualmente que de aquí a entonces, todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad y

de sus alrededores hayan recibido el bautismo y hayan entrado a la casa de Dios. El obispo Turpin dejará aquí a algunos de sus clérigos para asistir a vuestro párroco en su tarea. ¡Marchad ahora y anunciad estas buenas nuevas a vuestra gente! ¡Id!

Los diputados se marcharon sin decir una palabra. Las noticias fueron efectivamente recibidas con alegría por los miembros de la junta, que ya se estaban esperando lo peor. El plazo se alargaba y ya tendrían tiempo de pensar algo de aquí a entonces. ¡Al menos se podría hablar!

Carlomagno se quedó solo con sus consejeros.

—Bueno, Adalardo, ¿qué me dices de esto?

—Un anciano que no sabe lo que dice, un mercader judío que intenta ocultar sus orígenes, un jefe de familia más o menos rico que se cree nuestro amigo porque es uno de los pocos cristianos de la región pero que protege a unos infieles y un antiguo guerrero que carga con una armadura ruinoso para defenderse de los jabalíes que viven en sus montañas. Entiendo que no consigan encontrar a un jefe. No es más que una banda de salvajes.

—Y no parecen muy peligrosos —añadió Carlomagno—. Tus temores no estaban fundados. Estos vascos no son como los de Aquitania. No tendremos mucho trabajo con ellos.

—¿Por qué no dejar a un grupo de soldados para vigilar la conversión de todos estos paganos? —preguntó Turpin.

—No merece la pena arriesgar a un solo soldado —contestó Adalardo—. Todavía podemos temer una incursión de los montañeses o de los aquitanos.

—Está bien, amigos —dijo Carlos—. Partiremos en cuanto vuelvan todas las expediciones que han ido en busca de esclavos. Los hombres de Anselmo requisarán todas las armas que encuentren. Nunca se es demasiado prudente. No quiero tomar ningún riesgo en el Ebro; habrá que despejar el paso cualesquiera que sean las intenciones de los habitantes de la región. Mientras tanto, preparad a vuestros capitanes para su labor. Ahora, la casa y las cocinas de nuestro «amigo». Sancho nos esperan.

En el mismo momento, varias partidas de jinetes francos sembraban el terror en los valles cercanos. Carlomagno había decidido no enemistarse con los habitantes de Pamplona, pero necesitaba esclavas para intercambiar regalos con sus aliados musulmanes.

En el valle de Leizarán y hasta en los pueblos de la costa, numerosas mujeres jóvenes eran arrastradas por la fuerza y atadas a los caballos. Un enorme soldado renano acababa de echar el cuerpo de una muchacha de cabello negro sobre el lomo de su caballo. Los tiempos de libertad y felicidad se habían acabado para ella.

VII

La hora de los poetas

Contradicciones de la historia. Ahora los francos y los vascos eran a la vez enemigos y amigos. Mientras en los valles los soldados secuestraban a las mujeres que encontraban, en Pamplona empezaba la segunda noche de festejos.

Gartxot fue autorizado por el conde Roldán a cantar en su propia casa, lo que hizo con éxito, a pesar de que el público congregado estaba compuesto en su mayor parte por francos. Cuando el poeta acabó una de sus canciones, Roldán se levantó y tomó la palabra.

—Me han contado por ahí —dijo mirando a Leire por el rabillo del ojo con una sonrisa—, que hay entre nosotros un trovador aún más extraordinario que el mismísimo Gartxot y que sólo sus éxitos militares futuros son comparables a las historias que cuenta.

Roldán se levantó y se dirigió despacio hacia Mikelot. Depositó la mano izquierda del adolescente sobre su puño derecho y lo condujo hasta el espacio que separaba las mesas, como si se tratara de un rey o un Papa.

—¡Que Mikelot, hijo de Gartxot, y seguramente el más valiente de todos los trovadores, nos cuente una leyenda de su país, de los Basajaun o de cualquier otro ser mítico!

Gritos de aprobación. Todos animaron al muchacho y se prestaron a escucharlo. Él, lejos de acobardarse, se sintió a gusto. Estaba acostumbrado a auditorios variados y aquél lo incitaría a superarse. Imitó las actitudes de su padre y miró lentamente a toda la concurrencia.

—Mi padre os acaba de contar una leyenda sobre los «Basajaun». Parece que esos seres todavía existen, pero no son tan fabulosos como en los cuentos. Sin embargo, había antaño en nuestras montañas unos gigantes terroríficos llamados «Gentiles». Vivían en cavernas y les gustaba jugar a lanzarse pesadas piedras de un monte a otro. Uno de ellos tenía la penosa costumbre de asustar a los habitantes de su región produciendo unos ruidos espantosos por la noche. ¿Y sabéis cómo se llamaba?

Estaba utilizando un procedimiento habitual de su padre que consistía en dar a un personaje el nombre de uno de los miembros importantes del público. Gartxot empezó a preocuparse; en efecto, los gentiles siempre salían perdedores en las leyendas y, a menudo, cubiertos de ridículo.

—«Pues este Gentil que rompía los oídos de todo el mundo se llamaba... ¡Roldán! O como decimos en nuestra lengua, *Errolan*».

Los pocos vascos presentes se quedaron sin respiración. Los francos, sin embargo, expresaron su aprobación con risitas impacientes. Gartxot se escondía y mantenía la cabeza entre las manos. ¡Mikelot no había entendido que el humor de los

francos podía cambiar de un extremo a otro! Y lo que más preocupaba a Gartxot era saber muy bien cuál era el cuento preferido por su hijo.

Mikelot siguió sin temor:

—«En la región de Errolan, había una pequeña comunidad de cristianos que, como era su costumbre, habían elegido un lugar sagrado de los antiguos para construir una de sus iglesias, a la que habían llamado San Miguel. La noticia de aquella profanación llegó a los oídos de Errolan, al que le inundó una furia incontrolable. Trepó hasta una altura desde la que se podía ver la iglesia de San Miguel y arrancó de la montaña una enorme roca. Sintiéndose desbordante de energías, blandió la roca con toda la extensión de sus brazos, por encima de su cabeza, y apuntó a la cumbre donde se encontraba el motivo de su odio. Pero la ira es traicionera y perturba la mente. Errolan olvidó mirar al suelo para comprobar sus apoyos y justo en el momento en el que tomaba un corto impulso para lanzar su proyectil...».

Mikelot se acercó a Roldán y acompañó el final de su historia con unas mímicas ridículas.

—«Errolan el Gentil, el gigante, el colérico, el coloso, resbaló sobre una gran cagada de vaca aún caliente y humeante... —Mikelot hizo como que tropezaba hacia atrás, con los brazos extendidos hacia arriba, y se cayó de culo—... y rodó hacia atrás, embadurnado con excremento, y con tan mala suerte que la roca entera le cayó encima y lo aplastó».

Hubo un interminable segundo de silencio en el que la garganta de Gartxot se estrechó hasta producirle dolor. Luego, una explosión de risas llenó la sala, acompañadas con grandes golpes dados sobre las mesas que hicieron caer cuchillos y copas. Roldán no era de los que menos reían; tenía lágrimas en los ojos y sus compañeros de mesa abatían sus manazas sobre sus hombros. En medio de la hilaridad general, Mikelot se había quedado sentado en el suelo sobre su trasero, con las piernas abiertas. Se estaba tapando la nariz utilizando dos dedos como si fueran una pinza y echando la cabeza hacia atrás. En aquella ridícula postura concluyó su historia.

—«Hoy, todavía, en el macizo de *Aralar*, en el camino que lleva de San Miguel a Madotz, al pie del monte Sollaundi, se puede ver la roca de Roldán, a la que se llama *Erroldanarri*. Pero es mejor no acercarse demasiado —añadió con voz gangosa— porque el olor no se ha ido del todo...».

Los ataques de risa redoblaron. Era exactamente el tipo de humor que la gente de guerra era capaz de apreciar; no necesitaban más. Ese momento fue elegido por el palafrenero de Olivier, que estaba sentado en el suelo apoyado sobre la pared, para levantarse de un brinco, sacar de no se sabe dónde una pequeña flauta y ponerse a tocar una alegre melodía de su tierra de Bretaña. La mayoría de los comensales se levantaron y rodearon a Mikelot y al flautista bretón, bailando con mímicas grotescas que trataban de ilustrar los diferentes episodios de la corta leyenda contada por el

joven koblari. Roldán no podía parar de reír observando las muecas especialmente expresivas de su vasallo y amigo Gautier de l'Hum.

Un poco apartado de la fiesta, Gartxot seguía sentado en el extremo de la mesa, aliviado. Decidió tomarla con unos frutos secos para tratar de olvidar los momentos de tensión que acababa de vivir.

—No deberías preocuparte tanto —dijo una voz detrás de él—. ¡No somos salvajes!

Era Roldán, que se había acercado y se sentaba a la izquierda de Gartxot, mientras Olivier tomaba lugar a su derecha.

—Me parece que vuestros Gentiles y vuestros Basajaun son más temibles que nuestros guerreros renanos —dijo Olivier con una suave sonrisa.

—De todas maneras —dijo Roldán—, veo que vuestro pueblo tiene historias que encierran claves eternas y que sólo algunos podrán desvelar.

—Esos lugares sagrados de los que habla tu hijo —añadió Olivier— y esas piedras que los gigantes se lanzan a través de los montes, todo esto es bastante intrigante para mentes curiosas como las nuestras.

Gartxot empezaba a marearse de tanto mirar a la izquierda y a la derecha y a la izquierda...

—No soy un sabio, sólo repito lo que me enseñó mi maestro. Él sí que conocía el sentido de estos cuentos.

—Sería apasionante conocerlo. ¿Lo sigues viendo?

—No. Hace muchos años que lo perdí de vista. Desde entonces han pasado muchas cosas. Si no ha muerto, estará viejo y seguramente un poco loco.

—Y seguramente ni siquiera lo reconocerías.

—Para eso no hay problema. Tiene una gran cicatriz en la cara en forma de «y».

Hubo un momento de silencio. Olivier y Roldán se miraron sorprendidos.

—¡Una cicatriz en forma de «y»!

* * *

A la mañana siguiente, Gartxot y Mikelot tuvieron el privilegio de entrar en el campamento franco, en el exterior de la ciudad, acompañando a Roldán y Olivier. Los soldados, numerosos y atareados, se apartaban con respeto para abrirles paso. A todos les sorprendía encontrar a dos grandes barones acompañados por unos simples indígenas.

Mikelot sentía sobre él las miradas curiosas o envidiosas. El objeto de sus sueños se abría ante él: un gran ejército, la vida militar, la aventura. Pero aquello no era exactamente como él lo había imaginado. Sus sueños estaban poblados de heroicas cargas de caballería en relucientes armaduras, de hombres valientes y abnegados que le obedecían como si fuese el mismísimo Roldán.

Nunca había imaginado la vida cotidiana del soldado.

El campamento era un auténtico hormiguero. Todo estaba en movimiento. Se afilaban las armas, se reparaban los carromatos, se curaba a las bestias antes de llevarlas al pasto. Todo tenía que estar dispuesto para cuando llegara la hora de matar.

En lo alto del campamento, lujosamente decorada, la tienda real recordaba a todos, nobles o villanos, cuál era la autoridad única y verdadera. El rey era el instrumento de Dios en el mundo, como lo fueron los reyes del antiguo testamento.

En el otro extremo del campamento, en un lugar apartado pero bien visible, se habían levantado unas horcas de las que colgaban algunos cuerpos desnudos, avisando a todos que el conde Anselmo no admitía ningún acto de indisciplina. A pesar de las numerosas tareas que debían realizar los soldados, era difícil controlar a una tropa que no combatía ni caminaba. No siempre había trabajo para todo el mundo y a algunos les pesaba la inactividad. Sólo algunas prostitutas se habían atrevido a salir de la ciudad, a la vez asustadas y atraídas por tan profusa clientela. Las peleas habían sido inevitables; las sanciones también.

Cerca del macabro espectáculo, se abría un espacio bien guardado donde se amontonaban las prisioneras que las patrullas iban trayendo. Apartado del grupo de las mujeres, tirado en el suelo, había un cuerpo harapiento cubierto de cadenas, flaco como un cadáver. Dos centinelas, armados con escudo y lanza, guardaban el acceso a aquella tétrica parcela. Roldán llevó al pequeño grupo hacia el anciano que había servido de diversión en la mesa real. A pesar de su estado, se levantó casi sin dificultad y miró al koblari a los ojos.

—¡Gartxot! —exclamó el viejo—. ¿Qué haces con esa gente?

A Gartxot se le saltaron las lágrimas. Su maestro estaba en un estado lamentable, pero su carácter no había cambiado.

—He sabido lo que hiciste en el oeste cuando diste la espalda a mis enseñanzas —continuó el viejo—. No te felicito.

—Hace tiempo que volví a los caminos. Ahora sólo canto y recito, nada más. Estos hombres te van a liberar enseguida.

Siguiendo las órdenes de Olivier, los guardianes desencadenaron al anciano.

—No entiendo por qué te han arrestado —dijo Gartxot.

—Porque yo he querido. Necesitaba saber algunas cosas sobre este ejército.

—Ahora te llevaré a Pamplona, donde la gente de Ximeno te cuidará como a un señor.

—No necesito que me cuiden como a un señor, sólo necesito hablar con un árabe procedente de Zaragoza llamado Jâbir que está en la ciudad.

—Me temo que no queda ningún árabe en Pamplona.

—Yo te diré cómo encontrarlo. ¡Llévame a la casa de tu protector y tráeme a Jâbir cuanto antes!

—Uno de mis capitanes os escoltará —intervino Roldán—. Él os abrirá todas las puertas. Pero hay un favor que quiero pedirte, Gartxot, y no aceptaré una respuesta negativa.

—Pídeme lo que quieras, la felicidad de reencontrar a mi maestro vale cualquier precio.

—¡Permite a tu hijo que se quede unas horas más con nosotros! Es evidente su interés por la vida militar y quiero enseñarle el campamento.

A Gartxot se le heló la sangre. Era imposible decir que no: los deseos de Roldán no se discutían. Además, Mikelot ya se estaba alejando con el brazo de Olivier sobre su hombro. Gartxot no se atrevió a decir nada mientras unos soldados les indicaban a él y a su maestro una salida del campamento.

—¡No te preocupes! —gritó Roldán—. Te lo devolveré antes de la noche. Estará bien aquí.

Mikelot se quedó con Roldán y Olivier. Apenas podía creer lo que le estaba ocurriendo. Él que había soñado con enrolarse en el ejército franco como simple soldado, se encontraba sentado en la tienda del héroe más famoso de occidente, primo de la más hermosa mujer de Pamplona y, además, enamorado. Todo esto le dio hambre y aceptó con mucho gusto las tortas y la miel que le ofrecía un sirviente de Roldán. Después de todo, no era más que su segundo desayuno.

Mientras Mikelot comía, Roldán empezó a hablarle, como si entre ellos no hubiese diferencias insalvables. Le habló de la vida militar, del honor y de la gloria, de países lejanos... Mikelot bebió sus palabras. Estaba en una nube.

—Te gustaría la vida del soldado —añadió Roldán—, tú no estás hecho para quedarte en Pamplona. Además, a nosotros nos vendría muy bien tener a un cantante como tú. Con tu voz podrías consolar a los heridos y a los que echamos de menos a nuestras mujeres. Pero no tendrías que combatir desde el principio; sólo te estoy proponiendo que entres a mi servicio.

—¿Qué?

—Te propongo que trabajes para mí y viajes con el ejército. Primero te ocuparás de tareas sin importancia y cantarás para nosotros, pero más tarde te podrás convertir en soldado, quizás en caballero.

Mikelot se quedó paralizado, incapaz de tragar la comida que tenía en la boca. Servir al conde Roldán, pertenecer al ejército de Carlomagno, cabalgar sobre aquellos hermosos caballos... El sueño se hacía realidad. Pero ¿y su padre? ¿Y Leire? ¿Y el tío Iñigo? ¿Volvería a ver a Idoia?

—Eso destrozaría a mi padre, mi señor. No tengo derecho a marcharme así.

—Yo podría compensar a tu padre con una buena cantidad de dinero. Un cantante joven y lleno de talento es algo muy valioso.

La mirada de Mikelot se perdió entre el campamento. Aquél era el hogar que Roldán le proponía. Volvió a contemplar los cuerpos blancos de los soldados colgados y, cerca de ellos, el recinto donde antes había estado el maestro de su padre. Allí había mujeres que hablaban la misma lengua que él y que eran tratadas como

ganado. En aquel momento, llegaba otro grupo de prisioneras, empujadas con brusquedad por las lanzas de sus guardianes.

Y allí el mundo dio un vuelco inesperado. Y toda su vida basculó en un instante porque entre las nuevas prisioneras estaba ella, ¡Idoia! Secuestrada, maltratada, humillada y destinada a ser regalada a un poderoso musulmán como una vulgar vasija.

Entonces sintió una nueva fuerza en su interior. Miró a Roldán a los ojos sin temor y pronunció la palabra que iba a cambiar su vida:

—Acepto.

VIII

Buscando a un espía

—¡Pero estás loco! ¡Has dejado a Mikelot con los cristianos!

Oneka era un buen ejemplo del carácter navarro: sus cóleras hacían temblar las paredes. Gartxot prefirió dejar pasar la tormenta antes que oponer una resistencia inútil.

—¡No has tardado mucho en reencontrarte con tu pasado! —Volvió Oneka—. Es como para creer que has perdido toda la sensatez que tu mujer Itziar te llegó a inculcar. ¿Pero es que no has aprendido nada? ¡Pobre hijo! ¿Qué vamos a hacer?

Oneka andaba de un lado para otro, levantando las manos abiertas delante de su cara. Con voz firme, se dirigía a ella misma o a Gartxot, sentado como en un banco de acusado. Sus comentarios hirientes sabían encontrar los puntos débiles, aunque adoraba a Gartxot, su amigo de infancia, y le dolía evocar el recuerdo de Itziar para reforzar sus acusaciones.

—De verdad que he cambiado —dijo suavemente Gartxot—, sé lo que hago.

—No estoy muy segura de eso —insistió Oneka—. ¡Ha sido una locura dejar a ese niño en el campamento militar de los francos! ¿Estás seguro de que lo volverás a ver?

Le salían las lágrimas al pensar que podía perder a su sobrino Mikelot para siempre. Iñigo y Ximeno observaban la escena un poco apartados, como si no fueran más que espectadores de un drama que, sin embargo, les concernía muy de cerca. Oneka seguía con su discurso.

—Ya tuve algunos temores cuando decidiste llevarte a tu hijo por los caminos durante toda la temporada, pero no pensaba que aquí fuese donde cometieras una equivocación. ¡Y de qué tamaño! Eres demasiado bueno o demasiado loco, Gartxot. Te has fiado de unos extranjeros que han venido hasta nuestra casa armados hasta los dientes ¿Pero cuándo dejarás de ser un niño?

Ahora miraba a su suegro Ximeno como para suplicar una solución imposible. No hubo ninguna reacción por parte de Ximeno, perdido en sus pensamientos, sorprendido y preocupado por las noticias que traía Gartxot.

Oneka seguía insistiendo:

—Sí que era un buen momento para tomar decisiones de poeta, cuando cualquier error puede desencadenar un desastre. Te has dejado seducir por unos enemigos, Gartxot, y será tu hijo quien pagará las consecuencias.

Ximeno nunca había podido soportar ver discutir a los que consideraba como hijos suyos. Y fue Iñigo el que se atrevió a alzar el tono sorprendiendo a todos.

—¡Ya basta! Esta disputa es inútil. Lo que está hecho, hecho está, y ahora hay que decidir lo que vamos a hacer.

La retórica no era su punto fuerte, pero mostraba tener sentido común. Además, estaba utilizando el tono autoritario que solía emplear con los hombres durante la caza o en el combate, él que siempre era tan dulce con su compañera.

—Mikelot no es un rehén —dijo Gartxot—. Está en buenas manos. Habéis visto vosotros mismos lo que son esa gente.

—Unos salvajes sedientos de sangre —dijo Oneka con voz áspera—. Después de sus buenos modales, ¿qué creéis que van a hacer con los Banu Qasi? En cuanto se pongan en marcha, destruirán todo lo que se encuentren por delante, con la excusa de que está en territorio musulmán. ¿Creéis que le preguntarán a Musa si es nuestro amigo antes de descuartizarlo?

—Musa sabrá defenderse con los Banu Qasi —dijo Iñigo—. Y si hace falta, iremos todos a ayudarlos como siempre lo hemos hecho. ¡Pero ahora tenemos otra cosa que decidir!

—Iñigo tiene razón, Oneka —dijo Ximeno—. La ira y el miedo son malos consejeros. Siempre sueles ser tú la más lúcida. Entonces, por favor, controla tu rabia. Mikelot te necesita y nosotros también.

—Está bien, padre, me voy a tranquilizar —aseguró Oneka—. Pero espero que entendáis mi irritación, y cuento con vosotros tres para que no se tome ninguna decisión a la ligera mientras un ejército extranjero esté a las puertas de la ciudad.

Así como Ximeno e Iñigo eran auténticos jefes de guerra, seguidos ciegamente por sus hombres, Oneka, en cambio, sabía convencer a sus semejantes en cualquier reunión de carácter político. Rara vez tomaba Ximeno una decisión importante sin contar con la aprobación de su nuera.

—Escuchadme —dijo Gartxot con toda la calma que pudo reunir—. Es verdad que he sido algo confiado al entrar en el campamento franco con mi hijo. He obedecido a mi intuición sin preguntaros vuestro parecer. Pero si los francos quisieran perjudicarnos, lo habrían hecho ya. Ahora tengo que intentar encontrar al hombre árabe con el que quiere hablar mi maestro; luego iré al campamento y traeré de vuelta a Mikelot.

—Yo te acompañaré —propuso Iñigo.

—¡Ni hablar! —dijo Ximeno—. Eres demasiado impulsivo, podrías provocar un incidente. Gartxot irá solo a reparar su error. Además, necesito que me ayudes: voy a convocar una gran asamblea de jefes. El paso del ejército franco no sólo concierne a Pamplona sino a todo nuestro pueblo. Varios mensajeros llevarán una convocatoria a todos los jefes de guerra que se encuentren a menos de tres jornadas a caballo desde Pamplona. Sé que los Velasco y los Banu Qasi vendrán. Cuento con la fidelidad de los de las montañas del norte y del oeste. La asamblea tendrá lugar en Lizarra, como la última ocasión, en que establecimos las reglas de paz entre nosotros y unimos nuestras fuerzas contra los invasores árabes.

La decisión estaba tomada, no quedaba nada más que añadir. Ximeno se ocupó de dictar los mensajes, de elegir a los jinetes y de contactar con las otras familias.

Gartxot salió muy rápido de la casa y penetró en el barrio de los artesanos.

—Qué extraña reunión: un gran poeta que no siempre ha sido un gran poeta y un pequeño comerciante que no siempre ha sido un pequeño comerciante. ¿Pero qué es lo que te trae a mi vieja choza, tú que duermes en la gran casa de los Arista?

—Duermo más a menudo al raso o en un granero que en casas de piedra —contestó el koblari.

Gartxot sabía que las preguntas directas no eran la mejor manera de conseguir información del viejo Potes. Incluso comprarle alguno de sus artículos podía llegar a ser un auténtico calvario. Cuando uno salía de su tienducha, casi siempre había gastado más paciencia y energía que dinero. No bastaba con pagar sus compras, también había que merecerlas. A menudo, al volver a casa, ya no se sabía para qué podía servir lo que uno había comprado y lo que se había ido a comprar quedaba en el olvido.

—Pero no cumplo con mi deber de cortesía —dijo Potes—. Mi hogar es humilde, pero sé recibir.

Sacó de un cofre dos tazas de cerámica adornadas con arabescos, que podrían haber tenido su sitio en la mesa de un califa.

—Te voy a preparar una infusión de hierbas aromáticas que nos ayudará a encontrar un poco de paz en estos tiempos en los que todo se acelera.

A Gartxot le gustaba la mezcla de aromas exóticos que embalsamaban el hogar de Potes y que los habitantes del barrio no siempre apreciaban.

—Estos olores me hacen soñar con tierras lejanas que ni siquiera conozco —dijo—. Me tendrás que indicar cuáles son esas plantas y quién te las trae.

—Aquí eres el único que se interesa por esas cosas —rió Potes, mientras miraba a Gartxot con el rabillo del ojo sonriendo—. Pero no acostumbro a dar la dirección de mis proveedores.

—Lástima —dijo Gartxot—. Tú no viajas mucho desde que te instalaste en Pamplona. Y yo que siempre estoy en los caminos, quizá podría traerte, en ocasiones, artículos interesantes, por ejemplo de... Zaragoza.

Potes volvió a sonreír.

—Vaya, resulta que ahora te interesa el comercio. ¡Cómo cambian los tiempos!

—Ya has entendido que me interesa más el abastecedor que su mercancía —dijo Gartxot—. Sobre todo si viene de Al-Ándalus.

—Al-Ándalus queda ya muy lejos —suspiró Potes—. No sé si te habrás fijado, pero hay ahora entre Zaragoza y nosotros unos cuantos miles de cristianos cubiertos de chatarra. No es que eso perjudique el comercio, pero creo que próximamente los proveedores árabes van a escasear.

—Desgraciadamente —dijo Gartxot—. En cualquier caso, si yo fuese árabe o berebere y me encontrase en la ciudad, elegiría esconderme, preferiblemente en casa

de algún viejo conocido que quizás antaño hubiese vivido en mi país.

—Sí. Yo haría lo mismo. Y sobre todo no dirigiría la palabra a nadie y no me dejaría ver por ningún individuo, ya fuese cristiano o vascón, antes de que el ejército franco hubiese vuelto a su casa.

Gartxot se encontraba bloqueado. A decir verdad, estaba harto de andarse con rodeos. ¿Cómo decirle a un zorro agazapado en su madriguera que puede salir tranquilo y que no se le quiere hacer ningún daño? Si era demasiado brusco, ni siquiera sabría si el zorro estaba ahí.

—El ejército saldrá mañana —dijo Gartxot—. He estado hoy en el campamento. —No se tomó el tiempo para evaluar el efecto que su información había tenido en Potes. Le miró a los ojos con expresión grave—. Pero lo que he venido a buscar no puede esperar. Voy a tener que confiarte un secreto y no era éste mi deseo, créeme. Pero me fío de tu discreción tanto como de tu habilidad para embrollar las mentes de tus interlocutores.

—No comprendo cómo he llegado a merecer este privilegio —contestó Potes—. Pero ten la seguridad de que no traicionaré tu confianza. ¡Habla sin temor!

Gartxot guardó silencio. Tomó despacio un trago del brebaje de Potes y llenó sus pulmones con el aire tranquilo de la habitación. Después, liberó las palabras como se desvela un regalo.

—Durante estos últimos días, mi maestro ha sido prisionero de los francos. Dice que posee una información que sólo quiere desvelar a un hombre... que podría estar escondido en tu casa. Se trata de un árabe venido de Zaragoza, su nombre es Jâbir ibn Hayyân.

Entonces una cortina se abrió despacio en la parte más oscura de la habitación y otro hombre, muy diferente de Potes, avanzó hasta dejarse alumbrar por la luz tenue de la lámpara de aceite.

—Yo soy el que buscas —dijo—. Pocos hombres conocen mi nombre al norte de Gibraltar, por eso confío en tus buenas intenciones. Pero dime. ¿Quién es el que me busca?

—Mi maestro tiene muchos nombres, pero dice que tú lo reconocerás por el de Itzaltzu, que es el de su pueblo de origen.

—¿Qué nombre tan extraño! No lo recuerdo...

Gartxot se sintió desmoralizado. La situación le desbordaba y en su corazón crecía la inquietud por Mikelot. ¿Y si Oneka tenía razón? Ante él estaba aquel hombre extraño con aspecto de aventurero. Era evidente que su origen no era la hermosa Zaragoza sino un país lejano y extraño. ¿Qué relación podía tener con Itzaltzu?

—Mi maestro tiene una marca en la cara que lo hace fácilmente reconocible —dijo Gartxot con voz cansada—. Una cicatriz que tiene más o menos esta forma.

Y dibujó dos líneas en el suelo de la habitación.

Jâbir agarró enérgicamente a Gartxot por el brazo y lo obligó a levantarse.

—¡Llévame a donde él! ¡Démonos prisa!

Cuando Gartxot salió de la casa de los Arista, se percató de que no quedaban francos en la ciudad. Su inquietud fue en aumento. Detrás de él, en la casa, tenía lugar una extraña reunión entre dos hombres de culturas diferentes: un viejo excéntrico y un viajero árabe. Los dos habían encontrado un interés común que Gartxot nunca conocería.

Ni los golpes, ni las heridas, ni los insultos que recibió Gartxot de los centinelas francos le provocaron tanto dolor como el comprender que acababa de perder a su hijo.

IX

Combates en Tudela

Destellaban los cascos y los escudos bajo el sol de aquel final de primavera del año 778. Roldán se había adelantado al grueso del ejército de Carlomagno. Dirigía una vanguardia exclusivamente formada por caballería ligera. Su misión era despejar la ruta del ejército franco. El punto estratégico a conquistar: la ciudad de Tudela. Asentada sobre una colina que dominaba el río, era la guardiana del único vado practicable para una columna importante. Carlomagno no podía permitirse correr ningún riesgo en una travesía tan delicada, por eso había hecho adelantarse a su mejor duque.

Roldán desplegó su caballería en la llanura. Los colores vivos de los estandartes contrastaban con el verde claro de la pradera navarra. Una larga línea horizontal engullía al trote las cercanías de la ciudad. Los caballos mostraban su impaciencia, el miedo de la víspera se había transformado en excitación previa al combate. Por fin comenzaba la guerra. Roldán había elegido a sus hombres. Estaban allí los mejores vasallos del rey con sus respectivos séquitos, todos lejos de sus tierras, todos dispuestos a dar hasta la última gota de su sangre por Roldán y por el rey Carlos.

Roldán ordenó a la tropa detenerse para recomponer una línea recta y eficaz antes del asalto. Llamó a Olivier, y los dos jinetes, junto con sus porta estandartes, se adelantaron unas decenas de metros para hacer una última evaluación de las fuerzas enemigas.

—¿Entiendes lo que ves? —preguntó Roldán a su amigo.

—Tengo que reconocer que me esperaba masacrar a algunos campesinos entre las ruinas de un pueblo incendiado. ¡En lugar de eso, nos encontramos frente a una verdadera pequeña tropa!

En efecto. A bastante distancia de las puertas de la ciudad, dos hileras de jinetes y lanceros esperaban en ordenada formación.

—Han venido a nuestro encuentro con una tropa tres o cuatro veces inferior a la nuestra. ¿Por qué crees que harán eso, Olivier?

—No lo sé, pero están mucho mejor armados y organizados de lo que yo pensaba.

—¿Puede ser una trampa? Quizás hayamos perdido demasiado tiempo en Pamplona. Puede que Abd al-Rahman se encuentre al otro lado del río o incluso detrás de los muros de Tudela.

—Sería estúpido sacrificar a tantos hombres si tienen más tropas en lugar seguro. Viendo el relieve, estamos seguros de que no hay más enemigos a este lado del río, a menos que se escondan en la ciudad. Y si es ése el caso, los del exterior no van a servirles de ayuda, sobre todo a esta distancia.

—Pienso que nos están proponiendo una batalla a descubierto, un verdadero

combate entre hombres y que se han alejado de la ciudad para que aquellos que no son tan valientes como su jefe no tengan la tentación de ir corriendo a refugiarse tras sus murallas.

—Soy de tu opinión —confirmó Olivier—. Han elegido su manera de morir y han hecho una noble elección.

—Me gustaría conocer el nombre de su jefe —dijo Roldán—, pues es alta su nobleza.

Al decir eso, se quitó el casco con protector nasal. Una brisa fresca vino a saludar a los combatientes agitando la melena de Roldán. Numerosos jinetes francos, al ver aquel gesto, hicieron lo propio. Descubrieron su cabeza en señal de desafío. Muchos fueron los que mostraron su nuca afeitada y sus cabellos cortados en forma de cepillo, como los habían llevado sus antepasados. El ritual de la muerte había empezado. El combate sería sin piedad.

Sin esperar más, Roldán sopló su cuerno con todas sus fuerzas e hincó las espuelas. Le contestó un clamor ensordecedor y todos los jinetes francos cargaron con furia, al galope, detrás de *Veillantif*, que ya tenía varios cuerpos de ventaja. Los cascos de los caballos martilleaban el suelo entre un griterío salvaje que hubiese aterrorizado al más valiente sajón, y las lanzas amenazaron al cielo.

Los vascones no se movían.

El choque fue terrorífico. Gritos de dolor se sumaron a los alaridos furiosos y a los relinchos de las bestias heridas. Lanzas y escudos se golpearon en una barahúnda infernal. Algunos hombres yacían ensangrentados, agotando sus últimas esperanzas de sobrevivir entre las patas de los caballos enloquecidos. Las lanzas reventaron armaduras y muchos atacantes fueron derribados mortalmente heridos y rematados antes de poder levantarse. Numerosos defensores corrieron igual suerte.

La progresión franca fue detenida por una corta carga de una parte de los jinetes navarros que se habían quedado en reserva y que se retiraron tan pronto como los lanceros volvieron a formar una nueva línea defensiva unos metros más atrás. Los francos, viendo por primera vez la espalda del adversario, se lanzaron como un solo hombre para acabar con su tarea, pero fueron recibidos por una salva de armas de tiro que los vascones todavía no habían utilizado en la primera carga. Picas, dardos, flechas y jabalinas volvieron a enfriar el entusiasmo de los asaltantes.

Ignorando las lanzas y flechas que lo habían tomado como objetivo principal, Roldán empujó a su fiel *Veillantif* y se colocó delante de sus tropas con el fin de que todos lo pudieran ver y, con un gesto amplio y rápido, sacó a *Durendal* de su funda y la levantó lo más alto que pudo. De nuevo, mil gargantas saludaron al héroe y a su invencible espada mientras iniciaban la carga. El segundo contacto fue aún más sangriento que el primero. Las largas lanzas ya habían hecho su trabajo y alfombraban el suelo que se iba tiñendo de rojo. Los soldados francos de lisas nuca habían descolgado su francisca, el hacha de largo filo a la que no resistía ningún escudo. Fue un cuerpo a cuerpo despiadado. Cada vez que los francos, más

numerosos y mejor armados, amenazaban con cercar a los vascones, éstos ejecutaban una de sus maniobras de repliegue, acercándose poco a poco a su río. Durante un breve respiro, Roldán se acercó a Olivier, llevándole un caballo, pues el suyo agonizaba. La larga espada de Olivier había hecho su sangrienta cosecha. Tenía en su mano izquierda otra espada, corta y de un solo filo. A él no le embriagaba el furor de la batalla y Roldán acostumbraba a escuchar sus rápidos análisis antes de tomar decisiones.

—¡Otra sorpresa más, amigo mío! O son demasiado astutos para que yo entienda sus intenciones o son idiotas del todo.

—Sí —contestó Olivier—. En su retirada, se alejan de la ciudad en lugar de acercarse. Es como para creer que quieren apartarnos del lugar que les sería más favorable.

—Me parece extraño —dijo Roldán— que un capitán capaz de hacer ejecutar unas maniobras tan precisas cometa un error tan burdo. ¡Es un suicidio!

—Ardo en deseos de saber lo que esconden los débiles muros de esta ciudad, porque ahí es donde se encuentra la clave de nuestro enigma.

Roldán señaló una pequeña altura que se encontraba a su izquierda.

—Apartémonos de la batalla y subamos a ese cerro, quizás así veamos más claro.

Los dos barones y algunos de sus soldados más fieles exigieron otro esfuerzo a sus monturas y treparon al galope hasta aquella atalaya natural. Desde allí, vieron con sorpresa que la ciudad estaba del todo vacía. Las murallas estaban desnudas y las calles desiertas. Pero detrás de Tudela, una hilera de embarcaciones de toda clase estaba cruzando el río, transportando sacos de trigo, objetos de valor y animales vivos. En la orilla opuesta, una larga procesión humana se dirigía pesadamente hacia el noroeste. Los viejos, las mujeres y los niños huían llevando consigo todo lo que habían podido embarcar.

—Han evacuado completamente la ciudad —observó Olivier.

—Por eso nos alejan de ella —dijo Roldán—. Todo lo que quieren es ganar tiempo.

—Estos hombres han decidido sacrificarse con tal de ganar tiempo para que sus familias se salven con sus víveres.

—No es menos meritorio su ardor en el combate —dijo Roldán—. Por otra parte, la evacuación de la ciudad nos conviene perfectamente; la travesía del ejército será más fácil y no necesitaremos las pocas vituallas que hayan podido llevarse.

—Queda por resolver el problema de los guerreros defensores —dijo Olivier—. Si siguen así y si están de verdad decididos a morir para ofrecer una ventaja de algunas horas a su pueblo, nosotros somos los que perderemos un tiempo valioso.

—Es hora de tener un encuentro con el jefe de nuestros enemigos —dijo Roldán.

Se volvió hacia Gautier de l'Hum, que acababa de llegar.

—¡Haz sonar la tregua y manda un mensaje para hacer saber al que manda sus tropas que deseo tener un encuentro con él en terreno neutro!

Los estandartes fueron plantados a medio camino entre los dos ejércitos que se encontraban cara a cara, habiendo puesto pie a tierra todos los jinetes salvo los capitanes de compañías. El escudero de Roldán, un joven de alta cuna, hizo las presentaciones con una voz fuerte y limpia.

—¡El Señor Roldán, conde de la Marca de Bretaña y par del reino; el Señor conde Olivier, el Señor Gautier de l'Hum y su tío, Señor Droun...!

—¡Soy Mutarrif! —dijo el jefe vascón.

Hablaba con una voz grave y dulce que contrastaba con las vociferaciones del portavoz franco. Estaba vestido a la manera árabe, pero sin los ricos ornamentos que solían llevar los nobles musulmanes.

—Y éste es mi sobrino Musa —continuó—. ¡Que Alá os proteja e ilumine vuestro espíritu mostrándoos el camino de regreso!

—Soy vasallo del rey Carlos, rey de los francos y de los lombardos, que nos sigue con el mayor ejército que jamás puedas conocer. Tengo por misión ocupar tu ciudad para proteger el vado.

—El vado no necesita vuestra protección —dijo Mutarrif con ironía.

Esta entrevista le convenía perfectamente para ganar el tiempo que necesitaban los suyos.

—Éste es el único sitio donde el ejército puede cruzar el Ebro antes de dirigirse hacia Zaragoza —explicó Roldán.

—Me parece —dijo Mutarrif—, que la última vez que visité Zaragoza, se encontraba justamente sobre el río. ¡Vuestro rey debe ser bastante caprichoso si quiere acceder a Zaragoza por el sur!

—El ejército caminará a lo largo del río por sus dos orillas —dijo Roldán—. Así estará protegido contra un eventual ataque de Abd al-Rahman.

—¡Ja, ja, ja! —rió Mutarrif—. Abd al-Rahman está muy lejos por ahora y no parece inquietarle mucho vuestra llegada.

—Pronto le sobrarán razones para preocuparse —replicó Roldán—. ¡De cualquier manera, vamos a tomar Tudela hoy mismo y proteger el paso del Ebro!

—Si tus intenciones son tan claras ¿por qué quieres parlamentar? ¿Quizás para retrasar el momento de tu muerte?

—He convocado este encuentro para proponerte una retirada honrosa —dijo Roldán.

—Habéis venido con las armas en la mano, cristiano, y habéis sido recibidos como lo merecíais. Todavía no hemos acabado nuestra tarea de hoy. ¡Muchos de tus hombres se quedarán aquí para siempre y fertilizarán nuestros campos!

—En efecto, hemos sido recibidos por combatientes valerosos y dignos de todos los honores. Y digo que tú y tus hombres no tenéis necesidad de morir para proteger a vuestro pueblo.

—¡Seguramente no eres el más indicado para decirme cómo debo proteger a mi pueblo! —dijo Mutarrif con severidad.

—Tu forma de combatir me dice que quieres ganar tiempo para que tu pueblo pueda encontrar otro refugio. Te propongo que te reúnas con los tuyos en la ruta del noroeste. No te perseguiré; no se os hará ningún daño durante vuestra retirada.

—¡No acostumbro a fiarme de cristianos! —dijo Mutarrif—. Daros la espalda podría ser un suicidio.

Olivier se adelantó y tomó la palabra.

—Has de saber que estás hablando con el conde Roldán, el más noble caballero que exista y que jamás haya existido. Y te recuerdo que él ha sido quien ha convocado este encuentro. Nada nos impedía dividir nuestras tropas, mucho más numerosas, y mandar a una compañía de jinetes hacia la ciudad para masacrar a aquellos de los vuestros que todavía están embarcando vituallas.

El jefe vascón reflexionó un momento. Estaba clara la amenaza, una vez que los cristianos habían visto lo que estaba haciendo el pueblo de Tudela, de nada servía ya intentar alejarlos.

—Puede que tengas razón —contestó Mutarrif—. Yo también sé reconocer las intenciones nobles. ¿Pero cómo podré convencer a mis hombres para que den la espalda al enemigo? No son más que campesinos, pero tienen su orgullo. ¡No querrán rendirse!

—¡Diles que su pueblo los necesita vivos! —dijo Olivier—. Si morís todos, vuestras mujeres y vuestros hijos serán fácilmente esclavizados por los visigodos, los árabes, o masacrados por los normandos.

—No será una rendición —dijo Roldán—. Os llevaréis vuestras armas y vuestros caballos. Te estoy pidiendo que te reúnas con tu pueblo, Mutarrif. Te prometo que no se os hará ningún daño y que los muros de Tudela no serán destruidos. No tendrás nada que temer, a menos que des media vuelta. Pero acuérdate que si vinieras a inquietar a la retaguardia del ejército de mi rey una vez que éste haya cruzado el Ebro, entonces yo te perseguiría hasta el fin del mundo y ninguno de los tuyos sobreviviría a mi justa cólera.

—Tus palabras son lo bastante justas viniendo de un cristiano. Pero no tomaré ninguna decisión sin haber oído la sabia opinión de mi sobrino Musa, que piensa bien, y al que sus hombres obedecen ciegamente.

Musa era un hombre joven y esbelto. Sus ojos brillaban con un gran amor por la vida, precisamente ese amor por el que se reconoce a los que son capaces de enfrentarse a la muerte sin vacilar por una noble causa.

Avanzó hacia Roldán y lo miró fijamente a los ojos para descubrir sinceridad o hipocresía en las respuestas del cristiano.

—Hace más de una semana que vuestros soldados ocupan los caminos, impiden el comercio e interrumpen los mensajes —dijo Musa—. No hemos recibido noticias de nuestros hermanos y amigos desde hace tiempo.

—Puedo asegurarte —dijo Roldán— que ninguna compañía franca ha entrado en combate hasta este día. Pero si me dices quiénes son tus hermanos y tus amigos,

quizás pueda encontrar alguna noticia de ellos entre los míos.

—Algunas gentes que me son muy queridas se encuentran seguramente en Pamplona, que estaba en vuestro camino. Y si se les ha hecho el menor daño, serás tú el que deberás correr a esconderte en una gruta profunda y lejana porque a la venganza de los pamploneses se añadirá la de los Banu Qasi que tienes ante ti.

—En un campo de batalla es donde me encontrarás más fácil que en un refugio. Sin embargo, las gentes de Pamplona se encuentran en perfecto estado. Allí fuimos acogidos como aliados y nos fuimos como amigos. Yo mismo he conocido a personas que quedarán por siempre en mis pensamientos.

A Musa le costó ocultar su sorpresa. Roldán parecía sincero, pero aún quería cerciorarse.

—Seguramente se trataba de esa minoría de cristianos dispuestos a lamer algunas botas, fuesen éstas germanas o latinas, para adquirir poder —dijo.

—Los que he conocido estaban más dispuestos a calzar perneras de combate que a chupar botas extranjeras. Desgraciadamente, todavía no han abrazado a Cristo.

—Si realmente has conquistado la amistad de esas gentes ¡al menos te habrán dicho sus nombres!

—Mis amigos y yo fuimos recibidos en la casa de Ximeno el Fuerte, donde también estaba su hijo Iñigo, así como un trovador llamado Gartxot.

Musa ocultó su emoción. El nombre de sus seres más queridos, aparte de su familia directa, sonaba de forma extraña en boca del caballero cristiano. Pero el nombre que de verdad lo obsesionaba aún no había llegado a sus oídos. Tuvo una vacilación reveladora antes de atreverse a soltar una pregunta más precisa.

—¿Es que no había ninguna mujer entre los huéspedes?

Roldán reprimió una sonrisa. Aquélla resultaba ser la verdadera preocupación del joven musulmán.

—Había una dama Oneka, mujer del llamado Iñigo...

Hizo una pausa, creyendo haber adivinado cuál era el objeto del deseo de Musa.

—... Y también una mujer joven y hermosa llamada Leire. La dos se encuentran muy bien y me han honrado con su amistad.

Musa tenía todas las razones para creerle. Roldán conocía demasiados detalles para que no fuese cierto. Además, ¿qué ganaría mintiendo? Sabía que Oneka estaba viva y se encontraba bien...

—Te agradezco que te hayas sometido a este pequeño interrogatorio —dijo Musa—. En cuanto a mí se refiere, la batalla ha terminado, a menos que mi tío ordene lo contrario.

Dio la espalda a los cristianos y fue a colocarse detrás de Mutarrif, no sin dirigirle una mirada que resumía su estado de ánimo.

Antes de retomar la palabra, Mutarrif dejó transcurrir un silencio tenso. Apartados de la escena, dos grupos de hombres se hacían frente, el uno franco, el otro vascón, uno cristiano, otro musulmán. Del código del honor, de las pasiones y de las

simpatías de tres o cuatro individuos, dependía la decisión que llevaría a otros centenares a la muerte o a darse la espalda. Mutarrif levantó la voz.

—Está bien, cristiano, acepto tu proposición. Nos retiraremos sin combatir más. Eres un hombre justo y ninguno de nosotros hablará mal de ti. Pero no por ello estamos en paz. ¡Nos echáis de nuestras tierras y de nuestra ciudad! No dudes que nos encontraremos en un campo de batalla.

Tras decir esto, dio media vuelta sin esperar respuesta. Los combatientes Banu Qasi abandonaron el lugar y se dirigieron hacia el vado lentamente y sin mirar atrás.

X

Conspiración

Al Hussayn ibn Yahyah al Ansari sentía por aquella ciudad un amor de padre. Casi la había construido o, al menos, rehecho. La ciudad de Zaragoza se había transformado en una de las joyas del arte musulmán; el arte de construir, el arte de decorar, el arte de vivir. Una ciudad que invitaba a vivir, caminar, pensar, rezar; un lugar feliz donde se aceptaba que la gente fuese diferente, de raza o de religión. Y eso en gran parte gracias a Al Hussayn, walí de Zaragoza, aliado del gran walí que gobernaba Barcelona y Tarragona: Sulayman ibn Yakzan ibn al Arabi. Esta calidad de vida había sido su sueño y su proyecto. Estaba orgulloso de ello, más que de su cargo o de su rango, más que de sus proezas militares de antaño, por las que los soldados lo admiraban y los nobles lo temían. Su ciudad y su familia eran los tesoros de uno de los hombres más ricos de Al-Ándalus.

Volviendo de la Mezquita Menor, donde acababa de hacer sus oraciones de la mañana, caminaba sin prisa y sin escolta con su calma habitual. Pronto percibió el murmullo de una conversación. Algunos jóvenes hablaban amigablemente junto a una fuente. Eran yemenís, como él. Dos de ellos, apoyados en el bordillo de la fuente, centraban la atención de todo el grupo, como un maestro que dicta la lección. Al Hussayn se sintió conmovido por aquella escena tan habitual. ¿De qué hablarían? Poco importaba. Estaban sonrientes y felices de encontrarse en aquel lugar. Los más jóvenes escuchaban con atención las palabras del orador. La conversación se interrumpió cuando Al Hussayn apareció en la plaza. Conocía a todos los jóvenes de aquella asamblea, algunos de los cuales pertenecían a su guardia personal. Pero los dos protagonistas, los que permanecían sentados en la modesta altura del bordillo, eran los dos hijos de Sulayman ibn al Arabi: Aysun y Matruh. Todos se saludaron según las formas usuales.

—*¡Salam Aleykum!*

—*¡Aleykum Salam!*

—¡Que la paz de Alá esté con los hijos de mi amigo Sulayman! —dijo Al Hussayn.

—¡Que Alá proteja a nuestro huésped! —contestó Matruh—. Gracias a ti Zaragoza se ha convertido en un verdadero paraíso.

El elogio era acertado para adular a Al Hussayn, demasiado acostumbrado a que se recordara su heroísmo pasado. Esto no era más que una muestra de la inteligencia de Matruh, el segundo hijo de Sulayman. La mejor herencia de su padre era aquella sutileza, de la que carecía su hermano. Aysun era excelente en el manejo de las armas, pero sin las cualidades intelectuales que seguramente harían de Matruh un gran diplomático. Al Hussayn sentía cierta predilección por Matruh, al que

encontraba más comedido y sabio que su padre; un buen contrapeso para equilibrar las fogosidades del impetuoso gobernador de Barcelona.

«*Matruh sería un aliado más seguro que su padre* —pensó Al Hussayn—. *Sólo Alá sabe de qué es capaz Sulayman*».

—No tengo noticias de vuestro padre —dijo en voz alta—. ¿Tendré pronto la alegría de recibirlo?

La pregunta no era inocente: un mensajero que hubiese llegado hasta los hijos de Sulayman evitando informar a la policía de Al Hussayn implicaría una grieta en el seno de la alianza.

—Esperábamos que fueras tú quien nos anunciara su llegada —contestó Matruh—. Pero no tememos por él. Pronto llegará y nos traerá grandes noticias para nuestros proyectos comunes.

Al Hussayn estuvo a punto de desear que mintiese. Eso demostraría que Matruh estaba rodado en las astucias del espionaje y de la política.

«*Trataré de hablar con él a solas, sin la presencia de Sulayman. No se puede dudar de su fidelidad hacia su padre, pero las informaciones que puedo sonsacarle completarían las de mi amigo Jâbir, sobre todo siendo el único que ha visto el ejército del rey Qarl desde dentro. Tomaré contacto con él discretamente; prefiero evitar a Aysun*».

—Mientras tanto —dijo— me alegro de ver que los hijos de Sulayman tienen amigos entre los jóvenes de Zaragoza ¡Y algunos de ellos son los mejores soldados de la ciudad!

Le contestaron varias sonrisas ingenuas y agradecidas. En sus caras de niños, era difícil imaginarlos blandiendo las cimitarras.

—Los mejores soldados para un gran capitán —añadió Matruh—. Las hazañas que cuentan sobre ti merecen ser conocidas por todos.

«*Si tuvieses unos años más* —pensó Al Hussayn—, *sabrías que de las hazañas militares sólo se cuenta lo que interesa. Supongo que mis guardias te habrán hablado de la batalla que se desarrolló en las cercanías de Pamplona, donde me vi obligado a reunir a todos los supervivientes para sacarlos del atolladero, aún siendo el más joven de los capitanes. ¡Y me tomaron por un héroe! Lo que no te habrán dicho es que el gobernador Yusuf al Fihri nos había enviado a una muerte segura para deshacerse de nosotros*».

—¿No querías contarnos tu historia? —propuso Aysun—. Tenemos mucho que aprender de ti.

—Mi verdadera historia está escrita en estas paredes que os acogen y en esta fuente que os sacia —dijo Al Hussayn—. ¡Es esta ciudad! Pronto nos alcanzarán los asuntos de la guerra. Mientras tanto, unos jóvenes llenos de salud como vosotros tienen que disfrutar de la vida. ¿No vais a participar en la mufakhara?

—No soy muy aficionado a las competiciones de poesía —dijo Aysun.

—¡Pero no te preocupes por nosotros! —dijo Matruh—. Sabremos sacar

provecho de la paz de tu ciudad para meditar y ninguno de nosotros olvidará las cinco obligaciones del musulmán.

—Espero que los tiempos difíciles que se acercan no debiliten vuestra fe y que pronto podáis empezar a preparar vuestro viaje a la Meca.

—Así se hará gracias a ti —contestó Matruh.

Al Hussayn se despidió de los hijos de Sulayman y abandonó lentamente la plaza. Su pequeña estatura y su tripa prominente le daban el aspecto de un comerciante acomodado. Sin embargo, su prestigio militar era bien merecido, aunque él mismo le restaba importancia.

Se encaminó hacia su palacio, mirando con placer las flores en las ventanas de las casas vecinas, como lo hubiera hecho un visitante extranjero. Ningún guardia lo saludó; no le fueron presentadas armas. Prefería que las demostraciones de fuerza estuviesen ausentes de su domicilio o, al menos, que fueran lo más discretas posibles. Pero nadie ignoraba que los ojos de la policía de Al Hussayn alcanzaban cualquier recoveco de la ciudad y que su brazo caía pesadamente sobre quien se atrevía a perturbar la paz urbana.

Una vez que cruzó el pequeño patio donde un grupo de músicos interpretaba una melodía berebere, subió a sus apartamentos y se sentó en sus cojines preferidos, esperando a que le sirvieran un refrigerio. Casi de inmediato, sus servidores le trajeron varias bandejas de plata llenas de pastas y de una infusión de menta. Mientras los criados salían de la habitación rápida y discretamente, otro personaje entró, lento y orgulloso, de barbilla arrogante. Los dos hombres esbozaron con la mano un saludo ritual. Después, Al Hussayn le invitó a compartir su comida.

—Al Hussayn ibn Yahyah —dijo el invitado con una voz demasiado fuerte—, ¿es que sólo piensas en comer? Siempre que te veo lo estás haciendo.

Era un hombre de mediana estatura, ni flaco ni gordo, de ojos cansados y demasiado grandes para sus órbitas. Su labio inferior colgaba constantemente con una expresión de repugnancia. No se sentó. Apenas miró al gobernador de Zaragoza, se le acercó para dominarlo mejor en altura y le dio lentamente la espalda.

—No parece entender que se acerca mi día —continuó—. El instrumento de mi venganza ha cruzado el Pirineo. —Se dirigió hacia la ventana que daba al norte y mostró su puño amenazador—. ¡Tiembra Abd al-Rahman! ¡Tus días están contados!

Al Hussayn no se tomó la molestia de contestar a su visitante. A menudo había presenciado la teatralidad de Abu'l Aswad.

«Pero qué ingenuo eres, mi pobre Abu'l Aswad —pensó Al Hussayn—. Si nuestra conjura llegara a tener éxito tú serías uno de los primeros en pagar por ello. La legitimidad que te da el hecho de ser hijo de Yusuf al Fihri es un poder vacío».

Abu'l Aswad, con la mirada colgada en el horizonte, se había lanzado en uno de sus habituales monólogos.

—Pronto amanecerá sobre la península —decía—. Y Al-Ándalus volverá a su amo legítimo. Por fin será vengada la muerte de mi padre y Abd al-Rahman el

impostor, el traidor, el vanidoso, pagará por sus crímenes con los sufrimientos que merece.

«¿Y quién me vengará a mí de las injusticias infligidas por tu padre? —Al Hussayn contestaba con el pensamiento a Abu'l Aswad, que seguía hablando al vacío—. ¿Van a quedar impunes los crímenes del antiguo gobernador Yusuf al Fihri? ¿Alguien ha merecido más odio que él?».

—Porque hoy nuestra alianza es poderosa —continuaba Abu'l Aswad—. ¡He reunido a mi alrededor a los que pueden vencerte, Abd al-Rahman! Tengo conmigo a Al Hussayn ibn Yahyah, dueño de la ciudad que todos desean.

«¡La ciudad que todos desean!», pensó Al Hussayn.

—¡He asociado a mi causa al gobernador de Barcelona, Sulayman ibn al Arabi, que tiene tropas fieles y una gran astucia!

«Justamente lo que tú no tienes...».

—¡Yo mismo he mostrado mi fuerza, mi valor y mi sutileza al mundo entero!

Abu'l Aswad hablaba cada vez más fuerte. Había empezado a andar de un lado a otro con pasos cortos y nerviosos.

—¡Ja, ja, ja! —rió con fuerza—. Vaya cara debiste poner cuando te enteraste de mi evasión de tus inmundos calabozos. —Seguía dirigiéndose a Abd al-Rahman que, sin embargo, se encontraba a cientos de kilómetros—. ¡Cómo los engañé! Me hice pasar por ciego.

Se giró hacia Al Hussayn.

—¿Ya te he contado esta aventura? Me hice pasar por ciego y padecí mil peripecias para salir de Córdoba y reunirme con mi hermana aquí, en Zaragoza.

Al Hussayn adoptó una expresión de admiración.

—¡Y he aquí que mi tiempo se acerca! —dijo Abu'l Aswad—. Mi nombre es necesario para esta alianza. Pronto se hará justicia.

«Pero por ahora —pensó Al Hussayn— no eres tú quien estás negociando con el enviado de Bagdad; como tampoco fuiste tú quien llevaste las conversaciones con el rey cristiano. Tú y yo somos demasiado pequeños, Abu'l Aswad. Cada cual tendrá que encontrar su lugar en medio de la confusión que se avecina y el tuyo, con toda seguridad, no estará en un trono de emir. El que quiera demasiado se quedará sin nada».

—Pero dime, amigo Al Hussayn —dijo Abu'l Aswad.

—¿... Tienes noticias de Sulayman? ¿Cuándo va a llegar? ¿Habrás conseguido ayuda de Bagdad?

—¿A cuál de tus preguntas quieres que conteste primero? —preguntó amablemente Al Hussayn.

—¿Es verdad que un hijo de Sulayman ha ido a llevar un mensaje hasta el campamento del rey cristiano? ¿Hay muchos hombres? ¿Cuándo llegarán?

Al Hussayn alzó los hombros en un gesto de ignorancia. Pero en su fuero interno, no pudo impedir pensar:

«Aunque poseyera las respuestas, no te las daría; no es porque no supieras qué hacer con ellas, sino porque no me gustas, Abu'l Aswad, hijo de Yusuf al Fihri».

Desde lo alto del minarete, el muecín cantó su llamada a la segunda oración de la jornada. Los dos hombres se orientaron hacia el este y se postraron para mostrar su obediencia, mientras dirigían sus oraciones al Dios de todos los humanos. Ningún musulmán faltaba nunca a su segundo deber: la Salat. Y en aquellos momentos era cuando Abu'l Aswad sentía un profundo respeto hacia Al Hussayn, pues éste era descendiente en línea directa de un amigo del profeta.

Después de la oración, Al Hussayn se retiró a sus apartamentos privados, allí donde Abu'l Aswad no se atrevería a molestarlo. Ya había pensado demasiado en la guerra por aquella jornada. El odio hacia Abd al-Rahman, que compartía con sus aliados, y el que tenía hacia Yusuf al Fihri y sus descendientes, que mantenía en secreto, le impedían vivir en la paz interior que buscaba. Su deseo más íntimo era olvidar los tiempos de guerra y proteger su ciudad de las tormentas de la política. Decidió sumirse en un libro de astronomía india traducido recientemente al árabe en la biblioteca califal de Bagdad.

«Gracias, amigo Jâbir —pensó—. Gracias por haberme traído este hermoso libro de papel de cáñamo. Gracias también a los chinos hechos prisioneros en Samarcanda que nos han desvelado el secreto de la fabricación de verdaderos libros. Gracias a las estrellas por escribir la historia en el cielo para que los mensajes de Alá sean comprendidos por los sabios».

Se sumió maravillado en la elegante escritura y en los dibujos simbólicos, esperando ver morir el día para leer en las páginas del cielo.

La llegada de Sulayman hizo que toda la casa se estremeciera. Caminaba con paso elegante, dejando apenas tiempo a los guardas para abrirle las puertas. Sus dos hijos, de mayor altura, lo seguían de cerca, uno a cada lado. Los tres juntos, con sus ropas lujosas y sus anchas cimitarras, parecían una embajada imperial. A Abu'l Aswad le costaba seguirlos a través de los pasillos del palacio de Al Hussayn, rodeado de los guardias de Sulayman. Cerca de él estaba Alarviz, su cuñado, que le acogió tras su fuga rocambolesca de las cárceles de Abd al-Rahman. Los cinco hombres entraron en la amplia sala donde Al Hussayn solía recibir. Todos los guardias se quedaron fuera. Al Hussayn los recibió solo, en medio de la habitación, y los invitó amablemente a sentarse en unos cojines que rodeaban una pequeña mesa redonda repleta de pastas y de tazas.

Los seis hombres formaban una conjura enérgica y temeraria que pretendía enfrentar a dos grandes potencias, el reino franco de Carlomagno y la Hispania de Abd al-Rahman, y aprovechar los restos de la carnicería para asentar su poder sobre

el mundo musulmán europeo: Al-Ándalus.

Sulayman ibn al Arabi, gobernador de Barcelona y de Tarragona, Abu'l Aswad, hijo del antiguo gobernador de Córdoba, y Alarviz, su yerno, habían sido capaces de cruzar Europa un año antes para llegar al país de los sajones, donde nadie había visto nunca a un seguidor de Mahoma. Se habían reunido con el rey de los cristianos en medio del estupor de los pueblos salvajes del norte, en plena asamblea anual de los francos. El jefe e instigador del complot, Sulayman, había convencido al rey Carlos de ponerse en marcha hacia Al-Ándalus con tropas numerosas. Y Al Hussayn, gobernador de Zaragoza, poseía la clave que abriría la mitad de la península o que podía bloquear cualquier esperanza de conquista: Zaragoza, pues sólo a él obedecían las tropas de la ciudad. Los conjurados estaban unidos, el rey cristiano estaba en marcha; la suerte estaba echada.

Sulayman se adelantó a Al Hussayn.

—He tenido que luchar contra el enviado de Bagdad —lanzó—. Su cabeza rubia escondía demasiadas trampas y demasiados complots. No ha jugado limpio ni una vez.

—¿Pero cuáles eran para ti las verdaderas intenciones del enviado de Bagdad? —preguntó Al Hussayn.

—Bagdad quiere traicionarnos antes incluso de haber conseguido nuestra complicidad —contestó Sulayman—. Por eso nos envían al más retorcido de sus diplomáticos. Pero lo conozco bien. No ha conseguido embaucarme con sus falsas promesas. Bagdad quiere Córdoba para su Califa. Pero ellos, igual que Abd al-Rahman, siempre nos han tratado a los yemenís como a seres inferiores. ¡Los odio!

La derrota de Bembezar seguía ardiendo en la mente de Sulayman. Desde aquel día, odiaba a Abd al-Rahman, pero su odio desbordaba a todos los árabes del norte, que imponían su supremacía en todas las esferas de la administración islámica. Sulayman abrió una funda de cuero que colgaba de su cinto y sacó un delgado rollo de papel. Mostró su contenido, sin ornamentos inútiles, pero perfectamente caligrafiado.

—¡Mirad, amigos míos! Esto me fue enviado hace casi cuatro años, después de la batalla de Bembezar. Esta poesía fue compuesta por el gran Al Mushir ibn Hilal al Qudai. Ella me ha dado toda mi fuerza. Desde que la leí, juré vengar el linaje yemení y no tendré descanso hasta que lo haya cumplido.

—De todas formas —dijo Al Hussayn— los cristianos han cruzado el Pirineo. Es demasiado tarde para buscar alianzas en otra parte.

«Pero ya estarás al corriente, amigo Sulayman —pensó—, pues ya no llevas tus ropas de viaje como tus guardas. Luego has tenido tiempo para charlar con tu hijo Matruh, que te habrá informado bien sobre lo que ha observado, tanto en Zaragoza como en el campamento cristiano. No sé si te alegraría saber que yo también tengo mis informadores...».

—¿Pero cuál será la actitud de los beréberes? —preguntó Alarviz, más despierto

que su cuñado, pero que carecía tanto de información como de poder.

—Los beréberes no pactarán con Bagdad —dijo Sulayman—. Ya no cometerán los errores de antaño. Además, ya no se fían de nadie y su revuelta no se debilita.

—Parece que los problemas se acumulan para Abd al-Rahman —dijo Abu'l Aswad—. La rebelión beréber, la presencia inquietante de tropas de Bagdad y, por encima de todo, los cristianos que caen sobre la península. ¡Demasiado tarde comprenderá Abd al-Rahman a quién pertenece la mano de su verdugo!

Y levantó una mano abierta y amenazadora.

—Pero no parece que el rey Qarl tenga mucha prisa por intervenir —dijo Alarviz mirando a Al Hussayn.

—Mis informadores aseguran que ha abandonado Pamplona y que desciende hacia el Ebro —contestó Al Hussayn—. Pero si quieres informes sobre las fuerzas militares del rey cristiano, no es a mí a quien tienes que preguntar.

Dirigió una sonrisa a Matruh, que no mostró turbación alguna.

—He visto al rey de los francos —dijo Matruh—. Le he renovado nuestro juramento de fidelidad. Con toda seguridad es un gran rey y posee fuerzas suficientes para salir victorioso de un encuentro con Abd al-Rahman en cualquier terreno, así como de cualquier otro ejército que se encontrara en su camino. Su lentitud viene de su poderío, pues tiene que transportar un equipaje muy pesado.

«¿Oír *por fin* lo que quiero saber? —pensó Al Hussayn—. ¿Puedo elegir aún? Si se confirmaran las informaciones de Jâbir...».

—También tiene que ocuparse de los asuntos de algunos cristianos de la región —añadió Sulayman.

Al Hussayn dejó escapar una mueca de despecho casi imperceptible, pues Sulayman acababa de interrumpir la descripción de Matruh.

—Si su columna del este es tan impresionante como la que has visto, Matruh —dijo Alarviz—, tomarán toda la península antes del otoño.

—Lo es —aseguró Sulayman—. Pronto veréis los barcos frisonos remontar el Ebro, arrastrados por mil bestias de tiro, cargados con abundante material de guerra. Y se unirán con su rey aquí mismo, en Zaragoza, la ciudad que todos desean.

«La ciudad que todos desean... —pensó Al Hussayn—. ¿Tendré todavía elección?».

—Ahora —dijo Sulayman—, tendremos que estar más unidos que nunca, pues se acerca la hora. Necesitaremos toda nuestra habilidad para recibir al rey Qarl lo mejor posible. Iré yo mismo a su encuentro fuera de la ciudad ¡pero también es necesario que Zaragoza se prepare!

Y emprendieron los preparativos, cruciales para Sulayman, entusiastas para Abu'l Aswad, dolorosos para Al Hussayn.

XI

EL BOTÍN DEL rey

Mikelot sufría.

¿En qué extraña aventura se había embarcado? Imaginó a su padre roto de dolor por su culpa. Aquella imagen le angustiaba. Se esforzó en quitárselo de la cabeza y pensó en Idoia. Era imposible saber dónde se encontraba exactamente y cómo podría llegar hasta ella. Quizás cuando acamparan... Pero ahora cada cual tenía que quedarse en su sitio, respetando un orden estricto. Había llegado la hora de partir de Pamplona.

El ejército se puso en marcha, lento, pesado, inexorable. Sonaron las trompetas anunciando la salida y acompañaron durante unos centenares de metros a la ciudad ambulante. Luego los cánticos guerreros tomaron el relevo para dar valor a los que tendrían que padecer aún varias jornadas de penoso caminar.

Durante horas, no dejaron de salir ordenadamente hombres, bestias y carros.

Una idea obsesiva volvía a la mente de Carlomagno: la de una nación elegida por Dios para unificar al mundo cristiano y extender sus dominios.

¿Qué podía frenar al ejército de Dios?

Riqueza, orden y número habían surtido su efecto aterrador entre los pueblos rústicos de la Europa septentrional. ¿Pero tendrían eficacia contra los musulmanes?

Carlomagno no contaba con ello. Esta vez, el enemigo era más ordenado, más civilizado y, sobre todo, mucho más rico. Salvo el número, pocos argumentos podrían impresionar a los servidores de Alá, famosos por su valor en el combate, su destreza con las armas y sus velocísimos corceles árabes.

«Bernardo —recordó Carlomagno—, Bernardo trae lo que hará temblar a los infieles. Bárbaros melenudos con sus barbas rizadas, vestidos con ropas toscas y cascos amenazantes, rubios o pelirrojos y con feos ojos claros que les hacen parecer extraviados o bajo el poder de alguna droga. Frisones, lombardos o sajones, unidos bajo un mismo mando, pueden sembrar el pánico hasta las puertas de Córdoba».

Carlomagno imaginó a los mensajeros llevando desde el Ebro hasta Gibraltar noticias aterradoras.

«El miedo crea división —se dijo—, y ése es el punto flaco de Abd al-Rahman».

Una partida de ajedrez se había empezado a jugar, en la que el gobernador Sulayman sería una pieza clave.

Por fin apareció ante el rey la imponente frontera del Ebro.

Bajo las órdenes del senescal Ekkehart, una parte del ejército cruzó el río. A pesar de lo complicado, todos los enseres lo cruzaron sin problemas. Y tampoco lo tuvo su gran arma: los caballos. El ejército, con su táctica habitual, se encaminó hacia Zaragoza en dos columnas, repartidas en ambos márgenes del río.

—Dios nos ha bendecido en esta campaña —dijo el rey—. Ni el Garona ni el Pirineo ni el Ebro nos han impedido pasar, ni siquiera nos han retrasado.

—Además, no hemos encontrado ninguna resistencia —añadió Adalardo.

Carlomagno se giró hacia Anselmo:

—¿Cuáles son las noticias de la vanguardia? ¿Siguen siendo tan alentadores los mensajes de Roldán?

—Sí, señor —contestó el conde Anselmo—. Ha tenido que presentar batalla aquí mismo pero, como ves, el lugar está limpio de enemigos. Dice que las orillas y los caminos están despejados de aquí a medio camino hasta Zaragoza. Ha mandado destacamentos al norte y al sur. Las guarniciones esperaban nuestra llegada para someterse y los gobernadores se dirigen hacia nosotros para entregarnos rehenes y regalos.

—Sulayman ha cumplido su palabra —dijo el rey.

—Me alegra comprobar la fidelidad de los gobernadores a Sulayman —dijo Adalardo—. Rara vez se puede prever la actitud de un jefe árabe, que a menudo están sumidos en guerras de clanes.

—¿No hay noticias de Sulayman? —preguntó el rey al conde Anselmo.

—Ninguna desde que su hijo vino a traernos su mensaje al pie de las montañas —contestó.

—Teniendo en cuenta los esfuerzos que ha realizado Sulayman para asegurarnos su fidelidad —dijo Adalardo—, creo que los regalos que vamos a recibir sorprenderán a más de uno.

Adalardo acertó. El gobernador de Huesca y su séquito llegaron al campamento antes de que acabaran de instalarlo.

Los presentes fueron expuestos ante el rey y sus pares: escudos, cimitarras, espadas puntiagudas muy diferentes a las de los francos, que no permitían golpear de frente. Había también ganado y harina, mulas y caballos, cien piezas de cerámica y otras tantas de orfebrería. Finalmente, abrieron a los pies de Carlomagno varios cofres llenos de monedas de cobre y plata. El gobernador tenía que haber desangrado a sus gentes para reunir un tesoro así, un pueblo compuesto mayormente de montañeses. El rey recibió a los rehenes: personas de buena nobleza, como lo indicaban sus ropas y su porte. El propio gobernador se entregó voluntariamente al rey de los francos.

Las jornadas siguientes fueron muy similares. Los gobernadores de las pequeñas ciudades interrumpieron la marcha del ejército para entregarse como rehenes y aumentar el volumen del botín.

Finalmente, a menos de una jornada de marcha de Zaragoza, el rey Carlos y su ejército alcanzaron la llanura donde les esperaba Sulayman. El walí estaba acompañado por sus dos hijos y algunos nobles, todos ataviados con ricos ropajes y

joyas deslumbrantes. Matruh seguía exhibiendo sus zafiros, mientras su padre había elegido adornar su frente con una enorme esmeralda engastada en una diadema dorada. Los numerosos sirvientes de Sulayman comenzaron a descubrir los regalos que permanecían ocultos. Los caballeros francos, a pesar de sus riquezas, no podían creer lo que veían sus ojos. Apenas comenzada la campaña, ya habían conquistado el mayor botín con el que pudieran soñar. Cofres desbordantes de monedas de oro y de piedras preciosas, sedas y tejidos de una finura desconocida para los francos, cotas ligeras de mallas estrechas y espadas forjadas por los artistas de Toledo.

Mikelot, que pertenecía al séquito de Roldán, presencié boquiabierto aquel espectáculo. Servir al conde Roldán era una tarea pesada, sobre todo después de un día entero caminando. Había que montar las tiendas, servir la comida, limpiar las armas y los caballos. Y al día siguiente había que madrugar para desmontarlo todo y partir otra vez.

Pero algo nuevo desvió su atención. Los soldados francos estaban trayendo a un grupo de mujeres encadenadas y se las estaban entregando a los árabes. Y allí estaba ella; cansada, sucia, harapienta, pero mirando a los soldados a la cara, desafiante.

—¡Idoia! —gritó Mikelot.

Pero ella no le oyó.

Entre el grupo de soldados y nobles, Mikelot pudo ver cómo se llevaban a Idoia y a las demás. Matruh y Aysun, hijos de Sulayman, encabezaban el grupo de soldados árabes que se alejaban llevándose a su amor.

—No te preocupes —dijo un joven franco que le acompañaba—. Van al mismo sitio que nosotros. A Zaragoza.

Sólo Sulayman se quedó con el ejército, pues todos los demás árabes se fueron por delante, con Matruh, Aysun y las esclavas.

Carlomagno no trató a Sulayman como a un rehén sino como a un aliado y amigo. Juntos, se pusieron a la cabeza del ejército y se dirigieron solemnemente hacia Zaragoza, a donde llegaron en unas horas.

La llanura que rodeaba las murallas de la ciudad estaba vacía. Las almenas, que tenían que haber hervido con una multitud ruidosa, permanecían desiertas y mudas.

El rostro de Sulayman ibn Yaqzan ibn al Arabi adquirió un color de cadáver.

¡Las puertas de Zaragoza estaban cerradas!

XII

Asamblea

En medio de Navarra, en el país de los vascos, las vegetaciones mediterránea y atlántica se mezclan para engendrar una riqueza natural extraordinaria. Las hayas y los pinos conviven con los olivos, rodeados por una corte de plantas de diversas formas y colores.

Fue en el lugar llamado Lezaun, cerca de Lizarra, donde decidieron reunirse los jefes vascos.

Cada uno de ellos representaba a vastos territorios y gentes muy diversas. Ximeno hablaría por los montañeses del Pirineo, Mutarrif por los Banu Qasi de la llanura, Sancho sería la voz de los cristianos, que también vivían en el llano. El mismísimo Zaharra había venido para representar a los aguerridos montañeses del oeste. Un guerrero montañés llamado Lodi, flaco como una rama de avellano, representaba a aquellos que vivían entre Pamplona, Gasteiz y el mar. Por parte de los que habitaban al norte de los puertos pirenaicos, estaba un jefe llamado Sara. Y, alrededor de ellos, se congregó un público numeroso.

Encima de un roble estaba Leire con los dos niños de Oneka, Eneko y Fortún Arista, que no se perderían detalle alguno de la asamblea.

Ximeno fue el primero en hablar:

—Os agradezco que hayáis venido tan numerosos. Me alegro al comprobar que un vasco acude siempre cuando otro necesita su ayuda.

Lodi se levantó y miró a su alrededor.

—Mi corazón está henchido de emoción al ver a todos reunidos. Nosotros ya hemos sido víctimas de las incursiones francas. A pesar de nuestros esfuerzos, consiguieron llevarse a muchas de nuestras mujeres. Los montañeses y pescadores acudirán en gran número si son llamados a combatir y los cristianos pagarán por su codicia.

Le contestó un murmullo de aprobación.

—Mucha prisa tienes en verter sangre —dijo Sancho, que intervenía desde su asiento—. Te recuerdo que hay cristianos aquí entre vosotros y que no te han hecho nada. Pero si lo que buscas es fama y honor y quieres vértelas con el rey Carlos, ¡entonces vete solo! Porque los que vayan contigo no volverán...

Mutarrif habló con calma y autoridad.

—Nosotros también hemos sido atacados por los cristianos en Tudela. Pero no reclamamos venganza. Sabemos que cerrar las puertas de Pamplona sería un suicidio. Carlos y Roldán encontrarán el castigo que les haya reservado el destino. Todo lo que queremos es que las gentes, las cosechas, el comercio y los caminos estén mejor protegidos de ahora en adelante. Y de esta asamblea debería nacer la solución.

—Creo que Mutarrif insinúa que necesitamos un rey —intervino Sancho—. Y esto es exactamente lo que nos pide Carlos el Grande.

¿Un rey? Nunca los vascos habían necesitado un rey. ¿Cómo podía un solo hombre dirigir a todo un pueblo?

Algunas voces se elevaron desordenadamente entre el público.

—¿Pero quién sería ese rey? —preguntó un hombre pequeño con voz chillona.

—¡Seguro que tú no! —le contestó un guerrero gordo con voz poderosa, provocando risas y burlas.

—Si yo fuera rey —dijo el primero—, te prohibiría comer once veces más que los demás. Así evitaríamos penurias.

Se multiplicaron las risas para desesperación de los jefes. Se estaba tratando un tema crucial.

Sancho se levantó y tomó la palabra:

—El rey Carlos pide que un solo hombre sea nombrado para representar a la ciudad de Pamplona. Ese hombre será vasallo directo del rey de los francos, lo que nos dará muchas ventajas. Así conseguiremos la protección del rey contra nuestros enemigos.

—Propongo a Ximeno —gritó una voz en el público.

—Es demasiado viejo —le contestó otro—. Su hijo Iñigo es un guerrero invencible. Él será mi rey.

Velasco, hijo de Sancho, se levantó de un salto y gritó:

—¿Pero es que no habéis entendido nada? Sólo será aceptado un cristiano. Mi padre tiene que ser nuestro rey.

La asamblea se transformó en un gran barullo donde se entrecruzaron muchas conversaciones. En aquel mismo instante, encima de un árbol, Leire y los dos niños de Oneka observaban la escena sin entender gran cosa. Nadie podía imaginar que allí se encontraba el futuro primer rey de los vascos: Eneko Arista.

El bullicio se fue calmando a medida que los charlatanes se percataban de que Zaharra se había levantado. Era un gigante; sus brazos colgaban como ramas de árbol partidas por la tormenta. Tenía pecho de buey y sus cabellos eran largos, pelirrojos y desordenados. De su boca salió un sonido atronador.

—¡No oigo más que bobadas!

Nadie le contestó.

—¿Un rey? —continuó—. ¿Queréis elegir a un rey que obedecerá a otro rey más grande que él? ¿Un rey que impondrá su voluntad y su religión en vuestros valles y vuestros hogares?

—Pero no será cualquiera —se atrevió alguien.

—¡Claro! —exclamó Zaharra—. ¡Será especial, puesto que lo habréis elegido! ¿Elegiréis también a sus herederos? ¿Soportaréis a los hijos de sus hijos si se vuelven caprichosos?

Hubo un murmullo de aprobación.

—¿Qué haréis cuando decida levantar un ejército sin pedir vuestra opinión? ¿Le entregaréis a vuestros jóvenes?

El murmullo subió de volumen.

—Tenéis que saber que los reyes y las reinas se casan entre ellos. Se pasan unos a otros sus territorios, se los venden, se los prestan incluso... Y pronto seréis gobernados por un extranjero ¡y ni siquiera hablará nuestra lengua!

Aumentó la confusión y hubo gritos de indignación.

—Y pronto nuestra nación quedará encogida dentro de otra más grande y más poderosa que nos impondrá su voluntad.

Esta vez estalló el estruendo y se hizo incontrolable durante un tiempo. Pero en cuanto el ruido disminuyó, Zaharra echó leña al fuego:

—¡Pero creo que Sancho no nos lo ha dicho todo sobre las exigencias del rey Carlos! ¿Es que no ha hablado de religión?

Sancho contestó a disgusto.

—El gran Carlos ha pedido que todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad y de los alrededores reciban el bautismo y entren en la casa de Dios.

Lodi se levantó con un salto de ardilla y se dirigió a los presentes con voz firme.

—¿Tenéis intención de cambiar de religión? ¿Vamos a permitir que obliguen a nuestros hermanos a convertirse al culto de los perros?

—¡No! ¡No! ¡Nunca! ¡Muerte a los perros!

—¿Pero qué harán los francos si nos negamos a obedecer? —preguntó otro de los presentes.

Mutarraf se levantó y habló alto y claro:

—No dudéis que arrasará la ciudad y los campos. Si no os ha atacado hasta ahora es porque no destruye lo que puede serle útil. Pero si no estáis con él, estáis contra él. En cuanto a los Banu Qasi, él ya ha elegido: la única discusión será con lanza y espada.

—¿Pero estamos seguros de que volverá con todo su ejército? —preguntó Sara—. Quizás mande a un destacamento para solucionar sus asuntos con Pamplona mientras el grueso del ejército vuelve por otro lado...

—Según sus propias palabras —dijo Ximeno—, volverá por la ruta que tomó a la ida. Pero esta vez con todo su ejército, todavía más grande, parece ser, que el que vimos en la llanura de Pamplona.

—Nos han informado —dijo Musa—, que otro ejército franco ha cruzado el Pirineo por el extremo oriental, cerca del mar cerrado.

Corrió un escalofrío entre los asistentes. Todos se sentían incapaces de imaginar un despliegue de fuerzas tan enorme. Un hombre joven y flaco salió del grupo de Sara y vino torpemente a situarse en el medio del círculo de oradores.

—Agur a todos —dijo con un acento extraño—. Me llamo Cauderac y vengo de Burdeos.

Hubo exclamaciones de sorpresa y admiración para saludar al que venía de tan

lejos.

—Soy súbdito del rey Lobo —dijo—. No veo qué tiene de malo el servir a un rey. Nosotros, en Aquitania, luchamos ferozmente contra los francos, hasta que secuestraron a la familia de nuestro rey y ahora tenemos que obedecer a nuestro enemigo. Nos tuvimos que bautizar a la fuerza, pero no es más que una ceremonia ridícula. Ahora soy cristiano, pero no me pidáis que os recite una de sus extrañas oraciones, porque no me sé ninguna. También tenemos obligación de pagar impuestos a un conde franco. Pero cuando vienen a cobrarlo ¡nunca me encuentran! Y tampoco me encuentran cuando vienen a por soldados, enrolando a la fuerza a todos los jóvenes en su maldito ejército. Pero nunca buscan mucho a un vascón que se esconde ¡porque saben que podrían encontrarse con la punta de su espada antes de ver la piel de su culo!

Una tormenta de risas y aplausos llovió sobre el joven aquitano. Pero, de repente, desenvainó su espada y la levantó muy alto.

—¡Pero sabed que ningún vascón de Aquitania dudará en venir a ayudar a un vascón de más allá del Pirineo! Y si queréis defender con las armas la ciudad, el valle, los puertos o lo que sea ¡aquí tenéis mi espada!

La ovación fue aún más fuerte y prolongada que la anterior. El ambiente se distendió tan rápido como antes se había vuelto irrespirable. Sancho intentó retomar la dirección de la asamblea.

—En nombre de todos, doy las gracias a nuestro amigo Cauderac. Os pido que tengáis en cuenta lo que ha dicho. Es imposible enfrentarse al gran Carlos. Si no queréis un rey, elijamos a un representante de la ciudad mientras los francos están cerca, y aceptemos el bautismo.

—Ningún musulmán aceptará el bautismo cristiano —dijo Mutarrif—. Pero podemos hacer lo que hicimos hace unos días: desaparecer de Pamplona mientras están los francos.

—Esto es lo que propongo —dijo Ximeno de pie—. Que se hagan cristianos los que lo desean. Yo mismo y los míos nos convertiremos si es necesario para salvar Pamplona. Los demás podrán ir a refugiarse en las montañas hasta que pase el peligro.

—¿Y el representante de la ciudad? —preguntó Sara—. Preferiría que no fuese ninguno de vosotros dos. Tenéis demasiado poder y acabaríais luchando entre vosotros.

—¿No hay en Pamplona —preguntó Lodi— alguien que sea respetado, pero que no tenga poder económico ni gente armada a su servicio?

Después de pensárselo un buen rato, Ximeno y Sancho se miraron a la vez y dijeron:

—¡El decano!

—Es muy viejo y no tiene descendientes. Cuando se muera, volveremos a la situación actual, pero los francos estarán lejos.

La decisión fue adoptada de inmediato y una sensación de relajo recorrió la asamblea. Pero Zaharra se volvió a levantar, mirando a la gente con expresión inocente y sorprendida.

—¿Ha terminado la asamblea? —preguntó tontamente—. ¿Están resueltos todos nuestros problemas? Cambió de tono para proferir uno de sus mugidos que hacían que se estremecieran los árboles y vibraran los tímpanos. ¿Y qué haremos si los francos no aceptan nuestra elección? ¿Y qué haremos si mañana traen otras exigencias? ¿Y otras pasado mañana? En las montañas del Duranguesado y Cantabria hay un combate constante, una guerra cotidiana. Mis hombres y yo dormimos en cuevas, morimos en los desfiladeros, lejos de nuestros hogares, vigilamos día y noche las cumbres y los valles. ¿Y para qué, me diréis? Pues para impedir que unos extranjeros vengan a matar a vuestros hijos, violar a vuestras mujeres y llevarse vuestras cosechas; para evitar que un rey venido de fuera nos imponga su voluntad; para protegeros a todos de nuestros enemigos visigodos. Y mientras tanto, resulta que un ejército entero viene del país de los lobos, utiliza nuestros caminos a su antojo, hace pastar a sus bestias en nuestros campos y encuentra reposo y diversión en nuestras ciudades. ¿Pero qué creéis que harán después de un viaje tan placentero? Pues no se privarán de volver la próxima primavera y la siguiente y la otra también. ¡Volverán con nuevas intenciones y nuevas exigencias! No estoy ciego; ya veo que es imposible pararlos antes de Pamplona. ¡Pero digo que hay que hacerles pagar muy caro su paso por nuestras tierras! Digo que hay que obligarles a sopesar las consecuencias antes de volver a cruzar nuestros puertos. Digo que su botín tiene que quedarse entre nosotros para compensar las pérdidas ocasionadas en nuestros valles. ¡Digo que tenemos que prepararnos para la guerra!

Gritos de odio y victoria contestaron al discurso de Zaharra. A pesar de la orientación que había tomado la asamblea un instante antes, todos los que habían venido estaban convencidos que se decidiría combatir. Siempre había sido así. No se podía dejar a un ejército extranjero, ya fuese franco, visigodo o árabe, cruzar el país impunemente.

—Lo que hemos dicho hasta ahora —intervino Lodi—, sólo es válido hasta que el ejército deje Pamplona, y para proteger a sus habitantes. Luego, la iniciativa será nuestra.

—Hay que dejarles pasar los puertos —dijo Sara—, pero con un precio tan elevado que no querrán volver a pagarlo.

—¡Sí! ¡Muerte a los perros!

Todos estaban dispuestos a combatir. Zaharra pidió silencio y tomó la palabra.

—Hay alguien que todavía no ha hablado —dijo—. Hay entre nosotros un hombre que tomó parte en mil combates cuando casi era un niño; el único jefe de guerra capaz de convencer a una compañía de guerreros con sus fardos y sus armas de que afrontaran precipicios que parecían insalvables para tomar a los enemigos por detrás, un guerrero que provocaba el pánico en un ejército de visigodos con un

puñado de hombres. Hablo del protegido de la familia Arista: Gartxot.

Sobre la rama de un árbol, alguien estuvo a punto de perder el equilibrio y de caer como una bellota a los pies de los oradores. Leire no sabía nada del pasado secreto de Gartxot.

«Si lo supiera Mikelot —pensó—, ¡él cree que su padre siempre ha sido un poeta y nunca ha empuñado un arma!».

—No hemos olvidado tu forma de combatir —dijo Lodi a Gartxot—. Has sido una leyenda entre los guerreros. Tú sabes que te seguiremos por los bosques más oscuros o en las cumbres más abruptas. Si Zaharra y tú os ponéis a la cabeza de nuestra gente, venceremos seguro.

Entonces, Gartxot se levantó, saludado por murmullos de admiración.

—Hace ya mucho tiempo que no llevo espada —dijo—. He visto demasiada sangre y mi deseo es no volver a verla jamás. Demasiados amigos se fueron al seno de Maia cuando les quedaban por vivir sus mejores años. ¡La verdad es que no me fío de los cristianos! Creo que no aceptarán otra cosa que no sea obediencia y sumisión. ¡Pero demos una oportunidad a la paz! Si combatimos ¿cuántos de nosotros no volverán? ¿Cuánta pena podremos aún soportar? Puesto que no podemos defender ni la llanura ni la ciudad, no decidamos nada hasta que hayan pasado. ¡Que los que quieran esconderse lo hagan como lo habéis decidido y sin sentir vergüenza alguna! ¡Que los que prefieran esperarles se queden! Y si los francos no tienen nuevas exigencias y se comportan como lo han hecho estos días ¡dejémosles marchar en paz! ¡Pero estemos preparados para el caso de que vinieran a abusar de su fuerza! Y si por su culpa ocurriese alguna desgracia a un solo vascón, entonces el Colmillo de Ortzi despertaría de nuevo y yo dejaría la flauta y retomaría la espada para seguiros en el camino a los puertos.

Vivas y aclamaciones respondieron a Gartxot.

Los momentos siguientes sirvieron para tomar decisiones prácticas. Se nombró a los jefes que se encargarían de organizar las evacuaciones y a los que se ocuparían de una posible movilización. Luego, se entonaron cánticos; algunos aires guerreros, después melodías llenas de tristeza donde expresaban el profundo amor que tenían por su tierra. Por fin, un canto de adiós hizo temblar el suelo y vibrar a los árboles y más de un endurecido guerrero sintió que su pecho se comprimía.

Y más de una lágrima rodó por las mejillas.

XIII

Traición del gobernador

—¡Traición! —Gritaba Sulayman—. ¡Es una locura! ¡Un suicidio! ¡Un crimen! —Sulayman andaba furioso de un lado para otro con pasos pequeños y rápidos—. ¿Pero qué demonio te ha embrujado? ¡No eres más que un traidor!

El índice acusador de Sulayman señalaba la cara de Al Hussayn con un temblor incontrolable. Esta vez, Al Hussayn no estaba solo. La habitación estaba ocupada por guardias estratégicamente colocados para intervenir en cualquier momento.

—¡Que Alá te condene por lo que estás haciendo! —vociferó Sulayman.

Una señal imperceptible de Al Hussayn detuvo la mano del capitán de la guardia, que empuñaba un cuchillo oculto en su manga. Un gesto diferente, pero igual de secreto, hubiese precipitado la masacre; Sulayman no hubiese tenido tiempo para ver la llegada de la muerte.

—¡Y has esperado el momento crucial para cometer tu crimen!

Las manos abiertas y tensas de Sulayman remontaban el vacío como si quisieran unirse alrededor de un cuello invisible y apretar... apretar...

—¡No he matado a nadie, Sulayman! Y además, cualquier otro momento hubiera sido igual de crucial ¡no seas ingenuo!

—¿Ingenuo? —gritó Sulayman con dificultad.

Ahora era su propia garganta la que se sentía estrangulada. Al Hussayn estaba jugando con los nervios de su cómplice, él que sin embargo acababa de optar por una posición insostenible.

—Ingenuo, sí ¡lo he sido! He sido ingenuo al aceptarte como aliado. Fui ingenuo cuando creí en tu palabra. ¡He sido ingenuo!

Esta vez, se dirigía al cielo con estupor. El que se consideraba el hombre más astuto de Al-Ándalus, el maestro incontestable del complot, conocedor de todas las estratagemas, se veía atrapado en una trampa tan enorme como las montañas del Atlas. Y para colmo, lo trataban de ingenuo. El gato se había hecho ratón y Al Hussayn, hombre tranquilo, aliado seguro, mostraba aires de felino. Sulayman estaba perdido. Ciego. Debía tranquilizarse, analizar los motivos de Al Hussayn, encontrar una salida, ganar tiempo. Tranquilizarse... analizar... buscar... ganar tiempo...

—¿Dónde están mis hijos? —preguntó—. ¿Por qué nos has separado? ¿Ya decidiste su suerte?

—Aysun y Matruh están sanos y salvos —contestó Al Hussayn—. Le están haciendo compañía a Abu'l Aswad en una de las habitaciones de palacio, muy cerca de ésta. No te preocupes por ellos, no les ocurrirá nada.

Sulayman tomó unos segundos de silencio, sin dejar de andar por la habitación, pero reduciendo imperceptiblemente el paso. Los ojos de los guardias lo seguían en

sus gestos más leves. Sus pensamientos iban demasiado rápido, estorbándose unos a otros.

—¿Me dirás al fin por qué has cerrado las puertas de Zaragoza y cuáles son tus intenciones?

La pregunta era precipitada y Sulayman se dio cuenta enseguida. Tendría que haber aceptado jugar más tiempo al gato y al ratón. Había que encontrar la salida. Había que encontrar la grieta en los planes de Al Hussayn antes incluso de entender sus planes.

En lugar de contestar, Al Hussayn preguntó con tono ligero y desenfadado:

—¿Qué piensas del Adab?

El gato y el ratón. El gato siempre juega con el ratón antes de darle muerte.

—Para hablar de literatura es por lo que has decidido que muramos todos.

—Literatura es palabra pequeña —dijo Al Hussayn—. El Adab es todo un estilo de vida.

—¡Entiendo que te intereses por un nuevo estilo de vida cuando has decidido morir cuanto antes!

La ironía era la primera arma que volvía al arsenal mental de Sulayman. No hay inteligencia sin ironía.

—Ciertamente no tengo ganas de morir —indicó Al Hussayn con una sonrisa—. Y crece mi amor por la vida pensando en el Adab.

Sulayman quedó en silencio. Había dejado de andar. Los dos hombres se encontraban ahora sobre una amplia terraza desde donde observaban el horizonte. Los guardias los habían seguido vigilantes.

—¿Sabes que han abierto una biblioteca califal en Bagdad? —preguntó Al Hussayn.

—Lo sé —contestó Sulayman con sequedad.

—Parece ser que hay libros maravillosos, con grabados de colores. Libros encuadernados, con páginas finas y portadas de cuero repujado. ¿Has visto alguno?

—Sí.

—Mi amigo Jâbir ibn Hayyân me ha traído varios —continuó Al Hussayn—. Entre ellos hay un tratado de astronomía india y una traducción de Aristóteles.

Al Hussayn señaló con el dedo la silueta de un hombre sentado en otra terraza. Estaba inclinado sobre una mesa repleta de papeles en los que se superponían cifras y símbolos geométricos. A su izquierda, un pequeño telescopio apuntaba inútilmente hacia el suelo. Allí apareció Idoia trayendo una infusión sobre una bandeja de plata. Entrar al servicio de Al Hussayn había sido una suerte para ella, pero se sentía perdida y asustada.

—Jâbir es un gran hombre —dijo Al Hussayn—. Conoce todas las ciencias: la astrología, la física, la geometría, las matemáticas, la medicina... Pero su verdadero arte es el más profundo y el más completo de todos...

Sulayman no mostró ningún interés. Se armó de paciencia y esperó a saber dónde

quería llegar Al Hussayn.

—Él busca la materia perfecta —siguió Al Hussayn—, el elemento luminoso que permite transmutar los metales y curar las enfermedades. La piedra que obliga a su creador a ser un hombre perfecto.

—¡Seguramente habrá sido el hombre perfecto —dijo Sulayman incapaz de contener un nuevo ataque de ironía—, quien te aconsejara traicionar al más poderoso rey de Occidente cuando acampa ante tu casa con miles de hombres armados hasta las cejas!

—Yo no he pretendido que sea perfecto —dijo Al Hussayn evitando responder a la provocación de Sulayman—. He dicho que es un gran hombre. Ha descubierto nuevos cuerpos químicos: azote, ácido sulfúrico... ¿te suenan estas palabras?

—Apuesto a que es otro de esos sufíes —gruñó Sulayman, aceptando sin embargo entrar en el juego de su adversario.

—Si existen hombres como éste en nuestro mundo islámico, amigo Sulayman, es gracias al Adab. Riqueza de pensamiento, libertad para crear, búsqueda de Alá a través del conocimiento y la belleza...

Sulayman empezaba a comprender cuál era el razonamiento de Al Hussayn. Había que desviar el golpe antes de que llegara. Había que conseguir que Al Hussayn empezase a dudar de lo acertado de sus actos. Luego habría que convencerle para que diera marcha atrás. Ardua empresa.

—Cuando nos hayamos desecho de Abd al-Rahman —probó Sulayman con mucha calma—, Al-Ándalus podrá ser el paraíso del Adab. La mezcla de razas que existe aquí traerá lo que más deseas: cultura y tolerancia. Por eso formas parte de nuestra alianza y por eso no entiendo que te hagas cómplice de Abd al-Rahman.

«¡Buen intento! —pensó Al Hussayn—. *Insinúas que estás al corriente de mis contactos con Abd al-Rahman, cuando hace unas horas no sospechabas nada. Pero sabes que el emir jamás me perdonará mi desobediencia. Entonces te preguntas cuál será mi plan para salvar mi vida y te preocupas porque quizás la tuya no figure en el contrato. ¡Si supieras, amigo mío! ¡Si supieras!*».

—Nunca he dejado que Abu'l Aswad tomara decisiones ni asumiera la menor responsabilidad —siguió Sulayman—. Pero me fié de tu inteligencia para que no cometieras el error definitivo...

Sulayman contraatacaba. Después de haber sido tratado de ingenuo, contestaba a Al Hussayn comparándolo con Abu'l Aswad, al que los dos consideraban como un perfecto imbécil. Quizás así encontrara una apertura...

—No hay nada definitivo —esquivó Al Hussayn—, excepto la muerte. Siempre hay una oportunidad después de la última oportunidad y, que yo sepa, los dos estamos vivos.

—¡No sé por qué milagro! —resopló Sulayman apartándose de la barandilla y recuperando su aspecto furioso, pero esta vez, su ira era voluntaria y controlada—. Menos mal que el rey Qarl no tiene una inteligencia rápida —siguió Sulayman—. He

tenido que inventar todo tipo de pretextos para salvar mi cabeza y ganar tiempo.

«*Gracias por la información —pensó Al Hussayn—. Todo lo que me puedas aportar sobre el gran Qarl me será muy útil. Inteligente pero no muy rápido...*».

—Y no ha cogido rehenes, demos gracias a Alá. Le he dicho que eras un personaje avaro y codicioso y que bastaría con comprarte con una parte de los regalos que le entregaría la ciudad.

Al Hussayn estuvo a punto de soltar una carcajada, pero no dejó de admirar los reflejos y la imaginación de su cómplice. Sulayman prosiguió:

—De cualquier manera, tendré que estar ante su tienda mañana al alba, sino...

—¿Por qué no ha atacado? —dijo bruscamente Al Hussayn.

Sulayman se tomó un momento para reflexionar. Aquella pregunta, él se la había planteado muchas veces durante las últimas horas. Pero no era la única. ¿Cómo había adivinado Al Hussayn que el rey Qarl no atacaría? Al Hussayn había ganado la primera parte de su apuesta ¿pero qué pretendía conseguir? ¿Qué enorme recompensa lo empujaba a asumir una situación tan arriesgada?

—Pienso que todavía no quiere arriesgar la vida de sus hombres —dijo Sulayman—. Esa pérdida no entraba en sus cuentas.

«*Puede que sea verdad —pensó Al Hussayn—. Pero hay otra razón. La que me dirá si aún tengo elección*».

—Ante todo es un político. Negociará.

—Mi amigo Jâbir, del que te he hablado hace un momento, el sufí, tiene un alma aventurera —dijo Al Hussayn—. No sólo viaja sobre líneas geométricas o a través de cálculos complicados, también ha remontado toda la península alguna vez, buscando nuevos lugares y nuevas gentes. ¡Y fíjate! La providencia quiso que se encontrara en Pamplona al mismo tiempo que el rey Qarl.

Sulayman reprimió un gesto de sorpresa, pero no pudo evitar que sus ojos apuntaran a Jâbir como la flecha de un arco.

«*Esto es, amigo mío —pensó Al Hussayn—. Primero dejo que fluya tu ira, luego te golpeo para hacerte reaccionar, después abro el nudo que se cerrará más tarde y, para terminar, te concedo informaciones privadas, de cómplice a cómplice. Pronto estarás listo para colaborar, casi de buen grado*».

—¡No! —dijo Al Hussayn para contestar a un comentario no formulado—. ¡No es un espía! Pero ve y oye como nadie.

—Y, por supuesto, te ha contado lo que vio y oyó en Pamplona —dijo Sulayman.

—¡Oh! Como ya te he dicho, no es un espía —insistió Al Hussayn—. No me ha traído ninguna información militar. Para eso, «nosotros» podemos contar con el informe de Matruh, ¿no es así?

«*Habrás de tener en cuenta este “nosotros”, Sulayman. Pues yo decidiré cuándo termina nuestra alianza*».

—Ya te he descrito lo que vio Matruh.

—Pero has cuidado bien de que no se reuniera conmigo a solas. No te pregunto lo

que te hubiera disgustado en ese posible encuentro.

Sulayman retrocedió dos pasos para observar mejor al hombrecillo que estaba ante él. Una ligera sonrisa se fue dibujando lentamente sobre sus labios, hasta transformarse en una risa tímida, y estallar por fin en una ruidosa carcajada. Ahí estaba la grieta; era mínima, pero había que explotarla. El ratón volvía a ser gato.

—Sé lo que tu sufí te ha traído de Pamplona —dijo con fuerza y la mirada en llamas—. ¡No me lo cuentes, no hace falta! ¡Lo veo desde aquí en tu cara! Lo veo en tu actitud demasiado tranquila, demasiado insolente. Te ha traído el miedo... ¡Tienes miedo, Al Hussayn! Tu corazón va demasiado rápido y tus digestiones son difíciles cuando piensas en el gran Qarl, rey de francos y lombardos, verdadero jefe de todos los cristianos. Tienes miedo porque no has visto el ejército franco. Tienes miedo de lo que no conoces. Pero ten mucho cuidado, Al Hussayn, la oveja más miedosa es la que antes cae entre los colmillos del lobo porque es la que más rápido corre y se precipita en la trampa que le han tendido.

Al Hussayn prefirió guardar silencio. La ira le hubiese hecho perder el control de la situación. Reconocía en las palabras de Sulayman su propio proceder.

—Primero creí que querías tomar mi lugar —exclamó Sulayman—. Con las puertas de Zaragoza cerradas, el rey Qarl tendría que haberme hecho ejecutar inmediatamente y después habría negociado contigo. Y a ti te hubiese quedado agradecido por entregarle la ciudad. ¡Pero tu plan ni siquiera era eso!

«*He aquí un plan digno de ti*» —pensó Al Hussayn.

—El pánico te ha obligado a utilizar el único poder que te quedaba —dijo Sulayman—. Cuando te has encontrado al pie de una situación que no dominabas, te has encerrado en tu último refugio como un caracol. Has actuado como un niño, Al Hussayn. Pero la palanca que hemos accionado ha puesto en marcha una máquina demasiado pesada para que un pequeño walí regordete pueda detenerla o incluso frenarla.

—La voluntad de un solo hombre puede cambiar el curso de la historia —dijo Al Hussayn con gravedad evitando responder al insulto—. Y las motivaciones de ese hombre no tienen por qué ser forzosamente el poder y la gloria. «*Pero qué sólo está ese hombre* —pensó—. *¡Y qué vacío está el mundo cuando no se puede hacer otra cosa más que esperar la sentencia!*». Detrás de aquel hombre —dijo señalando a Jâbir ibn Hayyân—, está el conocimiento de varias civilizaciones. La sabiduría griega, la cultura latina, las ciencias indias, el arte egipcio e incluso, hoy en día, las técnicas chinas. Nosotros soportamos esa herencia. En nuestras bibliotecas se encuentran las traducciones de los textos de Sócrates y de las teorías de Pitágoras. Nuestros científicos son los que más lejos han penetrado en los secretos de la materia y del cielo y ellos son los que han descubierto el número cero. El mundo islámico es el sucesor de las grandes civilizaciones antiguas. ¿Y qué estás viendo ante los muros de Zaragoza?

—Un ejército más poderoso que el que Abd al-Rahman jamás podrá reunir —dijo

Sulayman con tono oscuro.

—¿No ves como yo ignorancia y barbarie? —Siguió Al Hussayn dejándose llevar voluntariamente por su pasión—. ¡Los cristianos tardarán aún varios siglos antes de alcanzar nuestra cultura! ¿Cuántos de ellos saben leer o escribir?

—Se dice que Qarl hace grandes esfuerzos por lograrlo —probó tímidamente Sulayman.

—¡Monjes copistas! —estalló Al Hussayn—. ¡Esto es lo más evolucionado que ha podido producir su cultura! Copian y vuelven a copiar los mismos textos de tres o cuatro libros que siempre tratan de lo mismo. ¡Y convocan grandes concilios para decidir si hay que permitir a sus corderos adorar a más o menos imágenes de Dios! La imagen de Dios es el universo entero, Sulayman; el Adab proviene de la comprensión misma de esta máxima y no intentar comprender el universo es digno de los mayores imbéciles que la historia haya podido reunir en un mismo redil. ¡Esto es justamente lo que hacen los cristianos!

—No te creía tan ignorante como para despreciar las culturas extranjeras —contraatacó Sulayman.

—Pretender resumir el pensamiento humano y la verdad divina en un solo libro no sólo es estúpido, también es espantosamente peligroso.

—Si son tan estúpidos e ignorantes —dijo Sulayman— ¿por qué te asustan tanto? Yo quiero utilizar a los cristianos, no servirles. Ellos nos darán la península y nosotros les diremos gracias y adiós.

—El rey Qarl no es estúpido del todo, Sulayman —dijo Al Hussayn—. Sabe vencer y sabe esperar. Lo ha demostrado al decidir no atacar Zaragoza para no aminorar sus fuerzas antes de un asedio. Pero hay entre los francos una fuerza aún más peligrosa que la del rey Qarl. Jâbir me ha hablado del famoso conde Roldán, cuyo renombre habrá llegado a tus oídos. Él es un verdadero héroe, haría cualquier cosa para servir a su Dios. Es capaz de realizar las mayores hazañas, armado con su espada, pero sobre todo con su fe. Su corazón es puro porque no tiene dudas. ¿Qué piensas tú de un hombre que no tiene dudas? Él puede sentir la santidad correr por sus venas cuando acaba de degollar a unos cuantos infieles. ¿Y sabes lo más preocupante? ¡Que ése es el tipo de hombres que más admiran los cristianos! Lo que quiere decir que el futuro del cristianismo se encuentra en el honor, la fe y la defensa a ultranza del bien: los tres pilares del crimen organizado y de la injusticia sistemática. Son fanáticos, Sulayman. ¡El verdadero Jihad es la expansión cristiana! Una vez que hayan tomado el poder en una tierra, ya no retrocederán. Arrancarán todo lo que no obedece a su dogma estrecho e impondrán la ignorancia. ¡Que Alá dé la espalda a sus fieles musulmanes el día en que se vuelvan tan fanáticos e intolerantes como los cristianos! Menospreciaste su fuerza, Sulayman, y yo también cuando acepté tu plan. Al principio pensamos que el rey Qarl enviaría a algunas tropas que reforzarían las nuestras para poder enfrentarnos a Abd al-Rahman. Pero la llegada del propio rey con un ejército tan enorme te ha sorprendido tanto como a mí.

Pasarán sobre nuestras cabezas como una tormenta del desierto y después no quedará nada. ¡Y sólo podrás obedecer o morir!

«*Y el nudo queda cerrado*» —pensó Al Hussayn.

Los dos hombres quedaron silenciosos unos momentos. Sulayman sabía que Al Hussayn tenía razón. Lo supo desde el momento en que su hijo Matruh le hizo una descripción precisa del ejército franco acampado al pie del Pirineo. Pero incluso en aquel momento, ya era demasiado tarde para retroceder. Se puede dar un empujón al destino y provocar grandes cambios; es imposible controlar las consecuencias.

—Ya no podemos retroceder —dijo tristemente—. La carga está lanzada y el que intente detenerla será pisoteado por los suyos. Tenemos que seguir nuestro plan. Ya encontraremos una manera de poner a los cristianos en su sitio o, por lo menos, de volverlos más dóciles.

—Esto es exactamente lo que estoy haciendo —explicó Al Hussayn—. Y créeme que lamento profundamente tu situación actual, pues tú eres ahora quien corres todos los peligros. He sentido alivio al saber que el rey Qarl no te había hecho ejecutar.

—¡Alégrate! Porque tú caerás justo detrás de mí.

—Sin embargo, nos vemos condenados a colaborar.

—Sólo queda una cosa por hacer. ¡Abre las puertas de Zaragoza!

—No voy a abrir las puertas de mi ciudad a los bárbaros, porque todavía tengo elección.

«*¿La tendré aún mucho tiempo?*» —pensó.

—Pero tú también puedes elegir —añadió Al Hussayn—. Te ofrezco esta alternativa: puedes ir a reunirse con el rey Qarl, como él te ha ordenado, o puedes quedarte aquí, en la ciudad, en cuyo caso te protegeré como a un miembro de mi familia, hasta la última gota de mi sangre.

—Tu sangre no me consolará de mi propia muerte —dijo Sulayman—. Iré a encontrar al rey franco y afrontaré mi destino. Protege a mis hijos; es todo lo que te pido.

—Me alegra tu elección. Pero no creas que vas al matadero. Te daré lo que necesitas para negociar. Tú mismo has dicho que Qarl es un político, un negociador... Le daremos regalos que contentarán a sus barones y calmarán su impaciencia. Pero poco a poco: un día oro, otro día joyas, otro telas... Pero, sobre todo, ninguna comida. Ni trigo ni animales; nada que pueda debilitar a la población de la ciudad ni facilitar la subsistencia de los francos.

—¡Te estás preparando para un largo asedio!

—Quiero ganar tiempo. Incluirás en las negociaciones exigencias personales. Hazle creer que queremos un reparto muy preciso de los territorios conquistados y esto por adelantado y teniendo en cuenta todas las posibilidades de conquistas parciales. Sé que eres capaz de volverlo loco con mil detalles. Utiliza las dificultades lingüísticas para crear malentendidos y perder tiempo aclarándolos. Necesito tiempo; mucho tiempo...

—Así pondré mi vida en peligro casi todos los días para poder comprarte tu valioso tiempo...

—Mientras tanto, protegeré a tus hijos aquí, en el palacio, del que no podrán salir. Tienes que comprender que no estarían seguros en el exterior. También tengo que protegerlos de sí mismos impidiéndoles verte. Sería demasiado arriesgado.

—¡Es un chantaje infame!

—Pero todavía puedes elegir. Si lo deseas, puedes quedarte en palacio, ya te he prometido protección.

—Iré a jugar a la boca del lobo —aseguró Sulayman con determinación—. Pero dime sólo una cosa: ¿por qué crees que el tiempo corre a tu favor?

Ante la sorpresa de los guardias, Al Hussayn agarró a Sulayman por el hombro y se lo llevó despacio hacia el interior del palacio. Se sentía bastante orgulloso por haber entendido la situación más rápido y con más claridad que el gran Sulayman.

—Son demasiado numerosos. Y el rey está aquí con toda su corte. Aunque el ejército franco sea tan poderoso como las antiguas legiones romanas, no es un ejército regular. Con la otra columna que viene por el este, habrá utilizado a la mayoría de sus efectivos. Pronto esos hombres serán necesarios en otra parte. El reino de Qarl es grande y sus conquistas demasiado recientes para que pueda considerar que sus nuevas tierras están pacificadas. ¿Cuál será la próxima revuelta? La cabeza de Qarl se irá obsesionando con ello y todas sus fuerzas están aquí, en Zaragoza. Los francos siempre realizan al menos dos campañas guerreras durante la buena estación. El tiempo juega a nuestro favor, Sulayman. Lo necesitamos. ¡Démosles riquezas y robémosles su tiempo!

—¿Y si deciden lanzar el asalto?

—¿Tienes miedo a morir?

XIV

Ofensiva

Cuando los principales barones entraron en la tienda preparada para el consejo, encontraron a un Carlomagno silencioso y sombrío. Su silencio fue respetado. Cada uno de ellos apagó momentáneamente su rabia para dejar paso a una cólera mucho más devastadora. La tormenta iba a estallar de un momento a otro.

Sin embargo, el rey se dirigió a sus barones con voz pausada, como si no acabaran de recibir un insulto imperdonable.

Las puertas de Zaragoza estaban cerradas desde la víspera.

—He recibido esta carta esta mañana —declaró dando peso a cada palabra—. Me ha sido enviada por el guía espiritual de todos nosotros: el Papa Adriano.

El rey adquirió un tono solemne y leyó el final de la carta en perfecto latín. Después, dejó pasar un largo silencio. La impaciencia de los barones se expresaba con pequeños gestos inútiles de las manos o los pies. No todos habían entendido el sentido del mensaje, pero ninguno se atrevía a reconocerlo. Sin duda Ekkehart era el más nervioso.

—El Santo Padre Adriano se lamenta del peligro que representan los enemigos de Dios en las fronteras del reino. Promete oraciones para que el ángel del Señor todopoderoso vaya por delante de mí y me haga victorioso en mi reino, así como todo el ejército de los francos, amados de Dios.

La fe de los barones de Francia era sincera y profunda. Todos quedaron impresionados por unas palabras tan sencillas que venían de la mano del sucesor de San Pedro.

—¡Amados de Dios! —repitió el rey.

Ekkehart no se pudo contener. A nadie sorprendió su intervención.

—¿Cuándo vamos a honrar la confianza del Papa devastando la ciudad de los traidores? ¿Por qué no hemos reventado todavía esas puertas blasfemas?

—¿Es que no tienes ojos para ver? —dijo el rey enfadado—. ¿Es que nadie ha visto lo que yo he visto?

Se giró hacia Adalardo y le ordenó con una señal que tomara la palabra.

—He visto unas murallas levantadas por los mejores constructores; más gruesas y sólidas que las de Pavía —dijo Adalardo.

—Y necesitamos siete meses para tomar Pavía —dijo Anselmo.

—He visto torres —siguió Adalardo—. Torres altas y orgullosas como las de Roma. Y detrás de las murallas hay un castillo robusto y fácil de defender.

—¿Y encima de los muros? ¿Qué habéis visto?

—¡Nada ni nadie! —contestó por los demás el conde Anselmo.

—¿Y esto qué significa para vosotros?

La irritación del rey afloraba en el tono inquisidor que estaba empleando.

—No solamente no había nadie —dijo Roldán—, sino que además, el silencio era absoluto, como si se hubiesen ido todos.

—Imposible —dijo Ekkehart.

—¡Es evidente que no han evacuado la ciudad! —Siguió Roldán—. Al contrario, los habitantes de toda la región se habrán refugiado entre sus muros. Pero el aspecto de puertas y murallas tiene una interpretación bastante clara para mí: la guarnición de la ciudad actúa como un solo hombre, con una disciplina estricta.

—Y nadie se ha atrevido a desobedecerles —añadió Adalardo.

—Tienen un jefe —concluyó Roldán—. Un verdadero jefe al que obedecen sin pestañear aún cuando les da una orden tan estrambótica como la de impedirnos pasar.

—Parecen muy seguros de sí mismos —dijo Anselmo.

—Y ese jefe no es nuestro interlocutor Sulayman —dijo el rey—. ¡Y pensar que se las daba de controlar todo el norte de la península salvo el país vascón! La tropa debe de ser fiel al gobernador de Zaragoza. Sulayman me ha hablado de él; es un tal Al Hussayn...

—Luego nos quedan tres opciones —dijo Adalardo—. Negociar con los Sarracenos, asediar la ciudad o atacar.

—¡Ataquemos ahora! —dijo Ekkehart—. Y resolvamos cuanto antes este problema. ¡Hagamos un ejemplo con esta ciudad!

—Puede que tenga razón —dijo Anselmo—. Si perdemos tiempo aquí, nuestros próximos adversarios procederán como Al Hussayn y esta campaña será interminable. Habría que darles enseguida razones para no resistir contra nosotros.

—¿Y si fracasa el ataque? —preguntó Adalardo—. Todos los que se consideren enemigos nuestros se sentirán más fuertes.

—¡No podemos fracasar! —gritó Ekkehart.

—¿Os he llevado alguna vez al fracaso? —preguntó el rey—. Juntos hemos abatido mil veces al enemigo, ya sea sorprendiéndolo por la espalda o aplastándolo en la llanura. Pero también nos hemos mostrado capaces de esperar pacientemente a que las fuerzas del enemigo se vayan desmenuzando. Cualquiera que sea el grosor de las murallas de Zaragoza, las cruzaremos, de una manera o de otra. Y no menospreciaremos ningún procedimiento. Senescal Ekkehart y conde Anselmo —ordenó usando el mismo tono que en el campo de batalla—, situad al ejército para llevar a cabo un asedio. ¡Hacedlo como en Pavía!

—No entrará ni saldrá ni una rata sin permiso del rey de los francos —dijo Anselmo.

—Roldán —dijo el rey—. ¡Llévate al joven conde Guillermo! Comandaréis una caballería ligera para controlar toda la región al sur de Zaragoza. No dejéis ni un solo sarraceno armado. También habrá que vigilar el menor índice de acercamiento del ejército de Abd al-Rahman. ¡No os alejéis más de tres días a caballo! ¡Todavía no!

Inclinó todo su cuerpo para dirigirse a su primo. Sus cejas parecieron alargarse

para acentuar una mirada de fuego; el índice de su mano derecha señalaba la mesa como si allí estuviera desplegado un mapa militar.

—En cuanto a ti, Adalardo —continuó el rey—, llevarás las negociaciones con Sulayman si es que tienen lugar. Te ayudarán el obispo Turpin y sus clérigos. Habrá que jugar a su juego, porque intentará ganar tiempo. Conseguiréis la mayor cantidad posible de información. Cuál es el grosor de las puertas y qué hay detrás. A la fuerza tendrán que abrirlas para dejar salir a los negociadores. Cuánto tiempo tardan en volverlas a cerrar. Pero, sobre todo, quiero saber quién manda en esta ciudad, quién es de verdad ese Al Hussayn. Seguro que tendrá adversarios, rivales. Hay que encontrarlos; crear división.

Se levantó y fue a colocarse detrás de su sillón. En la mano, seguía sosteniendo la carta del Papa.

—Pero antes de conformarnos con empezar un asedio —prosiguió— habrá que probar otra vía. ¡Recordad que toda la cristiandad reza por nosotros y que el ángel del Señor nos precede! Pero esta carta también significa otra cosa. ¿No os habéis preguntado cómo ha llegado hasta mí? ¿Creéis que habrá seguido el mismo camino que nosotros?

—¡El ejército del este! —Sopló Roldán.

—¡Bernardo! —añadió Adalardo.

—Sí —dijo el rey—. La columna que viene del este llegará aquí mañana, con el conde Bernardo a la cabeza. Esta carta venía con el primer mensajero, pero seguro que estarán llegando otras en este instante. Y yo voy a mandarles órdenes muy precisas para el momento de su llegada. En cuanto a nosotros, los recibiremos también de una forma muy particular. ¡Vamos a utilizar el arma más poderosa que jamás haya existido!

—¡La caballería! —exclamó Ekkehart.

—No —dijo Carlomagno—. ¡El miedo!

Al día siguiente, Zaragoza se despertó ruidosa y agitada. Las emociones contenidas la víspera emergieron a la superficie y desbordaron cualquier inhibición. La vigilancia estrecha de los guardias ya no bastaba para contener a la multitud. Al Hussayn se vio obligado a permitir que la población trepara hasta las almenas puntiagudas de las murallas para contemplar el espectáculo, asegurándose que algunas zonas quedaban exclusivamente ocupadas por soldados, principalmente las cercanas a las puertas y el perímetro del castillo. El pueblo quería ver y entender. ¿Cómo se lo podrían impedir? A las murallas acudieron en masa los curiosos. Se empujaron, observaron y de la observación nació la opinión. Primero discretamente, de boca a oído, luego en pequeños grupos, en voz alta, se manifestaron y cruzaron pareceres. Bajo las miradas inquietas de los guardias, se formaron diversas corrientes de opinión.

—Más valdría rendirse enseguida —decía una mujer—, si no, habrá una

carnicería...

—Al Hussayn va a hacer una salida —aseguró un antiguo soldado—. Los bárbaros son numerosos pero muy mal organizados. ¡Mirad sus ropas! ¡Y he oído que no saben ni contar! Nuestra caballería los barrerá de la llanura.

—El walí se ha vuelto loco —protestaba un comerciante—. Se ha dejado embarcar por ese Sulayman y ahora estamos frente al desastre.

Al Hussayn ibn Yahyah al Ansari, gobernador de Zaragoza, había elegido asistir a aquellos momentos históricos desde el lugar más alto de la ciudad: la torre norte del palacio. A sus pies, el ejército franco estaba inmóvil, oculto bajo sus tiendas que rodeaban perfectamente las murallas. Con él, Sulayman, desarmado. Detrás de ellos, dos de los guardias más seguros con su capitán y un mensajero. Otro esperaba detrás de la puerta de la escalera, dispuesto a sustituir inmediatamente al primero. Dos pisos más abajo, en una lujosa habitación del castillo, Matruh y Aysun se carcomían, poniendo toda su atención en cualquier ruido que viniera del exterior. También a ellos les habían desarmado y los guardias inexpresivos que fueran sus amigos unos días antes estaban dispuestos a abatirlos al menor intento de fuga. Abu'l Aswad y su cuñado Alarviz ocupaban otra habitación, desamparados, impotentes.

—¿Pero dónde están? —preguntó Sulayman hablando entre dientes—. ¿Por qué se esconden bajo sus tiendas?

—Tus amigos parecen bastante perezosos —dijo Al Hussayn—. Pero no te preocupes demasiado. No es así como se prepara un ataque.

—No es normal esta inactividad —dijo Sulayman—. ¡Deberíamos oír al menos sus forjas! ¿Qué hacen sus carpinteros? Este silencio es deliberado. ¡Preparan algo!

—Están cuidando sus efectos —dijo Al Hussayn—. Nuestro nuevo vecino Qarl debe de tener sentido del espectáculo.

En aquel momento, un grito se elevó desde una de las almenas del castillo. Un soldado señalaba el horizonte con insistencia. Todas las miradas se dirigieron hacia el este.

—¡En el río! ¡En el río! ¡Mirad! —Gritaba el soldado.

Unos instantes más tarde, las manchas difuminadas que habían aparecido sobre el Ebro se transformaron en formas reconocibles.

—¡Son barcas! —Gritaban—. ¡Son enormes!

El ejército del este llegaba a Zaragoza, después de remontar el Ebro desde Tortosa. Los marineros frisonos manejaban con destreza sus embarcaciones pesadamente cargadas. En la orilla norte, una tropa impresionante cabalgaba despacio hacia la ciudad.

En las murallas, la curiosidad era aún más fuerte que el miedo. Unos se izaban de puntillas, otros se inclinaban al exterior o estiraban el cuello como una tortuga... Aumentaba la excitación a medida que el ejército se acercaba.

—Estos barcos sólo han podido entrar por Tortosa —dijo Al Hussayn—. ¡Les has dado toda la costa!

Sulayman no contestó a esa evidencia. Advirtió, sin embargo, que Al Hussayn había perdido en parte la calma. Sus ojos estaban anclados en las embarcaciones frisonas, cuyo contenido permanecía oculto bajo las grandes lonas de protección. Sólo las barcas de ganado dejaban ver lo que transportaban.

A medida que se acercaban los bárbaros crecía la agitación sobre los muros de la ciudad. El pueblo de Zaragoza era como un cuerpo febril, sacudido por escalofríos que alternaban con momentos de calma. Varios grupos se habían formado a los pies de las murallas, entre las casas, y algunos ya se dirigían hacia las puertas. Al otro lado, el enemigo se acercaba. Cuando los extranjeros llegaron a la altura del campamento franco, hasta los más valientes tuvieron las manos húmedas. La tropa que llegaba era aún más amenazadora que la que permanecía acampada. Su caballería no estaba alineada como la de Carlomagno, pero eso los hacía más espantosos. Había hombres de tez blanca, cabezas con cascos de cuernos tortuosos, de donde desbordaban melenas rubias o rojizas. Otros dejaban caer hasta la cintura sus crines doradas, sujetas sólo con una cinta de cuero en la frente. Algunos eran enormes. Llevaban hachas de doble filo de un tamaño nunca visto entre los pueblos civilizados de Al-Ándalus, escudos redondos erizados con clavos puntiagudos. En lugar de túnicas, se cubrían con pieles, a pesar del calor. Ni armaduras ni cotas de malla, sino la expresión y la mirada de quienes han tenido que codearse con la muerte desde la infancia. Supervivientes, asesinos, fantasmas del pasado. El rey Carlos utilizaba a tribus salvajes de sangrientas costumbres. No había ninguna uniformidad, ningún orden aparente, pero cada uno de ellos portaba sus promesas de dolor y muerte. Ni las peores pesadillas de los zaragozanos les habían mostrado a tan terroríficos seres.

Renacieron las discusiones en la muchedumbre, pero esta vez, el ambiente era peligrosamente tenso. Estallaron disputas aquí y allá; se desenvainaron cuchillos, se blandieron palos.

Al Hussayn permanecía en su torre. Con él se había reunido el comandante de las tropas de la ciudad, impaciente por recibir órdenes frente a esta nueva situación.

—¡Alejad a la gente de las puertas! —dijo Al Hussayn.

—Son cada vez más numerosos —protestó el comandante.

—¡Matad a unos cuantos si hace falta! —gritó el walí.

Un guardia del palacio se presentó sin aliento.

—Una delegación civil desea reunirse inmediatamente con el walí —dijo.

—¿De qué quieren hablarme? —preguntó Al Hussayn.

—De la apertura de las puertas, creo.

—¿Cuántos son?

—Unos veinte, creo. Pero la muchedumbre crece tras ellos.

—¡Detened a los cabecillas! —Mandó Al Hussayn—. ¡Coged a dos o tres al azar! Hacedlo sin miramiento.

—Cruel es el destino —dijo Sulayman—. Parece que será tu propia gente la que te haga perder tu ciudad.

Al Hussayn no contestó. Sólo tenía ojos para los barcos que habían empezado a vomitar su contenido. Ni los feroces guerreros bárbaros, ni los disturbios en la ciudad conseguían distraer su atención.

«*Ya empiezan a desembarcar —pensó—. Primero el ganado... Ahora los caballos de tiro... Y ahí los caballos de combate...*».

Un gran estruendo estalló en la puerta sur. Muchos querían abrir las puertas para rendirse al rey Qarl e implorar su clemencia; otros querían sencillamente huir, olvidando de pronto que estaban cercados. Volaron algunas flechas, fueron heridos varios amotinados; otros, menos afortunados, cayeron con la garganta atravesada. La tropa tenía cada vez más dificultades para controlar la situación.

Era el momento para Sulayman. Tenía que atacar a Al Hussayn en su punto fuerte: la fidelidad de su guardia.

—Capitán —dijo— empiezas a comprender que tu walí ha perdido la razón...

Al Hussayn llevó rápidamente su mano a la empuñadura de su cuchillo. Su busto ya se inclinaba hacia Sulayman como una amenaza de muerte. Pero enseguida devolvió su atención al desembarco que lo atraía como un imán. Sus manos crispadas agarraban las más altas piedras de Zaragoza; su mente hacía un inventario del cargamento enemigo.

—Las vituallas, ahora —farfullaba— sacos de grano... Y harina y más harina...

—¡Está delirando! —gritó Sulayman, todavía sudando por el terror. La muerte acababa de rozarlo con sus alas de hielo—. ¡Mira el campamento cristiano! ¡Nada se ha movido! Sólo una compañía ha ido a ayudar a los bárbaros a desembarcar su material...

«*Su material...*» —pensó Al Hussayn.

—¡Van a atacar! —Gritaba Sulayman—. ¡Haz algo!

El objeto de sus gritos era crear alarma entre los guardias. Apareció la duda en algunas miradas entrecruzadas.

En la ciudad, la represión de los soldados sólo había conseguido desplazar los disturbios, dándoles razones para crecer. Los grupos se multiplicaban y crecían unos con otros en un silencio que hacía presagiar una nueva explosión de violencia. La revuelta parecía inevitable.

De repente, un estrépito espantoso se elevó del campamento franco. Cada una de las tiendas vomitaba soldados armados que avanzaban resueltos hacia los muros de la ciudad en medio de un rugido feroz. Las lanzas golpeaban rítmicamente los escudos, apoyadas por gritos cortos y salvajes. Toneladas de hierro y músculo marchaban juntas en un pavoroso fragor. A medida que se acercaban, sus filas se estrechaban y aumentaba el tumulto.

Sobre las murallas, la multitud se precipitaba hacia las escaleras para bajar lo antes posible, obedeciendo tanto al pánico como a los gritos de los soldados.

La atención de Al Hussayn apenas se desvió del desembarco. Dio sus órdenes sin apartar los ojos de los barcos frisonos:

—¡Mantened la vigilancia interior de las puertas! —ordenó al capitán de la guardia—. ¡Que dos compañías de caballería se preparen inmediatamente en el patio del castillo!

—¿Una salida? —dijo el capitán estupefacto—. ¿Con dos compañías?

—¡No he hablado de salida! —vociferó Al Hussayn—. La caballería es para controlar el interior de la ciudad... ¡Y mis órdenes no admiten comentarios!

Hubo un ir y venir de oficiales y mensajeros que portaban noticias preocupantes y marchaban con órdenes tan turbadoras como la anterior. Pero Al Hussayn no se apartaba de su obsesivo inventario. La última barcaza liberaba por fin su contenido.

—Aquí está el material. Forjas, armas... ¿ruedas?

Agarró el hombro de uno de sus guardias.

—¿Qué ves allí? —le preguntó.

—Son ruedas de carros —contestó el guardia.

—¿Estás seguro? —preguntó Al Hussayn que ya no ocultaba su excitación—. ¿Ruedas de carro? ¿Qué altura tienen?

—La altura de una pierna de hombre, pienso.

Los guardias estaban atónitos. Fuera, un ejército monstruoso se abatía sobre ellos por todos los costados y su gobernador daba más importancia a unas cuantas ruedas de carro.

Sulayman hizo un último intento.

—¡Os pido que detengáis a este hombre! —dijo a los dos guardias—. Es evidente que ha perdido la razón. Tomaré yo mismo el mando de la tropa. La situación todavía no es desesperada.

—¡Guardias! —dijo Al Hussayn—. La próxima vez que Sulayman os dirija la palabra ¡degolladlo en el acto! —Se volvió hacia un oficial que esperaba órdenes—. ¡Haz que releven a los guardias que vigilan a los hijos de Sulayman! ¡Sustitúyelos por simples soldados! Si Matruh y Aysun asoman la nariz fuera de la habitación en la que están, las cabezas de sus nuevos guardias rodarán. Si los soldados hacen respetar mis órdenes, tendrán oro y mujeres.

Sulayman se quedaba sin solución. Aún cuando hubiese podido actuar, ya era demasiado tarde. Paradójicamente, sólo le quedaba desear que Al Hussayn tuviera éxito, que ganara su absurda apuesta.

Más allá de las murallas, la terrible marea humana se acercaba, precedida por cánticos de muerte. Varias filas de soldados llevaban auestas grandes troncos de árboles cortados la víspera y despojados de sus ramas para servir de arietes.

En la torre, el silencio de Sulayman y la fría autoridad de Al Hussayn disiparon las dudas de los guardias. El walí seguía repartiendo órdenes con un tono cortante. Un oficial aportó noticias precipitadamente:

—La caballería está preparada —dijo.

—¡Que cargue en la ciudad! —ordenó Al Hussayn—. ¡Que no quede ni una rata en las calles! Que bajen algunos hombres de las murallas si hace falta... Quiero que todos los civiles estén en sus casas cuanto antes.

Con toda la longitud de su brazo, señaló el improvisado muelle de desembarque mientras giraba la cabeza hacia Sulayman.

—¡Has visto lo que he visto! —dijo con los ojos muy abiertos—. ¡No tienen máquinas de asedio! ¡Jâbir tenía razón! ¡No tienen máquinas de asedio!

Su voz se hizo alta y nítida. Ahora se dirigía al enemigo. Como si quisiera que lo oyera el propio Carlomagno.

—¡No hay pedreras! —Gritaba—. ¡Ni ballestas! ¡Ni catapultas!

Se volvió bruscamente hacia Sulayman.

—¿Y por qué han atacado hoy? —preguntó—. ¡Porque no son capaces de construirlas aquí! Necesitarían meses para conseguir toda la madera adecuada y traer a los pocos ingenieros de que disponen. Si pudiesen hacerlo en una o dos semanas, habrían esperado. No tienen máquinas de asedio y no las tendrán en todo el verano. Y si las puertas aguantan hoy ¡no tendrán Zaragoza!

Al Hussayn estaba exultante. Ante la admiración de sus hombres, se volvió hacia el lugar donde se levantaba la tienda de Carlomagno y levantó un puño amenazador. Su voz se hizo sorprendentemente potente cuando gritó:

—Qarl, rey de los francos, jefe de los cristianos ¡Yo te desafío! No tienes máquinas y no podrás penetrar en la más hermosa ciudad de Al-Ándalus. Te desafío a que violes nuestros muros. ¡Y no es con una horda de bárbaros gritones y unos cuantos troncos con lo que vas a tomar Zaragoza!

El trueno le contestó. Un horrible estruendo de madera, de piedra y de metal desgarró los oídos de los defensores en medio de feroces alaridos. Las paredes vibraron, la tierra tembló, las puertas se tambalearon.

XV

Akelarre

La Tierra seguía girando, indiferente a las desventuras de los hombres y el año llegó a su día más largo. El momento en que las gentes que viven según las leyes de la naturaleza se reúnen para celebrar su fuerza y su bondad. Para los vascos, al final de este día sagrado de Ekain empieza la noche del Akelarre.

Era la primera vez que Mikelot no celebraba el solsticio. Aquella noche se acostó con fiebre después de una dura jornada de trabajo en el campamento. Afortunadamente, ahora contaba con la amistad del joven soldado franco que le había impedido cometer una imprudencia al ver que se llevaban a Idoia. En realidad, le había salvado la vida. El joven franco estaba a las órdenes del conde Anselmo, pero como era combatiente, tenía más tiempo libre que Mikelot y, a veces, le ayudaba con sus tareas.

Todas las noches, Mikelot se despertaba por culpa de la misma pesadilla: el ataque a Zaragoza. En su cabeza retumbaban aquellos gritos horribles y los golpes de los arietes contra las puertas. Pero esa noche, sus sueños lo llevaron a otra parte: era noche de Akelarre.

Los recuerdos se mezclaron con imágenes imposibles, pero aun estando lejos de su pueblo, Mikelot pudo vivir en sueños su Akelarre. Un Akelarre con Leire.

Mientras los demás participantes empezaban a bailar alrededor del fresno sagrado, Mikelot se dejó guiar por Leire al interior de la cueva hasta que llegaron a una pequeña sala ovalada. Al fondo había otro espacio, de techo muy bajo.

—¡Escucha! —susurró Leire, y selló los labios de su amigo con un dedo.

De la pequeña sala venía la música de mil gotas de agua. Un sonido cristalino, hipnótico. Mikelot se dejó invadir por una sensación de calma...

—He venido a acompañarte a la puerta —dijo Leire—. Hoy Sugaar, la energía fecunda del cielo, ha venido a hacer el amor con Maia, la Tierra, nuestra madre. Hoy las puertas de los mundos secretos se abren para los que se atrevan a entrar.

Mikelot se sintió confuso por aquellas palabras y prefirió mirar hacia otro lado.

De repente, una sombra cruzó la sala y desapareció por la entrada principal. Cuando apareció la segunda sombra, Mikelot ya estaba preparado para atraparla como un cazador. Saltó y la cogió al vuelo. Pero fue ella quien se apoderó de él; o mejor dicho, los dos se fusionaron en un instante.

YMikelot fue murciélago.

Su vuelo vertiginoso lo llevó a través de corredores y cavidades invisibles. Escuchaba a la gruta y ésta le hablaba y orientaba su vuelo rápido y cambiante. Gozó

de la libertad de volar antes de reunirse con su colonia. Allí, colgado cabeza abajo, se dejó mecer por el sonido caluroso de otros murciélagos y escuchó a la cueva.

Comprendió la forma exacta de aquella cavidad y notó que crecía. Se volvió enorme y sintió en su vientre la presencia de la colonia de murciélagos y de dos humanos.

Mikelot era la cueva. Y lo invadió el recuerdo.

Recordó cómo el agua esculpía dolorosamente sus entrañas; a veces gota a gota, otras en forma de corriente o torbellino. En un instante pasaron milenios. Y la vida decidió refugiarse en su interior. Fue refugio de un enorme oso, dulce, espantoso. Luego, se agruparon los hombres en su interior para defenderse de las fieras y la intemperie. Pero, sobre todo, se reunieron para compartir sus vidas. Pusieron en común el fruto de sus esfuerzos y se dotaron de un lenguaje hablado. Así nació la tribu y luego la nación.

Y una vez que Mikelot aprendió lo que la gruta le tenía que enseñar, volvió a ser él mismo, un simple humano.

Delante de la cueva seguía el Akelarre. Algunos danzantes giraban alrededor del fresno sagrado, ahora presa de las llamas, mientras varias parejas hacían el amor entre los matorrales. Entonces, sólo entonces, Mikelot se percató de la inmensa tristeza que oscurecía la mirada de Leire.

—Es noche de alegría, Leire. ¿Por qué no lo es para ti?

—He hablado con Amaia, Mikelot, y me ha mostrado mi destino.

—No hay nada en el destino que no podamos cambiar.

—No en mi caso, Mikelot. Pero volveremos a estar juntos antes de que me marche para siempre.

Leire le dio la espalda y se alejó lentamente, desapareciendo en la oscuridad de la cueva.

—¡Leire!

Mikelot se despertó sobresaltado.

—No hace falta que te levantes, marmota enferma. Ya he hecho tus tareas esta mañana. Además, vas a tener mucho tiempo libre de ahora en adelante. ¡Mira!

Mikelot se incorporó y pudo ver cómo el conde Roldán se alejaba a caballo, seguido por numerosos jinetes.

XVI

EL amor y las murallas

Zaragoza resistió.

Muros y puertas temblaron con el choque espantoso de los arietes impulsados por las tropas francas, pero las imponentes estructuras de madera se mantuvieron firmes. Durante el ataque, Al Hussayn conservó el control de la ciudad. Numerosos guardias dejaron su puesto en las murallas para recorrer las calles portando amenazas de muerte. En los muros, la tropa no se desunió y siguió fiel a su gobernador, a pesar de que el combate parecía perdido de antemano.

Carlomagno interrumpió muy pronto el asalto. Había contado con el miedo que inspirarían sus soldados, reforzados por la columna venida del este con guerreros de aspecto bárbaro. Pero Al Hussayn supo mantener la unidad de los suyos y Zaragoza aguantó. Murallas y puertas eran prácticamente inexpugnables sin el apoyo de poderosas máquinas de guerra. Carlomagno había dejado las que poseía. Demasiado pesadas, demasiado voluminosas, habrían puesto al ejército en peligro al pasar el Pirineo. Por otra parte, Zaragoza le había sido prometida y él esperaba el protagonismo de la caballería. Tan pronto como comprobó la determinación y la disciplina de los defensores, decidió suspender el asalto para no sacrificar tropas inútilmente. A los pies de la ciudad quedaron racimos de cadáveres, y heridos que gemían, pero la decisión del rey evitó que las pérdidas fuesen numerosas.

El sitio de Zaragoza comenzó al inicio del verano. Fue un tiempo extraño para Mikelot. Nunca había imaginado que se podría estar en plena guerra sin que pasara nada. Roldán, siguiendo las órdenes de su rey, se había alejado de Zaragoza hacia el sur, donde vigilaba los caminos y daba protección a los cristianos de aquellas tierras. A veces, volvía al campamento y Mikelot tenía que ocuparse de él y de su séquito. Pero la mayor parte del tiempo, el muchacho estaba desocupado. Así, pudo observar las salidas de Sulayman, que siempre traía nuevos regalos para negociar con Turpin y Adalardo. También daba largos paseos, mirando las murallas de Zaragoza y los extraños tejados que asomaban tras ellas.

Y pensaba que ella se encontraría allí, en alguno de sus edificios. Quizás la estuvieran maltratando o quizás fuera feliz. ¿Cómo echaba de menos a su padre, a Leire, a su tierra y a sus montañas! ¿Cómo había podido ocurrir todo aquello? ¿A qué demonio caprichoso se le había ocurrido separarle de su amor con unas murallas infranqueables?

Mikelot se dejó invadir por la tristeza y empezó a cantar. Le surgieron melodías de su infancia, que su madre le solía susurrar, y que le recordaban tiempos de

felicidad. Se había acostumbrado a ir al mismo lugar todos los días. Una pequeña colina solitaria, dentro del perímetro vigilado por los guardias francos, pero alejada de los puestos de guardia, muy cerca de las murallas. Una tierra de nadie perfecta para Mikelot. Si los guardias de Zaragoza hubiesen querido, lo habrían alcanzado fácilmente con sus flechas, pero se quedaban allí, escuchando la voz pura de aquel muchacho que cantaba tristemente melodías de su lejana tierra.

Las canciones de Mikelot se llenaron de recuerdos de montes, ríos, valles y gentes amadas, que hizo volar por encima de las murallas y de los centinelas, ignorando la guerra.

La vida era más difícil dentro de la ciudad. Durante los primeros días que siguieron al ataque, la población se encerró en sus casas, asustada por la actitud de los guardias. Pero pronto circularon los relatos del asalto y Al Hussayn volvió a ser un héroe, no sólo para su guardia, sino para Zaragoza entera.

El gobernador elegía a las esclavas más hermosas, entre las que se encontraba Idoia. Los ojos oscuros y los cabellos negros eran muy apreciados por los nobles yemenís, aunque pronto la asignó a tareas menores, al observar que tenía modales rudos y era torpe con el servicio y la vajilla.

Idoia tuvo que limpiar suelos y vestir a las esclavas favoritas del walí. También tuvo ocasión de servir la comida a los invitados de Al Hussayn, como Jâbir, o a sus prisioneros, como Matruh y Aysun. Dormía en el suelo, en una sala común con otras esclavas como ella, pero cuando no tenía tareas que cumplir, podía desplazarse con libertad por las calles de Zaragoza.

Un día, una de las compañeras apresadas con ella vino corriendo y le dijo:

—Alguien está cantando en... Mejor ven conmigo.

Y se la llevó en volandas hacia el pie de las murallas.

—¡Escucha!

—No oigo nada.

—¡Ven!

—¡Estás loca! Está prohibido subir al camino de ronda.

—Ese guardia es amigo mío. Me debe algunos favores.

Con una sonrisa, el guardia les dejó subir hasta el último tramo de la escalera, a unos metros del camino de ronda. Se sentaron cerca de una tronera y escucharon con atención.

Y lo oyó. Idoia creyó estar soñando. ¡Era imposible! Pero lo reconoció enseguida.

—¡Es él! ¡Es Mikelot!

—¿Quién?

—¡Mikelot, el hijo de Gartxot!

—Imposible.

Pero era cierto. Nadie lo podía negar. Habría reconocido su voz en cualquier

parte. Mikelot estaba ahí, cantando tras la muralla.

Idoia sintió una gran alegría, aunque pronto comprendió que nada podía hacer para reunirse con él. Ni tan siquiera para hacerle saber que estaba allí dentro. Se sintió sola e impotente, y lloró. Rodaron lágrimas de dolor por sus mejillas y su pecho se estremeció entre sollozos.

Al día siguiente, volvió sola al mismo lugar y a la misma hora y escuchó la misma voz. Y también los días siguientes. Siempre lloraba mientras escuchaba a Mikelot. En sus lágrimas fluía el amor perdido de su madre, de su familia, sus amigos y su tierra; y de aquel amor primero que le hubiera hecho olvidar todo lo demás. La frustración y la ira le atenazaron el corazón y comprendió que no tenía que esperar de la vida más que injusticia y sufrimiento.

Un día, sintió que una mano se posaba suavemente sobre su hombro.

—Dime, niña, ¿por qué lloras tan amargamente?

Era Jâbir.

—Me acuerdo de mi tierra y de mi madre —contestó Idoia entre sollozos.

—Eres del pueblo de los baskuni, ¿verdad?

—Sí... así es.

—Te he visto en el palacio, al servicio del walí. ¿Te trata bien?

—No puedo quejarme, aún no he sido castigada. Pero algunas favoritas me odian.

—Dime, pequeña, esa voz que se oye está cantando en la lengua de tu tierra, ¿no es así?

Idoia no contestó nada. Pensó que Mikelot podía estar en peligro.

—Tengo algún amigo en tu país. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Nadie puede hacer nada por mí. A menos que puedas derribar estas murallas.

—El cantante que está al otro lado ha conseguido atravesar las murallas con su voz y te está dando su música. ¿No quieres darle tú algo a él?

Idoia miró a Jâbir asombrada. ¿Qué pretendía que hiciera? Jâbir tiró de la correa que colgaba del cuello de Idoia y sacó su *lauburu* de madera.

—Es un *lauburu* —dijo Idoia.

—Sé sobre este símbolo mucho más de lo que puedas imaginar. ¿Puedo llevármelo? Confía en mí.

Idoia no opuso resistencia. Aquel hombre le pareció sincero, aunque bastante extraño. Jâbir subió las escaleras con agilidad hasta las almenas y habló con los guardias. Luego, les dio una bolsa llena de monedas y les entregó el *lauburu* de Idoia.

Mikelot se sobresaltó por el ruido del impacto. Una flecha se había clavado en el árbol en el que estaba apoyado. Su reacción fue de rabia:

—¡No me habéis dado, inútiles!

Y levantó un puño amenazador. Pero vio que los guardias le mostraban otra flecha que sacaron del carcaj. Extrañado, miró el proyectil que estaba clavado en el árbol y

lo vio. Allí, colgando, estaba su *lauburu*, el que le había regalado su tío Iñigo, el que tendría que estar en el cuello de Idoia. Y comprendió que ella estaba ahí, a unos pocos metros. Nunca pensó que su voz traspasaría las murallas de Zaragoza, y tampoco comprendía cómo había conseguido Idoia la complicidad de los guardias. Pero ahora todo era posible. Entonó una canción de amor y alegría, con la voz más potente que nunca y los guardias le contestaron con sonrisas.

XVII

Último intento

Carlomagno no participó en las negociaciones, pero envió a sus mejores negociadores: Adalardo y Turpin. ¿Pero qué tenían que negociar? Poca cosa en realidad. Los dos bandos tenían interés en mantener un contacto más allá de las murallas. Sulayman hacía creer a sus socios cristianos que su partido progresaba en la ciudad, que el descontento crecía en la población, que Al Hussayn aceptaría tal o cual compensación para entregar la ciudad al rey. Pero lo cierto era que todo permanecía igual.

Pasaban las semanas y las dudas de Carlomagno crecían. Los informes de Adalardo y Turpin mostraban con claridad que las puertas de Zaragoza no cederían a la presión de las negociaciones políticas. Los habitantes resistían estoicamente el asedio y el gobernador controlaba bien la ciudad. Era en su propio campo donde se acumulaban los problemas. Los barones se impacientaban. Robos y peleas se multiplicaban entre la tropa. El número de ejecuciones por indisciplina pronto igualó al de las víctimas del primer asalto. El botín adquirido hasta entonces no era para repartir y la tropa no había tenido su recompensa. Ni combates, ni dinero, ni mujeres, ni rapiña. En el transcurso de cada campaña, se permitía a los soldados el saqueo de, al menos, una ciudad. Pero el rey no quería destruir los territorios que pudieran serle útiles más adelante.

El mes de agosto trajo cambios que dejarían huella en el final del siglo y el comienzo del siguiente. Carlomagno comprendió que había desplazado a un ejército demasiado grande. Zaragoza resistía; la puerta de Al-Ándalus seguía cerrada. Todos los soldados allí congregados no servían para nada y, sin embargo, podían necesitarse en otros lugares del imperio. Era previsible que los enemigos aprovecharan esta situación para rebelarse. Exceptuando el fabuloso botín conseguido sin combate alguno, aquella campaña podía considerarse como un fracaso.

Debían volver.

El rey hizo llamar a Roldán.

Roldán ya no soñaba. Aquella campaña no cumplía con sus promesas de aventura y de gloria. Lejos de Zaragoza, encontró algunas comunidades de cristianos que lo recibieron con emoción. Pero pronto cambió la actitud de aquellas gentes. Él se consideraba un liberador, pero los cristianos de Hispania parecían satisfechos con la autoridad musulmana. ¡Era una locura! Aquellas gentes practicaban la religión de Cristo con toda libertad, mientras pagaban impuestos a un walí o a un emir, a un servidor de Alá, un siervo de Satán. Era la segunda vez que Roldán dudaba. ¿Y por

qué Dios había concedido a los musulmanes la ciencia, el arte, la cultura? Con seguridad no era un demonio quien les enseñaba a construir aquellos sistemas de regadío, ni aquellos palacios magníficos de formas místicas y colores delicados...

Para Roldán, la guerra, que entre los francos es un modo de vida, debía tener sentido. ¿Lo tenía en aquel momento? Pero la duda es debilidad. El valeroso caballero sintió vergüenza por caer en aquel pecado y lo consideró consecuencia de la inactividad. Pronto se reuniría con el rey y el obispo Turpin, que volverían a dar a la guerra su verdadero valor. Quizás se había equivocado al pensar que Carlomagno lo había llamado para emprender el regreso. ¡Quizás fueran a lanzar por fin el asalto final a Zaragoza! La batalla pondría cada cosa en su sitio. Aquella esperanza devolvió fuerza y claridad al corazón del caballero Roldán.

—¡Levantamos el campamento!

Bajo la tienda real, el ambiente no era alegre para el último consejo que se celebraría ante Zaragoza. El regreso de Roldán y de todas las compañías que se habían alejado de la ciudad traía su mensaje de derrota. El rey había tomado su decisión.

—¡Levantamos el campamento! —dijo Carlomagno a sus consejeros.

La noticia fue recibida con pesadumbre y en medio de un gran silencio. El sentimiento de decepción no era nuevo; había flotado por todas las secciones del campamento, creciendo día a día. Ahora era una cólera contenida.

—¿Sin probar un último asalto? —Se atrevió Ekkehart.

—No voy a arriesgar la vida de los hombres para nada —dijo el rey.

—Sulayman tiene que venir hoy —dijo Adalardo—. ¿Qué hacemos con él?

—Que lo detengan —ladró el rey—. ¡Prendedlo como rehén, a él y a quien lo acompañe! Nos servirá de moneda de cambio, pero será para el año próximo porque ahora volvemos a Neustria.

—Puede que Sulayman todavía tenga alguna otra utilidad —dijo Adalardo.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó el rey.

—El día del asalto, nuestros albañiles sellaron todas las salidas menores de la ciudad con el fin de evitar cualquier mala sorpresa durante el asedio...

—¡Continúa! —dijo el rey.

—Por tanto —prosiguió Adalardo—, todas las salidas de Sulayman y de sus consejeros se han hecho por la puerta norte.

El rey se levantó y dio algunos pasos sin desviar la atención de los propósitos de Adalardo.

—Como nos lo ordenó nuestro rey —siguió Adalardo—, aprovechamos esas entradas y salidas para observar las fortificaciones y las puertas.

—Lo que nos confirmó que no podríamos tomar la ciudad sin máquinas de guerra —subrayó el rey.

—Pero todo nos hace creer —dijo Adalardo— que la vigilancia de los guardias es cada vez menos intensa. Ahora tardan mucho más tiempo en abrir las puertas y volverlas a cerrar que durante las primeras salidas.

—Y si quieren recuperar a su Sulayman —dijo el conde Bernardo— tendrán que mantener la puerta abierta hasta que la haya traspasado.

—¿Y si deciden cerrársela en las narices? —preguntó Turpin.

—No lo harán sin una orden de su gobernador —dijo Roldán—. Habrá unos momentos de duda...

—Justo lo suficiente para que mis mejores caballos alcancen a Sulayman en el umbral —dijo Ekkehart.

—Pero habrá que hacerlo con un grupo muy reducido —dijo Adalardo—. No hay que despertar las sospechas de los defensores antes de la carga.

—Queréis cogerlos por sorpresa —dijo Carlomagno un poco escéptico—. Pero después, habrá que tomar la puerta y mantenerla contra una fuerza superior.

—Lo haré por Dios y por mi rey —dijo Roldán—. Si mis hombres y yo conseguimos tomar la puerta, ni todos los musulmanes del mundo nos harán retroceder un paso hasta que la cruce nuestro rey. ¡Sólo utilizaré a un puñado de mis mejores caballeros!

El rey reflexionó un instante mientras todos le miraban. La empresa tenía pocas posibilidades de éxito, pero no comportaba demasiado peligro. Estaba el riesgo de perder a Sulayman, pero no era en absoluto imprescindible. Por el contrario, le repugnaba la idea de poner en peligro la vida de Roldán. Pero era una debilidad pensar así. Además, Roldán se había presentado voluntario. Negarle ese honor sería una afrenta.

—¡Sea! —dijo el rey—. Será nuestro último intento. Mañana a esta hora, si no somos dueños de Zaragoza, el ejército se pondrá en marcha hacia el oeste.

Aquella tarde, Sulayman fue recibido en el lugar habitual del campamento cristiano. Todo parecía normal, exceptuando una calma y una falta de actividad inusuales. Una vez en la tienda donde se habían desarrollado las conversaciones anteriores, Sulayman no fue recibido ni por el conde Adalardo ni por el obispo Turpin. Un simple clérigo le explicó confusamente las razones de la ausencia, ofreciéndole un refrigerio. Tras un intercambio de frases insulsas, Sulayman y su escolta volvieron a montar sobre sus caballos para reemprender el camino de vuelta. Sulayman no compartió las sospechas de sus acompañantes. Sólo uno de los cuatro gozaba de su entera confianza. Los otros eran guardias de Al Hussayn, capaces de dar la vida por su walí. No tenía la menor duda de que sería asesinado a la menor sospecha de traición.

Las miradas que acompañaban al pequeño grupo brillaban con luz fúnebre. Sulayman exigió a su caballo un trote nervioso. Tenía la mirada fija en la puerta de

Zaragoza, medio abierta, pero que parecía más pequeña y lejana que en días anteriores. A poca distancia de la puerta, Sulayman se sintió seguro.

De repente, partieron gritos de alarma de las murallas, a los que respondió un clamor que venía del campamento franco. Una pequeña tropa a caballo había salido de ninguna parte y se precipitaba por el llano en un estruendo de cascos.

Roldán, Olivier y unos treinta jinetes lanzaban una carga veloz. En lugar de montar sus caballos de combate, habían elegido corceles ligeros y nerviosos. Ekkehart les había entregado sus bestias más ágiles, aquellas que utilizaba para los servicios de mensajería.

Sulayman se lanzó al galope para cubrir el último trecho que le separaba de la puerta, pero al aliento ruidoso de los corceles francos se le añadió la imagen espantosa de la puerta de Zaragoza que comenzaba a cerrarse. Las dos hojas de madera chocaron en medio de un ruido sordo, grave, definitivo. La puerta estaba cerrada.

El oficial responsable del acceso no tuvo necesidad de alertar a sus superiores. Sus órdenes eran claras. Sin pestañear, sacrificaba la vida de dos nobles y de tres de sus compañeros.

Al ver que la puerta se cerraba, los tres guardias de Al Hussayn que acompañaban a Sulayman giraron a sus caballos y cargaron valientemente contra los francos, blandiendo sus cimitarras. Encontraron la muerte bajo las espadas de Roldán y los suyos, más rápidos y mucho más numerosos. El consejero de Sulayman cayó justo después, atravesado por una lanza impía.

Roldán observó la puerta norte de Zaragoza y comprobó su fracaso. Tomó las riendas del caballo de Sulayman y volvió hacia el campamento bajo una lluvia de flechas.

Sulayman no opuso resistencia. En lugar de ser prisionero de Al Hussayn, walí de Zaragoza, sería prisionero de Qarl, rey de los francos.

* * *

Mikelot comprendió enseguida lo que significaba el regreso de Roldán. El rey había renunciado a Zaragoza.

Al acabar su servicio, fue a ver a su amigo franco:

—Vengo a despedirme.

—¿Estás loco? ¿Quieres desertar? ¡Los centinelas te matarán!

—No te preocupes por mí, compañero. Nunca olvidaré que me salvaste la vida.

—Está bien, poeta del infierno, tú sabrás lo que haces. Pero no te irás desarmado. ¡Toma! Te regalo mi viejo puñal.

Era un cuchillo oxidado con el filo gastado por los años.

—No puedo...

—¡Cállate, moco de gorrión! Yo gané este otro cuchillo anoche jugando a las

tabas. ¡Mira qué maravilla! Recién forjado y en acero del bueno. Éste nunca se enroñará ni perderá su filo.

—Gracias —dijo Mikelot guardándose el cuchillo en el cinturón—. Es un regalo muy valioso.

—Lo necesitarás para salir de aquí. Los centinelas tienen órdenes muy claras con los intentos de desertión.

—Lo tendré en cuenta. Hasta siempre, Hunaldo.

—Hasta siempre, Mikelot. Puede que el destino nos vuelva a reunir algún día. Y espero que alguien llegue a contar tu historia de renacuajo enamorado.

Mikelot caminó despacio y sin equipaje hacia su pequeña colina, como todos los días. Volvió a cantar melodías de su tierra, pero las letras no hablaban de amores, sino del fracaso de los francos y de sus intenciones de huir. Así conoció Idoia los planes de Mikelot, mientras crecían en su corazón el temor y la esperanza.

En el tumulto originado por Roldán y sus jinetes, que perseguían a Sulayman y trataban de alcanzar la puerta antes de que se cerrara, los centinelas francos se desplazaron unos metros para buscar un lugar donde poder ver mejor el espectáculo.

Era el momento idóneo para huir.

XVIII

Golpe audaz

Era una región muerta, una tierra amarilla o rojiza donde nada subsistía. Ni agua, ni vegetación, ni vida. El paisaje era grandioso en su desolación. Algunas escarpaduras rompían la monotonía con sus formas altivas y amenazadoras.

—La tierra del profeta debe parecerse a esto —dijo Aysun.

—Pronto lo sabremos, hermano —contestó Matruh— pero antes, cumplamos con nuestra tarea.

—Entonces hay pocas posibilidades para que veamos algún día la Medina.

—¡*Insh'allah!* —dijo Matruh.

—¡*Insh'allah!* —contestó Aysun.

Sin bajarse de sus caballos, treparon a un balcón natural que daba al sur. Desde allí, vieron un paisaje rico y verde, opuesto al que tenían detrás de ellos. El desierto de la Bardena estaba incrustado entre las llanuras fértiles del sur de Navarra y los bosques exuberantes del norte.

Las siluetas de los dos jóvenes hijos de Sulayman se recortaban en un cielo liso. Sus túnicas alcanzaban las grupas de sus caballos dándoles un aire majestuoso.

Unos treinta metros más abajo, cincuenta hombres miraban a sus jefes y esperaban órdenes. Eran voluntarios para una misión de la que no todos volverían. Algunos formaban parte de la guardia de Al Hussayn. Durante el sitio de Zaragoza, se habían visto obligados a tratar a sus amigos como a prisioneros. Ahora tenían ocasión de compensarles poniéndose a sus órdenes. Al Hussayn había dado generosamente su permiso para formar aquella tropa. Incluso había ofrecido a Matruh hombres y caballos. Resuelto victoriosamente el sitio de Zaragoza, ya no tenía nada que temer de los hijos de Sulayman.

Con su vista penetrante, Aysun observó la forma que adquiriría el ejército cristiano, que por fin había decidido acampar.

Los jóvenes musulmanes habían seguido un itinerario paralelo, a través de aquel desierto. Matruh tuvo en cuenta que los cristianos, con su habitual superstición, mantendrían a las patrullas alejadas de un paisaje que se parecía demasiado a la idea que tenían del infierno. Ellos, por el contrario, daban gracias a Alá por haberles regalado este trozo de Arabia en pleno país vascón. Las numerosas escarpaduras eran excelentes puntos de observación. Y alguna de aquellas lenguas de tierra cortadas por gargantas ocultas les servirían para acercarse lo más posible al campamento de Carlomagno.

Sería esa misma noche.

El ejército estaba cansado. Tres días de marcha extenuante después de largas semanas de inactividad suponían un gran esfuerzo, incluso para los soldados francos.

La idea de haberse alejado de las tierras islámicas les relajó, y el ejército cayó en un sueño profundo.

Un hombre, si embargo, no dormía. Sulayman lo había visto todo; lo había conocido todo. Había servido a Abd al-Rahman antes de combatirlo, se había enfrentado al enviado de Bagdad, había provocado un verdadero incendio en Al-Ándalus al firmar un pacto con el rey cristiano más poderoso; la traición de su aliado Al Hussayn lo había obligado a bailar sobre el filo de la navaja delante de Zaragoza y detrás de sus muros. Pero nunca había sentido semejante impotencia. Se encontraba prisionero de un ejército de ocho a diez mil enemigos, dirigido por los mejores caballeros de occidente, y poblado de guerreros crueles. Su situación era desesperada, con el rey Qarl furioso tras el fracaso de Zaragoza. Su sacrificio sería un pobre consuelo para el rey de los cristianos. Tortura y muerte eran el único porvenir que Sulayman intuía aquella noche.

Pero el grito de una lechuza le hizo recuperar la esperanza. Estaba tumbado para dormir al raso, con otros rehenes musulmanes, y reconoció fácilmente aquel sonido. Un segundo grito le precisó más su origen. Era Matruh; había conseguido penetrar en el campamento. ¿Pero dónde estaba? El tercer grito sería la señal para actuar.

Un golpe en uno de sus muslos vino a reclamar su atención.

—Eso no era una lechuza —susurró la voz en árabe de uno de los prisioneros.

—Son mis hijos —dijo Sulayman—. ¡Hay que actuar!

—¿Dónde están?

¿Qué lugar del campamento se encontraba despoblado de soldados y cerca de los límites exteriores? ¿Quizás los carros de víveres o los del botín? Pero aquellas partes estarían demasiado bien guardadas. Tampoco los caballos, que son demasiado valiosos para el senescal franco y algunos son nerviosos y ruidosos.

«¡Las mulas!» —pensó Sulayman.

—¡Los carros del botín! —dijo inmediatamente.

Los prisioneros árabes no estaban encadenados. Les habían atado las manos por delante con simples cuerdas. No se esperaba ningún ataque al norte del Ebro.

Sulayman y su nuevo aliado despertaron a los demás rehenes de uno en uno, con la mayor discreción, y les dieron consignas. Había que poner a los centinelas fuera de combate, apoderarse de sus armas y correr hacia los carros, que apenas se encontraban a cien metros.

Sonó la tercera señal, más fuerte que las anteriores. Los prisioneros saltaron todos a la vez y se abalanzaron en la oscuridad sobre sus centinelas, a los que estrangularon sin dificultad. En un suspiro, tomaron lanzas, espadas y cuchillos y cortaron sus ataduras.

Entonces, estalló un tumulto en los límites del campamento. Una nube de flechas cayó sobre la zona reservada a los caballos y luego otra. Relinchos y golpeteo de los cascos se mezclaron con los gritos de los soldados. De todas partes venían voces y órdenes contradictorias. Desde los carros llegaba un ruido de combate y numerosos

gritos en árabe. Los prisioneros se precipitaron en aquella dirección, golpeando y gritando para hacer saber de su presencia a los asaltantes. Corrían paralelamente a sus enemigos. La confusión era total. Numerosos caballos quedaron sueltos y, llevados por el pánico, devastaron una parte del campamento. En la oscuridad, no se sabía muy bien a quién se mataba o a quién pertenecía la espada que a uno lo iba a mutilar...

En lugar de apoderarse de las armas del centinela que había estrangulado, Sulayman cogió su casco y su manto. En medio del desorden y la oscuridad, nada lo diferenciaba de un soldado franco. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para abstraerse del caos y mantener la orientación, evitando seguir a sus compañeros de infortunio. Poco a poco, consiguió acercarse a la zona en la que había localizado a las mulas. Aquella parte del campamento, apartada de los combates, había permanecido extrañamente tranquila y no atraía la atención de los soldados. Una vez allí, acarició a las bestias y comprobó las cuerdas, los postes, los nudos, como si estuviera encargado de vigilar a los animales de tiro. De repente, apareció un mulero que le habló en lengua romance. Blandía un cuchillo y Sulayman estaba desarmado. Pero el agresor se derrumbó. Tras él apareció la silueta de Matruh. Sin decir una palabra, recuperó el cuchillo que había atravesado el corazón del mulero y se marchó, seguido por su padre.

Sólo unos cuantos cadáveres guardaban el exterior del campamento, en ese lugar. Matruh y Sulayman cruzaron el recinto, reuniéndose con Aysun y los dos hombres que le habían ayudado a deshacerse de los guardias. Descendieron muy rápido por un barranco. Otros dos hombres les esperaban para cubrirles la retirada. La huida fue larga y difícil. La oscuridad era total y los obstáculos numerosos, pero finalmente llegaron al lugar donde les esperaban con caballos frescos para todos.

Matruh, Aysun y los cinco hombres que les acompañaban fueron los únicos supervivientes de la expedición que salió de Zaragoza para ir a liberar a Sulayman.

* * *

Las grandes piedras del castillo de Olite temblaban bajo las botas de Carlomagno. Habían pasado dos días desde la espectacular fuga de Sulayman. La jornada de marcha de la víspera había sido corta, casi tan corta como la noche anterior. Se descubrió muy tarde que el cuerpo de Sulayman no se encontraba entre las víctimas del ataque suicida. Fueron inútiles los rastreos.

Carlomagno acababa de perder una jornada buscando culpables y reorganizando al ejército. El trayecto hasta Olite se hizo con precipitación. Ahora, debía actuar con rigor y aplicar castigos. Fueron levantadas docenas de horcas. Todos los que estaban de guardia la noche del asalto fueron ejecutados: los vigilantes de los carros, de los caballos, de las mulas, de los víveres... Fueron elegidos responsables al azar entre las compañías que habían tardado en reaccionar al ataque, y recibieron el látigo ante la

tropa. El castigo masivo era tan espectacular como la cólera del rey. Su campaña en país musulmán era un fracaso absoluto. Aunque su ejército volvía intacto y con un botín considerable, las consecuencias políticas podían ser nefastas. Las victorias militares son imprescindibles para mantener el poder. La fuga de Sulayman era la gota que hacía desbordar el vaso. Carlomagno acababa de sufrir una verdadera humillación.

—¡No levantaré ninguna sanción! —dijo el rey—. ¡Seguid con las ejecuciones!

—No nos podíamos esperar un ataque de este tipo —protestó Ekkehart.

—Penetraron en el interior del campamento como un cuchillo en la manteca —gritó el rey con su voz aguda—. ¡Y sólo eran unos cuarenta!

Carlomagno recorría con grandes pasos la sala principal del castillo. El senescal Ekkehart, el conde Anselmo, el obispo Turpin, el conde Bernardo y el consejero Adalardo parecían estatuas en medio de la habitación.

—Era un ataque suicida —dijo Anselmo—. ¿Qué se puede hacer contra eso?

—¡Se les puede incitar a que se suiciden en el exterior del recinto del campamento! —vociferó el rey.

—Al fin y al cabo, no han destruido gran cosa —dijo Ekkehart—. Sólo ha habido algunas pérdidas...

—¿Algunas pérdidas? —preguntó el rey exasperado—. ¿Y qué me dices de los rehenes? Los rehenes son una riqueza única. ¡Y ahora están todos muertos!

—Menos uno —se atrevió Adalardo en voz baja.

—¡Menos uno! —repitió Carlos—. ¡Menos uno que contará su versión de los hechos y será un héroe!

—También contaremos la nuestra —dijo Adalardo.

—¡Claro! —dijo el rey.

Carlomagno concedía mucha importancia a la propaganda. Las versiones oficiales de sus campañas, escritas y copiadas anualmente, serían uno de los pilares de su imperio.

—Los hombres se sienten tan humillados como nosotros —dijo Ekkehart—. Esta campaña es penosa para todos.

—Ya lo sé —dijo el rey.

—Mientras nosotros ya pensamos en el reparto del botín, ellos no han recibido ninguna recompensa.

Carlomagno interrumpió su ir y venir. Se sentó en su trono, y en un instante recuperó la calma y el control de sus emociones.

—Los castigos de hoy son un sufrimiento para todos nosotros —dijo el rey—. Pero ha habido negligencias y eso es inadmisible y peligroso. Después de esta jornada, los soldados no relajarán su vigilancia. ¡Pero no te preocupes! Después del castigo vendrán las recompensas...

—Hay que decir que hasta ahora —añadió Ekkehart— no hemos tenido dónde resarcirnos.

—Esta campaña no ha terminado —dijo el rey—. Aún estamos en un país que podemos considerar hostil. ¿Cómo ha ido la evangelización de los vascones?

Se estaba dirigiendo al obispo Turpin, que mostró un semblante oscuro.

—Acabo de hablar con los clérigos que dejé en Pamplona —dijo con gravedad—. Han sido humillados y expulsados de la ciudad. Nadie ha escuchado la voz de Cristo.

—¿Representantes de la Iglesia tratados como perros? —dijo el rey indignado—. ¡Estos malditos vascones han elegido mal el momento para desafiarme!

—No todos los vascones —precisó Turpin—. Mis clérigos han sido acogidos y protegidos aquí, en Olite, por los Velasco, que son buenos cristianos.

—¿Este castillo les pertenece? —preguntó el rey.

—No —dijo Adalardo—. Este castillo y toda la ciudad de Olite estaban en manos de los Banu Qasi antes de nuestra llegada. Los Velasco han tomado posesión del lugar cuando los musulmanes han huido ante nosotros.

—Pues ahora les pertenece. ¿Dónde están los Velasco?

—Están aquí, en Olite —dijo Turpin—. El viejo Sancho y su hijo Velasco han venido a recibirnos con los suyos. Esperan con impaciencia poder hablar con el rey de los cristianos.

—Esa entrevista no tendrá lugar —dijo el rey—. Pero me siento más tranquilo sabiendo que los cristianos de Pamplona están fuera de la ciudad. Quiero que se queden aquí. ¡Que se les impida salir de Olite! ¡Que sean interrogados sobre las capacidades militares de esos Banu Qasi y también sobre los otros paganos! ¿Dónde están acampados Roldán y la retaguardia?

—Están a orillas del Zidakos —dijo Adalardo—, a menos de una jornada de marcha de Olite.

—Está bien. Éstas son mis órdenes. La retaguardia, dirigida por Roldán, subirá hasta Olite y se quedará para proteger a los cristianos de la región. La vanguardia del conde Thierry se colocará al noroeste de Pamplona, bastante apartada de la ciudad. ¡Cortad los caminos! ¡Vigilad los puentes! El grueso del ejército acampará a media jornada, al sur. Luego, las compañías que hayan tenido mejor comportamiento durante el sitio de Zaragoza harán una marcha forzada para llegar a Pamplona antes del alba. Ekkehart, te dejo elegir a los que merecen esta recompensa. ¡Que sean muy numerosos! Pamplona pronto conocerá el peso de mi cólera...

XIX

Noche de crímenes

El pueblo de Zaragoza celebró la marcha de los francos con alborozo. Las puertas escupieron a cientos de personas que corrían a invadir los restos del campamento franco. Las armas rotas, los escudos abollados y hasta las herramientas inservibles se transformaron en trofeos de guerra.

Al Hussayn permaneció en lo alto de su torre para observar la alegría de su pueblo y disfrutar de su victoria. Lo acompañaba su amigo Jâbir.

—Si tanto te interesaba esa niña, te la hubiese regalado. ¿Por qué has preferido que la libere?

—Ella es del pueblo de los antiguos.

—Te refieres a los baskuni... De joven luché contra ellos, cerca de Pamplona. Son guerreros feroces, pero sin más virtudes que resaltar. Ahora están en la ruta de los cristianos y, esta vez, no creo que el rey Qarl se muestre muy piadoso.

—¿Quién sabe? Puede que ellos tampoco se muestren piadosos con él.

En aquel momento, dos siluetas a caballo se alejaban hacia el oeste, siguiendo una ruta diferente a la del ejército franco. Idoia y Mikelot pronto lo rebasarían y en pocos días llegarían a su casa. Nunca en su vida habían apreciado tanto el ser libres.

Fue un viaje gozoso. Los caballos de Al Hussayn no parecían sentir el cansancio. Idoia y Mikelot tampoco. Cruzaron al galope las praderas de los Banu Qasi, riendo de felicidad. Después de la esclavitud, después de la guerra, después del miedo y del dolor, al fin se encontraban juntos. Y libres.

Finalmente, llegaron a las puertas de Pamplona. Allí sus caminos se separaban, pero, antes, acamparon fuera de la ciudad y pasaron juntos un día entero. Donde unos meses antes había miles de hombres armados, ahora quedaban dos enamorados. Idoia y Mikelot se quisieron sin miedo y sin límites. Se desnudaron sin prisa, explorándose, descubriéndose con respeto y admiración. Se abrazaron, primero con ternura y luego con pasión. Sus cuerpos se unieron, entregándose sin reserva ni culpa, pues entre los vascos todavía no imperaba la religión que prohíbe el amor.

Pero Idoia y Mikelot tenía que volver con sus familias.

Sólo cuando Idoia desapareció del horizonte, camino a Dos Hermanas, Mikelot se dirigió a Pamplona.

Se desató la locura en la casa de Ximeno cuando vieron acercarse al muchacho sobre un soberbio caballo árabe. Todos salieron a recibirle. Gartxot lo abrazó hasta cortarle la respiración y lloró como un niño, riéndose a la vez. Todos lloraron y se abrazaron, tocando a Mikelot como si fuera una aparición. Él se sintió querido y feliz

y pensó que habían terminado todas las penas.

En los días siguientes, Mikelot tuvo que contar sus aventuras a todo el mundo, aunque de su amor sólo le habló a Leire. Los dos pasaron mucho tiempo juntos.

Pero Leire había cambiado. Ya no era la chica alegre y despreocupada de antes. Un día estuvo a punto de revelar lo que le preocupaba tanto:

—¿Sabes? La noche del solsticio, Amaia me mostró mi futuro...

—¿Y qué viste?

Pero Leire cambió de conversación.

En su buhardilla se sentían tranquilos y separados del mundo. Pero el mundo acabó por alcanzarlos, con toda la crueldad de la que es capaz.

Cuando el oriente aún no había empezado a palidecer, se oyeron ruidos extraños en el exterior, acompañados por gritos de miedo o de odio cada vez más frecuentes. Mikelot y Leire se levantaron de un salto y tensaron todos sus sentidos. El estruendo se extendía por toda la ciudad con una velocidad espantosa. Ya la casa de Ximeno respondía con sus propios gritos.

Retumbaron golpes, crujieron puertas, los gritos de los extranjeros se hicieron de repente claros y cercanos. Había lucha dentro de la casa. Mikelot reconoció el grito de guerra de Iñigo.

—¡Hortz! —Rugía abalanzándose contra los invasores.

Ximeno y Gartxot contestaron a la llamada y chocaron los hierros con un temible fragor.

—¡Leire, date prisa! ¡Hay que salir de aquí!

Mikelot no conseguía hacer reaccionar a su prima. La muchacha tenía los ojos de asombro, anclados en la nada. Su cuerpo, de pie, parecía petrificado por efecto del pánico. Su rostro tenía una blancura que Mikelot no conocía.

La cogió por los hombros y la sacudió varias veces.

—¿Leire, qué te pasa? ¡Tenemos que salir de aquí! ¿Me oyes?

Leire sudaba abundantemente, pero su cuerpo estaba frío. Tenía la cara desencajada. ¿Había perdido la razón?

—¡No tengas miedo, Leire! Estoy aquí. ¡Sígueme! Vamos a salir de aquí. Iñigo nos protege. Pero hay que darse prisa. ¡Bajamos!

Ella no se movía; no parecía oírlo.

Abajo, los gritos se alejaban. A pesar del pánico, o quizás gracias a él, la casa había sido evacuada en un instante. Fuera, otros gritos diferentes desgarraban la noche pamplonesa. Era el tumulto desgarrador de una masacre. Alaridos agónicos de cuerpos amputados, llamadas desesperadas de madres a sus hijos ya muertos. Gañidos amorfos, sollozos estrangulados y el gruñido salvaje de bestias humanas que martirizan a sus semejantes. Algunos gritos llegaron más claros que los otros.

—¡Eneko! ¡Fortún!

Oneka buscaba desesperadamente a sus hijos.

Leire seguía sin reaccionar. Todo su cuerpo revelaba terror. Mikelot tomó por fin

la única decisión posible. Agarró a Leire por la cintura y la empujó hacia delante, tratando que despegara sus pies del suelo. Cada paso en dirección a la escalera le costaba a Mikelot un esfuerzo supremo. Al bajar los primeros peldaños, vieron la sala común extrañamente transformada. Sólo sobrevivía una pequeña lámpara y del exterior llegaba una luz fantasmal. Algunos cuerpos yacían ahí. La mayoría llevaban armaduras de guerreros francos.

Le costó bajar, pues el peso de Leire parecía aumentar a cada instante. Por fin llegaron al último tramo de la escalera. Mikelot ya no oía las voces de los suyos en el exterior. Debería coger a Leire en brazos si quería alcanzarlos. Pero se sintió débil e inútil.

De golpe, entraron varios hombres. Extranjeros, francos, enemigos. El tiempo se detuvo. En una fracción de segundo, observó, analizó, reflexionó, decidió. Dos hombres se habían precipitado inmediatamente hacia las cocinas. Otros dos permanecían cerca de la puerta; sus párpados arrugados mostraban que todavía les costaría un rato acostumbrarse a la penumbra. Pero otro había llegado al centro de la sala y se estaba dedicando a dar hachazos estúpidamente a los muebles.

Era inútil volver escalera arriba. Los encontrarían tarde o temprano y, seguramente, acabarían por darle fuego al edificio. Tenía que huir, huir y encontrar auxilio, esperando que los cristianos tardaran en tomar la vida de Leire.

Los dos francos que aún estaban cerca de la puerta miraban divertidos hacia las cocinas. Había entre ellos espacio suficiente por el que pasar con rapidez. Mikelot se lanzó. Uno de ellos le golpeó el hombro, pero no consiguió engancharlo ni desequilibrarlo. Mikelot se coló entre los otros dos como una ardilla. Por un instante sintió la frialdad mortal de las escamas de sus armaduras.

Fuera de la casa no había francos. Estaba a salvo. Sin perder tiempo corrió hacia una callejuela oscura, pero enseguida se dio cuenta de que sus piernas no le respondían. Sus rodillas se negaron a obedecer y se derrumbó en el suelo.

A su alrededor, el espectáculo de la matanza se filtraba en medio de una niebla gris, y el silbido de sus oídos distorsionaba los del exterior. De repente, distinguió dos formas pequeñas y rápidas que penetraban en la casa como conejos en su madriguera. Eran Eneko y Fortún. Los dos niños, separados de los mayores, buscaban el refugio de su casa, sin saber que acababan de entrar en la boca del lobo.

Como un árbol que cae sobre los helechos, unos brazos poderosos chocaron contra el cuerpo frágil de Mikelot.

* * *

—¡Eneko! ¡Fortún!

Oneka alzaba sus gritos por encima de la confusión, mientras intentaba encender al menos una lámpara. El pánico se había extendido por la casa. Todos se precipitaban hacia la puerta.

Los hombres consiguieron formar un semicírculo ante la entrada principal para permitir que huyera toda la gente de la casa. Luchaban con rabia, medio desnudos, bañados por la luz infernal de los incendios que se multiplicaban. La misma escena se repetía en toda la ciudad. Pronto se les unieron varios grupos de pamploneses, formando una pequeña tropa armada. Mantenían un modesto espacio al que venían a refugiarse los que habían conseguido escapar de los asaltantes.

Un hombre joven salió jadeante de una callejuela y gritó:

—¡Tenemos la puerta oeste! ¡Tenemos la puerta oeste!

Indicaba con toda la longitud de su brazo la calle por donde acababa de llegar.

La huida era posible. Como un rebaño perseguido por las fieras, se precipitaron en esa dirección. Sólo quedaron atrás los de la casa de Ximeno. Sobresalía la estatura imponente de Iñigo, con su espada cubierta de sangre. A su alrededor, algunos hombres se habían puesto instintivamente a sus órdenes. En combate, él era el jefe.

—¡Mujeres, corred! ¡Salvad a los niños!

Las mujeres, los niños y los viejos siguieron al resto del grupo, ayudándose unos a otros. Oneka agarraba a Eneko y a Fortún por el brazo, los arrastraba o levantaba como si fueran sacos de grano. No dejaba de hablar a los demás, con tranquilidad y autoridad, para mantener un semblante de orden en el grupo. Por detrás, los hombres cerraban la marcha. Intentaban vigilar todos los costados a la vez. A ratos se paraban para esperar al resto de alguna familia o a grupos un poco más numerosos, a los que ponían inmediatamente bajo su protección.

De repente, una carga brutal se abatió sobre las mujeres. A través de las ruinas de lo que unas horas antes había sido una casa de madera, un grupo numeroso de francos cayó sobre ellas como una jauría.

Inmediatamente, Iñigo lanzó su grito de guerra y los hombres se abalanzaron sobre el enemigo. Pero algunos guerreros francos ya se llevaban su botín. Una joven pedía auxilio, cargada a hombros de un soldado que corría a toda velocidad. Otras, heridas o inconscientes, desaparecían en silencio, entre los brazos de sus secuestradores. Un bárbaro enorme arrastraba a Oneka por la cabellera.

—¡Iñigo! —Gritaba Oneka—. ¡Los niños!

El pequeño Eneko y su hermano Fortún, separados violentamente de su madre, habían salido despavoridos, desapareciendo de su vista. Oneka hubiese querido que su marido se ocupara de encontrarlos, pero Iñigo sólo escuchó su ira. Estaban maltratando a lo que más amaba en el mundo. Su espada se abatió sobre el soldado franco, desgarrándolo varias veces con rabia. Los otros francos, más preocupados por llevarse a las mujeres, cayeron bajo los golpes de los hombres de Iñigo. Pero el ataque había dispersado, en buena parte al grupo de pamploneses. Corrieron lo más rápido que pudieron hacia la puerta oeste. Oneka esperaba que los niños hubiesen seguido a los demás en aquella dirección y que pronto los encontraría sanos y salvos.

Una vez en las murallas, vieron que la protección de la puerta oeste estaba bien organizada. Había arqueros apostados en las alturas. Varios grupos de guerreros

armados guardaban una zona cada vez más amplia, iluminada por antorchas. La evacuación se desarrollaba con orden. No dejaban de acudir grupos de fugitivos de toda la ciudad.

Los guerreros vascos habían formado pequeñas compañías que recorrían las calles para ayudar y proteger a los que intentaban escapar de la matanza.

El alba comenzó a iluminar un interminable desfile de siluetas afligidas que se dirigían lentamente hacia las montañas.

—¿Habéis visto a mis hijos?

Oneka sólo recibía la misma respuesta negativa. Muchos de los que huían también habían sufrido pérdidas entre los suyos.

—Mis hijos... Eneko y Fortún ¡Ya los conocéis! Estaban con nosotros antes del ataque en la callejuela.

Nadie los había visto. Ya había recorrido parte de la columna que se estiraba fuera de la ciudad. Sin resultado. Cruzó de nuevo la puerta para interrogar a todos los que iban llegando. Nada...

—Yo los he visto, Oneka.

Era la voz grave y tranquila del viejo Potes. Su mano se apoyaba sobre el hombro de Oneka.

—Mis piernas no han podido seguir vuestro ritmo. Entonces he tomado otro camino. He ido rozando las paredes y me he escondido pacientemente en cada sombra. Y en la calle de los zapateros he visto a tus dos hijos. Corrían como diablos; no parecían heridos.

—¿En qué dirección iban?

—Me temo que iban derechos hacia vuestra casa.

Oneka no le dejó acabar. Salió corriendo hacia un grupo de hombres. Iñigo, Ximeno y algunos guerreros trataban de organizarse para dirigir mejor la evacuación. Gartxot estaba sentado en el suelo, derrumbado.

—Mikelot —sollozaba—. ¿Adónde te has ido a meter esta vez? Espero que hayas sido más rápido que nadie y que te encuentres fuera de la ciudad.

Pero su instinto le decía que su hijo no había salido de la casa. No entendía por qué.

Ximeno se acercó y le habló con autoridad, pero sin brusquedad.

—¡Levanta, Gartxot! Oneka dice que los niños han vuelto a casa. Iñigo está formando un grupo de voluntarios para probar una incursión. Yo tomaré el mando aquí. No me moveré hasta que volváis.

Gartxot se levantó de un salto y siguió a Iñigo, su amigo de infancia. Éste sólo aceptó a unos diez hombres, para no debilitar la defensa de la puerta.

Partieron con paso firme hacia las llamas del infierno.

* * *

Mikelot volvió lentamente en sí. Un zumbido insoportable llenaba su cabeza. Sintió un doloroso quemazón en el cráneo. Se llevó la mano a la cabeza, que estaba empapada en sangre. Consiguió recordar los últimos instantes antes de desmayarse. Había caído en la calle y pudo ver a los dos hijos de Iñigo y Oneka entrar en la casa por detrás, por las cuadras. Después, un hombre enorme lo había atrapado y arrastrado con brutalidad al interior de la casa. Allí, sintió un fuerte golpe contra la pared, y luego nada.

Empezaba a recuperar sus sentidos. La gran sala seguía débilmente iluminada por la misma pequeña lámpara. Distinguió mejor los sonidos. Gritos roncós. Y también risas. Un amasijo de cuerpos empezaba a tomar forma. Unos hombres se ensañaban con un cuerpo desnudo, blanco, inmóvil, de una mujer que lo miraba: «¡Leire!».

Tendida sobre la mesa, y sujeta por dos hombres, Leire había dejado de resistir. Había perdido mucha sangre de sus numerosas heridas. En su cara se reflejaban los rasgos del terror y de la desesperanza. Mientras su cuerpo agonizaba en el más terrible de los tormentos, sus ojos miraban a Mikelot llenos de amor y ternura.

Segura de haber captado toda su atención, le entregó un último mensaje. Sus ojos se desviaron lentamente y miraron hacia lo alto de la habitación. Mikelot siguió a su mirada, hacia el techo. Y ahí los vio.

«*Eneko y Fortún Arista*».

Estaban los dos agarrados en el mismo lugar que tantas veces le había servido de escondite. Habrían subido al tejado por las cuadras y luego atravesado una de las estrechas ventanas con forma de saetera, imposible para el cuerpo de un adulto. Después, se habrían colado por la grieta de un tabique y una trampilla, hasta colocarse bajo el techo de la sala común, en lo alto de una viga, como murciélagos. Era el itinerario que les había enseñado.

Había que sacarlos de allí.

Los niños observaban en silencio la escena que apenas comprendían, pero que jamás olvidarían. Abajo, otro cristiano tomaba su turno. Encajado entre los muslos de Leire, borracho, tardó en darse cuenta de que estaba violando a un cadáver.

El cuerpo de Leire yacía roto sobre la mesa.

Gritando como posesos, Iñigo y Gartxot se abalanzaron hacia el interior de la habitación. Con el rostro descompuesto de locura, golpearon a dos manos, dando muerte a los ocupantes.

Un joven pamplonés estaba apostado en la puerta con su arco y ayudaba a Iñigo y Gartxot en su terrorífica limpieza. Sus flechas atravesaron las gargantas de quienes amenazaban a los dos guerreros del clan Arista.

Sin descansar, se dirigió a Mikelot:

—¡Sal rápido, Mikelot! Los demás protegen la salida. Pero no podrán aguantar mucho tiempo.

Pero en lugar de obedecer la orden del arquero, Mikelot corrió hacia el interior de la habitación. Había recuperado sus fuerzas y corrió a cumplir la última voluntad de

Leire. Saltó con agilidad hasta el pie de la gran viga. Trepó, como tantas veces lo había hecho durante su infancia, y alcanzó muy pronto a Eneko y Fortún.

—Está bien ahora —les dijo con el mismo tono aventurero que solía emplear cuando jugaba con ellos—. ¡Vía libre! ¡Seguidme!

Los dos niños no dudaron en seguir a Mikelot y bajaron sin decir palabra.

—¡Padre! —gritó—. ¡Tengo a los niños! ¡Yo me ocupo de ellos!

Esperó un instante para asegurarse de que su padre había entendido. Desde el otro extremo de la sala, Gartxot le gritó:

—¡Corre!

Fuera, el cielo amanecía y dejaba ver un espectáculo desolador de destrucción y sufrimiento. De la muralla sur llegaban sonidos ensordecedores, como si un gentil golpeará un tronco violentamente contra una roca.

XX

Refugiados

El sol subió muy alto, mostrando a los fugitivos la destrucción implacable de su ciudad. Todo el perímetro brillaba por las llamas. Pero éstas no se debían al pillaje, a los incendios de las casas, más dispersos. El fuego de las murallas era intencionado, calculado. Todas las estructuras de madera serían cenizas en poco tiempo, mientras equipos de soldados se preparaban para cavar al pie de los muros y llegar hasta sus cimientos para minarlos. Los muros se derrumbarían y dejarían la ciudad al descubierto, desnuda, expuesta a todas las miradas y a todas las codicias.

Carlomagno había ordenado la destrucción de las murallas de Pamplona.

Al pie de Dos Hermanas, el desfile de refugiados se había transformado en una masa humana. Por fin, se sentían protegidos. Las familias se reagrupaban, buscaban a los que faltaban, mendigaban noticias. Barrios enteros habían sido diezmados e incontables mujeres habían sido violadas por los soldados francos. Pocas chicas sobrevivían a la violencia del pillaje.

Algunos grupos que se habían formado para organizar la huida habían sido totalmente masacrados. Pero la solidaridad en la desgracia y la organización espontánea salvaron la vida de muchos niños y ancianos.

Durante todo el día llegaron nuevos grupos de refugiados. No se sabía cómo habían podido huir de la ciudad, una vez que todas las puertas habían caído en manos de los francos. Gentes desperdigadas por el pánico. O escondidas detrás de los declives, junto a la ciudad, con la esperanza de ver aparecer a sus seres queridos, salvados del desastre. Tras horas sin que nadie saliera, seguían con sus ojos fijos en los muros, en sus puertas, sus tejados; en medio de incontables columnas de humo. No querían mirar hacia otro lado, para no perderlo todo, definitivamente.

La pequeña ciudad improvisada seguía creciendo poco a poco. En el transcurso del día, grupos de montañeses bajaron de las colinas, cargados de provisiones. La noticia de la caída de Pamplona pronto se había extendido por la región y seguía corriendo de pueblo en pueblo, de valle en valle. Y la ayuda se ponía en marcha. Pequeños convoyes surcaban los caminos, transportando víveres, reservados para situaciones graves. Llegaban gota a gota a Dos Hermanas y trataban de aportar un poco de alivio, de consuelo. Todo el campamento se hallaba postrado. Sólo el trabajo podría impedirles hundirse en el desaliento más negro y estéril. Poco a poco creció la actividad. Había que administrar víveres y cuidados; había que ocuparse de los heridos. También había que preparar los funerales, pues muchos eran los que no habían sobrevivido a las heridas durante la huida. Muchos eran, también, los que no

habían abandonado los cuerpos de sus seres más queridos, ya sin vida antes de salir de Pamplona. Casi todos eran niños. Leire estaba entre ellos. Iñigo había llevado su cuerpo en brazos. Mikelot estaba a su lado.

Ximeno reunió a todos los hombres de su casa. Durante todo el día, envió mensajeros en todas las direcciones. Otros llegaban con mensajes de apoyo. Los jefes de la región se dirigían a Dos Hermanas con armas y víveres. Los que vivían más lejos, recibirían la noticia y se pondrían en marcha al instante, hacia Dos Hermanas o directamente hacia los valles del Pirineo. Ya no había dudas para nadie. No se hablaría más: la guerra había empezado.

La batalla tendría lugar en los puertos.

El último mensajero que llegó aquel día nefasto trajo más noticias inquietantes:

—Ayer por la mañana bajaba de mi pueblo, de Atarrabia, hacia Pamplona —dijo con una voz redonda y frunciendo el ceño— y vi a los francos. Estaban remontando el camino que va hacia Orreaga y los grandes puertos. Eran tropas ligeras, pero muy numerosas.

—¿Ayer por la mañana? —se extrañó Ximeno—. Pronto habrán cortado todos los caminos entre Pamplona y el Pirineo.

—Tuve que salir del camino —continuaba el jinete—. Pero pude observarles desde una colina. Vigilan todos los puentes y han enviado fuertes destacamentos hacia el este y el noreste. Luego, tuve que rodear Pamplona por el norte, por Ansoain. Ya era casi de noche y la ciudad ya estaba aislada.

—La trampa estaba bien tendida —dijo Ximeno.

—Pagarán por ello —dijo Iñigo entre dientes.

Miraba los cuerpos sin vida de unos niños. Mikelot estaba ahí, con la cabeza entre los hombros. Su caballo *Aralar* lo había encontrado, no se sabe cuándo ni cómo, y mantenía la cabeza cerca del cuerpo del adolescente.

—Te damos las gracias —dijo Ximeno al mensajero—. Ve a tomar un descanso. Te necesitaremos al amanecer, tendrás que llevar nuevos mensajes...

—No sé cómo. Mi caballo lo ha llevado el último mensajero hacia el norte. Apenas ha tenido tiempo para descansar. Creo que aquí no queda gran cosa.

—En efecto, nos queda el pottyok de Mikelot —dijo Ximeno—. Pero sería imprudente deshacernos de él sin una razón urgente. Además, sólo podría llevar a un jinete muy ligero. Espero que durante la noche o de madrugada, lleguen otros grupos con caballos y mejores noticias.

Ximeno, Gartxot e Iñigo intercambiaron miradas llenas de ira. Les quitaban la posibilidad de vengarse. La frustración y el odio son un plato difícil de tragar.

—Estamos aislados de los nuestros —dijo tristemente Ximeno— y el Colmillo de Ortzi seguirá dormido.

«Los nuestros», para el viejo navarro, eran las gentes del Roncal, el valle que lo había visto nacer y que le había dado su fortuna. Con los valles vecinos y los suletinos del norte, eran varios centenares de guerreros valientes y fieles, que sólo

estaban esperando una señal de su jefe. No la recibirían. Carlomagno había cortado el país de los vascos en dos. Al este de Pamplona todo estaba ocupado por los francos o totalmente aislado. La única posibilidad de llegar al Roncal era rodeando a los francos por el oeste y luego por el norte, para volver hacia el este con la protección de los Pirineos. Un jinete rápido necesitaría demasiado tiempo para realizar semejante recorrido. A Ximeno no le quedaba más remedio que esperar que los vascos del norte y del oeste acudieran hacia los puertos a la llamada de sus hermanos. La actitud de algunos jefes como Lodi o Zaharra en la asamblea de Lizarra lo tranquilizaban, pero renunciar a los combatientes del Roncal y de Zuberoa lo hundió en el pesimismo.

Oneka se acercó al grupo. Por fin había dejado a los niños en buenas manos. Le acompañaban varios hombres que engrosaron la naciente asamblea. Todos sabían que se hablaría de la guerra y estaban dispuestos a recibir órdenes.

—¿Hay noticias de Mutarrif? —preguntó Oneka.

—Todavía no —contestó Ximeno— pero vendrá, estoy seguro.

—No es un hombre dado a caer en precipitaciones —dijo Gartxot—. Su presencia no es necesaria por ahora. Primero enviaré lo que pueda, pero él y Musa sólo se pondrán en camino cuando hayan reunido y armado a todos los hombres disponibles.

—No podemos esperarlos —dijo Ximeno—. Tenemos que alcanzar el Pirineo cuanto antes. ¡Saldremos mañana mismo!

—¿Mañana? —Se sorprendió Oneka—. ¡Pero los caminos están atestados de soldados francos!

—No bajaremos hacia Pamplona —precisó Ximeno—. Pasaremos por las montañas del norte, donde nuestros hermanos nos guiarán para llegar lo antes posible. De nada serviría esperar si eso supone llegar a los puertos después que el enemigo.

—Pero entonces, los Banu Qasi...

—Estoy seguro de que Mutarrif y sus Banu Qasi se mueren de ganas de vérselas con los cristianos —dijo Ximeno—. Pero saben muy bien lo que tienen que hacer. Si quieren combatir en los puertos, tendrán que alcanzarnos enseguida, pues nuestra ruta es larga y difícil. Si no, estarán condenados a quedarse detrás del enemigo y a seguirlo hasta el pie de las montañas. Y de ahí, es muy probable que no puedan alcanzar los puertos a tiempo. Encontrarán al enemigo en la llanura.

—Un guerrero vasco es mucho más eficaz en la montaña que en el llano —dijo Iñigo como buen roncalés.

—Los jinetes de Musa en nada desmerecen a los de la retaguardia franca —contestó Oneka.

—Y también serán diez o veinte veces menos numerosos...

Aquel comentario hizo estremecerse a Oneka. Se había dejado llevar por su admiración a los jinetes Banu Qasi y por su amor por Musa. Pero la certeza de un combate tan desigual, donde Musa pudiera encontrar la muerte se le hacía insoportable.

—Los cogeremos por los dos lados —dijo Iñigo reprimiendo su dolor.

—Los Banu Qasi en la llanura y los montañeses en los puertos —exclamó un joven pamplonés—. ¡Los cristianos van a pagar por sus crímenes!

—Es cierto; tienen que pagar —Ximeno había recuperado su tono tranquilo y autoritario— pues la venganza es nuestro derecho. Pero el odio no debe conducir nuestros pasos. Nos llevaría al error. No buscamos una victoria militar, sino un verdadero castigo. Carlomagno debe comprender que ésta es nuestra tierra, la que nuestros antepasados nos han legado. Tiene que saber que, de ahora en adelante, el paso del Pirineo tendrá un precio tan elevado que ni siquiera él querrá pagarlo.

Algunas exclamaciones aprobaron las palabras de Ximeno que, volvió a sumirse en pensamientos oscuros.

—Y si alguien conoce la manera de alcanzar el valle del Roncal —añadió desanimado— que lo diga cuanto antes.

Con un gesto, disolvió la asamblea, pues había llegado la hora de honrar a los muertos y despedirles en su último viaje.

Cuando se dirigían hacia los círculos de piedras preparados por los más viejos, Gartxot susurró algunas palabras al oído de Ximeno. El viejo jefe lo miró muy sorprendido y pareció aprobar los propósitos de su protegido, no sin expresar gran preocupación.

—¿Por qué? —preguntó Mikelot en un lamento.

Padre e hijo estaban juntos, sentados en el suelo. Observaban con tristeza los últimos preparativos fúnebres.

—No tengo respuesta para eso —dijo Gartxot.

—Creo que ella lo sabía.

Gartxot no consiguió entender lo que insinuaba su hijo, pero no era momento para hacer preguntas.

—De todas formas —dijo Mikelot— no me impedirás que vaya a combatir con los demás.

El corazón de Gartxot volvió a sufrir, porque era lo que quería evitar. Él ya había decidido subir hasta los puertos con Ximeno e Iñigo o cabalgar al lado de Musa y Mutarraf. Empuñaría la espada como antaño, antes de conocer a Itziar. El destino había decidido por él. Aún le quedaba alejar a Mikelot de la batalla.

—No podré impedirte hacer lo que quieras —dijo Gartxot. Dejó pasar un momento durante el cual Mikelot no dijo nada. El chico asumía la decisión de vengar a Leire personalmente—. Pero vas a tener que elegir.

Mikelot miró a su padre con asombro.

—¿Elegir? Mi elección está hecha. Quiero combatir.

—Si tuvieras que elegir entre luchar a mi lado o hacer algo importante que nos ayude a vencer ¿qué decidirías?

—¿Algo importante? —Mikelot no se podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Qué

puedo aportar yo si no es mi odio?

—Tu inteligencia y tu velocidad. Y valor; todo el valor que puedas reunir e incluso más.

Por un instante, Mikelot se volvió a ver cayendo pesadamente delante de la casa, alcanzado por el miedo, traicionado por sus sentidos cuando creía controlar la situación. Gartxot siguió:

—Estamos separados de nuestras gentes del Roncal por todo el ejército de Carlomagno. Y no nos quedan ni caballos ni mensajeros. Tú sabes que los guerreros de nuestro valle son numerosos y eficaces, pero están aislados. Recibirán demasiado tarde las noticias de Pamplona y la convocatoria a la batalla. Tú eres nuestra última oportunidad para avisarles.

—No es una verdadera elección —dijo Mikelot—. Si hay que hacerlo, lo haré. *Aralar* y yo subiremos hasta Izaba y con los otros roncaleses, llegaremos a los puertos antes que nadie.

—¡No tan deprisa, Mikel! Te recuerdo que los caminos están vigilados y los puentes cortados. Y tenemos mucha prisa. Tendrás que viajar día y noche.

—Conozco el camino como nadie. Puedo recorrerlo con los ojos cerrados.

—Precisamente, la ruta habitual es demasiado larga y fácil de vigilar. Además, habrá otra persona a la que tendrás que contactar antes que a los roncaleses.

—No conozco ninguna ruta más corta que la que solemos utilizar ¿Pero de quién estás hablando?

—De mi antiguo maestro Itzaltzu, el viejo prisionero del campamento franco. ¿Recuerdas? Pero escúchame bien, Mikelot, porque el camino que vas a tomar es fácil de seguir y te llevará directamente a tu destino. Pero no te va a gustar el lugar al que te envío.

—A ver...

—¡El bosque de Irati!

—¿El bosque de Irati?

Mikelot sintió que se le erizaba el vello de brazos y piernas. Sólo nombrar el bosque sagrado ya provocaba terror a los navarros. Se contaba de todo sobre aquel inmenso territorio donde ningún hombre vivía. Era un lugar maldito donde los árboles parecían tener vida propia y no toleraban presencia humana.

—Todavía puedes elegir —dijo Gartxot.

Mikelot reunió todas sus fuerzas y la imagen del cuerpo de Leire listo para ser incinerado le aportó el valor que le faltaba.

—Ya me he enfrentado con el miedo esta mañana y estoy dispuesto a enfrentarme de nuevo. ¿Pero, para qué tengo que ir al bosque sagrado? ¿Qué tendré que hacer allí?

—Despertar al Colmillo de Ortzi.

Mikelot se quedó boquiabierto.

—El Colmillo de Ortzi es nuestra mejor arma, Mikelot. Pertenece a los Arista, pero son los hombres del bosque quienes lo custodian. En el bosque de Irati viven

unos pocos que buscan la sabiduría y huyen de los demás humanos. Sólo ellos pueden decidir si se puede utilizar semejante arma. Tendrás que encontrar a Itzaltzu y decirle que vienes de parte de Ximeno el Fuerte. Luego le pedirás que te entregue el Colmillo de Ortzi. Él te explicará cómo usarlo. ¿Aceptas?

Mikelot seguía mudo de asombro.

—¿Aceptas?

—Creo que... sí —consiguió decir.

—Entonces, esto es lo que vas a hacer: rodearás Pamplona por el sur esta misma noche. El mensajero de Atarrabia te conducirá por caminos apartados. Luego, irás todo lo rápido que puedas hacia el este. Pasarás por Ilundain y Lizoain; tienes que llegar a Aoiz antes del alba. Desde ahí, remontarás el curso del río Irati sin separarte de él. Cuando penetres en el bosque sagrado, no tengas miedo, olvida todas las supersticiones que hayas oído. ¡Recuerda que tienes una misión que cumplir! Y, sobre todo, ¡no te alejes ni un paso del curso del río! En el corazón del bosque, el río te hará girar claramente hacia el este, tú lo seguirás. Pero cuando gire de nuevo, esta vez hacia el norte, abandonarás su curso. Verás a tu derecha que el terreno sube. ¡Trep a una colina, lo más alto que puedas y busca una presencia humana; haz ruido, canta!

Mikelot bebía las palabras de su padre sin entenderlas del todo. ¿Penetrar en el bosque sagrado de Irati? ¿Buscar al maestro de su padre en un país de dimensiones inhumanas cantando sobre una colina? ¿Pedirle a un viejo loco nada menos que el Colmillo de Ortzi? ¿Pero qué era el Colmillo de Ortzi? Los adultos siempre se negaban a explicar su significado. Y circulaban entre los jóvenes todo tipo de hipótesis. Unos decían que era una espada mágica, otros un hacha de tamaño gigantesco. Algunos creían que se trataba de un animal salvaje y sanguinario, mezcla de oso y dragón. O que era un simple objeto tallado, pero que tenía la facultad de despertar a Ortzi, dios del trueno y de la guerra y que, al despertar, traía muerte y devastación a los humanos.

Mientras Mikelot seguía cavilando, Gartxot continuaba dándole instrucciones.

Entre las dos inmensas rocas, se elevó un canto profundo. Parecía salir de las entrañas de la tierra, confundido con el humo de las incineraciones. Leire y los que aquel día compartieron su destino se reunieron con sus ancestros en el seno de Maia, la tierra, madre de todos los humanos.

XXI

EL niño y el bosque

Aún ardían las hogueras cuando Mikelot tuvo que dejar a los pamploneses que despedían a sus muertos, para tomar la ruta hacia el sur. Ni siquiera podría darle a Leire el último adiós. En medio de la tragedia, no pudo evitar sentir cierto alivio al abandonar el lugar. Montado sobre *Aralar*, al que llevaba al paso, seguía el camino del mensajero de Atarrabia. También se llamaba Mikel y parecía consumir los kilómetros con su zancada constante y regular. En una noche sin luna, la silueta fantasmagórica de un hombre grande a pie y de un joven a caballo se deslizó sobre la hierba.

Primero fueron hacia Pamplona, evitando los caminos. Cruzaron campos desnudos y sólo las estrellas iluminaban su recorrido. En las cercanías de Pamplona se desviaron más claramente hacia el sur. Los dos tuvieron pensamientos oscuros cuando sintieron la proximidad de la ciudad. Por fin llegaron a los grandes descampados de Noain.

De repente vieron la línea blanca de la calzada que va de Pamplona a Olite y sigue hasta Tudela.

—Ya estamos bien al sur de Pamplona —dijo Mikel—. Aquí te dejo. De ahora en adelante, sólo podría retrasarte. No puedo dar un paso más.

—Gracias —dijo Mikelot—. Descansa bien ahora, has hecho un esfuerzo increíble.

—Es demasiado tarde para unirme a los demás en Dos Hermanas. Iré hacia el oeste, buscaré a los Banu Qasi.

—¡Suerte!

—¡Suerte! Cruza la calzada de Olite lo más rápido que puedas, pero sin ruido. Después, corre hacia Ilundain. Cuando llegues a Aoiz, conocerás mejor el terreno. Hasta entonces, bastará con que sigas a las estrellas.

Las dos sombras se separaron y cada cual se enfrentó a su destino.

Para Mikelot ninguna brújula era más fácil de leer que el cielo en una noche sin luna. Le bastaría con seguir la vía láctea de oeste a este. Cruzó la calzada a toda velocidad, e hizo trotar a *Aralar* hacia las aldeas de agricultores que le había mencionado su padre. Las antiguas propiedades romanas permanecían abandonadas desde que pasara por primera vez el ejército franco. Con las primeras luces del alba, Mikelot pidió a *Aralar* un último esfuerzo. Quería alcanzar el río para tomarse un descanso. Y lo alcanzó. Pero no estaba en Aoiz. Seguramente el pueblo debía encontrarse más al norte.

—Mi viejo amigo —le dijo al caballo—, nos hemos desviado más al sur de lo previsto. Pero no importa, hemos encontrado el río. Vamos a poder escondernos bajo

los árboles y descansar.

El muchacho bajó del caballo y se dejó caer sobre las hierbas que bordeaban un río ancho, pero rápido. Mientras *Aralar* pastaba tranquilamente, Mikelot cayó dormido de inmediato. Estaba exhausto.

Un relincho despertó a Mikelot. *Aralar* seguía pastando a unos pasos de él. Parecía estar fresco y dispuesto a marchar. Nada revelaba que hubiese viajado toda la noche.

—Ya hemos descansado demasiado, *Aralar* ¡Salgamos!

Mikelot montó sobre su caballo y partió.

A pesar de sus deseos de venganza, no olvidó los consejos de prudencia de su padre. Dio un gran rodeo para evitar la aldea de Aoiz, donde se elevaban algunas columnas de humo. Seguramente serían soldados francos. Mikelot no tenía ninguna gana de verlos ni de oírlos.

No le costó nada volver al curso del río. Podría haberlo hecho con los ojos cerrados, le hubiese bastado con recordar una de sus numerosas cacerías con Iñigo. Pero ahora no se trataba de perseguir a una cierva o de acosar a un jabalí. Había que correr hacia el norte...

Al final de la tarde, cuando la luz deja apreciar plenamente las formas y los colores, Mikelot y *Aralar* llegaron a las proximidades de Itoiz. Un lugar donde el Irati descansaba en medio de un paisaje paradisíaco. Los bosquecillos sucedían a las colinas y confrontaban todos los matices verdes reflejándolos en las aguas tranquilas y limpias.

—No hay tiempo para detenerse, *Aralar*. Veo que te gusta este país tanto como a mí. Es el lugar ideal para descansar y contemplar los tesoros de la naturaleza, pero el mundo nos llama en otra parte. Tenemos que ocuparnos de los asuntos de los hombres. Sólo espero que los hombres no vengán nunca aquí para destruir esta maravilla con sus sucias manazas.

Mikelot continuó la marcha hasta que la noche se cerró. Sólo durmió unas horas y se levantó cansado, inquieto, triste. Sus sueños le habían torturado con imágenes horribles. Una extraña sensación de culpa comenzaba a habitarlo.

—¡Vamos, *Aralar*, la jornada va a ser dura!

La marcha nocturna fue lenta y penosa. Caballo y jinete, tan encorvado el uno como el otro, se arrastraron bajo las estrellas, pero el cielo les pareció más negro que la víspera.

El amanecer colocó a los viajeros en una garganta donde la vegetación, densa, les obligaba a caminar más lentamente.

—Esto va a ser más fácil ahora, viejo amigo. El sol nos ayudará. Pero el paisaje va a ser así desde ahora: después de una garganta, un terreno despejado y luego otra garganta más estrecha que la anterior. Por lo menos, estamos seguros de que no nos vamos a encontrar con nadie, al menos con los francos.

Mikelot no habló de la presencia de los lobos, pero *Aralar* seguro que sabría de ello tanto como él.

La jornada fue larga, sembrada de obstáculos. La vegetación, en ocasiones muy densa, frenaba el caminar de *Aralar*, pero el bravo animal no mostró cansancio alguno. Mikelot no se desvió del curso del río y sólo paraba para beber. A veces, bajaba del caballo y caminaba una hora o dos. No encontró señales de la presencia de lobos y pudo admirar el vuelo preciso de los milanos y la majestuosidad de los buitres que planeaban por encima de las cumbres. A poca distancia, un quebrantahuesos dejó a la vista sus plumas doradas y su orgulloso bigote. El cielo estaba claro y limpio, pero más al norte algunas nubes acudían a su cita con las montañas.

—La montaña es hermosa, pero no gratuita, como dice mi padre. Me extrañaría que llegemos a nuestro destino sin mojarnos.

Aralar contestó con un relincho, como dando su conformidad.

Tras cruzar las chozas de Aribes, el bosque se hizo más espeso, pero el camino era más claro. Ya no había gargantas ni escarpaduras, sólo árboles. A la sombra creada por las ramas se añadió la del cielo, cubriéndose rápidamente de negros nubarrones. El terreno subía lentamente y sin obstáculos pero era patente el esfuerzo que el joven caballo había hecho en los últimos días. Mikelot también sentía que sus fuerzas habían mermado. Los dos andaban como autómatas, empujados por una inercia que les impedía pararse.

El muchacho decidió no montar más a *Aralar*, pues el pobre caballo estaba agotado.

El bosque cambió poco a poco, los robles dejaron espacio a pinos y hayas. Ahí fue donde Mikelot comprendió que estaba en el bosque sagrado.

El ambiente era oscuro y pesado; los pájaros se habían callado. Nada perturbaba el susurro de los grandes árboles, salvo algún lejano aullido de lobo que desgarraba el silencio de tiempo en tiempo. Las hayas orgullosas de troncos rectos y lisos alejaban sus ramas del suelo, por encima del mundo de los humanos, para mirar al cielo. Sus troncos eran inmensos, interminables, perfectos. Unos seres sabios, venerados por el pueblo del Pirineo, pero que no toleraban que se les molestara. Creaban una atmósfera demasiado densa y difícil de soportar para un adolescente triste y cansado.

El trueno sonó a lo lejos, como una amenaza venida de otro mundo.

La mente de Mikelot quedó impregnada por aquel ambiente. Tenía sobradas razones para estar melancólico, pero la sensación de culpa que había tenido al despertarse lo atormentaba más que cualquier otra cosa.

—Ella lo sabía —se repetía a sí mismo—. Tendría que haberme dado cuenta. Seguro que podría haber hecho algo. ¿Pero qué? Si lo hubiésemos hablado antes, ella habría tenido menos miedo y habríamos huido con los demás...

El joven, perdido en sus pensamientos, ya no miraba más que al suelo. Caminaba sonámbulo, sin ver nada ni oír nada. No prestó ninguna atención a los peligros que lo acechaban. Los lobos se acercaban y dejaban sentir su presencia con temibles

aullidos.

Aralar estaba cada vez más nervioso. El cansancio, el bosque, los lobos; la situación parecía desesperada y Mikelot seguía caminando directo hacia el peligro. El joven caballo sacudió su negra crin y golpeó repetidamente el suelo, pero no abandonó a su compañero de fatigas.

Volvió a retumbar varias veces el trueno antes de que empezase a llover. Pronto, la lluvia fue lo bastante intensa como para atravesar las ramas. El suelo se hizo pesado y cada paso requería un esfuerzo suplementario. El trueno se acercó aún más y desapareció toda luz, pero ya no se oía a los lobos.

La oscuridad obligó a Mikelot a salir de sus pensamientos.

—Vamos a tener que descansar. Es de noche. Si pudiésemos encontrar un sitio un poco seco cerca del río... ¿Pero dónde está el río?

Las rodillas de Mikelot flaquearon. De pronto comprendió que se había perdido en plena tormenta, en medio de un bosque hostil. El estómago quiso salirle por la boca y todo su cuerpo se puso a temblar, fuera de control.

Una explosión de luz desgarró la noche con un estruendo insoportable. La violencia de la descarga aplastó a Mikelot, que se derrumbó sobre el suelo. *Aralar* se encabritó y se lanzó al galope, con los ojos fuera de sus órbitas, en la oscuridad más absoluta. Mikelot corrió tras él, tropezando a cada paso, cayendo en el barro, golpeando los árboles invisibles que izaban sus raíces malintencionadas para castigar al joven intruso. Se sucedieron los relámpagos, a los que el chico respondía con gemidos patéticos. Ya no era más que un niño perdido, abandonado, asustado. Calado hasta los huesos, ya no sabía qué hacer ni a dónde ir. Su desesperación era total.

Un nuevo relámpago le permitió divisar la forma lúgubre de un árbol hueco. A tientas se acercó, consiguiendo apretarse en su interior.

Encogido, volvieron a acosarle sus pensamientos más oscuros.

—Todo lo que he hecho ha estado mal —se decía—. Mi padre ha creído que yo sería capaz de encontrar el Colmillo de Ortzi y he fallado. He perdido mi ruta, he perdido mi caballo, me he perdido yo mismo...

Poco a poco se alejó la tormenta. El trueno era cada vez más perezoso en contestar al relámpago. Sus ojos estaban secos y su cuerpo sacudido por leves espasmos. Le dolía respirar. La imagen de Leire le obsesionaba.

—¿Por qué? —Se repetía—. ¿Por qué? ¡No era ella quien tenía que morir!

Mikelot revivió dolorosamente el momento en que le habían traicionado las piernas, delante de la casa de Ximeno. Ahora sentía el mismo vacío y la misma impotencia.

La imagen de Idoia le vino un instante a la mente, pero su rostro le hacía crecer el sentimiento de culpa. Él no tenía derecho a la felicidad. El amor le estaría siempre prohibido. Era su castigo y eso era justo.

—Quisiera luchar en los puertos, para lanzarme sobre ellos, ver su sangre y no volver nunca... Leire...

Sus últimas defensas se derrumbaron y lloró como un niño que busca los brazos de su madre...

XXII

EL COLMILLO DE ORTZI

Mikelot despertó en pleno día, encogido sobre sí mismo. Salió con dificultad de su agujero y se estiró varias veces. El mundo era diferente aquella mañana. No llovía. Las enormes hayas aportaban sombra y frescor, y una calma que no se encuentra en ninguna otra parte. El silencio resultaba acogedor y permitía percibir algunos sonidos de la naturaleza que el oído tiene prohibidos en otros lugares, como los ligeros gemidos de las ramas que rechinan con la brisa.

Mikelot se sentía libre y tranquilo. Ya no lo atormentaba su fracaso. Los ojos de Leire no le transmitían reproche alguno. Si en algún momento se había creído cargado con una misión crucial para los suyos, sólo era por orgullo y vanidad. Nadie lo esperaba, nadie lo necesitaba. Si conseguía sobrevivir al bosque y a los lobos, seguramente encontraría el mundo muy cambiado. La mayoría de sus parientes y amigos habrían muerto en los puertos y los demás quizás no comprenderían su ausencia. Tendría que partir.

Pero aquello no tenía ninguna importancia al lado de la muerte de Leire. El camino está trazado: vivimos, morimos y las campañas del rey Carlos no preocupan más al mundo que los infortunios de un insecto. Eran testigos de aquello los árboles de aquel bosque. Las hayas centenarias habían visto pasar varias generaciones de seres humanos sin que eso les perturbara en absoluto. La muerte, la vida, el fracaso, la gloria; todo eso no valía nada. Renunciaba a todo. Ya no necesitaba nada. Su vida estaba vacía y así se sintió mejor.

Agradeció al bosque haberle despojado de orgullo y ataduras. El aire era puro y fresco, y lo absorbió a grandes bocanadas. La tierra y el agua mezclaban sus perfumes y trataban de aliviar los sufrimientos de un niño.

¿El agua? Mikelot olía el río. Sus sentidos lo llevaron sin dificultad hasta el Irati. Las riberas eran acogedoras; el espacio que se abría entre ellas estaba bañado por el sol. Mikelot mordisqueó un poco de carne seca que tenía en el bolsillo. Se desnudó y penetró en el agua fresca. La corriente limpió cuerpo y espíritu, llevándose sus últimos miedos y sus últimas angustias. Sentado en el lecho del río, contempló el más hermoso bosque que hubiera visto jamás.

—Si aún estuviese *Aralar* —se dijo— todavía tendría una oportunidad de encontrar a Itzaltzu. ¡Espero que haya podido escapar de los lobos!

Desnudo entre sol y agua, se dejó llevar y pensó en Idoia. De sus labios medio cerrados salió una melodía triste y ligera, que poco a poco se hizo más poderosa. El canto claro de Mikelot se elevó hacia las copas de las hayas.

El tiempo se paró.

Mikelot comprendió por qué algunos hombres preferían vivir en aquel bosque y

evitaban mezclarse con los demás. Recordó la locura del mundo, la guerra, Zaragoza. Le pareció que había sido otra vida, una vida en la que él viajaba con el ejército cristiano, tan lento, tan pesado.

¿Lento? Mikelot se sobresaltó y trató de concentrarse mejor. Era el cuarto día desde que saliera de Dos Hermanas. Era difícil que alguien pudiera hacer ese viaje más rápido. Conociendo el ritmo de marcha del ejército franco, con sus carros de víveres, su botín y sus largas aguadas, lo más probable era que estuvieran llegando a los puertos, aunque el camino fuera más corto que para llegar al bosque sagrado. Si había llovido también en la ruta de los francos, quizás él tuviese un día de ventaja. Quizás aún pudiera hacer algo.

Pensó en Leire y en sus asesinos. Pensó en Idoia y en lo frágil que puede ser una vida. Pensó en su tierra, que también había sido violada.

Perdido y sin caballo en el inmenso bosque sagrado, tenía pocas posibilidades de conseguir nada. Pero sintió la obligación.

Y decidió intentarlo.

Se vistió con rapidez y se puso en marcha. Remontó el curso del Irati, que le llevaba claramente hacia el este, como se lo había advertido Gartxot. Había perdido mucho tiempo en la tormenta, y caminó con un ritmo muy vivo. El miedo había desaparecido de su corazón y pensó que ahora el bosque era su amigo.

Después de varias horas, vio que el río Irati giraba hacia el norte y que a su derecha el terreno subía. Aquello correspondía exactamente a la descripción de su padre. Sus piernas le fallaron varias veces, pero siguió subiendo con todo su coraje y toda su rabia.

Llegó a un alto donde había un claro y en medio del claro tres humildes chozas. Aparecieron algunas figuras humanas silenciosas, y caminó hacia las chozas tambaleándose de cansancio. De la choza central salió el viejo Itzaltzu y a su alrededor se fueron agrupando hombres y mujeres que parecían mendigos.

Mikelot se paró delante del anciano y se quedó de pie. Reunió sus fuerzas para que todos oyeran lo que tenía que decir.

—Vengo a buscar el Colmillo de Ortzi.

Hubo un murmullo y el antiguo poeta cerró los ojos como si le hubiesen dado un golpe.

—Vengo de parte de Ximeno el Fuerte —añadió.

—Hace mucho tiempo que nadie despierta el Colmillo de Ortzi. Nos pides algo muy difícil.

—Tenemos prisa.

—No puede haber prisa para una decisión tan importante. Pero siéntate, joven Mikelot y cuéntanos tu historia. Veo en tu rostro que has vivido y sufrido mucho desde que te vi en Pamplona. De tu relato dependerá nuestra decisión.

Mikelot se sentó en medio del claro, rodeado por aquellos extraños seres, y les contó los últimos acontecimientos de su vida mientras le traían bebida y alimento.

Les habló del sitio de Zaragoza y del ataque a Pamplona, pero también les explicó sus emociones, sus miedos y sus alegrías. Y les habló del amor de Idoia, del tormento de Leire y de su viaje hasta el bosque sagrado.

—Has hablado con pureza —dijo una mujer—. Nos has abierto tu corazón sin tratar de convencernos. Y te lo agradecemos.

—Lo que temíamos ha ocurrido —dijo un hombre del bosque de mediana edad—. La respuesta es necesaria. ¿Pero quién despertará el Colmillo de Ortzi? Mikelot no es más que un chiquillo.

—Ahora, Mikelot —dijo Itzaltzu—, tenemos que reunimos.

Y fueron todos hacia el bosque, dejando a Mikelot acompañado por una mujer.

—Descansa, Mikelot —dijo ella—. Túmbate en el suelo y escucha mi voz.

Mikelot le obedeció. La voz de la mujer aplacó todos sus pensamientos y llevó su mente hacia una gozosa ausencia. Cuando volvió Itzaltzu, Mikelot sentía que había descansado como si hubiera dormido una noche entera.

—Esto es para ti, Mikelot. ¡Úsalo bien!

—¿El Colmillo de Ortzi?

El viejo asintió mientras entregaba a Mikelot un simple cuerno de caza.

—¿Tanto misterio para un cuerno?

—Este cuerno lo usaron los grandes jefes de los roncaleses en el pasado para combatir a los invasores. Tiene un sonido único que todos reconocerán. Si lo haces sonar en los lugares que te voy a señalar, cientos de hombres armados se levantarán y acudirán. El poder que posee es enorme porque todos los pueblos y los valles que se encuentran entre Otsagabía y Maule han jurado responder a su toque. Por eso son los sabios del bosque quienes lo custodian. Los guerreros seguirán al portador del Colmillo de Ortzi a donde éste los lleve. Y ésa es tu responsabilidad en el día de hoy. Pero has de saber que renunciar no entrañaría castigo ni vergüenza y, si quieres, puedes quedarte a descansar y meditar con nosotros.

—Mi padre se ha encaminado hacia los puertos con los demás y atacarán a los francos con o sin los roncaleses. Dime a dónde tengo que ir y soplaré en vuestro cuerno hasta reventar. Aunque puede que sea demasiado tarde.

—No es tarde aún, Mikelot. Al menos, la violencia no se ha desencadenado hasta hoy. A todos nos ha impresionado el viaje que has hecho. Hace falta mucho valor y un corazón enorme para llegar hasta aquí y tan rápido. Por eso creemos que mereces llevar el Colmillo de Ortzi. Sabemos que hay más amor que odio en tu corazón. ¡Llama a los hombres y muéstrales el camino! Ellos te seguirán porque así lo han jurado.

El viejo Itzaltzu explicó a Mikelot cuáles eran los puntos desde los que tenía que hacer las llamadas. Le trajeron un caballo fuerte y robusto, más alto que *Aralar*, y Mikelot partió hacia el sudeste.

El caballo conocía bien el terreno. Mikelot llegó muy pronto a la primera cumbre. Allí desmontó y miró hacia el valle que se abría a sus pies.

Y sopló.

Sopló con todas sus fuerzas y toda su alma. Del Colmillo de Ortzi salió un sonido limpio y claro que rodó por las pendientes arrastrado por el viento, rebotó en las laderas y penetró en las hondonadas.

Durante un tiempo interminable no ocurrió nada. Pero, de repente, Mikelot oyó el sonido de un cuerno muy diferente al suyo, lejos a su izquierda y luego otro a su derecha. Las llamadas se fueron multiplicando y propagando de prado en prado, de pueblo en pueblo. Algunas txalapartas sumaron su traqueteo a la llamada del dios del trueno.

El bosque y el valle adquirirían vida porque los humanos que los habitaban respondían todos a la llamada de alarma. En los poblados, los hombres dejaban sus rebaños y sus tierras y recogían sus armas. El Colmillo de Ortzi no era una espada mágica, ni un animal salvaje, ni un dios vengativo. Su poder era la decisión de los humanos de ser solidarios y defenderse mutuamente ante el peligro.

Mikelot tenía el corazón hinchado de emoción. Montó sobre su caballo y se dirigió hacia la segunda cumbre, donde repitió la llamada y recibió la misma respuesta. Así continuó durante el resto del día, de cumbre en cumbre, llamando a la guerra. Por la noche prosiguió con su tarea.

A medida que se acercaba a la linde del bosque, le asaltaba la duda. ¿No era tarde? Conocía bien la ruta de Pamplona a los puertos. También conocía el ritmo de marcha de los francos por haber viajado con ellos. Y según sus cuentas, Carlomagno ya se encontraba en el Pirineo. Hizo y rehizo sus cálculos, buscando alguna razón por la que los francos se retrasaran. Pero no encontró ninguna. El ejército tenía que detenerse un día para cumplir con las tareas de avituallamiento y aguada. Si Carlomagno decidía hacerlo una vez pasado el Pirineo, sería demasiado tarde. Si lo hacían antes... Si lo hacían antes, el día que estaba a punto de nacer sería el de la gran batalla. Pero si el ataque se desencadenaba por la mañana, los roncaleses no llegarían a tiempo de intervenir.

Mikelot salió del bosque con los primeros rayos de sol. Pasó ante unos megalitos y subió con decisión por las laderas.

A medida que tomaba altura, le fue envolviendo una niebla blanca y móvil. Jirones de paisaje aparecían y desaparecían, rodeado por numerosos promontorios rocosos, colgados por encima de la bruma.

La niebla se apartó un momento para dejar ver una construcción formidable y austera. Era una masa de piedra tallada, superpuesta sobre la roca desnuda. Una torre redonda que no dejaba ver nada en su interior. Posiblemente, un antiguo templo romano o al menos una construcción de aquella época. La niebla daba a los dólmenes y a la torre de Urkulu un aspecto misterioso.

Alrededor de la torre y en las vertientes cercanas, cientos de hombres armados se agolpaban y otros muchos iban llegando sin cesar, saliendo de la niebla como fantasmas. Todos los presentes sólo esperaban la llegada del Colmillo de Ortzi,

portado por el viejo Ximeno o por su poderoso hijo Iñigo, rodeado por los guerreros más temibles y prestigiosos del clan de los Arista. Todos estaban dispuestos a aclamarlos, a seguirlos y a obedecerles en combate. Pero no era un gran guerrero con armadura y espada quien portaba el Colmillo de Ortzi, sino un muchacho cansado y flaco que apenas se sostenía sobre su caballo.

Mikelot desmontó entre murmullos y, siguiendo las instrucciones recibidas la víspera, se dirigió hacia la torre de Urkulu sin hablar con nadie.

Entró en el recinto con paso decidido y le siguieron una docena de hombres, todos jefes de guerra. Mikelot los reconoció a casi todos. Los había visto alguna vez en Izaba, a donde solían acudir para reunirse con Ximeno.

—Soy Mikelot, hijo de Gartxot.

Nadie contestó nada.

—Pamplona ha sido atacada hace cinco días. Ha sido una masacre. Han derribado las murallas y cortado todos los caminos, por eso no habéis recibido noticias.

—¿Dónde está Ximeno?

—Está en los puertos con los del oeste y los de Pamplona. Los Banu Qasi estarán justo detrás del ejército.

—¡Cinco días! Puede que sea demasiado tarde.

—Según mis cálculos, la batalla será hoy mismo.

—¿Según tus cálculos? —Los jefes no se podían creer que aquel mocoso les hablara como un jefe de guerra experimentado.

—He pertenecido al ejército franco, he estado en la batalla de Zaragoza, conozco las costumbres y la estructura de su ejército. La batalla será hoy. Y Ximeno os necesita.

Esta vez, los jefes de guerra miraron sorprendidos y admirados a Mikelot. Después de todo, si era verdad que era hijo de Gartxot, se podía esperar cualquier cosa de aquel chaval. Mikelot les estaba hablando con más seguridad de la que sentía. Quizás fuera demasiado tarde. Pero de nada servía decirlo.

—Está bien, hijo de Gartxot —dijo el jefe más veterano—. Te seguiremos.

—Yo no puedo dirigiros. Nunca he comandado una tropa.

—No necesitamos un jefe de guerra. Sabemos muy bien lo que hacer en el combate. Lo que queremos es la voz del que ha despertado al Colmillo de Ortzi. ¡Tienes que hablar con los hombres!

La silueta de Mikelot apareció en lo alto de la torre de Urkulu y detrás de él se colocaron los doce jefes, mostrando que lo aceptaban como guía. La niebla envolvía a los guerreros, que se amontonaban esperando a que el portador del Colmillo de Ortzi les hablara. Y Mikelot habló fuerte y claro:

—Soy Mikelot, hijo de Gartxot, enviado por Ximeno el Fuerte como representante de los Arista. En el día de hoy, el ejército de Carlomagno está cruzando nuestras montañas para volver a sus tierras. Pero hace cinco días, estos mismos soldados entraron en Pamplona, violaron a las mujeres y mataron a hombres y niños.

Después, derribaron las murallas y arrasaron los campos. Y ahora vuelven a su casa sin haber recibido castigo.

Estiró el brazo derecho hacia el oeste y levantó la mano izquierda hacia el cielo, mostrando a todos el Colmillo de Ortzi.

—Pero allá, en los puertos, entre Orreaga y Bentarte, los nuestros les esperan. Ximeno los dirige y con él están Iñigo, Mutarrif, Musa y también mi padre Gartxot. Tienen con ellos a gentes valientes y decididas, pero no son bastantes para vencer a los francos. Nosotros somos fuertes y numerosos y nos necesitan. Por eso he despertado al Colmillo de Ortzi y os he convocado. Esperaremos hasta el medio día para que lleguen más guerreros, los de Izaba, los de Otsagabía, los de Echo y los de Maule. Y luego marcharemos lo más rápido posible hasta la cumbre de Ortantzurieta. Y de allí caeremos sobre el enemigo. Muchos no volverán, pero todos habremos respondido a la llamada de nuestros hermanos.

Le contestaron con aclamaciones y gritos de odio en contra de los francos, que pronto fueron sustituidos por cantos de guerra.

Cuando volvió la calma, Mikelot salió de la torre y buscó una hoguera. Los guerreros se apartaron para dejarle paso.

Calentó un poco de agua, a la que echó unas hojas de *hyperium*. El pequeño saco de hierbas curativas que le diera Idoia en su primer encuentro había resistido a todas las pruebas e intemperies. Del recipiente de tierra que los guerreros le prestaron salió un olor agradable y tranquilizador. Su cuerpo estaba cansado, pero su mente permanecía alerta.

Sus ojos castaños se posaron sobre la capa de niebla que cubría los montes. Sintió la presencia de Idoia. No era su cara, ni su voz; sencillamente, estaba ahí. Entre los acontecimientos intensos y trágicos recientes y los próximos, decidió respirar la vida. Provocando el asombro de los guerreros instalados alrededor, Mikelot soltó una gran carcajada por una silueta que emergía lentamente de la niebla.

—Bienvenido, amigo —dijo Mikelot levantándose—. ¡Qué felicidad el verte aquí! Todos los lobos del bosque sagrado serían incapaces de separarnos... ¡Combatientes de las montañas! Os presento al guerrero más valiente, más rápido y más resistente. ¡Su nombre es *Aralar*!

XXIII

Roldán y Carlomagno

—¡Roldán, acércate! Andemos un poco. He ordenado a los guardias de Anselmo que se alejen para estar a solas contigo.

—Parecéis inquieto, mi Señor.

—He faltado a mi misión. No he conquistado nuevas tierras y no he hecho retroceder al Islam un solo paso.

—¡Pero no hemos sido derrotados! Hemos mostrado nuestra fuerza y traemos un botín enorme...

—Y hemos dejado Zaragoza intacta. Pero no renuncio a nada y no volveré a caer en los mismos errores. Movilicé a demasiada gente. Nos ha perjudicado en lugar de beneficiarnos. Hemos perdido movilidad, velocidad y capacidad de improvisación.

—Hubiese querido ir a por Abd al-Rahman a sus propias tierras...

—Quizás tengas ocasión de hacerlo, Roldán, porque volveremos. Dios aún necesita tu espada en estos parajes.

—¡*Durendal* se impacienta en su funda! Las murallas de Zaragoza le han impedido derramar sangre pagana.

—Tendrás tu revancha. Abd al-Rahman ha sido demasiado miedoso o demasiado astuto. Pero volveremos. Los creyentes de Hispania deben tener tierras donde refugiarse y glorificar a Dios sin ser molestados por gente impía.

—¿Y Zaragoza?

—Zaragoza terminará cayendo, pero primero tendrá que conocer el furor de Abd al-Rahman.

—¿Qué será de los vascones?

—Conozco tu inquietud, Roldán. Eres implacable en combate, pero también tienes inclinación a enternecerte en épocas de paz. Te comprendo porque soy como tú y me muero de impaciencia por volver a ver a mi amada Hildegarda, por Dios bendita, y al niño que me habrá dado. Sé que sientes amistad por algunos de esos extraños vascones...

—Entre ellos hay gentes de gran valor, de corazón puro y valiente.

—No te preocupes por ellos, Roldán. Como bien sabes, los cristianos de la familia Velasco y sus gentes estaban refugiados en Olite mientras Pamplona recibía su castigo.

El rey posó su mano paternal sobre el hombro de Roldán, satisfecho por haber mostrado su autoridad y su bondad.

Pero aquellas palabras no aliviaban la preocupación del caballero. La suerte incierta de los que habrían podido llegar a ser sus amigos, atormentaba sus noches y sus días. Peor aún, aquel sentimiento que le obsesionaba, ni siquiera lo podía

compartir con su rey. ¿Cómo reconocer que sentía más inclinación por algunos paganos que por ciertos cristianos? Aquel sentimiento ponía en evidencia la espantosa fragilidad de quien tiene algo que ocultar.

Por segunda vez, después de las frustraciones de Zaragoza, Roldán dudaba.

Si un precepto es claro en el dogma de los cristianos es que la duda debe ser desterrada del alma y sustituida por la fe. ¿Significaba que estaba perdiendo la fe? Si no era así, ¿por qué aquellas preguntas que lo acosaban sin descanso? ¿Por qué causa sufría con los sufrimientos ajenos? ¿Era justo? ¿Tenemos derecho a sustituir a Dios?

El peso de su falta era más insoportable al evocar aquellas imágenes de felicidad vividas en Pamplona. La risa luminosa de Gartxot cuando escuchaba a su hijo... El joven Mikelot y sus mímicas desternillantes... El viejo Ximeno, que por edad y aspecto, bien pudiera haber sido compañero de Clodoveo... Y, sobre todo, la juventud, la vitalidad, la candidez de la bella Leire; su cuerpo alerta y su mirar de fuego. ¿Qué había sido de sus vidas? Estarían muertos o serían enemigos.

—Señor, sigo sin comprender por qué algunas gentes respetables no han sido capaces de oír la llamada de Cristo.

—Ésa es otra misión en la que hemos fallado, Roldán. Los clérigos que dejó Turpin no han sabido explicar las palabras del Señor como es debido. ¡Hay demasiados inútiles que llevan sotana! Tengo en mente rodearme de los mejores religiosos y los más eruditos, y exigiré que todos los servidores de la Iglesia sepan leer y escribir, para que puedan explicar la palabra divina a las pobres gentes.

—Quizás si hubiesen tenido más tiempo... Pero ahora ya es demasiado tarde.

—No te preocupes, Roldán. La mayoría de los pamploneses se salvaron. Y entre los que cayeron ¡Dios reconocerá a los suyos!

—Sí, mi señor. Dios reconocerá a los suyos.

—Tras una campaña sin victorias, debíamos mostrar nuestra fuerza, Roldán. Transportamos un botín demasiado apetitoso, y el escarmiento servirá para disuadir cualquier intento de agresión.

—Pero han sido castigados sin cometer ningún crimen...

—¡Te repito que Dios reconocerá a los suyos!

—Lo entiendo y no lo discuto, Señor. Pero los supervivientes estarán llenos de odio.

—¿Los crees capaces de intentar algo?

—Si no es el odio, será el sentido del honor el que les obligue a actuar.

—Sería una locura atacarme.

—¡Cuanto mayor es el adversario, más gloria se consigue!

—Gloria, venganza o botín ¡qué importa! Si se atreven a desafiarme, encontrarán la muerte en sus propias montañas. Míralas bien, Roldán, pues el próximo sol nos verá atravesar el Pirineo.

—¿Tomaremos el mismo camino que a la ida, Señor? Creo que hay una ruta más baja, con un solo puerto...

—... El que llaman Ibañeta. Adalardo se ha informado bien y, por una vez, Ekkehart está de acuerdo. Es un camino largo y tortuoso, en medio de un bosque denso que puede ocultar a un ejército, el sitio ideal para una emboscada. Además, el terreno se habrá embarrado con las últimas lluvias y nuestro equipaje es más pesado que a la ida. Tomaremos la vía romana que sigue la cornisa y pasaremos los puertos uno tras otro. Habrá que tomar todas las precauciones para que ningún carro caiga al fondo del barranco.

—Además, Señor, estas laderas están cubiertas de arbustos y espinos. Sería imposible maniobrar con caballos o mulas y menos con los carros.

—¡Y las zonas más boscosas no parecen más acogedoras! Si al menos la niebla pudiera dejar ver las cumbres...

—Es extraño, en efecto. Hemos viajado bajo el sol desde Zaragoza y la niebla nos alcanza justo cuando llegamos al pie del Pirineo. Parece que nos estuviera esperando.

—Las nubes ocupan las alturas, pero tendremos varias horas de marcha bajo el sol antes de alcanzar la niebla, si todo sigue como hoy.

—¿Tenemos algo que temer de la niebla, Señor?

—No, Roldán, pero el miedo es el peor enemigo del ejército, no lo olvidemos. Estas montañas no están hechas, precisamente, para tranquilizar los ánimos.

—Bernardo y sus jinetes han recorrido las montañas durante todo el día y no han encontrado nada. El camino está libre.

—¡Creía que esperabas un ataque de estos vascones!

—Creo que los pamploneses nos siguen, quizás reforzados con los Banu Qasi, con los que combatí en el vado de Tudela. Son buenos combatientes y excelentes jinetes.

—Si están detrás de nosotros, no hay nada que temer. Una carga de la caballería los dispersará definitivamente.

—Señor, pido el honor de dirigir la retaguardia.

—Lo esperaba, Roldán. Si alguna gloria hay en el paso de estos puertos, será para ti. Pero quiero que tus tropas se refuercen con los barones más insignes del reino, y con mis mejores jinetes.

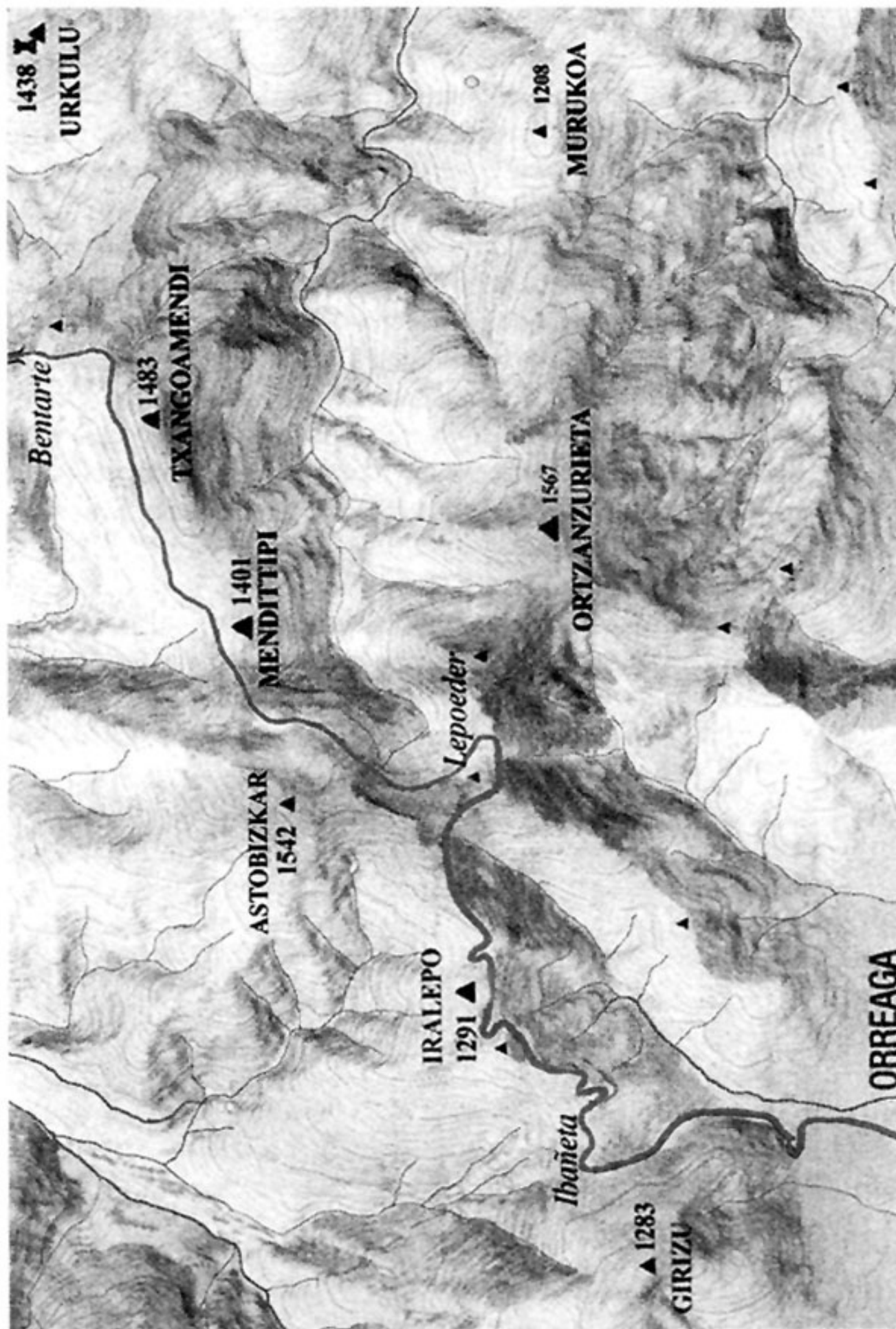
—Rara vez se habrá visto tan hermoso ejército, digno de Julio Cesar o de Alejandro.

—Guardaré conmigo a Bernardo y Adalardo. Dirigirán la vanguardia el conde Thierry y su hijo Guillermo. Delante de ti, justo antes que la retaguardia, viajarán los convoyes del botín. Esa caravana será larga y lenta, pues los carros deberán pasar de uno en uno. La protegerá el propio Ekkehart, al que ningún detalle se le escapa. Estoy seguro de que a sus órdenes no perderemos ni una moneda de oro y apenas algunas bestias.

—¿Y el conde Anselmo?

—Se situará en la mitad del ejército, detrás de mí y delante de los carros. ¡Nuestro tesoro es intocable! ¡Dios quiere que vencamos, Roldán! Pues somos la mano que

ejecuta sus designios. Mi ejército es la ciudad de Dios, tal y como la describió San Agustín. A los pueblos que conquistamos les aportamos la salvación. A ellos les queda elegir que esto se haga a través del bautismo o de la muerte. Nuestra obra es grande y hermosa y su recuerdo perdurará durante los siglos venideros. Miles de monjes copistas ya están escribiendo nuestra epopeya para que cada cristiano, por lejana que esté su parroquia, pueda conocer las grandes hazañas que realiza el ejército de Dios, obedeciendo la voluntad de nuestro Señor. Y mis victorias son posibles gracias a una nueva raza de hombres, que no conocen duda ni temor, que sólo temen a Dios y lo sirven fielmente; hombres de corazón puro y brazo infatigable, capaces de hacer frente a una legión de paganos, sólo armados con su espada y con su fe. Hablo de los mejores cristianos, como el senescal Ekkehart, el duque Guillermo, los condes Bernardo y Anselmo y, sobre todo, el más valiente, el conde de la Marca de Bretaña, el que está tan cerca de mi corazón como el más cercano de mis parientes: tú, Roldán.



Recorrido de las tropas de Carlomagno en los puertos pirenaicos

XXIV

La batalla de Orreaga

Nunca esta tierra ha sido hollada por ejército tan grandioso.

El suelo, aún húmedo, ha sido labrado por ruedas, cascos y botas. Se abren surcos como heridas sobre la piel del mundo. El ritmo natural de la vida queda suspendido al paso reptante del ejército. El bosque, vacío de animales, aguanta la respiración mientras se interna el ejército de Carlomagno.

Los soldados suben hacia el puerto de Ibañeta a través del bosque. El camino es casi recto, en dirección al norte, durante casi dos kilómetros, y salvar una altura de unos cien metros. La frondosidad del bosque protege a los soldados de un sol que aumenta su intensidad con el paso de las horas.

La vanguardia inicia el paso del segundo puerto. Es el más largo y tortuoso. Comienza a partir de Ibañeta, hacia el noroeste. En ese lugar, el bosque se despeja. Las hayas ocupan su dominio, en lo alto, pero el camino está muy desbrozado; nada protegerá a los soldados del calor de agosto. La vanguardia camina por la cornisa, suspendida sobre el precipicio, gira y vuelve a girar sobre las laderas cada vez más abruptas del Iralepo, y luego del Astobizkar. Las pendientes son duras y no hay descanso. La tropa de Guillermo es ligera, pero sube el puerto con dificultad, y piensa en el calvario que sufrirán los que pasen al mediodía. Pero debe cruzar los puertos de Cisa cuanto antes y tomar posición en la vertiente norte.

En el alto de Lepoeder han recorridos cuatro kilómetros desde Ibañeta, salvando un desnivel de cuatrocientos metros. Los hombres están fatigados y desean descansar. Pero les acucian los capitanes. Ahora, la ruta es casi llana hasta el puerto de Bentarte; después, sólo quedará bajar. En Lepoeder, la vía romana gira hacia la izquierda con un ángulo muy cerrado, y bordea el Astobizkar, monte de cumbre redondeada. La marcha se acelera por sus flancos de sur y del este. El camino bordea un nuevo valle, estrecho y profundo como el anterior. No hay precipicios, pero sus vertientes son igualmente peligrosas. La tropa se estira a pesar del esfuerzo de los capitanes por evitarlo. Hay que frenar a los jinetes de cabeza y obligar a los retrasados a reintegrarse en el grupo.

Guillermo observa la forma de este nuevo valle que se abre a su derecha, largo e interminable. La niebla se adhiere a sus paredes verdes y remonta hacia las cumbres. Pronto estarán cubiertas.

Carlomagno no está muy lejos. A la cabeza del grueso de sus tropas, ha subido orgullosamente Ibañeta y está llegando a Lepoeder. Con él cabalgan Bernardo y Turpin. Sus efectivos son diversos: renanos, lombardos, provenzales y alamanes le siguen y se mezclan en la fatiga. Les ha tocado subir durante las horas más calurosas. Llevan casco, armas y una pesada armadura. Escudos, hachas y espadas aumentan de

peso bajo un sol agobiante. Las lanzas ya sólo son bastones sobre los que se apoyan a cada paso. Pero son soldados y no pueden despojarse de ninguno de sus efectos. Los castigos en el ejército franco son más terribles que las pendientes del Pirineo.

El cuerpo guiado por el rey se estira con facilidad. Cuando Carlomagno alcanza la cumbre de Lepoeder, reconoce a su derecha el alto donde rezó hace unos meses, cuando cruzaba el Pirineo con la euforia del conquistador. Resueltamente, gira a su caballo hacia la izquierda, hacia el norte, para seguir la ruta que antaño trazaron los romanos, y que une este segundo puerto, Lepoeder, con el tercero, Bentarte.

Los barones que acompañaban al rey en el viaje de ida están muy atareados ahora. El conde Anselmo mantiene el orden en su tropa. Ha impuesto un ritmo lento, que le obliga a separarse un poco del cuerpo que le precede. A medio camino entre Ibañeta y Lepoeder, justo debajo del Iralepo, el conde da la vuelta y observa al ejército que le sigue.

En la cumbre de Ibañeta, amplia y despejada, los carros de provisiones y los del botín se han amontonado en un formidable barullo. Algunos comienzan a subir el segundo puerto, donde todavía se encuentra Anselmo. Un desfile de orugas polvorientas se arrastra bajo un sol de plomo. Ekkehart y sus capitanes recorren la columna en ambas direcciones. Gritan, ordenan y animan. Los soldados son numerosos para proteger el cargamento. También son muchos los que ayudan a impulsar las carretas, tirando de las bestias, empujando las ruedas o alisando el camino.

A media tarde, cuando la vanguardia empieza a derramarse sobre la llanura de la vertiente norte del Pirineo, el rey Carlos llega a Bentarte, último de los tres puertos. Está feliz por concluir la campaña y dar la espalda a este país maldito. Para confirmar sus impresiones, la niebla se cierra sobre las cumbres; ya no se distingue ninguna. Detrás, los hombres de Anselmo miran temerosos a lo alto, mientras desaparecen de uno en uno, engullidos por una nube blanca y misteriosa. La larga columna que le acompaña es un calvario lento y desesperante para hombres y animales.

El único cuerpo de apariencia hermosa es la retaguardia. Formada por compañías de élite, es la tropa más numerosa. Los jinetes suben el tortuoso camino de dos en dos. Las compañías de caballería van separadas por pelotones de infantería, con la lanza al hombro. A pesar del calor, de la fatiga y del peso de las armas, mantienen la formación.

Los últimos hombres de Roldán han pasado Ibañeta e inician las pendientes que llevan a Lepoeder. Ahora, el ejército se extiende entre los puertos del Pirineo. Guillermo está al pie de la vertiente norte; Carlos ha pasado Bentarte e inicia el descenso; Anselmo está en la curva de Lepoeder, entre la niebla; Ekkehart avanza despacio por las curvas que Anselmo ya ha rebasado. Roldán, más abajo, cierra la marcha en perfecto orden.

Nadie se acuerda de las últimas patrullas enviadas por el conde Bernardo, ni por Guillermo, para vigilar las laderas y los bosques por encima del ejército. Ninguno de

ellos ha tenido tiempo para gritar o soplar en su cuerno.

El ejército aún no lo sabe, pero todos están muertos.

* * *

El silencio de las montañas y de los bosques esconde a centenares de hombres armados, pacientes, decididos. Son vascos y están dispuestos a caer sobre el mayor ejército de Occidente.

Han venido de todas las comarcas, donde aún se habla la lengua milenaria. De la costa atlántica, de Bayona, Biarritz, Lohizune y Oiasso hasta Donostia, los pescadores se han reagrupado para dirigirse a Garazi. Allí se les han unido los que llegaban de Orthez, Hazparne y Mauleón. Al este, Urkulu ha acogido a los que bajaban de Zuberoa. Los de Larrau han preferido esperar a los roncaleses en las montañas. ¿Llegarán a tiempo?

En el oeste, ha tenido lugar un gran reagrupamiento en Elizondo, en el valle del Baztán. Todos los montañeses de Bizkaia y Gipuzkoa están ahí; no falta un navarro para combatir.

Desde las riberas del Ebro, los jinetes Banu Qasi han seguido discretamente al ejército franco, reforzados por todos los pamploneses que han podido procurarse un caballo. Los vascos de Álava y de La Rioja han enviado a sus combatientes. Entre ellos hay muchos cristianos, que no han tenido en cuenta las preferencias de su Dios.

Guerreros, pastores, campesinos y artesanos han venido de todas partes. En pequeños grupos silenciosos, con los dientes apretados, han alcanzado los puntos de encuentro: Urkulu y Luzaide. Ningún observador franco ha conseguido adivinar la capacidad de este pueblo para contestar en masa a la llamada a las armas. Sin embargo, ya lo hizo en muchas ocasiones, contra los romanos, contra los árabes, contra los visigodos... Estas gentes quieren vengar a sus muertos, responder a un insulto, pero, sobre todo, defender su tierra, a la que aman por encima de todo. Adoran sus montañas, sus llanuras, sus ríos, sus bosques y sus costas atormentadas. Veneran al país que les ha dado la vida. Entre el Ebro y el Adour, están dispuestos a defender su suelo y el derecho de ser lo que son. Contra todos los ejércitos del mundo. Contra todas las tormentas de la historia.

Las vertientes noroeste del Iralepo y del Astobizkar, mucho más suaves, largas y boscosas que las vertientes opuestas, donde siguen sufriendo los soldados francos, ocultan a innumerables grupos de hombres armados. No llevan cota ni armadura. Ninguna chatarra inútil estorba sus movimientos. Llevan una camisa redonda y ligera; sus pies están enguantados en abarcas de cuero. Y sus armas son igualmente ligeras; excelentes espadas puntiagudas de doble filo y numerosas armas de tiro: arcos, flechas, lanzas y jabalinas.

Cerca de las cumbres, han cavado escondrijos en el suelo para almacenar munición abundante y variada. Algunos están sorprendentemente cerca de los soldados francos, que pasan indiferentes, cada vez más encorvados, camino de su muerte.

No lejos del puerto de Ibañeta, sobre las pendientes que Roldán y su retaguardia acaban de dejar a sus espaldas, la caballería espera la señal de su jefe. Mutarrif está delante, acompañado por su sobrino, Musa, que permanece silencioso. Sus últimos pensamientos antes de la batalla son para Oneka, a la que quizá no vuelva a ver... Mutarrif observa y espera. Hubiera sido mejor que la primera señal partiera desde la cumbre de Astobizkar, pero está cubierta por la niebla. Así que será él quien desencadene el ataque.

Por fin, las últimas compañías francas se encuentran en el lugar deseado. Mutarrif lleva lentamente su cuerno a sus labios y sopla con todas sus fuerzas. Inmediatamente, mil voces le contestan y otros cuernos también.

Los Banu Qasi han lanzado la carga.

Los caballos frescos devoran los últimos metros del bosque, desembocan en la explanada de Ibañeta y, en un instante, arrollan las últimas líneas del ejército franco.

El camino es demasiado estrecho para que las compañías puedan maniobrar. Los caballos se encabritan, cocean, desobedecen. Algunos barones intentan dar la vuelta para hacer frente al enemigo, pero les empuja hacia arriba la avalancha de sus propios soldados. Muchos lanceros son pisoteados por los caballos de su ejército, otros salen del camino y abandonan la columna, pero son segados como trigo maduro por la caballería ligera de los vascones.

Más arriba, el desorden es aún mayor. Exigen a las bestias que avancen más deprisa y algunas mulas se niegan. Hay carros bloqueados, que entorpecen el paso sin dejar espacio suficiente. La precipitación es causa del vuelco un vehículo tras otro. Ekkehart se desespera, una parte de sus hombres tiene que ir a empujar los carromatos, en lugar de prepararse contra el próximo ataque. Porque lo habrá. El senescal mira el bosque de hayas por encima de él, las cumbres cubiertas de niebla y el camino. Queda tanto camino por recorrer...

Más arriba aún, en el puerto de Lepoeder, dentro de una niebla intensa, Anselmo percibe los sonidos apagados de la batalla. Da orden a sus capitanes de detener la marcha. Pero desde donde se encuentra, no ve nada. Manda a algunos mensajeros a por noticias. No tomará ninguna decisión precipitada, pero la posición actual de su tropa no le gusta. Su columna cubre la gran curva del puerto. Sus hombres están expuestos, enmarcados por tres montañas invisibles y amenazantes. Decide bajar él mismo hacia la retaguardia para conocer mejor de la situación.

Pero al conde palatino no le da tiempo de ir muy lejos. Un estruendo impresionante ha estallado entre la niebla. ¡Esos sonidos no son humanos y vienen de todas las direcciones, incluso del cielo! Los soldados francos nunca habían oído el martilleo obsesivo de la txalaparta. De repente, es la montaña la que cae sobre el

ejército. Una avalancha de troncos y de rocas cae sobre los soldados cristianos. Muchos son los que mueren sin ver, siquiera, un brazo enemigo.

Desde las alturas que dominan el camino, los vascos lanzan su grito de guerra blandiendo sus lanzas y corren monte abajo por el Iralepo y el Astobizkar. A unos metros del camino, se detienen bruscamente y lanzan sus dardos. En oleadas sucesivas, riegan a los francos con una lluvia de flechas, lanzas y piedras. Algunos soldados cristianos consiguen controlar el pánico y tratan de responder al ataque. Sus lanzas, propulsadas desde abajo, apenas alcanzan las primeras líneas de los asaltantes. El camino ya está atestado de cadáveres.

La tropa de Anselmo, estirada entre dos montañas, ha quedado desperdigada en pequeños grupos. Algunos se han reagrupado en los tramos menos abruptos, donde pueden defenderse mejor. Anselmo ha decidido aguantar en la curva de Lepoeder. Quiere evitar que el ejército se corte definitivamente en dos en este lugar tan peligroso.

Más abajo, fuera de la niebla, el espectáculo es dantesco. La columna ha recibido de lleno el ataque de los montañeses. Varios carros se han precipitado por las pendientes con sus mulas y sus conductores. Muchos soldados que han perdido el equilibrio caen rodando por las pendientes, demasiado inclinadas para evitarlo. Crujen los huesos. La fatiga y el peso de las armaduras precipitan el desastre. Los carros vuelcan su valioso contenido, que ya nadie mira. Un viento de pánico envuelve a la tropa. La columna está desgarrada, dispersa. Los relinchos de muerte de los caballos retumban en los oídos de los vencidos, un ejército que todavía no ha combatido.

El tramo del camino cubierto por la escolta franca está en manos de los vascos. La batalla sigue más abajo, hacia el valle. A cada lado, la vía está bloqueada por carros volcados, amontonados, entre soldados muertos o heridos. Los vascos han elegido esos puntos para cerrar su tenaza. Allí se lucha con ferocidad.

Roldán, Ekkehart y Anselmo están incomunicados. Anselmo reúne a sus tropas para defender la curva de Lepoeder; Ekkehart, en pleno desconcierto, trata de evitar que sus hombres busquen refugio en el valle que está a sus pies. Roldán ha perdido muchos hombres y caballos a causa de la primera embestida y de la estrechez del camino. El rey baja a buena velocidad hacia el pie del puerto. Parte de su columna todavía no ha pasado Bentarte, pero aún ignora que ha sido atacado. Su marcha se ha hecho más rápida en cuanto el terreno se ha vuelto más fácil. Está separado de Anselmo, sin saberlo, y cada instante crece la distancia. De la niebla aún no ha salido vivo ningún mensajero.

La retaguardia ha quedado aislada. Pero es ahí donde se encuentra la élite del ejército. Y su jefe no pierde la calma. Roldán reagrupa a su infantería, ordena a dos compañías de jinetes que pongan pie a tierra. Han perdido demasiados hombres, y muchos caballeros no saben qué hacer.

La retaguardia recibe un segundo ataque, esta vez por el flanco. Esta vez los

caballos son diferentes. Pequeños y achaparrados. Pero cuando una compañía de caballería renana ha tratado de perseguirlos, han dado media vuelta mostrando velocidad, fuerza y agilidad. Los pesados caballos de combate francos han sufrido en las pendientes, mientras los pottyokas subían con agilidad. La lentitud ha sido mortal para los jinetes, pues una nube de flechas los ha recibido al asomarse al final de la primera cuesta.

Pero la tropa no flaquea. Los grandes barones de Austrasia y de Neustria no ceden al pánico. Los soldados no tienen más que mirar a Roldán para armarse de valor. Bajo sus órdenes, avanzan los lanceros, paso a paso. La mayoría de los jinetes vascos no tiene armadura. Son vulnerables a las lanzas y flechas de los hombres a pie.

Mientras un grupo importante de francos resiste detrás de la primera barrera de carros, los demás bajan poco a poco, en formación apretada, a pesar de los ataques sucesivos de los Banu Qasi y de los montañeses. Los jinetes de Roldán, por fin, van a encontrar espacio para maniobrar. Más abajo, el terreno será cada vez más cómodo para sus caballos. Pero Roldán tendrá que hacer pronto una elección cruel.

—Olivier ¿ves una solución?

—Tenemos que salir de la trampa y encontrar un terreno favorable.

—Pero para eso —dice Roldán—, habría que abandonar a Ekkehart...

—No podemos combatir a caballo en las laderas. Y renunciar a los caballos, es renunciar a nuestra arma suprema. Además, los carros del botín ya están perdidos. Sólo los recuperaremos en caso de victoria total.

—Ekkehart tendrá que reagrupar a sus gentes en el valle —grita Roldán por encima del estruendo creciente—. Como esta parte del camino ya no nos sirve, voy a dirigir a toda la caballería hacia la entrada del valle. Tomaremos posición algo por encima del emplazamiento del campamento que hemos dejado esta mañana, ahí donde se unen los dos riachuelos...

—¿Y la infantería? —Pregunta Olivier mirando a los pelotones que progresan bajo un diluvio de proyectiles.

—¡Que se unan a Ekkehart! Y que le informen de nuestra nueva situación. Tan pronto como se marche la caballería, deberán abandonar el camino al enemigo para correr todo lo que puedan hacia lo más profundo del valle. Muchos caerán, pero los demás estarán protegidos por Ekkehart. ¡Qué Dios les guarde!

La decisión está tomada. Hay que sacrificar a muchos hombres a pie para que la caballería vuelva a ser eficaz. En cuanto el terreno lo permite, la flor de la caballería franca, bajo las órdenes de Roldán, abandona al galope el campo de batalla. Dan la espalda al camino, cruzan prados, bordean el bosque; Roldán encuentra por fin el lugar que buscaba. El ejército está cortado en varias partes, y él va a tratar de reconstruir una de ellas. Cuando Ekkehart sepa que Roldán está protegiéndole la espalda, hará bajar a sus hombres hacia la llanura. Allí serán fuertes, pues a pesar de

las pérdidas importantes, todavía deben de ser mucho más numerosos que los vascones. Fuera de las montañas, la ventaja cambiará. Mientras tanto, si la caballería ligera que ha dado el primer asalto quiere enfrentarse a los caballos francos en la llanura, que lo haga. Los soldados de Dios siguen siendo más y mejor armados y sus caballos son invencibles en terreno llano.

Pero la infantería de retaguardia está mal situada. Se encuentran solos, cortados del resto del ejército. Su única esperanza es alcanzar a los que guardaban la columna. Los capitanes organizan la retirada. Hay que seguir la vertiente, caminar por el flanco de la colina, dirigirse hacia los bosques. Pero en cuanto dejan el camino, reciben la embestida de los caballos montañeses. Mientras tanto, la caballería de los Banu Qasi parte hacia el suroeste, en la misma dirección que Roldán.

Las compañías que defendían la primera barrera abandonan su posición y se reúnen con sus compañeros. Los capitanes han ordenado a los soldados que recuperen lanzas y picas, aunque estén rotas. Los caballos que los persiguen son pequeños, y la postura de sus jinetes es muy baja. Además, no protegen sus bustos con armaduras metálicas. Se forman los grupos, se yerguen las lanzas, los jinetes caen atravesados y muchos lanceros mueren con ellos. Luego hay que correr hacia una nueva posición, siempre más atrás, y volver a formar otra barrera.

En el camino, la silueta de un gigante domina a las demás. Es Iñigo Arista, hijo de Ximeno el Fuerte. El viejo Ximeno ha dirigido el ataque del Iralepo, mientras Zaharra comanda a las gentes que están en Astobizkar. A la izquierda del viejo jefe roncalés, Gartxot dirige a unos pescadores, flacos y secos, acostumbrados a sufrir. Ahora son guerreros y defienden la segunda barrera, no lejos de la niebla, contra las tropas de Anselmo. A la derecha de Ximeno, Iñigo dirige a un grupo compuesto mayoritariamente por pamploneses a pie. Están menos acostumbrados a luchar que los montañeses, pero son ellos quienes más razones tienen para odiar al franco. Conocen a su jefe y lo seguirán hasta el final.

Iñigo espera. Su larga cabellera está sujeta en la frente por una tira de cuero. En su mano derecha, una espada bañada en sangre. Su mano izquierda descansa sobre un cinturón que aprisiona un cuchillo y un cuerno de caza.

Cuando la infantería franca está justo debajo de su posición, lanza su grito de guerra. No es el irrintzi largo y agudo de los montañeses, es un rugido salvaje y feroz que hace estremecerse a los adversarios. La carga es furibunda. Caen hombres de los dos lados desde el primer choque. Los capitanes francos dan ejemplo, colocándose delante de sus soldados. Pero la muerte continúa implacable con su cosecha.

Los lanceros, que hace apenas una hora desfilaban orgullosos detrás del conde Roldán, ya no son más que una docena. No han alcanzado su objetivo. Se aprietan unos con otros, levantan los escudos, blanden las espadas y las lanzas que les quedan. Pero Iñigo llega hasta ellos. Ya ha perdido a demasiados guerreros y a demasiados amigos. Hace oír su grito ronco, coge impulso y se lanza contra ellos. Los francos caen como ramas bajo los golpes del coloso navarro. Los pamploneses le han seguido

y terminan la tarea. Ningún soldado ha podido ir a reforzar a Ekkehart. De las compañías de infantería de la retaguardia, no queda nada.

Desde lo alto del camino, Ximeno ha podido seguir las evoluciones de su hijo. Los dos se ven y se saludan de lejos, levantando muy alto sus espadas en señal de victoria. Pero queda mucho por hacer. Ximeno aprovecha esta corta tregua para reorganizar a sus efectivos. Toda su gente deberá desplazarse hacia la izquierda y bajar poco a poco hacia el valle.

El movimiento de los guerreros de Ximeno y de Iñigo refuerza al grupo de Gartxot. Está luchando en la segunda barrera, que ahora es la única en disputa. Sus efectivos se ven doblados. Sin lanzar ningún grito, sin soplar en cuerno alguno, sin dar órdenes, trepa sobre uno de los carros volcados y salta por encima de la barrera enemiga. Sus hombres le siguen instintivamente. La defensa queda fracturada, la barrera sobrepasada. Los francos retroceden; el frente se acerca a la niebla.

Anselmo es el único franco cuyas tropas ocupan los dos lados del camino. Se ve obligado a orientarse por los sonidos de la batalla, pues la visibilidad es casi nula. Oye que su flanco izquierdo retrocede. En lo alto del puerto de Lepoeder, donde se encuentra, la montaña es más suave, ligeramente redondeada. Pero sabe que detrás de él, al sur, quizás a unos metros, se abre el precipicio.

En medio de una niebla intensa, la lucha es espantosa. Los vascones han decidido atacar en silencio, esporádicamente. Sólo se les ve llegar en el último momento. Aparecen repentinamente entre la niebla, como fantasmas, donde menos se les espera y golpean sin un grito. Los que ceden al miedo desaparecen para siempre en la espesura blanca.

Pero las tropas de Anselmo son numerosas. Varias compañías bien compactas controlan la gran curva y una parte de las laderas. Este lugar es el único por el que Ekkehart y Roldán pueden pasar con los suyos. Tienen que aguantar a cualquier precio. Si no, el ejército quedará definitivamente fracturado. Anselmo no conoce la situación de los otros cuerpos del ejército, pero no ha venido nadie, ni de atrás ni de adelante. Ekkehart debe de tener dificultades, es evidente. ¿Pero qué está pasando delante?

De repente, una brisa ligera se levanta y gira hacia el norte, desgarrando una parte de la nube que recubre a los combatientes. La visibilidad sólo mejora en algunos metros, pero Anselmo termina de entender. ¡El rey no sabe nada! ¿Cómo es posible? ¿Es que no ha oído nada? ¿Ningún mensajero habrá alcanzado su objetivo? Comprende que se ha dejado atrapar en la niebla. Los vascones no han inquietado al primer cuerpo del ejército, lo han dejado correr hacia el norte, feliz de haber pasado el calvario de las montañas e impaciente por llegar a la llanura. El enemigo ha aprovechado el espacio que se ha abierto entre las dos columnas para cortar el camino. La niebla ha ahogado el ruido que tanto ha asustado a las tropas de Anselmo. Y la mayoría de los combates se han desarrollado en las vertientes que dan hacia el sur, opuestas a la dirección tomada por el rey.

Anselmo trata de aprovechar la ligera brisa que Dios les envía. Comunica a sus capitanes la orden de hacer el mayor ruido posible. Todos hacen sonar cuernos y olifantes, a pleno pulmón. La llamada de socorro es repetida por el eco y llevada por una ligera corriente de aire, efímera, pero suficiente.

En Bentarte, las últimas filas de jinetes están a punto de pasar el puerto, cuando les alcanzan los ecos de los olifantes. Unos metros más adelante, ya no hubieran oído nada. Las montañas de Mendittippi y de Txangoamendi, que separan a Anselmo de Carlomagno, no han bastado para interrumpir la llamada de auxilio. Los jinetes que están en Bentarte hacen sonar sus cuernos. De una compañía a otra, la señal se desliza por la pendiente y llega hasta los oídos del rey. ¡Nos han atacado! La columna se detiene pesadamente.

El rey manda mensajeros hacia la vanguardia y hacia atrás. Mira al sol, mira la montaña y la niebla. Si el ataque es de envergadura, habrá que volver con todo el ejército. Será una operación lenta y laboriosa. Jamás conseguirá intervenir antes del anochecer. El tiempo transcurre sin que ocurra nada. Los soldados están sentados por el suelo, cansados. Están esperando unas órdenes que no desean recibir. Por fin, se ordena a la última compañía montada que dé media vuelta y llegue a la altura del conde Anselmo.

Desde lo alto del Astobizkar, ha sido el gran Zaharra quien ha dirigido el ataque. Su barba, extendida sobre un busto enorme, chorrea sangre, pero no es la suya. Sujeta con las dos manos un hacha doble. La forjaron para él y es el único que puede manejar un arma tan formidable. Sus cuchillas también están tintadas de rojo. Zaharra no cuenta los cráneos que ha hundido hoy y los escudos que ha deshecho. Mira, escucha, piensa. Ha hecho bien en rodearse de los habitantes de la región, pues sin ellos, estaría ciego entre la niebla. Cada uno de los pequeños grupos que dirige tiene a alguien que conoce cada palmo de terreno. Ésta es la ventaja que le ha permitido separar las dos columnas enemigas. Gracias a ello, están diezmado al adversario poco a poco, golpe tras golpe.

Su primer capitán es Lodi, que intenta envolver al enemigo por el norte, para luego empujarlo hacia los abismos. El que corta el camino que viene de Bentarte, más al norte, es Cauderac, el joven bordelés. Su grupo es extraño. En parte está formado por soldados aquitanos desertores. Si han desertado, no es para evitar el combate, sino porque han elegido su bando. Son ellos ahora los que han levantado esa nueva barrera de troncos y rocas en uno de los tramos más inclinados de la cornisa que bordea Astobizkar. Hacia ellos se dirige la compañía de caballería, destacada de la columna del rey.

A la cola del primer cuerpo del ejército cabalgaban lombardos, a las órdenes del conde Bernardo. Han recibido la orden de dar la vuelta y dirigirse a la batalla, mientras Bernardo recupera su sitio cerca del rey. Cuanto más se acercan a la niebla,

más sonidos inquietantes perciben. No pensaban que la columna siguiente estuviese tan lejos. En un estrechamiento del camino, ven una barrera de piedras y troncos. Detrás, algunos hombres armados esperan en aparente indolencia. ¡Qué grupo tan extraño! Algunos llevan casco y escudo, otros están medio desnudos, cabello al viento, armados con lanzas rústicas. No son francos: son montañeses. No perciben nada, pero los que se esconden tras ellos deben de ser numerosos y peligrosos, puesto que han retrasado tanto a la columna del conde Anselmo. Sin detener sus caballos, lanzan la carga. En la antigua vía romana, apenas caben dos caballos juntos, pero será suficiente. De repente, decenas de cuerpos emergen de los helechos, a lo largo de toda la columna lombarda, a pocos metros de los jinetes. Levantan sus lanzas e incluso ramas de árbol. En un solo asalto, todos los lombardos son derribados de sus monturas. Su caída los precipita por las pendientes, rodando bajo las piedras que les tiran los asaltantes. Una cuarta parte ya ha muerto; la mitad está herida y el otro cuarto sigue corriendo para ir a perderse en un valle donde no encontrarán a nadie. Cauderac sigue siendo dueño de la barrera.

Pasará tiempo antes de que la noticia de este nuevo episodio sangriento llegue a oídos del rey. Después, habrá que tomar decisiones, repartir órdenes, vencer la fatiga y ponerse en marcha. Y luego volver a subir el puerto.

Pero será demasiado tarde. Carlomagno sabe que no podrá intervenir. La suerte de la batalla no dependerá de él. Tiene plena confianza en sus barones. Piensa en Roldán, al que tanto quiere. Nada le puede ocurrir, pues Dios necesita su espada para las campañas porvenir...

* * *

El sol empieza a cansarse de esta larga jornada del mes de agosto. Una ligera brisa baja de la montaña, arrancando jirones de niebla, que modifica su fisonomía y deja al descubierto la silueta de algunas cumbres ocultas desde el mediodía.

En el valle reina una anarquía fabulosa. En su fondo se amontonan bultos y socavones, cubiertos de árboles o de matorrales. Ekkehart ha conseguido reagrupar una parte de sus fuerzas, pero es imposible mantener la unidad. Los vascones aparecen y desaparecen en pequeños grupos, a pie o a caballo. Los que luchan a pie utilizan todas las irregularidades del terreno para sorprender a los soldados. Trepan, corren, saltan de roca en roca o se esconden entre las ramas de un árbol. Su ligereza desconcierta a los soldados francos, pesados y muy cansados. La mayor parte se han herido durante la bajada vertiginosa que les ha llevado a este lugar maldito.

¡Qué valle tan siniestro! En cada ataque, dos o tres francos caen por un solo vascón. Ekkehart ve a sus fuerzas debilitarse, dividirse. La derrota ya está en sus mentes. La muerte planea sobre sus cabezas, cada vez más cercana. Roldán no llega, Anselmo tampoco. ¡Hay que tomar una decisión!

Ekkehart llama a sus capitanes y da órdenes. A pesar de todo, ha decidido actuar.

Si no toma la iniciativa, sus hombres caerán de uno en uno sin haber tenido una sola oportunidad de vencer. En la vertiente opuesta al camino, ha localizado un alto abierto, despejado y aún bañado por el sol. No es un lugar estratégico, sólo un objetivo posible. Ekkehart quiere que sus hombres actúen juntos, con un fin preciso. Y tendrán que hacer mucho ruido para que los grupos que han perdido contacto con él tomen la misma dirección. Esto también servirá para impresionar al adversario. Una vez arriba, juzgará mejor la situación. Quizás vean dónde está Roldán y entiendan por qué no ha venido en su ayuda. Pero sobre todo, habrán abandonado el fondo de este valle maldito... Los heridos no podrán seguir, es el precio a pagar. Ekkehart hace sonar su olifante. Todos los francos lo conocen. ¡El senescal ataca! ¡La victoria es posible!

Más arriba, en la curva de Lepoeder, la niebla se ha vuelto más ligera, la visibilidad es mejor. Anselmo ya no espera al rey. Sus defensas aguantan, incluso está dispuesto a contraatacar. Repele uno tras otro los asaltos que vienen del oeste. El flanco norte está menos activo.

De repente, los francos son atacados por el norte. Por fin, Lodi ha conseguido rodear a Anselmo. Lanza a sus gentes contra el flanco de los cristianos. Pero el conde palatino ha previsto esta agresión. Los vascones conocen el terreno y querrán empujarlo hacia los precipicios. Varias compañías de arqueros han sido alineadas de cara al norte, escondidas tras unos amasijos de ramas. El ataque vascón es detenido en seco. Toda la primera línea queda atravesada por flechas lanzadas de cerca. Una flecha ha perforado la garganta de Lodi y otra se ha alojado cerca de su corazón. Se doblan sus rodillas y otros dardos le alcanzan. Cae de bruces, muerto, rompiendo las flechas con el peso de su cuerpo.

Anselmo contraataca. Ha esperado este momento desde hace tiempo. Se ha preparado para ello y ha dispuesto a sus pelotones con un fin preciso. Hacia el norte y hacia el este, los francos avanzan, en filas apretadas, con el escudo levantado y la espada al aire. Los que han podido recuperar una lanza la blanden delante de ellos. Pelotones de arqueros caminan por detrás. Ellos también han recuperado innumerables flechas en el campo de batalla, la mayoría del enemigo. Las han guardado por orden del conde Anselmo. Ahora están barriendo el terreno delante de la infantería, que progresa como una marea humana.

En lo alto del puerto de Lepoeder, en la gran curva, los francos tienen ventaja. Anselmo domina la situación. Lodi ha muerto, sus gentes se han dispersado. Zaharra retrocede, Gartxot retrocede... Ximeno, mucho más abajo, se da cuenta de la situación. Lo que ocurra en el alto es crucial. El vencedor del combate que se está desarrollando en Lepoeder bajará al valle. Si son francos, salvarán a los que ahora intentan salir de ahí. Después, no les costará mucho unirse con la caballería, que está aún más abajo. Si son vascos, pronto quedará limpio el valle y la caballería cercada. Hay que redoblar los esfuerzos para impedir que los jinetes francos accedan al bosque, mientras los suyos estén allí.

Iñigo se dedica plenamente a esta dura tarea. Ayudado por los jinetes montañeses, acosa a los francos desde posiciones elevadas. Multiplica los ataques cortos y los repliegues rápidos. Mutarrif emplea el mismo procedimiento, pero partiendo de la llanura.

Roldán no permite a sus jinetes dispersarse. Cada ataque vascón recibe una dura respuesta, pero los caballos francos no prolongan sus persecuciones. Hay que mantener el orden en el grupo, también hay que cuidar a las bestias. Los enemigos atacan por todos los lados, intentan desorientarlo. Algunos choques han sido virulentos. Muchos jinetes están heridos, sus caballos cansados. En cuanto puede, Roldán empuja hacia el norte, subiendo las cuestas. Pero encuentra siempre una resistencia tenaz. En cada ocasión, la caballería ligera de los vascones ataca sus flancos para romper la unidad de sus tropas. Roldán tiene que pelear en todos los frentes: ataca hacia el norte y se defiende al sur. Es dudoso el final de este extraño combate.

Pero un sonido venido de las alturas va a indicar de qué lado se inclina la balanza. Es el sonido claro y puro de un cuerno de caza. En Lepoeder, en las laderas y hasta en el bosque, hay guerreros veteranos que reconocen ese sonido. En tres puntos diferentes del valle, Gartxot, Ximeno e Iñigo han oído la llamada de la esperanza. Levantan sus espadas, muy alto hacia el cielo, y lanzan sus irrintzis. Muchos no comprenden lo que está pasando, pero pronto se corre la voz.

¡Es el Colmillo de Ortzi!

Han llegado los roncaleses.

* * *

La cumbre de Ortzantzurieta es llana, pelada, batida por todos los vientos. La niebla se ha quedado enroscada alrededor de su cuello como una bufanda, de la que emerge, solitaria. A unos centenares de metros hacia el oeste, está la curva de Lepoeder, en la que muchos hombres luchan a muerte. Con buen tiempo, se pueden ver los dos valles colindantes, e incluso el pequeño llano de Orreaga. Si se mira bien hacia el nordeste, se puede distinguir la torre de Urkulu.

Mikelot ha temblado. Todo su cuerpo quería estar en otra parte. No tiene armas porque no está en edad de combatir. Con otros adolescentes y algunas mujeres, irán detrás de los guerreros para socorrer a los heridos y trasladarlos con la ayuda de algunos caballos demasiado viejos o muy jóvenes para participar en la batalla. En este grupo de jóvenes, hay amigos de infancia de Mikelot, tan asustados como él.

Los jefes debaten, escuchan los ruidos de la batalla. Es el momento de actuar. Un jefe roncalés, amigo de Ximeno, se acerca a Mikelot:

—Es la hora, Mikelot, hay que sonar la carga.

Mikelot se descuelga el cuerno y se lo tiende.

—No, Mikelot, tú eres el portador del Colmillo de Ortzi. A ti te lo han entregado

los sabios del bosque.

Mikelot temía que llegara este momento. Después de convocar a los hombres a la guerra, él tendrá que dar la orden de atacar. Esa responsabilidad le pesa como una losa. Pero allí, en la niebla y en el valle, están Gartxot y los demás, arriesgando su vida para defender su tierra y a todos los que la habitan.

Se levanta, mira hacia el enemigo y reúne todas sus fuerzas. Y sopla. Sopla con toda su alma durante largo rato, hasta que no le queda una gota de aire en los pulmones. Respira hondo y sopla otra vez y el Colmillo de Ortzi emite un canto agudo y poderoso que planea por encima de los gritos de guerra.

El dios de la guerra ha hablado.

Los vascos cargan por la espalda de los francos, que estaban en movimiento. ¡Es una desbandada! Las compañías quedan dislocadas, los pelotones aniquilados. El asalto ha sido brutal, efectuado por tropas numerosas y frescas. La columna de Anselmo está cortada por la mitad. Unos se han dispersado en el valle del norte, perseguidos por Zaharra y Cauderac. Pronto no quedará ni uno. Los demás se han precipitado al abismo sobre las pendientes demasiado inclinadas de la ladera sur. Gartxot y los roncaleses se han unido en un solo gran grupo, comandado por el poeta guerrero. Comienzan una bajada vertiginosa, persiguiendo a los francos supervivientes.

En Lepoeder, Mikelot conoce el infierno. Decenas de cuerpos yacen en posturas inverosímiles, entre gemidos desgarradores. Algunos miran a Mikelot en silencio, como lo hiciera Leire en sus últimos instantes. Mikelot está indignado; no acepta su muerte. El miedo lo abandona repentinamente. No importa el peligro. Hará todo lo que pueda para ayudar a salvar vidas. Lleva a heridos, los arrastra, los carga sobre los caballos. Mikelot limpia heridas, las venda, pide consejo, habla con los moribundos. Corre de uno a otro, a menudo sin remedio. Quisiera saber mucho más para poder ayudar a toda esa gente en situación desesperada. No le importa quienes sean. La curva de Lepoeder se ha transformado en un enorme hospital de campaña.

Mientras Mikelot está buscando señales de vida en los cuerpos inertes, oye una voz muy débil que se dirige a él.

—¡Eres tú, renacuajo del demonio! ¡Tú has soplado en ese maldito cuerno!

—¡Hunaldo!

El joven franco está herido y su cara es casi irreconocible.

—¡Maldita montaña! Esta niebla es brujería...

—¡No hables más! Tienes que descansar.

Y Mikelot arrastra pesadamente a su amigo que sigue delirando, hasta ponerlo en manos de una curandera, a la que pide los mejores cuidados posibles aunque sea franco.

Pero entonces, un joven conocido de Mikelot, roncalés como él, viene corriendo.

—Mikelot, un herido me ha dicho que ha visto a tu padre. Está abajo, en el valle.

Mikelot habla con la mujer que manda a las curanderas.

—¡Ve, muchacho, ve! Abajo también habrá gente a la que podrás ayudar. Y llévate tu caballo, si no, se morirá de tristeza.

Mikelot tiene que dar un rodeo por el camino en busca de un paso por el que poder bajar a caballo. Encuentra un acceso. Primero al paso, luego al trote, zigzaguea y se va acercando al peligro.

Más abajo, la caza es implacable. Los francos supervivientes están desorientados en un bosque ya negro. Anselmo no tiene ya esperanza, está perdido como los demás. ¡Si solamente pudiese saber en qué dirección se encuentran Ekkehart y Roldán! Está oscuro bajo los árboles, se acercan sombras, golpea. Si son enemigos, responden y desaparecen. Anselmo lanza golpes a ciegas. No alcanza a nadie. Siente un golpe en su hombro derecho. Ni siquiera sabe cual es el arma que lo ha alcanzado. Coge su espada con la mano izquierda, mientras ve un reflejo por encima de su cabeza. Esta vez ha visto la espada que va a interrumpir su vida. Una hoja larga, dura y cortante se abate sobre su cabeza, una vez, dos veces. Otros golpes acompañan su última caída.

Anselmo, conde de palacio, uno de los más importantes barones de Neustria, ha dejado de existir.

La huida hacia adelante de Ekkehart es épica. Estos soldados saben que son supervivientes. Los que quedan no son ni los más jóvenes ni los más fuertes. Todos son veteranos. Con el transcurso de las campañas, han aprendido a sobrevivir, teniendo a la muerte de fiel compañera, conviviendo con ella sin caer en sus trampas. Saben que el dolor no es nada, que las heridas se olvidan. Saben que hay que correr y correr más aún. Pierden sangre, han gastado todas sus fuerzas, pero una voluntad feroz los empuja a prolongar su vida, un paso más.

Ekkehart sigue con su desalentada carrera, invirtiendo en ello sus últimas energías. En el camino, consigue rechazar algunos ataques, gastando sus últimas energías. La pendiente se endurece y se apoya sobre su espada. Ya no oye más que un zumbido obsesivo, y sólo ve una bruma tenaz. Su cabeza quiere explotar. Pero algo le dice que está cerca de la cumbre que ha elegido. Llegar es lo único que importa. Avanza arrastrándose, agotando las últimas fuerzas. Pero la salvación está cerca... Una silueta de cabello muy largo y liso inclina su rostro de rasgos muy puros sobre él. ¡Ninguna mujer de este mundo puede ser tan hermosa! Y cree que la Virgen, madre de Dios, ha venido a asistirle en su último viaje. Da gracias al cielo. Algo ha penetrado en su cuello...

El senescal Ekkehart rinde su último suspiro.

Amaia retira su cuchillo de la garganta del gran soldado franco. Ha muerto con una expresión casi feliz. Los demás argotes están aquí. En silencio, acortan los sufrimientos de los últimos supervivientes de la columna del senescal.

Desde el puerto de Ibañeta hasta Lepoeder, incluso más allá, en dirección a Bentarte, en el camino, en la curva y en el valle que está a sus pies, ya sólo quedan cadáveres y moribundos, y caballos que agonizan entre carros desmembrados.

Carlomagno llega a lo alto de Bentarte, por segunda vez en esta jornada. Pero es

demasiado tarde para él.

Hay una extraña calma en la llanura. Roldán ha conseguido mantener la unidad de la retaguardia, pero sus fuerzas se han reducido sensiblemente. Los que resisten están heridos o agotados. Los caballos no pueden más.

Los vascos no atacan, ya no se esconden. Sobre las colinas, en los prados, se muestran cada vez más numerosos. Salen del bosque e invaden el llano, despacio, en silencio. Ellos también están cansados, heridos; pero en sus ojos brilla un fulgor frío y definitivo. La sentencia está dictada.

No hay orden, ni columnas, ni compañías, ni pelotones. Los jefes se mezclan con los guerreros, los jinetes con los lanceros. En la llanura ya sólo queda un pueblo que avanza decidido a rematar su venganza.

El sol se oculta, indiferente ante el destino de los condenados, y el cielo se transforma en un rojo intenso.

El círculo se cierra, poco a poco, inexorable.

Roldán y Olivier están heridos. Se miran, se entienden. Morirán como caballeros francos, cargando contra el enemigo.

Roldán se yergue sobre su silla, coge su olifante y sopla, sopla... Decenas de cuernos se añaden al suyo y responden centenares de voces. Cada cual lanza su grito de guerra. El estruendo es enloquecedor. Roldán rompe violentamente su cuerno contra una roca. Nunca nadie le volverá a sacar sonido alguno.

Y carga.

Un ataque desesperado, furioso, demencial. Los vascos cargan también, desde todos los lados, a pie o a caballo. En una penumbra digna de otro mundo, se inicia un enfrentamiento espantoso.

Ha sido el último día para los soldados de la retaguardia franca. Todos han sido exterminados.

XXV

Epílogos

El 15 de agosto del año 778, el ejército del rey de los francos es derrotado. Al que la historia, más tarde, llamaría Carlomagno, no se recuperará.

Ese año, el cristianismo no desplegará su zarpa sangrienta sobre los países del sur. En este final del siglo octavo, la palabra de Dios se hace oír con hacha y cuchillo. Desde el Pirineo, en el país de los vascos y en el de Al-Ándalus, cohabitan todas las religiones y la ciencia y el arte nunca han florecido tanto. En el mundo cristiano, hay que creer o morir.

IÑIGO

En el campo de batalla, la última luz del día ilumina una refriega atroz. Los hombres se abalanzan unos sobre otros con sus últimas gotas de energía. Dos enemigos se agarran, de rodillas. Encuentran fuerza suficiente para levantar sus cuchillos y darse muerte. Caen, enlazados para siempre. Uno se llama Iñigo Arista, hijo de Ximeno el Fuerte. Podía haber sido jefe de los roncaleses y de la mitad de los navarros, como su padre. La historia ha querido que muera ignorando el destino de su hijo, Eneko Arista, unificador de Navarra, primer rey de los vascos.

ROLDÁN

Roldán está solo, perdido en el bosque. Durante largos momentos, *Durendal* ha volado haciendo remolinos por encima de la refriega. Las hazañas de Roldán serían dignas de entrar en la leyenda. Pero *Veillantif*, su fiel caballo, ha caído, destripado por varias lanzas.

Roldán camina sin rumbo, cubierto de sangre. Tiene numerosas heridas. Sus pies, pesados, se desplazan sin ritmo. En su cabeza, una sola frase se repite, obsesiva: *Dios reconocerá a los suyos...*

No consigue deshacerse de esa voz, mientras camina en medio de escenas inhumanas. ¿Pero quiénes son los suyos? Roldán ha servido fielmente a su Señor, ciegamente. Por amor a Dios, *Durendal* ha segado vidas, destruido familias. En el momento en que va a perder la suya, comprende el valor de la vida. Su fe, su lealtad, su valor, su sentido del honor, no han traído más que crímenes. *Dios reconocerá a los suyos...* ¿Y los demás? ¿Hay una justicia por encima del derecho a vivir? Ningún Dios merece que se luche por él. *Ningún Dios...*

Con un último esfuerzo, consigue levantar a *Durendal* por encima de su cabeza y

golpearla violentamente contra una roca. Pero no consigue hender su espada. Hace un segundo intento y un tercero. Se abre una pequeña brecha donde Roldán ha golpeado, pero *Durendal* sigue entera. Entonces, Roldán se deja caer a tierra, boca abajo. Su cuerpo cubre su espada por entero. Su mente queda en blanco. Ya nada le obsesiona. Ningún dolor viene a perturbar sus últimos momentos.

Un agradable calor lo envuelve. Ya no piensa. No reza... Su cabeza está orientada hacia el oeste, hacia el lugar donde el mundo se acaba. Su respiración se debilita.

Toma una última bocanada de aire.

Y se extingue.

GARTXOT Y MIKELOT

En alguna parte, cerca de Orreaga, padre e hijo se han encontrado. Un abrazo intenso les ha unido. Y han llorado largo rato. Han reído y llorado a la vez. Se han mirado, se han tocado.

Gartxot tiene varias heridas, pero ninguna es grave. Mikelot está cubierto de sangre, pero es la de los heridos a los que ha socorrido. Se vuelven a abrazar y dejan correr sus lágrimas. No hablan. Se van, sin armas, sin su parte del botín, abrazados, vivos. La batalla sólo ha durado unas horas. Ellos han envejecido varios años.

Gartxot no compondrá ninguna canción sobre lo ocurrido aquel día ni sobre ninguna otra guerra. Tampoco Mikelot. No celebrarán las victorias, no llorarán las derrotas. No reclamarán venganzas. No alabarán a los héroes.

Durante siglos, los vascos no contarán su propia historia.

Mikelot pensó que ninguna victoria merecía tanto dolor, tanta sangre, tanta muerte. Ni sus más feroces ansias de venganza requerían semejante horror.

Era incapaz de aceptar que el terrible espectáculo que dejaba a su espalda podía ser el doloroso alumbramiento de una época en la que su pueblo no dependería de ningún otro durante siglos.

Su alma había quedado arrasada por la violencia y el odio, no dejando sitio a ninguna esperanza. Pero algo se encendió en su interior, lejos, débil, como una luz diminuta en un horizonte de niebla. Una luz suficiente como para dirigir sus pasos, una razón para respirar, para caminar, para reconstruir su vida. Y aquella luz tenía cara y nombre, la cara y el nombre de Idoia, una hija de aquella tierra, que desde hoy podría vivir cerca de sus seres queridos.

Libre y en paz.





JOSETXO ORUETA nació en Bilbao, durante unas vacaciones de sus padres en 1959. Al cabo de dos semanas, tuvo que volver a Burdeos, donde sus padres estaban exiliados, hasta los 19 años. Allí aprendió, entre otras cosas, que la vida no es lo que uno quiere que sea.

Eso no le impidió realizar su sueño de volver a la tierra de sus padres: la Parte Vieja Donostiarra.

Una vez en casa, se dedicó a la música y a la enseñanza, hasta que un día empezó a escribir.

Y publicó estos libros: *Ortziren Hortza* (2004), *El Cantar de Orreaga* (2005), la misma novela pero en castellano, *Pol eta Val* (2007) y *Los Planes de Lidia* (2007).